

Porque la vida puede volverse del revés en pocos minutos.

Siete vidas y un gato.

(Inspector Salazar 07)

M.J. Fernández

« Nada es permanente a excepción del cambio».
Heráclito.

Capítulo 1.

El aullido del viento resonó en los oídos de Akram, y un frío le recorrió la espalda mientras luchaba contra los dos hombres que lo sujetaban con fuerza por los brazos y lo arrastraban en dirección al muro. Se sacudió y trató de zafarse, pero fue inútil. Se sentía demasiado débil y el dolor era insoportable. Tenía la certeza de que los malditos le habían roto algo por dentro.

Se estremeció. No supo si por frío o por miedo. Trató de frenar su avance, pero no fue capaz de resistir la fuerza que lo empujaba. Sus pies se arrastraron sobre la piedra de la balconada hasta que llegaron al muro. Las vistas desde allí eran impresionantes y para él, aterradoras. A sus pies se extendían metros de vacío y rocas… Duras y filosas rocas.

—¡Ayuda! —gritó con sus cada vez más exiguas fuerzas, pero no había nadie en la ermita. Solo lo escucharon el viento y las piedras.

Los hombres lo alzaron por encima del muro. Akram sintió que perdía la fuerza en las piernas y un vacío subió desde su pelvis. Su corazón latía como un potro al galope y el viento se reía de su terror. Se sacudió con todas sus fuerzas, con lo cual zafó uno de sus brazos de la tenaza que lo sostenía, al mismo tiempo que acertaba un puntapié en el hombre tatuado. El sujeto gruñó y le lanzó un puñetazo a la cara. El nuevo golpe aturdió a Akram, quien perdió las fuerzas para resistirse. El tío de los tatuajes lo cogió entonces por una pierna, mientras su jefe le gritaba órdenes.

Al siguiente instante, Akram perdió la sensación de solidez bajo su cuerpo, mientras caía a una velocidad vertiginosa. Ni siquiera tuvo tiempo de sentir miedo o de reaccionar, antes de que las filosas rocas salieran a su encuentro. Un solo impacto, tan brutal que ni siquiera sintió dolor. Los restos del hombre que había sido Akram El Hashem acabaron al pie del risco, al mismo tiempo que sus asesinos se alejaban de la ermita.

Mientras el hombre de los tatuajes conducía, miró a su jefe de reojo. Se preguntó a sí mismo si su vida correría peligro. Se decía que él nunca dejaba testigos de sus crímenes. Entonces comprendió que tendría que mantenerse vigilante si no quería correr la suerte del infeliz que acababan de asesinar.

Capítulo 2.

Sofía dormitaba en el asiento del acompañante, mientras Alonso conducía en la oscuridad. Un olor suave a ambientador de pino inundaba la cabina del coche y el ronroneo del motor la amodorró como si se tratara de una canción de cuna. Ella no esperaba regresar a Haro tan pronto, pero Olmedo no le dejó alternativa. Tenía que sobreponerse a sus sentimientos y ser profesional. La misión era prioritaria sobre sus problemas personales. El capitán necesitaba a uno de sus efectivos en Haro para que colaborara con la Guardia Civil y ella era quien mejor conocía el terreno, así que tuvo que acompañar al teniente Sastre de vuelta a la ciudad que tantos recuerdos le traía.

Durante el trayecto, Alonso le informó todo lo que sabía acerca del sujeto que motivaba su viaje. Sastre estaba emocionado por el encuentro que tendrían con el informante, pues hacía varios años que estaba detrás de Carlitos, quien para él era una piedra en el zapato.

—Y así de pequeño es el mundo —le dijo a su nueva compañera—. Hace pocas semanas nos trasladaron a mi mujer y a mí a un pueblo cercano a Haro, y resulta que el maldito Carlitos es nuestro vecino.

—Todavía no estamos seguros de que se encuentra en Haro —puntualizó Sofía—. Tal vez lo que nos revele el informante nos lleve a otro lugar.

—Está allí. Lo puedo sentir al alcance de mi mano. Y te aseguro que esta vez no se me va a escapar.

—Parece que tu problema con él es personal.

—No tienes idea de quién es este sujeto…

Alonso no quiso decir más, así que ella se concentró en leer de nuevo el expediente del caso que le entregó Olmedo, y luego decidió tratar de descansar un poco. Se le cerraban los ojos y casi se había quedado dormida, cuando las palabras del guardia civil la sacaron de su sopor.

—Tenemos problemas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sofía alarmada, pero en cuanto abrió los ojos comprendió la preocupación de su compañero.

Las luces de un vehículo de altura libre elevada se reflejaron en los retrovisores e iluminaron la cabina del coche donde ellos viajaban. El golpe no los sorprendió. Ya suponían que no se trataba solo de un conductor con prisas.

Con dificultad, Alonso consiguió controlar el coche, que amenazó con salirse de la vía por el encontronazo. Sofía trató de precisar quién los perseguía, pero la oscuridad y las luces que los encandilaban lo impidieron. Aun así, hizo una deducción.

—Parece un todoterreno o una camioneta de carga.

—En cualquier caso, tiene un motor muy potente y viene a por nosotros. Trataré de perderlo.

Alonso aceleró todo lo que pudo, pero el vehículo que los perseguía no se les despegó. Entonces comenzaron los disparos.

—¡Mierda! —exclamó el teniente, al mismo tiempo que Sofía sacaba su arma.

—¡Acelera, maldita sea! ¡Trata de perderlos!

—¿Y qué crees que hago? Esto no da más.

Sofía abrió la ventanilla y se asomó pistola en mano. El viento frío le azotó el rostro y las explosiones le erizaron los vellos de la nuca. Lo único que vio fueron las luces del coche que los perseguía. Tendría que ser suficiente. La inspectora disparó una vez, dos, tres. No tenía idea de si estaba dando en el blanco o enviando las balas a los terrenos baldíos que los rodeaban.

Después de vaciar su arma, volvió a la cabina para reponer municiones. Sus manos temblaban y el cargador se le resbaló entre los dedos, mientras los disparos desde la camioneta rompían el silencio de la noche. Entonces escuchó un grito a su lado. Miró a Alonso y una sensación de vacío le subió desde el estómago hasta la garganta cuando comprobó que el gemido provenía de su compañero. Una mancha roja se extendió en la camisa del teniente y sus ojos se abrieron de par en par, mientras el color abandonaba su rostro.

El coche comenzó a dar bandazos, al mismo tiempo que Sofía cogía el volante desde su incómoda posición, en un esfuerzo por mantenerse en la

carretera. Tal vez lo habría conseguido si no hubiera sido por la nueva embestida de la camioneta que los perseguía. Fue el golpe de gracia.

Sofía vio con espanto que el coche atravesaba el guardarraíl. Entonces recordó que se había quitado el cinturón de seguridad para disparar al acosador, y comprendió que esa sería su perdición. El mundo se puso del revés, y luego se sumió en la oscuridad.

Capítulo 3.

La luz mortecina de la mañana otoñal se coló entre las lamas de la persiana de la cocina, como la premonición de que aquel sería un día frío y brumoso. Néstor llenó el tazón de leche y volvió a coger la taza con agua sucia que pretendía ser café. Que no había manera de que le saliera un brebaje decente. Y eso que Gyula se esmeró en enseñarle. Él argumentaba que el problema era la cafetera, la estufa, la marca del café o la madre que lo parió. Frustrado por la inutilidad de sus esfuerzos, Salazar decidió obligarse a beber las infusiones que preparaba hasta que consiguiera una bebida decente. No era posible que a sus casi cuarenta años, todavía no fuera capaz de preparar un simple café.

Desde la mesa que separaba la cocina del comedor se concentró en observar a las gatas, mientras disfrutaban su desayuno. Tal vez eso le hiciera olvidar el sabor de lo que contenía su taza. Paca y su hija Lola se afanaban con los bigotes metidos en la leche. Él estaba seguro de que ni siquiera respiraban. Cuando el nivel llegó a la mitad, Paca estiró una de sus patas delanteras y apartó a Lola para hacer valer sus derechos sobre el piscolabis. La otra gata dejó de beber por un momento de confusión y volvió a intentar incorporarse a la tarea de vaciar el tazón, pero Paca no estaba dispuesta a ceder, así que la volvió a apartar. Néstor no pudo sino sonreír. Sin duda su gata estaba bien preparada para la supervivencia. Más o menos como él.

El comportamiento de las pequeñas truhanas le recordó a Isabel, la etóloga que contrató para que Paca superara el trauma de su esterilización. Néstor inició una relación con ella después de que Sofía lo abandonó, pero no funcionó. Sus caracteres eran incompatibles y se enfadaban con demasiada frecuencia, así que cuando a Isabel le ofrecieron trabajo en una reserva natural en Kenya, se marchó sin pensarlo dos veces. Quizá lo más

positivo de la relación fue lo que Isa le enseñó sobre el comportamiento animal.

El móvil sacó a Salazar de su documental felino en directo, y lo regresó a la realidad. Esa mañana no le animaba mucho la idea de llegar a la comisaría, pues le esperaban una pila de informes y expedientes que debía revisar y firmar. El día anterior no tuvo oportunidad de colarle ninguno a Santiago, pues el muy pérfido no salió de su despacho ni para almorzar. ¡Desconsiderado! Así que le tocaba burocracia a tope.

Con la mente ocupada en esos razonamientos respondió el teléfono. Por supuesto que era Lali.

—Inspector jefe, perdone que lo llame tan temprano, espero no haberlo despertado.

—Descuida, Lali. Ya se te adelantó mi gata, que me rebajó la oreja cuando menos dos milímetros a fuerza de lametones.

—¿Señor? —preguntó la secretaria de la comisaría sin comprender las palabras de su superior. Había que ver lo excéntrico que era Salazar. Aunque tenía que reconocer que con él no se aburría.

—No te preocupes, cosas mías. ¿Qué ocurre?

—Nos llamaron por un cuerpo que encontraron al pie de los Riscos de Bilibio. Al parecer cayó desde la ermita.

—¿Cayó solo o lo ayudaron?

—Eso no lo sé, señor. Solo me reportaron la presencia del cadáver.

—De acuerdo, yo me ocuparé. ¿Ya avisaste a todo el personal?

—Si se refiere al juez, el forense y la Policía Científica, sí, señor.

Salazar se despidió de Lali para salir de inmediato hacia los riscos. Quería estar presente en el levantamiento del cuerpo. Antes de abandonar la buhardilla se puso su gabán arrugado y demasiado grande, alborotó un poco más su cabello y se aflojó la corbata. Ahora sí estaba listo. Paca seguía concentrada en su leche, sin retirar la pata de su hija para mantenerla a distancia. El inspector se preguntó si debía intervenir para solventar la injusticia, pero se lo pensó mejor. No quería inmiscuirse en asuntos felinos que no comprendía. Que se las arreglaran entre ellas.

Néstor se alegró de tener una excusa para tirar el resto del café. Al menos nadie podía decir que no lo intentó, pero cuando el deber llamaba había que atenderlo. Se felicitó a sí mismo por su sentido de la responsabilidad y su espíritu de sacrificio. Que sí. ¡Desconfiados!

Antes de marcharse de casa acarició a Paca detrás de las orejas, lo cual hizo que la gata levantara un poco la cabeza para soltar un ronroneo de placer. Hizo lo mismo con Lola, lo que desató un maullido de protesta de su egocéntrica gata.

—Hay que ser amable con los invitados, Paca —la reprendió.

Paca no dijo ni miau, pero su mirada no auguraba nada bueno. La pobre Lola ladeó la cabeza un poco confundida. Era evidente quién dominaba el territorio, a pesar de que la «huésped» vivía con ellos desde que Dika quedó embarazada, siete meses atrás. El médico le recomendó a su amiga mantenerse alejada de los gatos por el riesgo de toxoplasmosis, pero ella no estaba dispuesta a deshacerse de su gata, así que llevaron a las dos felinas al veterinario para asegurarse de que no portaban el peligroso parásito. Aun cuando Becerra les aseguró que ambas estaban tan sanas que daba gusto, Gyula no quedó conforme. La paternidad lo traía un poco paranoico. Bueno, algo más que un poco. De acuerdo, estaba insoportable, así que Néstor ofreció su buhardilla como pensión felina y salvó la relación marital de su amigo.

Salazar bajó las escaleras y al salir del portal, se asomó al bar para saludar antes de seguir hacia la comisaría.

—Néstor. ¿Te preparo el desayuno?

—Gracias Gyula, pero voy con prisa. Y ya me tomé un café en la buhardilla.

—¿Un café preparado por ti? ¿En serio?

—Vamos, que tampoco estaba tan mal —protestó Néstor con actitud ofendida. Gyula no cambió su expresión de desconcierto—. De acuerdo, era una bazofia, pero al menos estaba caliente… O casi.

—Hay que ver que eres valiente, colega. ¡Eres mi héroe!

—Anda y vete a… Me voy que tengo prisa. No te olvides de alimentar a las gatas.

—¿Estás loco? Si se me olvida, Dika me cuelga de las orejas. Si menudo carácter se le ha puesto con el embarazo. Me trae loco.

—Tú ya estabas loco de antes. Y no me entretengas más.

Antes de que Gyula tuviera tiempo de responder, Néstor se alejó de La Callecita, rumbo a la comisaría. En la recepción encontró a García, como de costumbre. ¿Por qué él siempre estaba de guardia? Algún día tendría que averiguarlo.

Como Salazar sospechaba, era tan temprano que nadie más había llegado, así que cogió las llaves del Corsa y se encaminó a los Riscos de Bilibio. No sabía lo que iba a encontrar, pero al menos lo alejaría de los expedientes. Quien sabe, quizá luego tendría oportunidad de colarle algunos al comisario. Que para algo tenían que servir los hermanos mayores.

Capítulo 4.

Néstor llegó a los riscos en buen tiempo. El pie de la ermita estaba repleto de coches oficiales y los agentes ya habían desplegado el perímetro de seguridad. El sol ganaba terreno sobre la niebla, aunque no lo suficiente para vencer el frío. Salazar bajó del Corsa y pasó por debajo de la cinta, al mismo tiempo que saludó con un gesto al agente que la vigilaba. El césped se hundió bajo sus pies como si se tratara de una moqueta. Cruzó el terreno hasta el punto donde se concentraba el mayor número de personas, junto al cadáver.

El inspector se alegró al comprobar que Aristigueta era el juez designado al caso. Sin embargo, hizo una mueca de disgusto cuando reconoció al forense. Se trataba de Tulio Robles, el nuevo fichaje de la morgue. Un médico joven de actitud petulante.

—Inspector, me alegra que le asignaran este caso —reconoció el juez—. Tengo la impresión de que va a ser complicado.

—¿Por qué lo dice, señor?

—No encontramos ninguna identificación en el cuerpo, así que por ahora no sabemos de quién se trata.

Néstor comprendió que el juez tenía razón y detalló los alrededores. Primero miró al cadáver, en el cual Robles mantenía centrada su atención, mientras ignoraba al policía como si no se hubiera enterado de su llegada. Luego Salazar levantó la mirada hacia la ermita y sintió un vacío en el estómago ¿Por qué alguien escogería una forma tan cruel para suicidarse?

—¿Sabemos si se trata de accidente, homicidio o suicidio? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

El forense continuó haciéndose el sordo, así que fue el juez quien le respondió:

—El doctor Robles prefiere no emitir una opinión hasta terminar el examen preliminar del cuerpo. Científica lleva un rato buscando evidencias

por aquí y el jefe Barros se encuentra con un grupo arriba, en la ermita, así que supongo que pronto tendremos una idea de qué fue lo que ocurrió.

Néstor se acercó al cadáver y lo miró con detenimiento. Un escalofrío le recorrió la espalda. No supo si fue por el viento frío o por lo que vio. La víctima era un hombre en la treintena cuya apariencia física le recordó a Gyula. Sin embargo, esa no fue la causa de su estremecimiento, sino el estado del cuerpo. Estaba boca arriba y parecía un muñeco de goma por la posición imposible de sus extremidades. No necesitaba ser forense para comprender que sus huesos quedaron hechos añicos, pero lo que más le impresionó fue el estado de la cabeza. Se había partido por la mitad y lo único que la sujetaba al cuerpo era un colgajo de piel a la altura de la nariz. Un espectáculo desconcertante y aterrador.

—¿Puede adelantarme algo, doctor?

Robles le lanzó una rápida mirada de desaprobación.

—Supongo que la causa de la muerte es evidente hasta para un lego como usted.

Néstor cogió aire y contó hasta diez, antes de responder.

—No es por incordiar, Robles, pero necesito saber lo antes posible si este hombre se cayó, saltó o hay un hijo de puta suelto por ahí, capaz de hacerle esto a un ser humano. Es solo por justificar mi sueldo, ¿comprende? —añadió con sorna.

Tulio suspiró y asintió.

—De acuerdo. Lo que puedo decirle es que murió anoche. Tiene fracturas múltiples, aunque para los detalles deberá esperar el informe de la autopsia.

—¿Encontró heridas defensivas?

—Algunos moretones en los brazos, así como un corte en la mejilla y hematomas en el abdomen y la cara que sufrió cuando todavía estaba vivo.

—¿Esas lesiones no pudieron ser consecuencia de la caída?

El forense negó con la cabeza.

—Su muerte fue instantánea, por lo que los hematomas no habrían tenido tiempo de formarse. Además, las marcas en los brazos son demasiado simétricas para ser producto del azar, y si se fija en sus muñecas verá que la piel está quemada y alrededor hay signos de inflamación.

—Así que usted diría que lo amarraron y lo golpearon mientras estaba vivo, y que luego alguien lo sujetó con fuerza por ambos brazos para lanzarlo al vacío.

—Es lo que creo.

—Era un hombre fuerte —razonó Néstor para sí mismo—. No creo que una sola persona hubiera sido capaz de arrojarlo por encima del muro de la ermita.

—Lo comprobaré en la morgue, pero yo diría que la víctima pesa al menos ochenta y dos kilos y se encontraba en buena forma. Si estaba inconsciente o drogado, para un solo asesino hubiera sido imposible cargar su peso muerto para alzarlo sobre el muro. Con mayor razón si estaba consciente y se resistió, que es lo que parece por las marcas de los brazos. Así que estoy de acuerdo con usted.

—¿Está seguro de que no es posible que los hematomas fueran consecuencia del impacto contra las rocas?

—Lo pondré por escrito y lo firmaré. Así de seguro estoy.

—De acuerdo. Gracias, doctor.

Cuidando mantenerse alejado de la zona donde trabajaba el equipo de Científica, Néstor se encaminó hacia la ermita mientras meditaba sobre su conversación con el forense y se hacía una idea de la situación. Después de darle una paliza, dos sujetos con una fuerza considerable sujetaron a la víctima uno por cada brazo y lo arrastraron hasta la balconada de la ermita, luego lo alzaron por encima del muro para arrojarlo al vacío.

Al inspector le preocuparon los indicios de que el crimen lo cometió más de un asesino, pues era posible que los motivos para el homicidio no fueran personales, sino que involucraran a alguna organización criminal, pero no tenía noticias de ninguna que operara desde La Rioja. Claro que el hecho de que él no lo supiera, no significaba que no pudiera existir. Otro motivo para preocuparse.

Era prioritario identificar el cadáver. Sin esa información no sería posible avanzar en la investigación. Iba sumido en esos pensamientos cuando se tropezó con el jefe de Científica al pie de la escalera que subía al mirador.

—¡Salazar! ¿Te encargaron este caso? ¡Vaya imán tienes para los marrones!

—Hola, Casi. Sí, así soy yo.

—Si estás pensando subir al mirador, será mejor que esperes a que terminemos. Hay algunas marcas en el suelo que debemos analizar con calma.

—¿De qué se trata? —preguntó Néstor con interés.

—No seas pelma. Ya te dije que tenemos que analizarlas. Cuando lo sepa, te lo informaré.

—Pero estoy seguro de que tienes una sospecha.

—Yo no trabajo basándome en sospechas, sino con pruebas concretas —sentenció Barros, muy digno.

—Vamos, Casi, estoy seguro de que con tu experiencia y conocimientos, tú eres capaz de llegar a una conclusión muy certera de lo que significan esas marcas —dijo Salazar, mientras ponía la expresión de admiración reverencial que tanto celebró Paca. Casimiro solo frunció el ceño y lanzó un gruñido. Entonces Néstor contratacó—. Por dos rosquillas más en la próxima visita…

—Hay que ver que eres manipulador y sabes golpear donde duele —se quejó Barros—. De acuerdo, pero solo es una hipótesis. Todavía no tenemos nada concreto. Parecen marcas de caucho que con el calor de la fricción quedaron tatuadas en el suelo.

—¿Caucho proveniente de las suelas de los zapatos?

—Eso lo dijiste tú.

—Pero es lo que sospechas.

—Pondremos especial atención a los zapatos de la víctima cuando nos los envíe el forense. Además, todo indica que el pobre hombre ejerció mucha fuerza para resistirse.

—Y con eso podemos concluir que no estaba ni inconsciente ni drogado, sino en pleno uso de sus facultades y de su fuerza.

Por tercera vez esa mañana, Néstor se estremeció. Sacudió los hombros para librarse de la sensación de vulnerabilidad que lo invadió al imaginarse al hombre que acababa de ver, luchando por su vida en aquel mirador en un esfuerzo por evitar que lo arrojaran desde la ermita hacia la muerte.

—Tenemos que encontrar a quienes hicieron esto, Casi —murmuró el inspector—, pero primero necesitamos identificar a la víctima.

—Le daré prioridad, Salazar. Hoy mismo tendrás un juego completo de fotografías y de huellas dactiloscópicas.

Capítulo 5.

Néstor decidió dejar que el equipo de Casimiro hiciera su trabajo y bajó de nuevo al pie del risco. Ya tendría oportunidad de subir al mirador cuando no hubiera riesgo de que su presencia alterara la escena del crimen. El olor a tierra húmeda impregnó sus fosas nasales. Se encaminó hacia uno de los agentes que vigilaban el perímetro y le preguntó si había algún testigo de los hechos.

—El cadáver lo descubrió el vigilante de la mañana, que fue quien nos llamó —le informó el policía.

—¿El de la mañana? ¿Y qué pasó con el de la noche?

El agente se encogió de hombros.

—Aquí no había nadie más. Este nos dijo que un tal Quirós debió entregarle la guardia, pero que no lo vio por ninguna parte. Solo se encontró este marrón.

Después de darle las gracias a Mendoza, Néstor se alejó de su colega y se acercó de nuevo al cadáver. Si no corrió la misma suerte de la víctima, Quirós tenía mucho que explicar. El inspector se preguntó si sería capaz de sacarle un poco más de información al poco comunicativo doctor Robles. Le interesaba conocer la hora del crimen, pues siempre existía la posibilidad de que hubiera algún testigo. «No caerá esa breva», se dijo a sí mismo, pero aun así debía intentarlo. Antes de llegar junto al cadáver lo azotó un viento frío que le hizo estremecerse. Salazar sacudió los hombros y aceleró el paso para entrar en calor.

Aristigueta asintió cuando lo vio de nuevo, pero no dijo una palabra. Ya Robles había terminado sus observaciones *in situ*, y sus ayudantes se disponían a introducir el cuerpo en una bolsa para cadáveres, cuando el inspector los interrumpió.

—Esperen un momento, por favor.

Tulio frunció el ceño. No le gustaban las maneras irreverentes del estrafalario policía. Él prefería trabajar con detectives que seguían las normas convencionales al pie de la letra.

—¿Qué ocurre, inspector? Si quiere los resultados de la autopsia, tendrá que dejar que me lleve el cadáver.

Néstor ya estaba agachado a la altura de los pies de la víctima y escudriñaba las suelas de sus zapatos con detenimiento. Su única respuesta al forense fue levantar la palma de la mano para indicarle que debía esperar. Como suponía, las suelas de los zapatos eran de caucho y estaban gastadas en los bordes y la punta. Salazar alzó la vista hasta la ermita. El desconocido se resistió. El inspector le explicó al juez y al forense el motivo de su interés por los zapatos.

—¿Qué espera que hagamos con esa información? —preguntó Robles.

—Si este hombre estaba consciente y tuvo la suficiente entereza como para resistirse de esa forma, es posible que en su esfuerzo por escapar causara heridas a sus asesinos. Lo que le pido es que esté atento a cualquier rastro de sangre en el cuerpo que pudiera provenir de quien lo mató.

—Eso forma parte de la rutina forense. No necesito que venga a decirme cómo debo hacer mi trabajo.

Salazar suspiró y volvió a contar. Llegó hasta cincuenta.

—Ya tuvo tiempo de examinar el cadáver, doctor. ¿Puede darme una idea de la hora de la muerte?

—Es recomendable esperar a la autopsia y…

—¡Dele el maldito dato de una vez! —exclamó el juez, tan harto como Néstor de la petulancia del forense.

—Entre las nueve y las once de la noche. Es una aproximación, por supuesto.

—Dígale también lo que me informó a mí —volvió a intervenir Aristigueta.

Tulio hizo una mueca. Era evidente que no le gustaba soltar tanta información «sin un estudio previo».

—Ante la falta de documentos de identidad, el juez sugirió que pudiera tratarse de un inmigrante en situación ilegal, así que busqué las etiquetas de la ropa, por si encontraba algún indicio de su origen, pero alguien las removió.

Néstor enarcó las cejas.

—Así que no sabemos ni siquiera cuál era su nacionalidad.

Robles se encogió de hombros.

—Parece que tiene un asunto difícil entre manos, inspector —opinó el juez.

—Sí. ¿Dónde quedaron esos casos en los que se encontraba al asesino junto al cuerpo de la víctima con una escopeta humeante en la mano, dispuesto a confesar?

Salazar se apartó del cadáver y los operarios de la morgue continuaron con su trabajo. El forense los siguió. El juez también se marchó, después de desearle buena suerte al policía.

Los chicos de Científica continuaban concentrados en las cuadrículas que examinaban. Salazar comprendió que debía retirarse para no estorbarles. Ya Casimiro le avisaría cuando tuviera alguna información importante.

El inspector también se alejó de la escena del crimen en busca del Corsa. Cuando subió al coche miró la hora. Ya el equipo habría llegado a la comisaría, así que llamó a Beatriz y le explicó las generalidades del caso.

—¿Qué quiere que haga, señor?

—Comunícate con el jefe Barros y que te envíe los datos biométricos que tiene de la víctima. Quiero que los compares con todos los archivos posibles: antecedentes criminales, fichas de inmigración, y cualquier base de datos que se te ocurra. Comienza por La Rioja, pero no limites la búsqueda a la provincia. Quiero que la extiendas a toda España. Dile a Diji que te ayude.

—Sí, señor… Eh…

—¿Qué ocurre?

—El comisario está aquí y quiere hablar con usted.

—De acuerdo, dale el teléfono.

—¡Néstor! Ya me contó Lali que atendiste una llamada temprano, pero quiero recordarte que tenemos una reunión prevista en cuarenta y cinco minutos.

Salazar se quedó *in albis* por un momento. ¿Una reunión? Entonces recordó.

—¡Claro! El sustituto de Sofía debe llegar hoy. Sí, no te preocupes, Santiago. Estoy en los Riscos, pero voy para allá. Debería llegar a tiempo.

—De acuerdo. Es importante que hable contigo antes de que entrevistemos al nuevo inspector. Quiero explicarte algunos detalles sobre sus antecedentes laborales.

—Muy bien. Que Beatriz te informe sobre el nuevo marrón que nos cayó. Auguro que tendremos mucho trabajo en los próximos días.

—Lali me dijo que no sabía si se trataba de accidente, homicidio o suicidio.

—Puedo asegurarte que estamos frente a un homicidio con más de un asesino y se esforzaron en ocultar la identidad de la víctima, así que…

—¡Maldita sea! Crimen organizado.

—Es lo que pienso.

—De acuerdo. Te espero para la reunión y luego nos cuentas los detalles. No te entretengas por el camino.

—Descuida, voy para allá.

Salazar colgó y se disponía a encender el coche, cuando entró una llamada. Se sorprendió al comprobar que en la pantalla aparecían el nombre y la foto de Valentina. Respondió.

—Néstor, que bueno que te encuentro… Es horrible y… le dije que tuviera cuidado… Es horrible.

A Salazar no le resultó fácil comprender las palabras ahogadas por los sollozos. Un nudo le atenazó el estómago.

—¡Cálmate, Valentina! No puedo entenderte. Tranquilízate y cuéntame qué te ocurre.

La agente de la guardia civil respiró profundo varias veces, hizo acopio de valor y pudo pronunciar las palabras que la ahogaban.

—Se trata de mi marido. Regresaba de Madrid anoche para llevar a cabo una misión y sufrió un accidente con el coche. Falleció.

Néstor se quedó de una pieza y comenzó a arrepentirse de haberse levantado de la cama ese día.

—Lo lamento mucho, Valentina. Si puedo hacer algo…

—Es que no te he dicho lo más importante para ti. Alonso no viajaba solo. Tenía una compañera en esta misión: la inspectora Sofía Garay.

Capítulo 6.

Las palabras de Valentina golpearon la conciencia de Néstor como un mazo sobre un yunque. En ese momento olvidó el asesinato que debía investigar, su reunión con el comisario y sus intenciones de regresar a la comisaría. Encendió el motor, activó la función manos libres del móvil y salió a la vía con el único objetivo de llegar hasta el lugar del accidente lo antes posible.

Por el camino interrogó a Valentina. En la medida que hablaban, ella recuperó el control de sus emociones.

—¿Qué le pasó a Sofía, ella está…?

—Sofía sobrevivió, Néstor. Es lo único que puedo decirte. Cuando llegué ya se la habían llevado al hospital. No sé qué tan grave es su estado.

El nudo en el estómago de Salazar se apretó aún más.

—¿Cómo fue?

—El accidente ocurrió en la carretera que sale de Casalarreina en dirección a Haro. El cuartelillo recibió el aviso de un conductor que pasó por allí en la madrugada, pero sospechamos que ocurrió un par de horas antes.

—¿Se trató de un accidente?

—No quieren decirme mucho, Néstor, pero por la forma en que actúan mis colegas, sospecho que alguien intervino y que fue deliberado.

—¿Sabes cuál era la asignación que tenían tu marido y Sofía? Me refiero a que…

—Sé a lo que te refieres —lo interrumpió Valentina—. Una misión donde los investigadores sea un guardia civil y un policía nacional no es algo rutinario. Debe tener características muy peculiares, pero me temo que no las conozco.

—Así que tu marido no te comentó de qué se trataba.

—Lo único que puedo decirte es que recibió una llamada desde Madrid y que le ordenaron presentarse allí. Cuando me llamó estaba entusiasmado, aunque no me dio detalles. Me dijo que regresaba a Haro por la noche y que lo acompañaría una inspectora de la Policía Nacional. Que me lo explicaría en detalle cuando estuviera de vuelta.

—¿Cómo sabes que se trataba de Sofía?

—Le pregunté su nombre. Recuerda que conocí a Sofía en tu casa, cuando pasé a devolverte el equipaje que dejaste en Huesca durante el curso.

—Lo recuerdo.

—Comprendí que debía avisarte cuanto antes.

—Te lo agradezco mucho, Valentina.

—Debo confesarte que mi conducta no es desinteresada. Mis colegas no quieren que me involucre y me obligan a mantener las distancias, así que necesito ayuda. Sé que puedo contar contigo.

—No tengas la menor duda.

—Se acerca el capitán Costa, el encargado de la investigación, así que te dejo. Veré si consigo que me revele algo.

—De acuerdo. Llegaré en unos minutos. Estoy cerca.

Una media hora después, Salazar identificó el punto de la carretera de Casalarreina donde ocurrió el accidente. Los coches de la Guardia Civil se aglomeraban a pocos metros del lugar donde el guardarraíl estaba doblado y mostraba un agujero enorme. En pleno campo se podía ver un coche, del cual era imposible identificar la marca, pues quedó sobre su techo y solo mostraba las ruedas. Parecía un escarabajo muerto. Debió dar varias vueltas antes de que los arbustos lo frenaran, pues la chapa era un amasijo de metal, como si un gigante caprichoso lo hubiera aplastado con la mano. La imagen le encogió el corazón a Néstor.

El inspector se bajó del Corsa y perdió todo el aplomo que lo caracterizaba. Desde que supo la noticia se apoderó de él una sensación de irrealidad, como si estuviera en una burbuja que lo aislara de su entorno. Corrió en dirección al coche accidentado sumido en un trance, olvidó por completo que estaba en medio de la escena de un crimen, y que lo rodeaban guardias civiles decididos a preservarla.

De repente se vio de bruces en el suelo. Ni siquiera sintió el golpe. Alguien mucho más fuerte y pesado que él lo derribó y le gritó, mientras le

amarraba las manos a la espalda. Solo entonces fue consciente de su propia torpeza.

El mismo guardia que le hizo el placaje, lo ayudó a ponerse de pie y ya estaba listo para subirlo a un coche para arrestarlo, cuando apareció Valentina dando explicaciones atropelladas.

El guardia se detuvo a escucharla. Tal vez porque era la viuda reciente de un compañero muerto en servicio.

—Por favor, Marcos, no presentes cargos contra él. Suéltalo antes de que se entere el capitán. Yo lo llamé.

—¿Tú lo llamaste? ¿Por qué?

—Es un inspector jefe de la Policía Nacional. Lo conozco bien. Su pareja era quien acompañaba a Alonso cuando ocurrió el accidente.

El sargento Altuve meditó sobre la situación por algunos segundos.

—Eso no justifica que irrumpiera en la escena del crimen como un toro de lidia. Si es policía debería saber que las cosas no se hacen así.

—Lo lamento. No sé qué me pasó —se justificó Salazar—. Cuando vi el estado del coche y pensé que mi pareja iba en él… Se me nubló el juicio.

—Por favor, Marcos. Hazlo por mí —le rogó Valentina.

—De acuerdo —aceptó el sargento, mientras le quitaba los grilletes a Salazar—, pero si vuelve a cometer una imprudencia semejante, me lo llevo al cuartelillo, y de allí no lo saca ni Dios que baje del cielo.

Salazar asintió. El guardia tenía razón. Él hubiera hecho lo mismo en su lugar. Decidió aprovechar la buena disposición del sargento.

—¿Saben quién hizo esto?

Marcos miró a ambos lados para asegurarse que ninguno de sus superiores estaba cerca.

—Le confieso que no tenemos ni idea —le dijo en voz baja—, pero esto se lo cuento porque Valentina confía en usted y yo quiero ayudarla. Alonso era un buen amigo que no merecía terminar así.

—¿Tiene usted información de cuál era la asignación del teniente Sastre y la inspectora Garay?

El sargento negó con la cabeza.

—Ni la menor idea.

—¿Quién dirige la investigación de este accidente?

—El capitán Costa. Y debe andarse con cuidado. No creo que le agrade ver a un policía dando vueltas por aquí.

—¿Puede decirme al menos si las heridas de la inspectora eran graves, y a dónde la trasladaron?

—Estaba inconsciente. Es lo único que sé. La llevaron al hospital San Juan Apóstol, en Haro.

Néstor asintió y se le escapó un suspiro

—¿Puedo hacer algo por ti, Valentina? —le preguntó a su amiga.

—Ayudarme a encontrar al malnacido que hizo esto.

—No creo que sea buena idea que tu amigo se involucre en el caso —opinó Marcos—. El capitán no lo permitirá.

—Costa no pondrá el mismo empeño en descubrir al culpable que Néstor y yo.

—Piénsalo bien, Valentina —insistió el sargento con tono paternal—. Si al inspector no lo dejarán acercarse, a ti mucho menos. Eres la viuda de la víctima. Eso te descalifica para la investigación.

—Por eso tú me ayudarás, Marcos. Sabes que Alonso no confiaba en el capitán.

El sargento suspiró, desvió la mirada hacia el vehículo accidentado y luego hacia el cielo, como si esperara una respuesta desde allí al dilema moral y ético que se le presentaba. Salazar no hubiera querido estar en su pellejo.

—Está bien. Te ayudaré en lo que pueda —aceptó Altuve—. Lo haré por ti, por Alonso y porque sé que Costa es un cretino, pero será mejor que nadie se entere o se me caerá el pelo.

Capítulo 7.

Salazar sentía apremio por salir de allí, subir al Corsa y llegar al hospital, pero no podía hacerle eso a Valentina. Ella confiaba en él para descubrir y arrestar a la persona que la dejó viuda. Néstor también tenía interés en atraparlo, así que hizo acopio de paciencia y le pidió al sargento que le permitiera examinar el coche. Altuve dudó por un momento, pero después de ver los ojos llorosos de Valentina, accedió.

Después de asegurarse de que el capitán Costa estaba ocupado, el sargento los acompañó hasta el vehículo. Néstor tomó nota de las marcas en el césped que dejaron los golpes del coche cuando dio vueltas, y el aplastamiento de la hierba en el último tramo en el que se deslizó sobre el techo, hasta que los arbustos lo detuvieron. Desde allí miró en dirección a la carretera y comprendió que el golpe contra el guardarraíl debió ser brutal. Entonces fijó su atención en el vehículo y fue cuando vio los impactos de bala. Había dos en la chapa y uno en la luna trasera. Fijó su mirada en este último.

—Fue el que mató a Alonso —anunció Marcos.

Esas palabras captaron la atención de Néstor.

—Entonces el teniente Sastre no murió a causa del accidente.

El sargento negó con la cabeza.

—El teniente murió por un disparo con orificio de entrada en la espalda. La inspectora que lo acompañaba iba sin cinturón de seguridad, y encontramos su arma caída en el coche, así que deducimos que hubo un tiroteo.

—¿Sofía no usaba el cinturón de seguridad cuando ocurrió el accidente? —preguntó Néstor en un murmullo, sin disimular su angustia.

—No, señor. Además, debería ver esto.

Altuve los condujo hacia la parte posterior del Ibiza y les mostró el guardabarros trasero, en el que había una enorme abolladura.

—Suponemos que alguien los siguió y los impactó por detrás. Por la altura y la fuerza del golpe debió ser un vehículo alto y muy potente. Quien fuera no pudo sacarlos de la carretera, así que les disparó. Creemos que la inspectora se quitó el cinturón para usar su arma. Una de las balas del asesino le acertó al teniente y por eso el coche quedó a la deriva a alta velocidad. El resultado es evidente.

Salazar suspiró. Sus esperanzas de que las heridas de Sofía fueran leves eran cada vez menos realistas. Fijó su atención en la abolladura. El Ibiza era de color blanco, así que la mancha de pintura negra que dejó el coche del asesino resaltaba a la vista. Se la señaló al sargento.

—Esto puede ayudarnos a identificar el vehículo agresor.

—Sí, señor. Ya los técnicos del laboratorio de la Guardia cogieron una muestra.

—¿Quién demonios es este tío y qué hace aquí? —preguntó con voz atronadora un capitán que se acercó al coche, como si quisiera apagar un incendio.

Los tres conspiradores se volvieron hacia él y el sargento Altuve comenzó a dar explicaciones en medio de un tartamudeo.

—Es... es inspector de la Po… Policía Nacional, señor. Se ofreció ayudar… y tiene experiencia y yo…

Detrás de las gafas oscuras del capitán, Salazar adivinó un ceño fruncido acompañado de ojos fulgurantes. Que estaba cabreado, vaya.

—¡No diga una palabra más, sargento! Ya hablaré con usted después —le dio la espalda a Altuve y encaró a Néstor—. Soy el capitán Vicente Costa, y la investigación de este accidente está a mi cargo. La Policía Nacional no tiene nada que buscar aquí. ¿Su nombre?

—Soy el inspector jefe Néstor Salazar.

—Muy bien. Lo recordaré para poner una queja ante sus superiores. Usted está interfiriendo en una investigación que no le concierne, y me aseguraré de que responda por ello.

Salazar miró de reojo a Valentina y comprendió sus reticencias de que semejante troglodita se hiciera cargo del caso.

—Mi intención no es interferir, capitán, sino ayudar.

—No recuerdo haber pedido ayuda a la Policía Nacional.

Salazar se mordió la lengua para no delatar a Valentina.

—En ese caso, quizá será mejor que me marche.

—Estoy de acuerdo —confirmó Costa.

Néstor se alejó del Ibiza y regresó a la carretera. Valentina quiso seguirlo, pero él le hizo un gesto imperceptible para que no se moviera. No quería que el déspota capitán se ensañara con ella por haberlo llamado.

De cualquier manera, ya el inspector tenía la información preliminar que necesitaba de la escena que rodeaba el falso accidente.

Una vez en su coche, Salazar volvió a poner la función manos libres y llamó a Javier Molina. Sabía que el forense haría lo posible por ayudarlo.

—¡No tenía idea de que habían ingresado a Sofía! Es terrible lo que me dices, Néstor. De inmediato subo a Urgencias y averiguo en qué estado se encuentra. ¿Dónde estás tú?

—Me dirijo hacia el hospital. Creo que podré llegar en unos cuarenta minutos.

—Muy bien. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Salazar cortó la comunicación y a su mente acudieron todos los recuerdos que hubiera querido apartar en ese momento. Al cabo de algunos minutos, el teléfono sonó. El inspector se orilló donde pudo y lo respondió de inmediato.

—Me temo que la situación es grave, Néstor.

—¿De qué se trata? —preguntó Salazar con el corazón en la garganta.

—Según los médicos de Urgencias que la atendieron, el mayor problema fue que no traía puesto el cinturón de seguridad, así que rebotó dentro del coche mientras este daba vueltas.

El inspector sintió un escalofrío en la espalda, tan solo al imaginar lo que podría causar algo así. Sin embargo, se obligó a preguntar:

—¿Cómo está?

Molina suspiró antes de responder:

—Por suerte no sufrió daño en los órganos internos, pero sí tiene fracturas múltiples. La más grave es en la cadera. Además, sufrió un traumatismo craneoencefálico cuyas consecuencias no se conocerán hasta que recupere la conciencia… si la recupera.

—¿Qué quieres decir con eso, Molina? —preguntó Néstor, mientras hacía esfuerzos por ahogar el llanto que pugnaba por aflorar.

—Sofía está en coma profundo, amigo. Y nadie puede predecir cuánto tiempo permanecerá así.

—Comprendo. Llegaré en unos minutos —dijo Salazar y cortó la comunicación, mientras se secaba las lágrimas con las palmas de las manos.

Capítulo 8.

Transcurrió casi una hora hasta que Salazar aparcó frente al San Juan Apóstol. Un lapso de tiempo que vivió como un trance y que se perdería en su memoria como si nunca hubiera ocurrido. Para cuando cobró consciencia de sí mismo estaba en la entrada del hospital, tratando de que la recepcionista de turno le proporcionara alguna información acerca de Sofía.

—¿Cuál es su relación con la paciente?

—Somos… éramos pareja.

La joven lo miró con desaprobación.

—Lo siento, señor Salazar. Solo estamos autorizados a proporcionar información a familiares cercanos y me temo que las relaciones de pareja antiguas no cuentan.

—Sofía no tiene familia en La Rioja. Solo a mí.

—Es reglamento del hospital.

Néstor suspiró y desvió la mirada para calmarse. Se dijo a sí mismo que la chica no tenía la culpa. Solo seguía las directrices que le indicaron sus jefes.

—¿Podría hablar con el doctor Javier Molina?

—¿Cuál es su especialidad?

—Es forense.

—Espere que me comunique con la morgue.

La joven se concentró en el teléfono, contenta de poder desviar su atención del incómodo sujeto que la incordiaba. Néstor perdió la paciencia.

—¡Olvídelo! —le dijo y se alejó de la recepción.

Salazar se dirigió a la puerta y salió del hospital. Lo recibió un viento frío que le penetró hasta los huesos, pero no le importó. Se pasó la mano por el cabello en un esfuerzo por calmarse, antes de marcar el número de Molina. Por suerte le respondió al segundo tono. Con frases atropelladas le explicó la situación al forense.

—Calma, Néstor. Estoy en la UCI, conversando con el neurólogo que atiende a Sofía. Enseguida bajo y te acompaño.

En cuanto colgó, su teléfono comenzó a sonar. Era Lali. Recordó que lo esperaban en la comisaría y que tenía una reunión pendiente con Santiago. No se sentía con ánimos de dar explicaciones, así que canceló la llamada. Ya se ocuparía después. Volvió a entrar al hospital y esperó a Javier en el vestíbulo. El reflejo de las potentes luces sobre el mármol pulido contrastaba con su ánimo lúgubre. Se paseó como un león enjaulado bajo la mirada preocupada de la recepcionista, hasta que Molina salió de uno de los ascensores, lo buscó con la mirada y se acercó a él con paso apresurado.

Néstor salió a su encuentro. La expresión preocupada del forense aceleró el corazón del inspector. Después de un corto saludo, Molina lo cogió por el brazo y lo condujo de vuelta al ascensor, que iba repleto. Continuaron su conversación en voz baja, lo cual no impidió que captaran la atención y curiosidad de quienes los rodeaban.

—¿Cómo está?

—Contigo debo ser honesto. Sofía está muy mal. Conociéndola, me sorprende lo que afirman los colegas que la recibieron, pero según ellos no usaba el cinturón de seguridad cuando ocurrió el accidente…

—Tienen razón —lo interrumpió Salazar—. No fue un accidente, sino que alguien hizo lo posible por sacarlos de la carretera, golpeó el coche por detrás y les disparó. Sofía se quitó el cinturón para poder responder al ataque.

—Eso lo explica. Bien, el caso es que el vehículo donde ella viajaba dio varias vueltas y ella rebotó en su interior. Ya te imaginas lo que eso significa.

Salazar asintió y dejó escapar un suspiro. El ascensor se detuvo y dos médicos se bajaron. Los demás lo miraron con conmiseración.

—Todavía no me has dicho cómo está.

—De acuerdo. Como te adelanté por teléfono, no sufrió daño en órganos internos, pero tiene doble fractura de cadera. Sin embargo, lo que más les preocupa a sus médicos es el golpe en la cabeza.

El ascensor se abrió en la planta de la UCI y Javier sacó a Salazar al pasillo, cogiéndolo por el codo y tirando de él con suavidad. Sus acompañantes prestaron atención por si se enteraban de algo más. Debieron sentirse decepcionados, pues ni Néstor ni Javier volvieron a hablar hasta que se cerraron las puertas. Entonces Salazar rompió el silencio:

—¿Cuál es el pronóstico?

Javier suspiró antes de responder.

—El golpe que Sofía recibió en la cabeza ocasionó un hematoma intracraneal… —Néstor ya iba a protestar por el uso de términos médicos por parte de su amigo, cuando Molina se explicó—. En otras palabras, sufrió una hemorragia dentro del cráneo. No fue muy grande y ya el neurocirujano liberó la presión, pero… hablaba con él cuando llamaste. No se atreve a hacer un pronóstico. Sofía está en coma y no sabemos cuándo recuperará la consciencia ni en qué condiciones.

Salazar sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Podría no recuperarla?

—Es una posibilidad —reconoció Javier—, pero no nos pongamos en lo peor.

Salazar asintió con tristeza. Él ya estaba en lo peor.

—Me gustaría verla, Javier. ¿Es posible?

—Por eso bajé a buscarte. Ven conmigo.

Néstor y Javier recorrieron los pasillos relucientes a paso apresurado, hasta que llegaron a una doble puerta batiente de cristal. Salazar trató de continuar hacia la UCI siguiendo la señalización, pero el forense lo obligó a entrar en el vestidor. Allí le entregó un paquete de piezas de papel de color azul.

—Ponte esto. No puedes entrar allí con ropa de calle.

El inspector seguía bajo la impresión de que todo aquello era un mal sueño del que despertaría en cualquier momento. Con movimientos automáticos se quitó el gabán y la chaqueta del traje. Imitó a su amigo al momento de ponerse cada pieza y cuando terminó usaba una bata de papel sobre la camisa, un gorro, mascarilla y protectores de papel sobre los zapatos. No lo hubiera reconocido ni su madre.

—Es para proteger a los pacientes —explicó Molina.

Néstor asintió. Si le permitían ver a Sofía, sería capaz de vestirse de payaso. Siguió a Javier con el miedo incrementándose a cada paso que lo acercaba a su objetivo. El frío del climatizador se le metió en el alma y el olor de los desinfectantes lo mareó. Al final llegaron a una sala donde había un mostrador, detrás del cual media docena de enfermeras vigilaban varios monitores. Una de ellas se levantó de su asiento en cuanto reconoció a Javier. Sus rasgos estaban ocultos por la mascarilla y su cabello por el gorro, así que lo único que vio Néstor fueron unos vivaces ojos verdes.

—Doctor Molina. Lo esperaba. El doctor Cova me dio instrucciones precisas —su atención se centró en Salazar—. ¿Es usted el familiar de la señora Garay?

—Soy su expareja —afirmó Néstor, y la expresión le sonó extraña a él mismo. Sobre todo por lo de «ex».

—Síganme por aquí, por favor.

—Yo debo regresar a la morgue. Tengo un par de informes atrasados y me esperan dos autopsias —se excusó Javier—. Te dejo en buenas manos, Néstor. Gracias por todo, Carol.

Molina se marchó antes de que pudieran responderle, y Salazar se sintió abandonado. Confiaba en Javier para que le dijera la verdad sobre Sofía. Sin embargo, la enfermera no le dio mucho tiempo para hacerse preguntas. Le pidió que lo acompañara y se encaminaron a una de las habitaciones que vigilaba desde los monitores.

Néstor sintió que el alma se le caía a los pies cuando vio a Sofía tendida en la cama, inconsciente. Tenía la cabeza rasurada y el espacio del cabello lo ocupaba un vendaje. Sus ojos estaban amoratados y un apósito le cubría la mejilla izquierda. Néstor supuso que las sábanas ocultaban la inmovilización de la cadera.

Su expresión de tristeza fue tan evidente que conmovió a la enfermera.

—No pierda la fe, señor Salazar. Puedo prometerle que la cuidaremos bien, mientras se recupera.

Las lágrimas acudieron a los ojos del inspector y se las secó con las palmas embutidas en los guantes. Miró a los ojos de la enfermera y vio compasión.

—Lo lamento —Balbució—. Es que no…

—No necesita disculparse, lo comprendo.

Las palabras de Carol derribaron el muro de contención, el llanto brotó desde su pecho como en un dique roto, y Salazar se permitió llorar como un niño en el hombro de la enfermera.

Capítulo 9.

Después de desahogarse, a Néstor lo abrumó la vergüenza. Había reaccionado como un crío, pero la empatía y comprensión de la enfermera derribaron todas sus defensas. Después de llorar, se sintió un poco más liviano y pudo analizar la situación desde una perspectiva más realista. Aunque hubiera sido capaz de cualquier cosa para que Sofía retornara a la normalidad, conseguirlo no estaba en sus manos.

Salazar miró a Carol a los ojos y adivinó una sonrisa de conmiseración. Sintió que podía confiar en ella. Entonces Néstor se acercó a su excompañera y le sujetó la mano.

—Lo siento, Sofía. Lamento lo que ocurrió, pero sé que saldrás de esto y estarás bien. Por mi parte te prometo… —el inspector aspiró el aire y levantó la cabeza, en un intento por controlar las lágrimas que volvían a aflorar—. Te prometo que encontraré al hijo de puta que te hizo esto y me aseguraré de que pague por ello.

Carol se sorprendió. El tono que empleó Salazar la asustó, pues no lo esperaba en el hombre que minutos antes demostró tanta sensibilidad como para llorar frente a una desconocida.

—Señor Salazar… —le susurró la enfermera— la paciente necesita descansar. Será mejor que abandonemos la habitación.

Néstor asintió, se inclinó sobre Sofía y le dio un beso en la mejilla sana. Luego siguió a la enfermera hasta el pasillo. Una vez afuera volvió a coger aire para recuperar el control de sus emociones.

—Gracias por todo…

—Carol. Mi nombre es Carolina Azarola y soy la jefa de enfermeras de este turno. No se preocupe, le aseguro que cuidaremos bien de ella.

—Eso no lo dudo, pero me gustaría pedirle un favor…

—Por supuesto.

—Parece que la normativa del hospital no es muy proclive a reconocer a los «ex», pero Sofía no tiene a nadie más en La Rioja. ¿Podría usted mantenerme informado si experimenta cualquier cambio? Para bien o para mal.

—No se preocupe. Mire, le daré el número de mi móvil y si usted me da el suyo, le avisaré sobre cualquier novedad.

—Gracias. Esto no le causará problemas, ¿no es así?

—No le daré detalles acerca del estado clínico de la paciente. Tan solo le avisaré si mejora o empeora, para que se lo comunique a la familia. ¿Tiene usted forma de hacerlo?

Solo en ese momento, Néstor recordó a la madre de Sofía. Por supuesto que tenía su teléfono… en alguna parte. Comprendió que era su deber llamar a la señora Garay y darle la mala noticia. Sería una tarea penosa, pero necesaria.

—Yo le avisaré a su madre. Sin embargo, no creo que pueda venir. Es una persona muy mayor y está enferma.

—Entonces tal vez ella acepte que usted se ocupe de representar a la familia.

—Sí, desde luego.

Después de darle las gracias a la enfermera por su amabilidad y salir del ambiente agobiante del hospital, Néstor recogió el Corsa y se encaminó en dirección a la comisaría.

Por el trayecto lo asaltaron los recuerdos de su relación con Sofía desde que la conoció, pero con un esfuerzo los apartó de su mente. Necesitaba ocuparse de asuntos más concretos: tenía que averiguar quién atentó contra su excompañera y el teniente Sastre y por qué. Por otro lado, debía darle prioridad a la investigación del asesinato en los riscos. Las características de ese crimen lo preocupaban. Se trataba de un homicidio frío y ejemplarizante, como si se pretendiera enviar un mensaje a alguien.

Néstor se centró en su caso. ¿Quién era la víctima? ¿Qué hizo para terminar arrojada desde los riscos? ¿Quién cometió el crimen? Se trataba al menos de dos asesinos, pero aun así, para lanzar a un hombre adulto por encima del muro hacía falta mucha fuerza. Además, la víctima ofreció resistencia. Era vital averiguar de quién se trataba. Hasta entonces estarían más perdidos que Adán y Eva el día de las madres.

Luego estaba el «accidente», que tampoco era moco de pavo, aunque en este caso, Néstor confiaba en conseguir la colaboración de Olmedo, el jefe

de Sofía. Él debía saber cuál era la asignación que la llevó de vuelta a Haro. Y eso le podía dar un hilo del cual tirar.

Su móvil volvió a sonar. En la pantalla apareció el escudo de la Policía Nacional, así que la llamada provenía de la comisaría. Solo entonces recordó la cita que tenía con Santiago para que le informara acerca del nuevo fichaje. Salazar consultó el reloj: iba con hora y media de retraso. Goliat estaría subiéndose por las paredes.

Néstor aparcó el Corsa frente a la comisaría y entró. Como siempre, García estaba en la recepción. Enarcó las cejas en cuanto lo vio.

—Inspector Salazar. El comisario ha preguntado por usted tres veces. Me ordenó que le dijera que se presente en su oficina en cuanto llegue.

—De acuerdo, García.

—¿Se encuentra usted bien? Tiene mala cara.

—Después te explico.

Salazar subió las escaleras con prisa y se fue directo al despacho del comisario. Lali lo miró con reprobación.

—¡Inspector jefe! Por fin aparece. El comisario lo espera desde temprano. Será mejor que tenga una buena excusa, porque no está muy contento con usted.

—Gracias Lali. No te preocupes, creo que sobreviviré al encuentro. Avísale de que estoy aquí, por favor.

—¿Se siente usted bien? Tiene mala cara. No habrá sufrido una recaída de sus heridas, ¿verdad? —preguntó la buena mujer con preocupación.

—Nada de eso. De las heridas solo quedan cicatrices y malos recuerdos. Gracias por tu interés.

La secretaria se quedó esperando un momento, por si Néstor le contaba el motivo por el que estaba pálido y traía el ceño fruncido. Él, que siempre era tan alegre. Pero no cayó esa breva. Salazar se quedó mirándola, mientras esperaba que le diera acceso a la jaula del oso.

Lali comprendió que Néstor no soltaría prenda, así que llamó a la puerta del comisario y después de notificarle la llegada del inspector jefe, se hizo a un lado para darle paso a Salazar.

Néstor hizo acopio de valor. Enfrentarse al enfado de su hermano requería una buena dosis de intrepidez y otra de imprudencia, pero también sabía que si sus razones eran buenas, Santiago olvidaría el cabreo con rapidez. Y en esta ocasión, tenía un buen motivo para su retraso.

—¡Vaya! Por fin te dignas a aparecer. Te dejé claro esta mañana que quería hablar contigo antes de que se incorporara el nuevo inspector. Me aseguraste que venías en camino, pero además de que no supe más de ti desde entonces, acabo de recibir una reprimenda del comisario mayor de relaciones públicas, porque uno de mis inspectores anda metiendo las narices en los casos de la Guardia Civil. ¿Quieres explicarme qué demonios estuviste haciendo? Y por cierto, ¿por qué traes esa mala cara?

Joder. Salazar pensó que si alguien más le decía que tenía mala cara, saldría a la calle y al primer coche fúnebre que pasara le gritaría: «Taxi». ¡Que parecía que se hubieran puesto de acuerdo! No se le podía notar tanto, ¿o sí?

Néstor le hizo un breve resumen de los acontecimientos de esa espantosa mañana. En la medida en que hablaba, la expresión del comisario se ensombreció. Él también apreciaba mucho a Sofía.

—¿Crees que se recupere?

—No lo sé, Santiago. Según los médicos, el pronóstico es reservado. Además, es muy probable que queden secuelas aunque salga del coma, y no sé cómo lo afrontará —explicó el inspector, con la voz quebrada. Luego murmuró—… Si despierta.

—Hay que ser optimistas, Néstor. Sofía es joven y saludable. Estoy seguro de que se repondrá.

—Tú no la viste.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, ¿verdad?

—De eso mismo quería hablarte.

Capítulo 10.

No fue fácil convencer a Santiago. El comisario argumentó que Néstor estaba demasiado involucrado y que no sería prudente que interviniera en la investigación del atentado.

—Se trata de Sofía, Santiago. No pretenderás que nos quedemos de brazos cruzados para que el tío que le hizo esto salga bien librado.

—El caso está en manos de la Guardia Civil, Néstor. Y ellos son lo bastante competentes para resolverlo. No nos corresponde a nosotros interferir.

—Para ellos es solo otra investigación. Para nosotros, es Sofía.

—Una razón más para mantener las distancias. ¡Olvídalo! No te ayudaré a meterte en problemas. Ocúpate de investigar el asesinato en los riscos. Creo que eso te dará bastante en qué pensar durante los próximos días. El accidente de Garay no es un asunto que nos corresponda.

—¿Ahora es Garay? —preguntó Néstor, con tono resentido—. Así que según tú, no podemos colaborar con la investigación, porque Sofía es uno de nosotros y eso nos involucra en nuestras emociones.

—Sabes que es así.

—¿Crees que si hubiéramos razonado de esa forma cuando secuestraron a Lucas, lo hubiéramos rescatado a tiempo y a salvo?

—¡No es justo que me vengas con eso ahora, Néstor! Es una situación diferente.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? Lucas es mi sobrino. Había un fuerte componente emocional involucrado. Y gracias a eso pudimos salvarlo.

Santiago iba a responder, pero no supo qué decir. Su hermano lo había vuelto a manipular. Suspiró derrotado.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que quieres en concreto?

—Que hables con el capitán Olmedo para que te diga cuál era la tarea que Sastre y Sofía debían cumplir en Haro. Es más fácil que te lo revele a ti,

que a mí.

—Muy bien, lo intentaré, pero ten en cuenta que podría negarse.

—Olmedo también siente aprecio por Sofía, y estoy seguro de que querrá que atrapemos a ese malnacido tanto como nosotros.

—Lo llamaré cuando terminemos esta reunión y luego te avisaré el resultado. ¿Qué me puedes decir del cuerpo que encontraron esta mañana al pie de la ermita?

—Un espectáculo dantesco —reconoció Salazar.

El inspector le hizo un resumen al comisario de la escena del crimen, las condiciones del cadáver, la imposibilidad de identificarlo y todas las conclusiones a las que se llegaron en el lugar de los hechos.

—No me gusta —reconoció Ortiz—: Más de un asesino, arrojar a una víctima desde la ermita, preocuparse de dificultar su identificación, todo parece…

—Crimen organizado.

—Sí, es lo que estaba pensando. ¿Cuál será tu siguiente paso?

—Averiguar quién es la víctima, por supuesto. No llegaremos lejos si no sabemos a quién investigamos.

—Estoy contigo. Avísame si necesitas más recursos.

Salazar asintió. Entonces recordó que Santiago quería hablar con él desde temprano.

—¿Qué era eso tan importante que tenías que decirme acerca del nuevo inspector?

—Quería advertirte antes de que lo conocieras.

—¿Advertirme sobre qué?

—Creo que los jefes se sacudieron un marrón de encima y nos lo cargaron a nosotros.

—¿Qué tipo de marrón?

—En esta ocasión no nos enviaron un subinspector para sustituir la vacante de otro. Nos asignaron un policía experimentado. Un inspector con más de treinta años de trabajo a sus espaldas.

—Vaya, eso debería ser una ventaja, ¿no es así? Me refiero a que esa experiencia será útil para San Miguel.

—Pues no sé qué decirte…

Salazar inclinó la cabeza a un lado y enarcó las cejas. Le sorprendía la actitud de Goliat. Su hermano no solía ser prejuicioso.

—¿Qué es lo que no me has dicho?

—Los motivos por los que lo enviaron aquí. El inspector Arquímedes Vargas trabajaba en la Jefatura Superior, y debo reconocer que su historial era impecable…

—¿Era?

—Hasta hace dos años, cuando comenzó a comportarse en forma errática. Su expediente incluye ahora una larga lista de faltas a la autoridad, errores de procedimiento y sanciones.

—¿No le hicieron una evaluación psiquiátrica?

—Lleva tres. La conclusión es que es más sano que el brécol, así que no existe ninguna justificación aparente. Al parecer, siempre se ha sentido muy seguro de su capacidad profesional…

—Eso no tiene nada de malo.

—Depende… Los jefes creen que los años le agriaron el carácter y por su experiencia piensa que está mejor capacitado que sus superiores, por lo que tiene una actitud desafiante hacia la autoridad.

—Ya veo, y para resolver su problema, nos lo endilgaron a nosotros.

—Quería advertirte porque estará bajo tus órdenes.

—Ya. Menudo día llevo. Si llego a saberlo, no me levanto de la cama.

—Solo quería advertirte. De cualquier manera, sabes que cuentas conmigo para hacer valer tu autoridad si es necesario.

—Te lo agradezco Santiago, pero sentaría muy mal precedente si debo apoyarme en ti para que mis subalternos me respeten.

—Sé que conseguirás mantener la buena cohesión del equipo.

—Gracias. Y ahora me voy a currar —afirmó Salazar mientras se ponía de pie. La conversación con el comisario le había templado el ánimo—. Por favor, no te olvides de llamar a Olmedo.

—Me ocuparé enseguida. ¿Qué harás ahora?

—Les encargué a Beatriz y Diji que comparen los datos biométricos de la víctima con todos los archivos posibles. Deberíamos tener una identificación en poco tiempo. Una vez que sepamos quién era la víctima, elaboraré una estrategia.

—Me parece bien.

Néstor salió del despacho de Ortiz. Lali lo miró de reojo, así como al comisario, quien acompañó al inspector jefe y lo despidió con una amigable palmada en el hombro. A la secretaria le resultaba sorprendente la facilidad con la que el comisario olvidaba su enfado cuando se trataba de Salazar. Aquel hombre tenía una labia impresionante. Ella misma, sin ir más lejos.

Lo detestaba cuando llegó a esa comisaría y se encontró con un inspector jefe que era la antítesis de la corrección de un detective de la Policía. Y ahora le sorprendía comprobar que hasta le tenía afecto. No se lo explicaba.

Ajeno a las preocupaciones de Lali, Salazar subió al segundo piso. Allí encontró a todo el equipo, incluyendo el nuevo fichaje. Debía estar muy próximo a la jubilación como evidenciaban las abundantes arrugas, el cabello blanco y el bigote canoso y anticuado. Enarcó las cejas en cuanto vio a Néstor aparecer por la puerta.

Salazar saludó y como era habitual, solo Diji respondió con un gruñido. Los demás lo ignoraron, excepto el nuevo inspector, que sin ningún preámbulo soltó lo primero que pasó por su cabeza:

—¡Coño! ¿Este esperpento trabaja aquí?

Capítulo 11.

Vargas miró a Salazar de arriba abajo sin disimular su desprecio. En la sala se hizo un silencio tenso y todos suspendieron sus correspondientes tareas para centrar su atención en el nuevo inspector y su jefe.

—¿Cuál es su nombre? ¿Y quién es su compañero? —preguntó Arquímedes.

—Mi nombre es Néstor Salazar, y mi compañera era Sofía Garay.

—¿La inspectora a quien yo sustituyo? Maldita sea mi estampa. ¿Significa que usted es mi subinspector? Creo que vamos a tener que poner orden por aquí. ¿Le parece que estas son horas de llegar? Y esas pintas… ¿Dónde cree que está? Esta es una comisaría, no el rastro. Usted parece el sobreviviente de un accidente aéreo. ¿Cómo es posible que el comisario le permita trabajar con semejante facha? ¡Es una vergüenza para el Cuerpo Nacional de Policía!

Salazar vio que todas las cejas se enarcaban. Era definitivo, ese no era su día. Decidió seguirle la corriente al recién llegado, al menos de momento.

—Lamento que mi apariencia le desagrade, inspector. Esperaba que se sintiera bienvenido.

—¿Bienvenido? ¿Acaso ha visto a su alrededor? En esta sala hay violaciones al reglamento dondequiera que fije la mirada —Se concentró en Beatriz, quien se encogió un poco en su asiento—. Esta chica, por ejemplo: ¿dónde se ha visto una oficial de policía con el cabello a dos colores? Me trasladaron de la Jefatura Superior para traerme a este circo. Aunque supongo que la intención es que ponga orden y disciplina. Y Dios sabe cuánto lo necesitan.

—¿Ya habló sobre esto con el comisario? —preguntó Néstor.

—¿El comisario? —Arquímedes soltó una carcajada falsa—. Un comisario que permite que se vulnere la disciplina de esta forma, no merece

llamarse así.

Ahora fueron las bocas las que se abrieron. Había que tener valor o tendencias suicidas para insultar así a un superior de la envergadura de Ortiz. El nuevo fichaje ya le estaba hinchando las narices a Néstor

—Muy bien, inspector. Le sugiero que cuando vea al comisario Ortiz, le exponga sus quejas sobre cómo dirige su comisaría. Estoy seguro de que estará muy interesado en saberlo —sugirió Salazar.

—No necesito a ningún superior para imponer la disciplina. De momento, sirva para algo, Salazar y tráigame un café.

A Pedrera se le escapó una risotada que concentró la mirada reprobadora de Vargas y de Néstor a la vez, por lo que simuló que tosía para poder cubrirse la cara con un pañuelo. Los demás tenían los ojos abiertos como besugos en el horno. Diji se disponía a hablar para sacar al nuevo de su error, pero un gesto casi imperceptible del inspector jefe, le hizo comprender que no debía intervenir.

—¿Cómo lo quiere, señor? —preguntó Néstor, con su actitud más sumisa.

—Sin leche y con mucha azúcar. Y asegúrese de que esté caliente, subinspector. No soporto el café frío.

—Sí, señor.

Néstor abandonó la sala, dejando a Vargas satisfecho por su forma de imponer la disciplina, y a un equipo que no salía de su asombro, pero que por ninguna razón se perderían el segundo acto de la tragicomedia que se desarrollaba ante sus ojos. Conocían lo suficiente al inspector jefe para saber que las cosas no se quedarían así.

Salazar bajó a la carrera al segundo piso y se encaminó a la antesala del despacho del comisario. Lali se preguntó qué se traería ahora entre manos, pero se tranquilizó cuando comprobó que solo quería servirse un café.

—Con mucho gusto yo se lo habría subido si me lo hubiera pedido, inspector jefe.

—No te preocupes, Lali. Este prefería servirlo en persona.

Salazar llenó una taza con la infusión que reposaba en la cafetera y la puso en el horno de microondas. La secretaria lo miró de reojo sin comprender. Un minuto después, Néstor sacó la taza, con el café tan caliente que la superficie burbujeaba.

—¿Necesita algo, inspector? —preguntó Eulalia, un poco incómoda por la intrusión en sus funciones.

—Sal. ¿Tienes un poco de sal, Lali?

—Querrá decir azúcar, señor.

Néstor negó con la cabeza y le confirmó que lo que quería era sal.

—En la primera gaveta hay un salero lleno porque algunas veces almuerzo aquí, pero ¿está seguro…?

—Por completo —afirmó Néstor, mientras le agregaba una cucharadita generosa al café—. Gracias Lali… nos vemos después.

Néstor se marchó y dejó a la secretaria confundida. El inspector jefe era extravagante, pero ¿en serio pensaba tomarse ese brebaje? Con razón todos decían que el café que preparaba Salazar era intragable.

El inspector subió la taza en una bandeja con actitud muy seria, entró a la sala y puso la infusión en la mesa de Vargas, con toda la formalidad posible. Satisfecho por haber hecho valer su autoridad, Arquímedes cogió la taza. Frunció un poco el ceño y casi se quema los dedos, pero no dijo nada. Después de todo, Salazar siguió sus instrucciones al llevarle el café muy caliente. El problema se presentó cuando dio el primer sorbo, que escupió de inmediato como si tuviera un aerosol en la boca, antes de comenzar a toser. Todo lo que había sobre su mesa quedó empapado de café, pues con la impresión dejó caer la taza.

—¡Maldita sea su estampa, Salazar! —gritó enfurecido—. ¿Qué coño le puso al café? ¿Es que trata de envenenarme?

Néstor enarcó las cejas y ladeó la cabeza, componiendo su expresión más inocente. Esa que Paca celebraba con maullidos emocionados y movimientos de cola. ¿O era que le pedía comida? En cualquier caso, él prefería creer que era destinatario de congratulaciones felinas.

—¿No le gustó el café, inspector? Lo lamento. Cualquiera aquí le confirmará que no soy bueno preparándolo.

—No me joda, Salazar. ¿Qué le puso, sal en vez de azúcar?

—¿En serio? Qué torpe soy, es que como ambos son blancos y se parecen tanto...

Vargas resopló como un toro miura, frunció el ceño y el bigote le comenzó a temblar. Salazar comprendió que si pudiera, el recién llegado lo estrangularía con sus propias manos y se quedaría tan a gusto, pero Diji se apiadó del nuevo y acabó con la charada.

—Beatriz y yo terminamos la búsqueda que nos encargó esta mañana, inspector jefe. Me temo que las noticias no son buenas.

Arquímedes dio un respingo y abrió mucho los ojos.

—¿Inspector jefe? ¿Usted no es subinspector?

—«Nop».

—¿Por qué no me lo dijo?

—Porque no me lo preguntó. Usted asumió que su rango era superior al mío y decidió abusar de su autoridad. Le permití hacerlo porque quería darle una lección. Verá, inspector Vargas, aquí nos respetamos todos. El trabajo de los subinspectores es tan valioso como el de los inspectores, como el mío, el del comisario o el del guardia que se ocupa de la recepción. Somos un equipo, y ninguno está para traerle el café al otro, a menos que sea por iniciativa propia y cortesía. Y sí, tiene razón. Su café tenía sal en lugar de azúcar.

—¿Necesitaba humillarme delante de todos? —le recriminó Vargas.

—No era esa mi intención, pero sí que comprenda que usted no está aquí para imponerle disciplina a nadie ni para juzgar apariencias, sino para llevar a cabo su trabajo policial lo mejor posible.

—Sí, señor —respondió Arquímedes malhumorado—. ¿Trabajaré con usted?

Néstor se quedó pensando por un momento. Vargas venía en sustitución de Sofía, que fue su compañera, además de que solo su rango era mayor que el del nuevo. Sin embargo, con la que se le venía encima no tenía ánimos para lidiar con un sujeto como Vargas.

—No. Reorganizaremos los equipos. Usted trabajará con Pedrera…

—¿Qué? —preguntó Miguel en tono de protesta. Néstor lo ignoró y continuó el reparto.

—Remigio, tú trabajarás con Beatriz y Diji será mi compañero.

El único que no estuvo conforme con los cambios fue Pedrera.

—Vamos, Salazar… No pretenderás que yo…

Néstor interrumpió a Miguel antes de que expresara lo que con toda seguridad sería una ofensa para Vargas.

—Tú harás lo que yo te ordene. Como todos —sentenció el inspector jefe, con un tono que le recordó al comisario.

Miguel no insistió.

—Ahora volvamos al tajo, que tenemos mucho que hacer. Además, debo comunicaros una mala noticia.

Capítulo 12.

Salazar le informó a su equipo sobre el accidente que Sofía sufrió la noche anterior. Se desató un batiburrillo de exclamaciones, lamentaciones y rumores por la sorpresa y la preocupación que desencadenó la noticia. Todos hablaban a la vez.

—¿Sofía se repondrá?

—¿Se sabe quién causó el accidente?

—¿Quién lo investiga?

—¿Dónde ocurrió?

—Calma —pidió Néstor, aunque él estaba muy lejos de sentirla. Luego les contó lo poco que sabía.

—No me parece bien que la investigación la lleve la Guardia Civil —se quejó Remigio—. Sofía sigue siendo nuestra compañera. Deberíamos ocuparnos nosotros de encontrar al malnacido que le hizo esto.

—No olvides que los guardias perdieron a uno de los suyos —le respondió Salazar—. Además, por el lugar donde el coche se volcó, la investigación les corresponde a ellos.

—¿Cómo puedes decir algo así y quedarte tan ancho? —protestó Pedrera—. Tú, más que nadie deberías tener interés en participar en el caso.

—No serás tú quien me diga lo que debería hacer, Miguel. Sospecho que el asesinato de los riscos nos va a mantener bastante ocupados. ¿Cómo vais con los casos pendientes?

Los compañeros de Salazar lo miraron como si no lo pudieran reconocer. No podían creer que se apartara de las indagaciones relacionadas con el atentado contra Sofía de manera tan conformista. En realidad, Remigio no se lo creyó. Policía viejo y conociendo a su inspector jefe, adivinó que detrás de la aparente indiferencia de Néstor bullía un volcán. Sin embargo, decidió callar. Miguel fue el primero que respondió a la pregunta de Néstor.

—Beatriz y yo nos reuniremos hoy con un informante, que está dispuesto a delatar al camello que mantiene inundada de farlopa la zona sur de la ciudad.

—Muy bien. Tú y Vargas seguiréis con ese asunto. Contaré con vosotros cuando lo hayáis atrapado. ¿Qué me decís vosotros? —le preguntó a Remigio.

—Diji y yo ya tenemos las pruebas necesarias para arrestar a Venancio Turín por estafa agravada. El tío se hizo pasar por sobrino de uno de los ancianos de la residencia Santa Devoción. El muy cabrón escogió a uno con Alzheimer para ganarse la confianza de los demás, y luego los convenció de que era buena idea invertir sus ahorros de toda la vida en un negocio con ganancias excepcionales.

—Déjame adivinar: se trataba del esquema *Ponzi*.

—El mismo —confirmó Toro—. Me sorprende que todavía haya gente que caiga en esa trampa.

—De ingenuos está el mundo lleno —confirmó Néstor—. Si ya tenéis las pruebas…

—Ayer enviamos el informe sustentado con las evidencias, así que ya debe estar lista la orden de busca y captura.

—Perfecto. En ese caso, tú y Beatriz podéis concluir ese asunto hoy mismo. Es probable que os necesite para la investigación del asesinato.

—¿De qué se trata? —Salazar les informó lo que sabía acerca del crimen por el que lo llamaron aquella mañana—. Muy bien, entonces cada quien a su tarea. Beatriz, antes de que te vayas, dime si el jefe Barros te envió la información sobre la víctima de los riscos.

La subinspectora asintió.

—Sí, señor. Tenemos aquí una copia con los datos biométricos, incluyendo fotografías y las huellas dactilares. Diji y yo no tuvimos tiempo de cotejarlo con todos los archivos, pero hasta ahora le puedo decir que no tiene antecedentes criminales. Tampoco hay ningún registro de que cruzara ningún paso fronterizo. Sin embargo, todavía faltan bases de datos por comparar.

—Bien, esperemos que alguna arroje resultados. Si se trata de un inmigrante en situación ilegal, nos veremos en dificultades para identificarlo. Y sin identificación…

—Así no habrá dios capaz de resolver el caso —opinó Miguel.

—En eso estoy contigo. Ahora, cada uno a lo suyo. Diji, termina tú de cotejar datos a ver si consigues el nombre de nuestra misteriosa víctima.

Después de que los detectives salieron a cumplir sus correspondientes tareas, Néstor dejó a Cheick con las narices metidas en el ordenador y bajó a su despacho. Tenía que cumplir una penosa obligación.

Salazar ubicó el expediente de Sofía en la base de datos del personal de la Policía, y buscó el número telefónico de su madre.

La conversación con la madre de Sofía, a quien no conocía, fue lo más difícil que se había visto obligado a hacer en mucho tiempo. La pobre mujer estalló en lágrimas cuando él le contó lo que ocurrió.

—¿Pero se pondrá bien?

—Me temo que los doctores no lo saben, señora Garay.

—¡Como quisiera estar allí!

—Si desea venir, la ayudaré en lo que necesite, y mi casa está a la orden para usted.

—Gracias, hijo. Ya me dijo Sofía que eres un encanto, pero me temo que no es tan sencillo. Mi salud no me permite grandes desplazamientos y necesito cuidados constantes. Allí solo sería un estorbo.

—Lo lamento.

—Daría lo que no tengo por poder acompañar a mi hija en estos momentos tan difíciles, pero me tranquiliza saber que estás con ella. Sé cuánto os queréis y lo bueno que fue para ella que entraras en su vida.

Néstor se quedó en silencio por un momento. Tuvo la impresión de que Sofía no le contó a su madre que terminaron su relación la primavera pasada.

—Néstor, ¿estás ahí?

—Sí, señora Garay. Descuide, Sofía está bien atendida y yo me ocuparé de que no le falte nada.

—Eso me deja más tranquila. No dejes de llamarme para mantenerme informada.

—Por supuesto.

Salazar colgó con un suspiro. No le dijo a la madre de Sofía que el accidente fue provocado. Un dato así solo le causaría más preocupación a la pobre mujer, que al fin y al cabo no podía hacer nada.

No había soltado el auricular cuando entró una llamada en su móvil. Era Valentina.

—No sabes la que se lio por aquí —le dijo a modo de saludo.

—Lo imagino. La queja ya le llegó a mi comisario.

—Costa le echó una bronca de padre y muy señor mío a Marcos, y a mí me obligó a marcharme de la escena del crimen sin ningún tipo de consideración. Es un… mejor no lo digo. Las paredes oyen.

—Olvídate de Costa. Encontraremos la forma de darle esquinazo. Ya hice algunos movimientos para averiguar cuál era la misión de tu marido y Sofía.

—¿Ah, sí? ¿De quién conseguiste colaboración?

—De momento prefiero reservarme ese dato, pero hay buenas probabilidades de que lo averigüemos. ¿Crees que podrás conseguir la información técnica?

—Después de la reacción de Costa no será fácil que alguien quiera colaborar conmigo, pero haré lo posible. ¿Qué necesitas?

—Pienso que es importante identificar a qué tipo de coche pertenece la pintura negra… Por otro lado, tal vez la bala que mató a tu marido nos permita identificar el arma homicida. Lo siento. Comprendo que esto debe ser muy difícil para ti.

—Más difícil sería dedicarme solo a llorar a Alonso, que es lo que quiere Costa, Al menos así sé que estoy haciendo algo útil para descubrir a ese maldito.

Capítulo 13.

El inspector llamó a la morgue para preguntar cuándo se realizaría la autopsia del desconocido. Estaba de suerte. La llevarían a cabo en cuarenta y cinco minutos, lo que le daba tiempo suficiente para estar presente.

Después de avisarle a Lali que iba a salir, recogió las llaves del Corsa y le dio instrucciones a García para que enviara al agente Echevarría a la ermita de San Felices.

—Dile que averigüe quiénes estuvieron ayer en la tarde por allí. Me refiero a guías turísticos, vigilantes o cualquiera que hubiera podido presenciar el crimen.

—Le daré sus instrucciones. ¿Usted cree que puede encontrar un testigo?

—No caerá esa breva, pero debemos intentarlo.

—De acuerdo. ¿Es cierto lo que se dice acerca de la inspectora Garay?

—¿Qué se dice?

—Que sufrió un accidente de coche y que está muy mal.

—Me temo que hay mucho de cierto en el rumor —le confirmó Néstor, al mismo tiempo que reafirmaba su convicción de que no hay profesión más cotilla que la de policía. Bueno, el periodismo, tal vez. Pero a esos les pagaban por serlo.

—Espero que se mejore pronto —dijo el agente—. Le tengo mucho aprecio.

—Como todos, García, como todos.

Néstor no quería seguir hablando del atentado a Sofía, así que le dijo al oficial que tenía prisa y salió de la comisaría. Cuarenta minutos después entraba en la morgue. El ambiente aséptico y el penetrante olor a formol del depósito de cadáveres no contribuyeron a mejorar su ánimo, pero era su deber sobreponerse.

Antes de que tuviera oportunidad de reunirse con el forense, su móvil comenzó a sonar. El inspector comprobó la hora. Aun disponía de unos minutos y quien llamaba era Casimiro, así que respondió.

—Hola, Casi, ¿qué tienes para mí?

—Cómo se ve que te mueve el interés. Ya ni disimulas, cabrón. Aquí me tienes, sin haber desayunado si quiera y presionando a mis chicos para que le den caña a los análisis porque es un caso tuyo. No me mereces.

—Al contrario, Casi. Te tengo en tan alta estima que te prometo que en cuanto tenga unos minutos libres, te llevo un piscolabis para demostrarte mi agradecimiento.

—Eso ya está mejor. Que sea con doble crema y chocolate.

—Anotado.

—Y no te olvides del café.

—Cuenta con ello.

—De acuerdo, entonces volvamos a la escena del crimen. No íbamos desencaminados en nuestras apreciaciones: en el suelo de la ermita había rastros de poliuretano mezclado con tierra.

—¿En español?

—Es un material común en las suelas de los zapatos.

—Lo cual concuerda con el desgaste de los que usaba la víctima.

—A eso iba: hasta que encontramos ese rastro no tenía muchas esperanzas de conseguir algo de utilidad en el mirador. Es un lugar turístico, por lo que lo pisan docenas de personas todos los días. Eso significa que llegar a una conclusión certera en el peritaje sería casi imposible, porque se trata de una muestra muy contaminada, pero…

—No es así en este caso.

—El poliuretano nos proporciona una ventaja.

—¿Esos restos de suela no podrían tener otro origen? ¿Un turista, por ejemplo?

—Hay que ver que eres aguafiestas.

—Solo estoy pensando como lo haría un abogado.

—Ni siquiera tienes puñetera idea de quién es el asesino y ya estás calculando lo que te puede servir para el juicio… En fin, ¿me dejas explicarme o te mando a la porra?

—Vale, escucho.

—Como tú mismo señalaste, la marca de poliuretano se corresponde con el desgaste de la suela de los zapatos de la víctima. Por otro lado, el

suelo no hubiera quedado impregnado de esa forma solo por pisar. Para un desgaste así, es necesario que el calor derrita en parte el material sintético…

—Como ocurriría en caso de fricción…

—¿Te quieres callar y dejar que te lo explique?

—Vale, me callo.

—Como te decía, para dejar esa marca, la suela debió estar sometida a calor, como ocurriría en caso de fricción. Eso significa que la tierra alrededor de la marca la dejó la víctima. Ya les ordené a mis chicos que la comparen con la que había en la suela de los zapatos del cadáver, para que demostremos su presencia en la ermita.

—Creo que sobre ese detalle no hay ninguna duda, Casi —le señaló Néstor—, es el único lugar desde donde pudieron lanzarlo.

—A la porra no, te voy a mandar a un lugar menos agradable y más oloroso…

—No te enojes, Casi. Te agradezco tu interés por ayudarme.

—¿Quién te dijo que lo hago por eso? Te recuerdo que es mi trabajo, el cual hago mejor con el estómago lleno, por supuesto.

—Entendido.

—Pero no me dejaste terminar de explicártelo. Cuando comprobemos sin lugar a dudas que las marcas de poliuretano en la ermita pertenecen a la víctima, podrás convencer a cualquier juez que se trató de un homicidio. Significaría que alguien arrastró a este hombre hasta el muro y que él se resistió con mucha fuerza, hasta el punto de que la fricción de sus pies sobre el suelo derritió parte de la suela.

—Será de gran ayuda como evidencia física para construir el caso, aunque te confieso que sobre ese aspecto yo no tengo la menor duda.

—¿Lo ves? Eres un aguafiestas.

—¿Qué podemos esperar del análisis de la tierra? ¿Nos permitirá precisar dónde estuvo la víctima?

—Eso depende de qué tan común o singular resulte la muestra.

—De acuerdo, en ese caso esperaremos los resultados.

—¿Ya tienes idea de quién era el difunto?

—Negativo. Ahora mismo voy a presenciar la autopsia, a ver si me entero de algo.

—Pues como no tenga los órganos bordados con su nombre, no creo que arroje muchas luces.

—Hoy amaneciste graciosillo.

—¿Y qué esperabas? Mi mujer me despidió con un té de flores silvestres o algo así. Vaya, agua caliente con edulcorante artificial. Ah, y una galleta de arroz inflado que me infló a mí los… Vamos, que salí de mi casa con un humor, que me entraron ganas de ladrarle al cartero y casi muerdo al perro del vecino. Mi único consuelo es el sarcasmo.

—Pues me alegro de que pudieras desahogar tus frustraciones. Para eso estamos los amigos.

—Para eso y para ayudarme a superar los campeonatos de hambre a los que me somete mi mujer.

—Ya te prometí que te visitaría, Casi, pero tengo que buscar el momento.

Del otro lado de la línea se escuchó un suspiro resignado.

—De acuerdo. Resistiré.

—Si pasas tanta hambre, ¿por qué no envías a un mensajero para que te compre el desayuno?

—¿Y traicionar la confianza de mi mujer? ¡Jamás! —sentenció Barros en voz demasiado alta. Luego agregó en un susurro—: Además, sospecho que uno de estos cabrones le informa de mis movimientos.

Salazar contuvo una carcajada. Después de despedirse y confirmarle que no se olvidaría de su refrigerio cuando lo visitara, Néstor colgó con una sonrisa, pese al día que llevaba. Continuó avanzando en dirección a la sala de autopsias y se preparó para el mal trago.

Capítulo 14.

Cuando Salazar por fin entró en la morgue le pareció que lo hacía en una nevera. El ayudante del forense lo recibió con un gruñido y le entregó el traje de protección para que pudiera presenciar la autopsia. Por supuesto que eso significaba que tendría que quitarse el gabán y la chaqueta del traje. Con el frío que hacía allí abajo. En fin, ya le decía su madre que el que algo quiere, algo le cuesta.

Se apresuró en ponerse la bata, el gorro, la mascarilla, los guantes y los protectores para los zapatos. Al terminar parecía un astronauta en el paro. Cuando entró en la sala de disección, Robles lo miró con desaprobación.

—¡Ah, es usted!

¿Y a quien esperaba? ¿A Mortadelo disfrazado de espantapájaros? Era más o menos como se sentía el inspector, pero no iba a darle el gusto al merluzo del forense, así que se hizo el sordo y no respondió. Se acercó al cuerpo que yacía cubierto por una sábana.

—¿Ya consiguieron identificarlo? —preguntó el doctor.

—Trabajamos en ello, pero todavía no ha habido suerte.

Robles resopló con desprecio, al mismo tiempo que retiraba la sábana que cubría a la víctima. El desconocido ya estaba desnudo por completo. En ese momento, sus ropas ya se encontrarían en el laboratorio de Casimiro, donde las someterían a todo tipo de pruebas.

Bajo la intensa luz de la lámpara, Salazar detalló el cuerpo, mientras Robles se preparaba para grabar sus descripciones.

—La víctima es un hombre caucásico de piel morena y cabello oscuro. Al examen superficial se evidencia una fractura abierta del cráneo con pérdida de la masa encefálica —Robles comenzó a palpar el tórax y las extremidades del cuerpo. Entonces continuó su exposición—: «fractura conminuta» de todos los huesos del brazo y la pierna izquierdos y fractura

oblicua del húmero derecho. Costillas astilladas con posible perforación del pulmón… Lo sabremos cuando hagamos el examen interno.

Así continuó el forense durante la siguiente hora. Como señalaba el protocolo de autopsias, cogió muestras de debajo de las uñas del cadáver, de la sangre y del contenido gástrico, con la finalidad de realizar todo tipo de análisis. Por otro lado, no quedaban dudas acerca de la causa de la muerte. Casi todos los huesos de la víctima sufrieron fracturas o fisuras, y varios de sus órganos internos estallaron con el impacto o los perforaron las esquirlas de esos mismos huesos. En todos sus años como policía, Salazar jamás había asistido a una autopsia donde el cadáver tuviera tantos daños, pero era de esperarse si se tenía en cuenta la forma en que murió. Lo que sí resultó interesante fue la confirmación de que no todas las heridas fueron consecuencia del impacto en los riscos.

—¿Puede explicarme qué significa eso?

—Ya le había comentado acerca de las marcas en los brazos, que indican que lo sujetaron con fuerza cuando todavía estaba vivo.

—Y son el principal indicio de que se trató de un homicidio —confirmó Salazar—. Entre otras razones por su simetría.

—No solo por eso. En los cadáveres no se forman hematomas porque ya no hay circulación: toda la sangre desciende por gravedad, y forma las livideces que nos permiten determinar la posición en que ocurrió la muerte —El inspector asintió y comprendió a qué se refería el forense.

—La víctima no solo tiene hematomas en los brazos —señaló Néstor.

—A eso me refiero. Hay uno enorme en el abdomen y tiene un ojo hinchado, además de que en el corte de la mejilla, los bordes se encuentran inflamados. Eso significa…

—Que le dieron una paliza antes de arrojarlo al vacío —concluyó Salazar.

—Me quitó las palabras de la boca. Es probable que los asesinos creyeran que el impacto contra las rocas escondería los golpes que recibió en vida.

—Por suerte, estos sujetos no están versados en medicina forense —afirmó Néstor. Tulio frunció las cejas, preguntándose si se estaría burlando de él. No llegó a ninguna conclusión, así que continuó.

—Por si quedara alguna duda, tiene marcas en las muñecas que sugieren que estuvo atado.

—¿Cuerdas, grilletes?

—No tienen estrías y son demasiado delgadas para corresponder a grilletes. Yo diría que fueron bridas de plástico.

Salazar asintió y fijó su atención en las manos del cadáver. Las miró con detenimiento, tocó las palmas y los dedos, pero no dijo nada. Robles esperó con impaciencia.

Después de terminar la autopsia, ambos salieron de la sala de disección y se encaminaron a los vestidores. Salazar se quitó el disfraz de cirujano devaluado, y se lavó las manos hasta casi desgastárselas. Luego se reunió con Robles en su oficina.

—Creo que sus descubrimientos serán vitales para la investigación, doctor Robles. ¿Cuándo nos enviará el informe?

—Tendrá una copia en su correo en un par de horas. Mañana le enviaré un mensajero con el original firmado y sellado, para la sustentación del caso.

—Excelente —dijo el inspector, mientras le estrechaba la mano.

Después de despedirse del forense, Néstor llamó a Cheick, le hizo un pequeño resumen de los hallazgos de la autopsia, y le preguntó si tenía algún resultado con respecto a la identidad de la víctima.

—Me temo que no hay nada, señor. Ese hombre es un fantasma.

—No creo en fantasmas, Diji. Es probable que se trate de un inmigrante sin papeles y me temo que eso nos pondrá muy difícil su identificación.

—Ni siquiera sabemos de dónde vino.

—Sí. Todo se dificulta con la desaparición de las etiquetas. Por su apariencia podría ser marroquí, árabe o romaní, pero tú mejor que nadie sabes que las apariencias engañan. También podría ser más español que el jamón de jabugo.

—¿Un trabajador sin papeles?

—Tal vez.

—No parece muy convencido, señor.

—Los trabajos en negro suelen ser manuales, Diji… Y este hombre no trabajó con las manos en toda su vida.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque esas actividades causan ampollas y dejan callos. Las manos de la víctima podrían ser las de un príncipe.

—¿Tiene alguna teoría, inspector? —quiso saber Cheick.

Néstor lo pensó por un momento.

—Con lo poco que sabemos solo podemos elucubrar, pero si tenemos en cuenta que hubo al menos dos asesinos, la paliza previa al homicidio y la forma tan brutal en que lo mataron, yo diría que querían enviar un mensaje ejemplarizante.

—Una organización criminal.

—Y el muerto pudo ser una oveja descarriada. Eso explicaría la ausencia de indicios acerca de su identidad, así como la delicadeza de sus manos. Los delincuentes no suelen tener callos.

—¿En qué tipo de organización está pensando, señor?

—Por la brutalidad del asesinato, es probable que se trate de distribución de drogas.

—¿Y este sujeto sería un camello?

—Solo es una opción.

—Si me perdona, veo una grieta en su teoría, inspector.

—Valoro mucho tus dotes de observación, Diji. ¿Qué es lo que te chirría?

—Que una organización así utilice como camello a un sujeto sin papeles. Los dejaría vulnerables.

—Tienes toda la razón. Es posible que no nos encontremos ante un inmigrante en situación ilegal, sino frente a alguien que usaba documentación falsa.

Cheick guardó silencio por un momento, mientras meditaba las palabras de su jefe.

—Sería una documentación que le proporcionó la propia organización —concluyó Diji.

—Y de la que se apoderaron antes de matarlo.

—Pero señor, ninguna organización criminal va a tomarse la molestia de hacer una identificación falsa para un simple camello. Si estamos en lo cierto, la víctima debió ser alguien importante para ellos.

—Lo cual aumenta la presión para que descubramos su identidad.

—Ya no me quedan archivos por revisar, señor.

—En España, pero tal vez es hora de ampliar un poco el radio de búsqueda.

Capítulo 15.

Néstor subió al Corsa, inquieto por las dificultades que se le presentaban. ¿Cómo iniciar la investigación del asesinato de una víctima a la que no podían identificar? No tenían idea de quiénes eran sus conocidos ni sus enemigos, dónde vivía o trabajaba, cuáles eran sus motivaciones o por qué alguien querría acabar con su vida de una forma tan brutal. Era como avanzar por un desfiladero con los ojos vendados. Si no conseguían averiguar quién era el hombre que yacía en la morgue, no sería posible encontrar a sus asesinos.

Sin embargo, si Diji y él estaban en lo cierto y la víctima vivió con una documentación falsa, eso abría una vía de investigación. Y Néstor sabía muy bien dónde tenía que ir para averiguarlo.

Desvió la ruta hacia la calle Padre Risco y aparcó cerca. Sintió un nudo en el estómago cuando recordó la primera vez que se adentró en esas callejuelas, para interrogar al mismo hombre al que tenía intenciones de visitar en ese momento. Ahora Teófilo Rosales formaba parte de la lista de informantes de la comisaría, lo cual reducía los riesgos, pero su sobrino Borona seguía mirando a Salazar con desconfianza, y con ganas de poner su cabeza como trofeo de caza en cualquiera de las paredes de la tipografía clandestina, así que el inspector no se confiaba. Antes de abandonar el Corsa llamó a Lali y le informó lo que iba a hacer. Era su seguro de vida, por si Borona tenía un mal día.

Se adentró en las estrechas callejuelas y se detuvo ante la desvencijada puerta del taller. Después de llamar un par de veces, Borona se asomó.

—Ah, es usted —dijo con disgusto. Abrió la puerta de inmediato, cogió del brazo al inspector y lo metió de un tirón. Entonces se volvió a asomar, se aseguró de que nadie hubiera visto al visitante y volvió a cerrar.

Néstor dio un traspié y casi se cae por la violencia del tirón. En una de las mesas estaba sentado Rosales, concentrado en revisar un pasaporte con

una lente de aumento como la que usaban los relojeros. Levantó la cabeza de su trabajo y echó una ojeada rápida al policía.

—Inspector… ¿A qué debemos el honor de su visita?

—¡No me gusta este policía, Teo! Sus visitas nos van a traer problemas.

Salazar echó una rápida ojeada a su espalda. Borona estaba frente a la puerta, con la pistola en la pretina del pantalón y la mano sobre la culata. Néstor sintió un escalofrío en la espalda. Teófilo suspiró, dejó lo que estaba haciendo y se puso de pie.

—Ya lo hemos discutido, Borona. Yo decidiré en quién confiamos. Ahora vete a buscar un café para el inspector.

—¡Qué se lo busque él mismo! —exclamó Borona de mal humor, antes de abandonar la habitación.

Teófilo no le quitó la vista de encima hasta que desapareció por una puerta lateral. Luego volvió a suspirar y negó con la cabeza.

—Perdone el exabrupto de mi sobrino, inspector. Ya sabe lo impulsiva que es la juventud.

—Espero que no lo bastante impulsiva para usar el arma que lleva en la cintura.

Teófilo encogió un hombro.

—Le hace sentir importante, pero no creo que la haya usado nunca.

—Mientras no la estrene conmigo…

Teófilo soltó una risa nerviosa, que no contribuyó a la tranquilidad de Salazar.

—No vino hasta aquí para hablar del mal carácter de mi sobrino, inspector. ¿En qué puedo ayudarlo?

Néstor sacó su móvil y le mostró al falsificador una de las fotografías de la víctima que les envió el jefe Barros.

—Sospechamos que usaba identificación falsa. ¿Lo conoces?

Teófilo observó el rostro con detenimiento.

—Joder, ¿qué le pasó a este tío? Le abrieron la cabeza como un melón.

—Lo tiraron desde el mirador de la ermita.

Rosales apartó la mirada de la fotografía y la fijó en el policía para comprobar si le decía la verdad.

—¡Joder, qué bestias! —Teófilo negó con la cabeza—. Es la primera vez que veo a este sujeto, pero si me muestra los documentos, le podré decir si son auténticos o no, y también quién fue «el artista».

—Es parte del problema. No tenía ningún tipo de documentación, y le arrancaron las etiquetas a la ropa.

—Así que no saben quién es.

—Ni puñetera idea —confesó Salazar.

—En ese caso no creo que pueda ayudarlo. Mi especialidad son las falsificaciones, pero a este no le hice ninguna. Y sin los documentos no puedo darle mi opinión profesional.

Salazar asintió. Teófilo era un delincuente, pero se consideraba a sí mismo un artista.

—Muy bien, Teo. Solo te pido un favor… —Rosales prestó atención— Que mantengas los ojos y los oídos muy abiertos. Si llegas a saber algo sobre este asunto, avísame. No importa la hora del día o de la noche.

—Está desesperado, ¿no es así?

—Digamos que necesitaré toda la ayuda posible. La identidad de la víctima es fundamental para descubrir al asesino.

—De acuerdo. Le avisaré si me entero de algo. Reconozco que a pesar de lo que Borona piensa de usted, siempre ha sido legal conmigo. Y yo soy un hombre de palabra.

A Néstor le sorprendía la «ética» de la que presumía un pillo como Teófilo, que siempre se dedicó a la falsificación, aunque tenía que reconocer que desde que trabajaba para ellos se mantenía recto como una vela. Sus «falsificaciones» ahora se limitaban a réplicas de obras de arte que se vendían como lo que eran, con todas las autorizaciones legales del caso. Nada de meter gato por liebre. Y también colaboraba con los expertos de la Policía en el reconocimiento e identificación de documentos falsos. Vamos, un ciudadano ejemplar. Aunque Salazar siempre estaba atento por si volvía a los viejos hábitos.

—¿Cómo va el nuevo negocio?

—Más trabajo y menos euros, pero al menos duermo mejor por las noches. Debo reconocer que su intervención fue providencial, inspector. Soy un artista de la vieja escuela y cada vez resultaba más difícil colársela a las autoridades, así como competir con los jóvenes, que se desenvuelven con la tecnología como pez en el agua.

—Me alegra saber que te mantienes en el buen camino. ¿Qué hay de Borona? No parece muy contento con el cambio.

—Él hará lo que yo le diga. Es mi sobrino y le tengo aprecio, pero no creo que sea útil sino para intimidar.

—¿Y a quién necesitas intimidar si te mantienes dentro de la Ley?

—Usted no lo entiende, ¿verdad? Tengo un nombre que cuidar. Si llegara a saberse que colaboro con la Policía, terminaría como ese sujeto de la fotografía. Todos creen que sigo trabajando en lo mismo, pero que tengo un contrato de exclusividad con un grupo criminal que opera desde otra provincia. Por supuesto que el grupo, la provincia y los detalles son un secreto muy bien guardado. Tanto, que en realidad no existen.

—¿Y puedes mantener semejante charada?

Teófilo se encogió de hombros.

—Borona sabe la verdad. Los demás se conforman y no hacen más preguntas.

Salazar abandonó el taller de Rosales un poco decepcionado. Sin embargo, tenía la sensación de que el viejo falsificador le había dicho algo importante, solo que no podía precisar de qué se trataba. Continuó dándole vueltas a la cabeza hasta que se encontró de nuevo frente a la comisaría.

Capítulo 16.

Salazar regresó frustrado a San Miguel. Había confiado demasiado en que su entrevista con Rosales arrojaría alguna luz sobre la identificación. Sin embargo, todavía conservaba la esperanza de que Diji encontrara algo en su contacto con las fuerzas policiales de los países vecinos. En pleno siglo XXI no era posible el anonimato, y en eso confiaba.

Si algo tenía que agradecer era que los retos que le planteaba el asesinato de la ermita mantenían su mente ocupada, aunque el recuerdo del estado de Sofía lo asaltaba por momentos y a traición. Él hacía lo posible por mantenerlo apartado, pues era consciente de que no podía hacer nada al respecto. Con respecto a detener al responsable, tendría que esperar a que se pusieran en marcha los engranajes que echó a andar.

Después de saludar al paso a García, subió las escaleras hasta el segundo piso. Encontró a Diji solo en la sala común. Era extraño que Beatriz no estuviera pegada a su silla y trabajando en el ordenador, pero le satisfizo que la subinspectora se ocupara también de tareas de calle. Tal vez la rotación le hiciera bien a su carrera. Estaba seguro de que a la hora de tutelar a la joven, Remigio sería más generoso que Miguel.

Cheick apartó la vista del ordenador cuando el inspector cruzó el umbral. Se echó hacia atrás en la silla y suspiró.

—¿Algún avance? —le preguntó Néstor.

—Sí, señor. Tenía razón. Interpol me envió el expediente de la víctima, así que ya lo identificamos.

Salazar casi se pone a dar saltos de alegría. Entonces le surgió una duda que le despertó el gusanillo de la preocupación.

—¿Por qué no me avisaste por teléfono, Diji? Me hubieras ahorrado un viaje al taller de Rosales.

—Lo lamento, señor. Preferí esperar a que llegara porque no consideré prudente proporcionarle la información por teléfono. Ni siquiera anunciarle

que ya tenía la respuesta.

Néstor enarcó las cejas. ¿Quién sería ese individuo para que Cheick fuera tan precavido?

—Me tienes en ascuas. ¿Por qué lo tenía fichado Interpol? ¿Era un terrorista, un pederasta, traficante de drogas?

—Nada de eso… Era un agente.

—¿Un agente?

—Así es, señor. Su nombre era Akram El Hashem, y era de origen marroquí, pero trabajaba para la oficina de Interpol en Bélgica. Lo enviaron como agente encubierto.

—¿Por qué no nos avisaron de que uno de ellos trabajaba de incógnito en nuestra jurisdicción? Le hubiéramos proporcionado protección y tal vez hoy no estaría muerto.

—Les hice la misma pregunta. Se deshicieron en disculpas, pero lo que saqué en conclusión es que el asunto que investigaba Akram era muy grave, involucraba muchas conexiones locales y no sabían en quién podían confiar.

—¿Te dijeron eso?

—No, señor. Son las conclusiones a las que llegué, porque no me creí la excusa que me dieron de memorandos perdidos.

Néstor se quedó pensativo un momento y luego asintió.

—Estoy de acuerdo contigo. Supongo que ahora serán menos reticentes a colaborar con nosotros.

—Enviaron un expediente de varias páginas con la información completa y están dispuestos a responder todas nuestras preguntas.

—Vaya. Por fin podremos trazar una estrategia para este caso. ¿De qué se trata?

—Tráfico de estupefacientes, pero a una escala enorme. Desde hace unos tres o cuatro años, Europa Occidental recibe cientos de kilos de cocaína de alta pureza que cruzan todos los controles. Después de una laboriosa investigación determinaron que entra por España a través de la costa gallega, desde donde la envían a La Rioja. De aquí se distribuye a Europa.

—¿Cómo?

—El primer indicio lo tuvieron por un narcotraficante que pillaron en Bruselas, y que aceptó delatar a sus colegas a cambio de beneficios procesales. Les informó acerca de una empresa de transporte de mercancías de nombre SINTE. El dueño es Rolando Vázquez y tiene antecedentes por

contrabando de tabaco en su juventud. Cumplió dos años de condena. Se le suponía limpio desde entonces.

—Prepara una copia impresa del expediente, Diji. Debo hablar unos minutos con el comisario, pero luego tú y yo visitaremos esa empresa de transporte. Pídele las llaves del Corsa a García, tú conducirás mientras yo leo el documento que envió Interpol.

—Sí, señor.

Néstor bajó al primer piso y le preguntó a Lali si el comisario lo podría recibir. La secretaria le pidió que aguardara un momento, y después de anunciarlo, le permitió pasar. A Lali le sorprendía que a pesar de lo mal que se llevaban el comisario y el inspector jefe cuando se conocieron, terminaron siendo tan amigos.

Ortiz apartó la mirada del informe que leía para centrarla en su hermano. Sabía a lo que venía y se preguntó si sería buena idea complacerlo. Estaba seguro de que Néstor no se mantendría al margen, y le preocupaban las consecuencias que sus actos podrían acarrearle a su carrera profesional y hasta a su vida.

—Supongo que quieres saber los resultados de mi conversación con Olmedo.

—¿Te dijo cuál era la misión de Sofía?

Santiago suspiró, al mismo tiempo que hizo un gesto con la mano con el que invitó a Néstor a sentarse. Él en cambio se levantó de la silla y comenzó a moverse en un paseo corto detrás de su escritorio.

—El capitán y su equipo recibieron un chivatazo sobre un asunto importante.

—¿Sobre qué?

—Un sicario. Un sujeto que se hace llamar Carlitos y que se encuentra en busca y captura desde hace seis años por cinco asesinatos.

—¿Cómo es que no lo han detenido todavía?

—Nadie conoce su verdadera identidad. La investigación sobre Carlitos estaba a cargo del teniente Sastre. Él atendió la llamada del primer homicidio, y lo perseguía desde entonces.

—Si no saben quién es, ¿cómo establecieron la relación entre los cinco asesinatos que se le atribuyen?

—Por el arma. Según el informe que me envió el capitán Olmedo, Carlitos tiene predilección por una *Sig sauer p230*. Los cinco crímenes se cometieron con la misma pistola.

—¿Cómo terminó Sofía metida en este asunto?

—Olmedo recibió la orden de colaborar en el caso junto con una grabación. Se trataba de la llamada de un informante que afirmaba tener pruebas contra el sicario, pero solo las entregaría en persona. Los oficiales asignados para la tarea debían reunirse con él en Haro.

—¿Por qué Olmedo?

—Los mandos decidieron que la persona más idónea para asistir a esa reunión era el teniente Sastre, pero temían que se tratara de una trampa, así que quisieron garantizar la seguridad del teniente. Esa es una de las tareas del grupo de Olmedo: proporcionar protección a ciertas personas en situaciones de alto riesgo, cuando ese peligro se relaciona con asuntos oficiales.

—Así que Sofía estaba allí para actuar como guardaespaldas del teniente Sastre.

—Y para apoyarlo en la investigación. Los jefes le ordenaron a Sastre que se presentara en Madrid para informarle acerca de la situación en persona y ponerlo en contacto con Olmedo. Escogieron a Sofía como su compañera por su conocimiento del terreno.

—¿El informante era anónimo?

—Ese detalle no está claro. Sospecho que los jefes y el propio Sastre sabían de quién se trataba, pero el nombre no trascendió. Tal vez con la intención de protegerlo. De cualquier forma, no se han tenido noticias de él desde la noche del accidente.

—¿Cómo supo Carlitos que lo iban a delatar?

Santiago se encogió de hombros.

—No lo sé, Néstor. Lo que sí tengo claro es que este es un asunto muy turbio y que lo más recomendable es que te mantengas alejado.

—Supongo que no hablas en serio —protestó Salazar, frunciendo el ceño y envarándose en la silla. A Santiago le recordó a su padre cuando se enfadaba.

—Piénsalo bien, hermano: es un asunto que la Guardia Civil investiga desde el principio. Es posible que la supuesta delación fuera una trampa que tendió el propio sicario. Si continúas con esto, te vas a meter en la boca del lobo a ciegas. No quiero que termines como Sastre…

—O como Sofía —sentenció Salazar—. Dime, Santiago, si alguien dejara en coma a Carmela, ¿te sentarías a esperar con los brazos cruzados a que otro encontrara al responsable?

Ortiz suspiró y se pasó la mano por la cara y la cabeza.

—¡Maldita sea, Néstor! ¿Cómo te las arreglas para salirte siempre con la tuya?

Salazar ladeó la cabeza y dibujó una sonrisa de granuja que Ortiz recordaba de sus días de infancia.

—Soy un cabrón de mucho cuidado, pero eso sí, con un gran encanto natural.

A pesar del dramatismo de la situación, el comisario no pudo sino reírse.

—No tengo dudas de que me voy a arrepentir de esto, pero puedes contar conmigo para cubrirte. Encuentra al maldito que atentó contra Sofía, que yo me encargaré de que los mandos no te molesten. Eso sí, ten mucho cuidado. No quiero perderte, hermano.

Capítulo 17.

El inspector salió del despacho de Ortiz con un objetivo: identificar a Carlitos y hacerle pagar por lo que le hizo a Sofía. No sería fácil, en especial porque trabajaría en contra de la corriente, pero estaba decidido a conseguirlo y no permitiría que se lo impidieran. Era lo único que podía hacer por su excompañera.

Sin embargo, las indagaciones sobre el sicario tendrían que esperar un poco. Su deber era descubrir quiénes fueron los que arrastraron al agente de Interpol hasta el mirador de la ermita, y lo arrojaron al vacío. Ahora se trataba del asesinato de un colega. Y esas eran palabras mayores.

Diji ya lo esperaba en la puerta de la comisaría y como acordaron, el subinspector se encargó de conducir el Corsa. Antes de centrar su atención en el informe de Interpol, Néstor llamó a Remigio. El veterano inspector le atendió enseguida. Salazar escuchó el murmullo de voces, acompañado del tintineo de platos y vasos característico de un bar, como si se tratara de un fondo musical.

—¿Cómo va el asunto del estafador?

—Viento en popa —respondió Toro, en cuanto terminó de tragar el bocado—. Ya Venancio va camino a la Penitenciaría para cumplir su arresto preventivo, hasta que comience el juicio. A ese canalla no lo salva ni la caridad.

—¿Dónde estás?

—Celebrando el final feliz. Beatriz y yo decidimos que nos merecíamos un buen almuerzo, en recompensa por el deber cumplido.

—Lamento ser aguafiestas, Remigio, pero os necesito en el caso de la ermita.

—Ya habías tardado mucho en joder —se quejó Toro—. A ver, ¿qué quieres?

—Lo primero que debéis saber es que la víctima era un colega: se trataba de un agente de Interpol que trabajaba encubierto.

—¡La madre que me parió! Y supongo que eso le dará relevancia a todo el asunto.

—Hasta ahora todos se han mostrado muy prudentes, pero supongo que las presiones comenzarán pronto.

—De acuerdo, ¿qué quieres que hagamos?

—Primero terminad de almorzar. Que no se diga que soy un tirano.

—Tú no eres tirano, tan solo un poco cabroncete.

—Hombre, aunque sea por guardar las apariencias, un poco más de respeto —protestó Néstor.

—¿Apariencias? Vamos, no me jodas. ¡Qué vas a hablar tú de apariencias!

—Hoy estás muy soez, Remigio.

—Me pongo así cuando me joden la celebración de un éxito, además del almuerzo, pero termina de decir qué es lo que quieres.

—Vale, te lo compensaré en cuanto pueda. Ahora hay que volver al tajo. Necesito a Beatriz frente a su ordenador. ¿Puedes tomar nota?

—Tengo puesta la función manos libres y ella está escuchando con los dedos listos en su móvil. Ah, y tiene la cara roja como una gamba cocida. Suéltalo de una vez, que ella lo anota a su modo.

—De acuerdo. Que averigüe todo lo que pueda sobre la empresa transportista SINTE y su dueño, un tal Rolando Vázquez. Diji encontró que tiene antecedentes y pagó prisión por dos años. Me interesan todos los detalles. Solicítale una orden al juez para que te autorice a revisar sus libros contables. Basa tu petición en el informe de Interpol.

—Copiado. ¿Qué hago yo? Y será mejor que no me mandes a cotejar listas.

—De momento no hay ninguna lista. Todo el asunto está relacionado con tráfico de drogas y SINTE está involucrada. Habla con tus informantes, a ver si saben algo sobre el envío a Europa Occidental de grandes cargamentos o si escucharon cualquier rumor sobre la empresa.

—¿De dónde proviene la mercancía?

—Según Interpol, entra por las costas gallegas.

—De acuerdo, preguntaré por ahí. ¿Qué vas a hacer tú?

—Diji y yo vamos en camino hacia la transportista. Tengo interés en averiguar lo que el señor Vázquez tiene que decir acerca de este asunto.

—¿Qué nuevas hay sobre Sofía? ¿Ya sabemos quién causó el accidente y por qué?

Salazar guardó silencio por unos instantes, y luego respondió. Su tono de voz era más grave.

—Sabes que esa es una investigación que lleva la Guardia Civil.

—No me jodas, Salazar. No cuela. Estoy seguro de que tú no vas a dejar ese asunto en manos de un tercero.

—Es lo que toca, Remigio.

—Pues muy bien. De cualquier manera, si en algún momento en el que «no te estás ocupando» de ese asunto necesitas ayuda, cuenta conmigo. Yo también le tengo aprecio a Sofía y quiero que ese malnacido pague.

Salazar meditó por unos segundos.

—De acuerdo. Te lo agradezco mucho, Remigio. Si llego a saber algo, te lo diré. Ahora…

—Sí, claro, ahora al tajo, que el asesinato de un agente de Interpol tampoco es moco de pavo.

Néstor terminó la llamada y se concentró en el folio que le entregó Diji. Incluía un breve resumen de las indagaciones que hicieron concluir a la Policía belga que la droga que inundaba sus calles había pasado por España, cómo descubrieron al distribuidor local y las declaraciones del sujeto delatando a sus cómplices peninsulares. En cuanto terminó la lectura del expediente, quiso intercambiar impresiones con su compañero.

—Supongo que tú ya conoces el informe completo.

—Sí, señor.

—¿Puedo saber tu opinión?

El gigante subsahariano suspiró.

—¿Honesta?

—Por supuesto.

—La confesión del traficante que atraparon me pareció un poco… genérica —Néstor esperó que el subinspector se explicara—. Lo que quiero decir es que menciona a la transportista, pero no precisa nombres.

—Entonces tuvimos la misma impresión —le confesó el inspector—. Solo reconoce que la droga se transporta en los camiones de SINTE, pero no precisa quiénes son los que están involucrados dentro de la transportista.

—La deducción lógica es que el dueño sea el principal responsable de lo que ocurre en su empresa. En especial porque tiene antecedentes por contrabando.

—Tienes razón, pero necesitaremos algo más que lógica frente a un juez. En especial si la acusación trae incluido el homicidio de un policía.

—¿Usted cree que Vázquez podría ser inocente?

—Es demasiado pronto para sacar una conclusión, Diji. Por eso quiero conocer al sospechoso, interrogarlo y hablar con los empleados de SINTE.

—Ya llegamos.

Néstor miró por la ventanilla. La empresa contaba con un enorme garaje que albergaba varios camiones de carga. Los había de diferentes tamaños, con o sin refrigeración. El inspector no podía imaginar un negocio más propicio para practicar el contrabando. Y sin embargo, aquellos camiones fueron revisados docenas de veces y siempre estaban limpios. Se preguntó qué sería lo que se les escapaba. Tenía la certeza de que Akram lo averiguó y por eso terminó muerto. Ya Diji lo esperaba de pie junto al Corsa. Néstor abrió la puerta y salió a enfrentar el frío de la ventosa tarde riojana.

Capítulo 18.

En cuanto entraron al garaje de SINTE los invadió un penetrante olor a gasolina y solventes químicos, que le desencadenó a Salazar una irritante tos seca. Los dos policías atravesaron una nave capaz de albergar más de una docena de camiones, pero en ese momento solo había aparcados seis. Era previsible que la mayoría se encontraran en funcionamiento. A un lado había una pequeña puerta metálica que daba acceso a una estrecha escalera del mismo material, por la que subieron hasta alcanzar una segunda puerta, esta vez de cristal.

La secretaria los vio en cuanto llegaron al último escalón, y les abrió desde su escritorio. Un timbre anunció que tenían libre acceso, así que entraron. La mujer pasó la mirada de Salazar a Diji y de regreso a Salazar. Tenía las cejas enarcadas. Néstor pensó que él con su aspecto desaliñado y Diji con el color de su piel y los dos metros de envergadura, debían formar una pareja muy peculiar. Por suerte la oficina estaba aislada de la nave y climatizada, así que en cuanto la puerta de cristal se cerró, desapareció el desagradable olor que tanto molestó a Néstor y lo sustituyó el suave aroma floral del perfume de la secretaria.

—¿En qué podemos servirles?

—Policía Nacional —dijo el inspector, con su identificación en la mano —. Queremos hablar con el señor Rolando Vázquez.

—¿Hay algún problema, inspector? —preguntó la secretaria, mientras estudiaba el carné de Salazar y se aseguraba que la foto correspondía a la persona que tenía frente a ella.

—Si no le importa, preferimos discutirlo con el señor Vázquez.

—Sí, por supuesto —afirmó la mujer, mientras usaba la centralita para comunicarse con su jefe.

Néstor le hizo un gesto a Diji para que se quedara con la empleada. El subinspector comprendió de inmediato. La secretaria le dio paso a Salazar y

él entró en el despacho. Más que una oficina parecía un cuchitril. Era tan pequeño que solo albergaba un escritorio, y un pequeño archivo. El inspector supuso que no haría falta mucho más para dirigir una empresa como esa. Detrás de la mesa de trabajo había un hombre que rondaba los sesenta años con el cabello entrecano liso y un poco largo, que no encajaba muy bien con la barba de candado. Su expresión era tan amarga, que parecía que venía de hacer gárgaras con vinagre.

—Diana me dice que son de la Policía. ¿En qué puedo ayudarlos?

—¿El señor Akram El Hashem trabajaba para usted? —preguntó Salazar, mientras le mostraba su identificación a Vázquez.

—Trabaja, pero no vino hoy. ¿Se metió en problemas?

—¿Podría decirme cuál era su labor aquí?

—Se ocupa de hacerle mantenimiento a los camiones antes de que salgan.

—Entonces cumplía labores de mecánico —concluyó Néstor—. ¿Ustedes mismos reparan sus camiones?

—Está confundiendo mis palabras. Mis camiones deben recorrer cientos de kilómetros para llegar a su destino. Antes de que salgan, alguien debe asegurarse de que todo funciona bien. Eso nos evita sorpresas desagradables en el camino que pueden salir muy costosas. Ese es el trabajo de Akram. Cuando encuentra alguna falla mecánica, la reporta y entonces enviamos el vehículo al taller para que lo reparen.

—Comprendo. ¿Cuándo contrató al señor El Hashem?

—Hace seis meses, pero antes de que siga haciendo preguntas, dígame: ¿por qué se refiere a Akram en pasado? Ya le dije que sigue siendo mi empleado. Yo no lo he despedido.

—Me temo que el señor El Hashem no volverá a trabajar para usted ni para nadie más. Lo asesinaron ayer por la noche.

Vázquez abrió mucho los ojos y su rostro perdió el color.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Es lo que tratamos de averiguar. Por eso necesito su colaboración. ¿Cómo era su relación con Akram?

—Buena. Quiero decir, normal. No nos íbamos de copas juntos, pero había respeto entre nosotros.

—¿Dónde estuvo ayer entre las nueve y las once de la noche?

—¿Soy sospechoso?

—De momento, todos los que se relacionaron con la víctima lo son.

—Yo… Eh… A esa hora estuve en una reunión con un cliente. Bebimos una copa y conversamos acerca de un contrato.

—¿Puede decirme el nombre de ese cliente?

—Armando Cardona. Mi secretaria le proporcionará los datos. La cita está en mi agenda desde hace dos semanas. ¿Qué fue lo que pasó, inspector?

Salazar se preguntó por un momento si debía proporcionarle información al jefe de Akram, que además era el principal sospechoso de su asesinato. Entonces comprendió que la noticia pronto sería del dominio público. Eso, si ya no estaba en todos los medios de comunicación.

—Lo arrojaron desde la ermita de San Felices.

—¡Por Dios Santo!

—¿Desde cuándo es dueño de esta empresa?

—Cinco años. La fundé con un socio que no soportó las exigencias del trabajo, así que me vendió su parte hace tres años. Yo la dirijo solo desde entonces.

—Sus camiones llegan hasta Europa Occidental, ¿no es así?

—Veo que está muy bien enterado de los movimientos de mi negocio. Así es, inspector. Tengo clientes que exportan a Bélgica y Holanda, lo cual no es un delito.

—No dije que lo fuera. ¿Por qué asumió que lo acusaba de algo?

Vázquez suspiró con impaciencia.

—No soy tonto, inspector. Desde hace algunos meses hay un repentino interés en mi empresa por parte de las autoridades españolas y belgas. Detienen varios de mis camiones con regularidad para revisar la carga a conciencia. Eso significa que hay una lupa sobre SINTE por alguna razón. Sospecho que mis antecedentes criminales tienen relación con el asunto.

—¿Sus antecedentes criminales? —preguntó Salazar, inclinando la cabeza y enarcando las cejas. Expresión de panoli hecho a la medida. Una de las favoritas de Paca.

—No se haga el tonto, inspector. Sé cómo trabaja la Policía. Antes de visitarme, usted revisó mi historial y sabe que estuve en la cárcel por contrabando. Era un adolescente imbécil que se dejó embaucar. Creía que me ganaría unas pelas extras por traer tabaco de Portugal para venderlo de este lado. ¿Sabe para qué quería ese dinero? —Néstor negó con la cabeza —. Quería comprarme una motocicleta. Lo que conseguí fue perder dos años de mi vida y quedar marcado por el resto de mi existencia.

—Parece haberse recuperado después de eso —afirmó el inspector, al mismo tiempo que abarcaba el espacio con las manos.

—No me venga con la historia de que tuve suerte. ¿Sabe cuál fue mi fortuna? Trabajar como una bestia de carga. ¿Y sabe qué? Cuanto más trabajo, tengo más suerte.

—Necesitaré que me proporcione todos los datos que tenga sobre Akram El Hashem: su expediente laboral, dirección, número telefónico, los turnos que cumplió y los días que faltó.

—Le ordenaré a Diana que se lo prepare.

Néstor asintió y se levantó del asiento. O Vázquez era un hombre honrado, cuya empresa usaba un tercero para el contrabando o se trataba de uno de los criminales más astutos con los que el inspector se había cruzado. Todavía era pronto para llegar a una conclusión. Le dejó su tarjeta al dueño de la transportista y salió del despacho.

A Diji no se le veía por ningún lado y Salazar comprendió que estaría interrogando al resto de los empleados. La secretaria tenía el auricular del teléfono pegado a la oreja. Colgó enseguida y miró al inspector con el ceño fruncido. Lo consideraría culpable de darle trabajo.

—Si espera un momento, le prepararé la información sobre Akram.

—¿Lo conocía usted?

—De saludarnos cuando nos cruzábamos. Su compañero me dijo que lo asesinaron anoche —añadió Diana, compungida—. Es espantoso. Tan solo ayer compartimos un café y hoy...

—Sí, es desconcertante —reconoció el inspector, al mismo tiempo que recordaba a Sofía.

Apartó la idea de su cabeza. Necesitaba concentrarse en el caso que tenía entre manos para no venirse abajo. Mientras la secretaria preparaba el expediente, Salazar se ocupó de recitar en su mente todas las provincias de España y sus capitales. Iba por Badajoz, cuando Diana le entregó una carpeta. Después de darle las gracias a la diligente secretaria, el inspector bajó a la nave.

Cheick se encontraba tomando notas al pie de la escalera. Levantó la cabeza cuando escuchó los pasos de su jefe.

—¿Averiguaste algo interesante, Diji?

—Hablé con algunos de los chóferes y con los mecánicos que hacen mantenimiento a los vehículos. Ninguno se consideraba amigo de Akram.

No les agradaba porque hacía demasiadas preguntas, y eso causaba desconfianza. Alguno de ellos sospechaba que se traía algo entre manos.

—¿Tuvo problemas con alguien?

—Con nadie. Todos se relacionan con cordialidad, pero mantenían las distancias con el nuevo.

—¡Cuánta desconfianza!

—Tal vez se deba a que todos están nerviosos. Algunos se preocuparon cuando me presenté como policía. Uno de ellos me confesó que es porque casi todos los empleados de SINTE son exconvictos. Dicen que el señor Vázquez sabe lo difícil que es reincorporarse a la sociedad si se tienen antecedentes, así que les brinda una oportunidad de trabajo cuando salen de prisión.

—Interesante. Tal vez el señor Vázquez sea una especie de buen samaritano que tiende la mano a un grupo social que está en desventaja…

—O…

—O puede ser una forma de garantizar lealtad, además de asegurarse de que su personal estará dispuesto a participar en negocios ilegales.

—¿Qué cree usted?

—Que debemos seguir investigando. Hay un hecho indiscutible: algo descubrió El Hashem en SINTE que lo convirtió en víctima de un asesinato.

Cuando salían de la empresa de transporte, Néstor se detuvo en seco. Diji lo miró con curiosidad.

—¿Ocurre algo, señor?

—Ese sujeto, el que acaba de subir al Seat León… Yo lo he visto antes.

Cheick asintió.

—No me sorprende. Es probable que lo reconociera por su ficha policial. Su nombre es Doru Ungur, es rumano y salió de la cárcel hace un año.

—¿Cuál fue su delito?

—No quiso responder a esa pregunta. Dijo que no era asunto mío.

—Es una buena razón para averiguarlo. ¿Qué hace aquí?

—Es el chófer personal de Vázquez y según los demás trabajadores, también su empleado de confianza.

Capítulo 19.

En el camino de vuelta, Néstor llamó a Beatriz, quien ya se encontraba en San Miguel frente a su ordenador. Araya le confirmó lo que le dijo el dueño de SINTE. Cuarenta años atrás, a Rolando Vázquez lo arrestaron cuando descargaba un camión cargado con tabaco de contrabando, que provenía de Portugal. Lo condenaron a dos años. Desde entonces se había mantenido limpio.

Salazar se preguntó si se habría reformado porque aprendió la lección o si sería lo bastante astuto para evitar que lo descubrieran. De momento era el sospechoso más probable, pero debían mantener un criterio amplio y no cerrarse a otras posibilidades, pues todo lo que tenían contra él era circunstancial.

—Buen trabajo, Beatriz —reconoció el inspector— Averigua todo lo que puedas sobre la transportista: fecha de registro, balances, pago de impuestos. Cualquier dato por trivial que parezca, podría servirnos.

La subinspectora confirmó que se ocuparía de inmediato y Salazar finalizó la llamada. Entonces Néstor se dirigió a Cheick:

—Tengo trabajo para ti, Diji: Vázquez tiene coartada. Afirma que a la hora del homicidio estaba reunido con un cliente. Su nombre es Armando Cardona. Por favor, confirma si es cierto. También quiero que averigües todo lo que puedas sobre Ungur.

—Sí, señor. ¿Cómo cree que ejecutan la operación?

—No lo sé, Diji. Según los informes de la Policía belga que nos envió Interpol, ellos ya revisaron las cargas de SINTE con suficiente frecuencia y cuidado como para detectar cualquier contrabando. Y nunca encontraron nada.

—Pero debe haber algo.

—Si Akram acabó estrellado contra los riscos fue porque descubrió algo importante. Ahora nos corresponde a nosotros averiguar de qué se trató.

El móvil de Salazar los interrumpió. Néstor miró la pantalla y se le hizo un nudo en el estómago. Era Valentina, así que respondió de inmediato.

—Me alegra encontrarte, Néstor —dijo la joven guardia en voz baja—. ¿Tienes algún dato sobre la misión de Alonso y Sofía?

El inspector resumió la conversación que sostuvo con Santiago acerca de Carlitos.

—Eso explica muchas cosas. Ese nombre me resulta conocido. Alonso estaba obsesionado con atraparlo. Yo también tengo noticias.

—Te escucho.

—El cenutrio de Costa vetó mi acceso a cualquier informe relacionado con el caso, pero Alonso tenía buenos amigos dentro del cuerpo. Uno de ellos accedió a proporcionarme algunos datos. Aunque son extraoficiales.

—Comprendido. ¿Qué te dijo?

—Aquí no puedo hablar. ¿Por qué no nos encontramos en algún lugar?

—De acuerdo. ¿Recuerdas dónde vivo?

—Por supuesto.

—En los bajos del edificio hay un bar. Su nombre es La Callecita. Te esperaré allí.

—Nos vemos en veinte minutos.

Salazar colgó y le dijo a Diji que después de almorzar regresara a la comisaría para que cumpliera sus órdenes. Cheick asintió sin decir nada. Cuando estaban a punto de llegar a San Miguel, el subinspector se atrevió a hablar.

—¿La llamada que recibió tiene relación con el atentado contra Sofía, señor?

—Es un asunto personal, Diji.

—Sí, señor —El subinspector volvió a callar. Un minuto después, no pudo contenerse más—. Inspector, si necesita ayuda de cualquier tipo para atrapar al que le hizo daño a Sofía, puede contar conmigo.

—Te lo agradezco, Diji, pero es un asunto que le corresponde a la Guardia Civil.

—Aun así, sostengo mi oferta. Solo quería que lo supiera.

—Lo tendré en cuenta.

Al llegar a la comisaría, Diji decidió que sería buena idea acercarse al bar más cercano para comer un bocadillo, antes de regresar a la comisaría y cumplir los encargos de su jefe.

—Me parece bien. Yo también aprovecharé para comer algo.

Unos minutos más tarde, Néstor ya estaba en su mesa favorita del bar de Gyula, picoteando algunos embutidos que le sirvió su amigo después de insistir mucho. El inspector tenía el estómago cerrado, pero sabía que debía reponer fuerzas, porque sospechaba que la jornada sería larga y difícil.

Aprovechó el momento para informarle a Gyula acerca del sicario y pedirle que indagara en la calle con mucha precaución.

—Sé discreto —le pidió Néstor—. Si este tío fue capaz de atentar contra un guardia civil y una agente de la Policía Nacional, es porque no tiene barreras de contención.

—Descuida. Sé a quién preguntar y cómo.

—Te lo agradezco.

Su amigo le palmeó el hombro en un gesto solidario y regresó a sus labores.

Al cabo de cinco minutos, Valentina apareció en el umbral. Lo localizó de inmediato y se apresuró a sentarse a su mesa.

—¿Quieres almorzar? Yo invito.

—Te lo agradezco, Néstor, pero no podría comer nada ahora,

Salazar respetó la decisión de su amiga. Después de que el camarero le sirvió un café a cada uno, Valentina habló con libertad.

—La pareja de Alonso en la Guardia era un sargento de nombre Cordido. Eran buenos amigos, así que… bien, el sargento está dispuesto a ayudarnos.

—¿Le hablaste de mí?

—Espero que no te moleste, Néstor, pero le preocupaba que yo interviniera sola en este asunto, así que le confesé que contaba con tu ayuda. Eso lo tranquilizó y estuvo más dispuesto a colaborar. Tu nombre no es desconocido en la Guardia.

—De acuerdo. ¿Qué te dijo?

—Según los peritos, la abolladura en el guardabarros del coche de Alonso fue a consecuencia del impacto de un vehículo muy potente, con una considerable altura…

—Así que no fue un turismo.

—Piensan que se trató de una camioneta de carga. Todavía no han llegado los análisis de los restos de pintura. Tal vez esa evidencia nos permita ser más precisos en cuanto a la marca y el modelo, pero es lo que tenemos de momento.

Salazar asintió antes de hablar.

—Con un poco de suerte nos ayudará a identificar el vehículo.

—Hay otro detalle importante con respecto a la camioneta. En el terreno quedaron marcas de las llantas. El laboratorio de la Guardia tiene las fotografías. Al parecer se trata de un modelo muy común, pero Cordido me comentó que están esperanzados por unos defectos que las individualizan.

Salazar también se alegró cuando escuchó ese dato. Sabía que ese tipo de marcas eran producto de defectos de fábrica o de cortes en la llanta debido a piedras y otros obstáculos en el camino. Eran el equivalente a una huella dactilar.

—¿Podrías conseguir copias de esas fotografías? No te lo pediría, pero es importante.

—Ya las tengo. Te las enviaré a tu móvil en un minuto.

—Grandioso.

—Hay más. Recuperaron la bala que mató a Alonso. Según el laboratorio de balística de la Guardia, se trata de un calibre 7.65, 9 milímetros. Todavía no determinan el modelo del arma a la cual corresponde, pero están en el proceso.

—Tal vez sirva de ayuda. Yo comenzaría por la *Sig sauer p230*.

—Esa es…

—El arma favorita de Carlitos.

Valentina asintió.

—Se lo haré saber a Cordido, aunque estoy segura de que ya Costa tiene toda la información acerca de la misión que me dejó viuda y llevó a Sofía al borde de la muerte.

Después de discutir las opciones, llegaron a la conclusión de que era demasiado pronto para elaborar una lista de sospechosos. Valentina terminó su café y se despidió. Entonces Salazar abrió el mensaje con las fotografías y las estudió con detenimiento. En una de las llantas derechas había una enorme muesca que debió dejar una piedra filosa. Si encontraban un sospechoso que condujera una camioneta, ese detalle delataría a Carlitos. Ahora solo faltaba encontrar la aguja en el pajar.

Capítulo 20.

El inspector decidió visitar a don Braulio. Si alguien podía averiguar qué se cocía en las calles era el viejo excomisario reciclado en detective privado. Después de recoger el Corsa en la comisaría de nuevo, Néstor se trasladó hasta la calle Conde de Haro. Entró al edificio aprovechando la salida de un vecino descuidado, y subió las escaleras hasta la oficina del detective. Como era costumbre, la sala de espera estaba desolada. Evelia lo recibió poniendo los ojos en blanco.

—¡Ah, es usted! Lo que me faltaba para completar el día.

—¿Don Braulio se encuentra en su despacho? —preguntó Salazar, sorprendido porque el viejo detective no se asomó para ver quién era la visita, como ya era costumbre.

—Sí está, pero va a tener que esperar unos minutos, porque se encuentra ocupado.

Néstor enarcó las cejas. A pesar de que Quintero había sido un policía de primera, no tenía mucho trabajo como detective.

—Si está atendiendo un cliente, puedo volver más tarde.

—Ni se le ocurra. Si se llega a enterar de que estuvo aquí y yo lo dejé ir, me monta un pollo que ni Calimero.

—¿Calimero no era un pato?

—Tenía plumas y pico, ¿no es así?

—Sí, claro.

—Pues eso. Usted me entiende, así que no se haga el cazurro conmigo que ya lo tengo pillado. Además, don Braulio no está ocupado con un cliente. No caerá esa breva —A Néstor le picó la lengua por preguntar qué era lo que centraba la atención de su amigo, pero se contuvo. No quería parecer cotilla, que lo era. Sin embargo, no fue necesario. A Evelia también le picaba la lengua, pero por decirlo—. En esta ocasión se trata de su novia.

—¿Novia? ¡No sabía que Quintero tuviera una novia!

—Pues ya ve. ¡A buenas horas, mangas verdes! —sentenció la secretaria, sin ocultar su molestia—. No llevan mucho tiempo saliendo. Cosa de un par de semanas.

—¡Pero eso es genial! —exclamó Néstor, contento por su amigo—. Así don Braulio tendrá alguien que se preocupe por él. No estará tan solo.

La mirada que le lanzó Evelia hubiera sido capaz de abrir un agujero en un muro de concreto. Hasta el punto de que Salazar estuvo tentado a agacharse para esquivarla. De inmediato Evelia soltó un bufido despectivo.

—¡Hombres! Todos son iguales. Solo ven la superficie. Ya lo que falta es que usted lo apoye en esta estupidez. ¿Quién le dijo que don Braulio está solo? ¿O es que acaso yo no llevo años preocupándome por él? ¿Y alguna vez he recibido el menor reconocimiento por ello? ¡No! Solo órdenes, Evelia haz esto, Evelia haz aquello, tráeme un café, archiva este documento... pero llega una pelafustana con aires de señorona y todo lo que dice va a misa… ¡Y a usted le parece que todo está de perlas!

—Yo… —acertó a pronunciar el inspector y cerró la boca de inmediato, que como estaba el patio, cualquier cosa que dijera sería usada en su contra.

—Sí, claro. Que si la señora dice un viaje por Europa, ¡hala, a gastarse hasta el último euro y a la porra los ahorros de toda la vida! Porque claro, a la muy… ya usted me entiende —Néstor asintió. Como para no hacerlo—. A la «señora» le queda un buen pellizco con la comisión. Luego vendrá «Paco con la rebaja». De cualquier forma, aquí está Evelia para recoger lo que quede y a ver cómo pago yo después las facturas, que si es por clientes, aquí no entra ni el Tato. Solo amiguetes que vienen a pedir favores por la cara. Y por cierto, ¿qué lo trae por aquí?

Salazar no sabía si sentirse aludido, pero el calor le subió a las orejas. Tenía la impresión de que había aparecido un enorme foco sobre su cabeza que lo señalaba como el amiguete abusador de turno.

—Yo… quería hablarle a don Braulio de un asunto.

—Para pedirle un favor, supongo.

—Sí, pero uno pequeñito —dijo con humildad.

Evelia se disponía a abrir la boca para soltarle otro discurso, cuando la puerta del despacho de don Braulio se abrió y el detective apareció en el umbral. Estaba radiante y parecía haber rejuvenecido diez años. ¡Ah, el amor! El inspector suspiró con alivio.

—¡Néstor, hijo, qué alegría verte por aquí! Pasa, pasa. ¿Llevas mucho tiempo esperando? Lo siento, es que me pongo a hablar por teléfono y se

me va el santo al cielo.

Salazar aprovechó para alejarse de Evelia y refugiarse en el despacho de Quintero. Pasó junto a la secretaria manteniendo una distancia prudencial, que con el humor que tenía ese día, era capaz de lanzarle un mordisco.

—No, si acabo de llegar. Se ve usted muy bien, don Braulio.

—Es que me siento muy feliz. Evelia, ¿podrías traernos un café?

La empleada asintió con el ceño fruncido y refunfuñando en voz baja.

—No para mí, gracias —dijo Salazar—. Acabo de tomarme uno en el bar.

El ceño de Evelia se frunció todavía más, lo cual le hizo sospechar al inspector que hacía bien en rechazar la infusión. Por eso de que el azúcar y los laxantes se parecen mucho y pueden confundirse con facilidad.

Una vez dentro de la oficina, el policía y el detective se sentaron a cada lado del escritorio.

—Me dijo su secretaria que tiene una pareja y que se va de viaje, don Braulio.

—¿Ya te lo contó? Quién lo diría, con lo formal que es Evelia, y resulta que después de tantos años me ha salido cotilla. Pues sí, hijo, sí. Encontré una chavala, pero qué chica.

—¿Es muy joven? —preguntó Salazar con cierta preocupación. Don Braulio ya contaba setenta y cinco años, y Evelia insinuó que la novia buscaba aprovecharse de él. No quería ser prejuicioso, pero el detalle lo preocupó.

—Pues debo reconocer que sí. Tiene sesenta años.

Néstor soltó un suspiro de alivio. Comprendió que a los setenta y cinco, cualquiera por debajo de los setenta sería calificado de chaval, igual que a los seis, todos los que superaban los dieciocho eran viejos. Cuestión de perspectiva.

—¿Y cómo la conoció?

—Pues mira, un viejo amigo me entusiasmó con la idea de hacer un *tour* por los pueblos de La Rioja. Él acaba de regresar y lo pasó muy bien. Me recomendó una agencia de viajes que se especializa en paseos para jubilados. Así que seguí su consejo y me presenté en la agencia con esa intención. Allí la conocí. Ella organiza los paseos. Su nombre es Gisela Estévez, y es lo más salado que hay desde que se descubrió el Mar Muerto. Con decirte que me convenció de hacer un *tour* por Europa, pues yo nunca

he salido de España y ahora me apetece. Pasamos dos horas conversando y planificando. Y al final, la invité a cenar.

—Lo deslumbró.

—Pero de qué manera. Con decirte que al día siguiente regresé con la excusa de que no entendía una de las cláusulas que firmé, pero la verdad era que quería volver a verla. Esta vez la invité a almorzar. Y desde entonces las cosas fueron volviéndose más y más personales, hasta que decidimos conocernos mejor.

Salazar se alegró por su amigo, que se veía más feliz que nunca. Comprendió que Evelia estaba enfadada porque sentía celos de la nueva mujer en la vida de su jefe.

—Pues lo felicito, don Braulio. Si alguien se merece ser feliz, ese es usted.

Evelia entró en ese momento con el café de Quintero en una bandeja y le lanzó una mirada asesina al inspector que lo hizo encogerse en el asiento. Joder, preferiría enfrentarse desarmado a un asesino en serie, que a Evelia enfadada. Don Braulio ni se enteró, cogió su taza y le dio las gracias a su secretaria. Ella salió del despacho sin quitarle la vista de encima a Salazar. Parecía decirle: «ya nos veremos las caras, ya».

El inspector se sintió aliviado cuando la puerta se cerró al salir la secretaria. Quintero dejó la taza sobre el plato después de beber un sorbo y centró su atención en Néstor.

—Muy bien, chaval. Supongo que tienes algún encarguito para mí.

El inspector asintió y le contó todo lo que sabía acerca del asesinato de Akram. Por no dejar pasar la oportunidad, también le habló de Carlitos y el «accidente».

—Pues lamento mucho lo que me cuentas, hijo. Sé cuánto quieres a esa chica. Te confieso que nunca había escuchado hablar de ese sujeto… Carlitos, pero haré algunas preguntas. Con respecto al otro asunto, déjame averiguar qué se dice en las calles acerca de SINTE y su dueño. Mi viaje está programado para el próximo mes, así que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Gracias, don Braulio. No esperaba menos de usted.

Antes de salir del despacho, Salazar recordó que estaría obligado a pasar de nuevo cerca de Evelia y tenía que reconocer que la idea lo acobardaba. Cruzó el área de peligro casi a la carrera, mientras murmuraba una despedida poco convincente. Solo se sintió a salvo cuando volvió a

pisar la calle. Mientras subía al Corsa, Néstor llamó a Lali y le dijo que organizara una reunión de todo el equipo.

Capítulo 21.

Mientras recorría el trayecto hasta la comisaría, el inspector le dio vueltas al caso que tenía entre manos. Todo apuntaba a que los asesinos del agente de Interpol provenían de la transportista, pero todavía no estaba seguro de si se trataba de Vázquez o si alguno de sus empleados iba por libre. Aunque quería concentrarse en Akram y su desafortunado destino, no pudo evitar pensar una y otra vez en Sofía. La enfermera no se comunicó con él en todo el día. ¿Habría olvidado su promesa o sería que Sofía continuaba igual? El nudo que Néstor sentía en el estómago era un recordatorio constante de su angustia.

Cuando llegó a San Miguel, saludó a García al paso y subió al segundo piso. Allí encontró a todo el equipo reunido, incluyendo a Pedrera y Vargas.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirnos? —le preguntó Miguel—. ¿Se trata de Sofía?

—No. Debemos ponernos al día con las investigaciones pendientes. Ya Remigio y Beatriz cerraron el caso del estafador. ¿Cómo os fue a vosotros con el camello?

—Está identificado y lo mantenemos bajo vigilancia —dijo Pedrera—. Su nombre es Borja Campos. Según mis informantes, era un distribuidor pequeño hasta hace dos años, cuando de repente comenzó a medrar. Ahora es capaz de abastecer todo el sur de la ciudad sin dificultad. Queremos averiguar quién le suministra la mercancía en esas cantidades.

—Pienso que también es importante encontrar para quién trabaja, quién lo protege —sugirió Vargas. Cuando tuvo la atención de todo el grupo, el nuevo inspector metió los pulgares en la pretina del pantalón, y se echó hacia atrás en el asiento.

—¿Por qué piensa que trabaja para alguien? —preguntó Beatriz.

—Eso es evidente, chiquilla. El sur era territorio de Malacara. Este Borja no hubiera podido ni asomarse a esa zona, de no ser porque al capo

anterior lo encontraron con el cuello rebanado en un burdel de las afueras de Haro hace dos años. ¿Casualidad? No lo creo. Alguien lo respaldó para que aprovechara el vacío que dejó su predecesor.

—Las fechas coinciden —reconoció Salazar—. Supongo que ese asesinato lo investigaron en la Jefatura Superior.

—Yo mismo me hice cargo.

—¿Resolviste el caso?

—Por supuesto. La asesina fue una prostituta, que también era yonqui. Lo cogió desprevenido y lo mató para robarle el dinero y la mercancía que llevaba encima.

—Si Malacara era tan importante como para controlar la distribución de todo el sur de la ciudad, ¿no tenía un guardaespaldas? —preguntó Miguel.

—Por supuesto que lo tenía.

—¿Cómo pudo una simple yonqui asesinar a un capo protegido por uno de esos gorilas?

—La chica lo sedujo, él se confió y despidió al tío que lo protegía. Ella lo cogió con la guardia baja.

—Veo muchos agujeros en esa teoría —opinó Pedrera.

—¿Insinúas que hice un trabajo chapucero? —preguntó Arquímedes desafiante, al tiempo que se levantaba de su asiento y se acercaba al escritorio de Miguel.

Pedrera se puso de pie para enfrentar a su compañero.

—No me trago que una prostituta yonqui fuera capaz de asesinar a un distribuidor tan importante, y que por casualidad apareciera Campos para sustituirlo de la noche a la mañana.

—¿Qué crees? Cuando un capo de estos muere, no faltan los aspirantes a ocupar su lugar.

—¿Con la capacidad de surtir la mercancía?

—Por eso sugerí que alguien importante respalda a Campos.

—Aun así, es demasiada coincidencia. Además, ¿por qué lo asesinó la muchacha en primer lugar?

—Para robarle.

—¿Y ella lo mató sin ninguna consecuencia?

—Está detenida y cumplirá una condena de diez años.

—Me sigue pareciendo que te la colaron, Vargas —afirmó Pedrera.

Arquímedes cogió por la camisa a su compañero. Echaba espuma por la boca.

—¡A ver si te cuelo yo la cara!

—¡Es suficiente! ¡Ya basta! —intervino el inspector jefe—. No aceptaré este tipo de comportamiento bajo mis órdenes.

—¿O qué? —preguntó Vargas. Esta vez el desafío se lo hacía a Néstor.

—O terminarás controlando el tráfico migratorio de las ballenas jorobadas, desde la Antártida —sentenció Salazar.

Alguien se lo había dicho a él unos meses atrás. Solían hacerle ese tipo de amenazas con frecuencia, y él atesoraba en la memoria las mejores. Se consideraba un coleccionista. Tal vez fuera el tono, la expresión enojada del rostro del inspector jefe o que el comisario apareció en el umbral a espaldas de Néstor. En cualquier caso, Arquímedes soltó a Miguel, se acomodó la chaqueta y regresó a su escritorio.

—¿Cuál es el nombre de la chica? —preguntó Salazar, antes de darse cuenta de que Santiago estaba junto a él y escuchaba con atención.

—Amalia Segura —El inspector le hizo un gesto a Cheick para que tomara nota—. ¿Y el de Malacara?

—Virgilio Porras.

—De acuerdo, Diji. Solicita el expediente del asesinato de ese sujeto. Tal vez nos encontremos algo interesante.

—Sí, señor.

—Ese asunto está resuelto y no tiene nada que ver con todo esto —insistió Arquímedes.

—Lo comprobaremos de todas formas.

—Pero…

—El inspector jefe dio una orden, Vargas. ¿Tiene algún inconveniente en que se cumpla? —intervino el comisario con su vozarrón y cara de pocos amigos.

—No, señor.

Salazar pensó que no venía mal tener un aliado como Goliat. Sobre todo cuando se trataba de tíos tan recalcitrantes como el nuevo inspector. ¿En verdad tendrían que soportarlo hasta que se jubilara? A Néstor ya se le estaba haciendo largo y todavía no habían transcurrido ni veinticuatro horas. Nunca imaginó que llegaría el día en que le diera la razón a Pedrera.

—De acuerdo, volvamos a la investigación que nos ocupa.

El inspector jefe hizo un resumen donde reveló la información que recibieron de Interpol, así como la identidad de la víctima y las conclusiones de su conversación con Vázquez.

—Joder, entonces esto es más grave de lo que creímos en un principio —sentenció Toro.

—Dime algo que no sepa, Remigio.

—Si este Akram trabajaba en la transportista, es seguro que esa empresa es un nido de narcotraficantes —afirmó Arquímedes—. ¿Qué esperamos, que no vamos a por ellos?

—Esperamos tener alguna prueba que justifique un allanamiento y arrestar a las personas involucradas —dijo Salazar, ya a punto de perder la paciencia.

—Las pruebas las encontraremos cuando registremos ese lugar. Además, no creo que puedan mover esas cantidades de droga sin que el dueño se entere. Así que él debe estar metido en el asunto hasta las cejas.

Salazar suspiró y contó hasta diez para adelante y para atrás. Abrió la boca para responderle a su subalterno, pero el comisario se le adelantó.

—No podemos allanar la empresa sin tener la orden de un juez —sentenció Ortiz con tono de *ultimátum*—. Y todavía no hay suficientes pruebas que lo justifiquen. Por otro lado, no vamos a acusar a nadie por una deducción o por una corazonada. En San Miguel no trabajamos así. Y cuanto antes lo comprenda, será mejor para usted. ¿Está claro?

Vargas concentró la mirada en los papeles mojados con café que había sobre la mesa. Cogió un boli que encontró desperdigado por ahí y simuló que las palabras del gigante no tenían que ver con él, pero Santiago no iba a dejar pasar la oportunidad de encauzar a su díscolo inspector.

—¿Está claro? —repitió Goliat, subiendo el volumen y endureciendo el tono.

—Sí, señor.

Néstor aprovechó la sumisión de Vargas para redirigir la reunión. Le entregó a Beatriz el expediente de trabajo de El Hashem y le dio instrucciones para que enviara a Científica a registrar la vivienda de la víctima. Luego tomó la palabra:

—Muy bien. Veamos qué tenemos hasta ahora. Beatriz, ¿qué puedes decirnos de la transportista?

—Es una de las principales de Haro. La registraron Vázquez y un socio de nombre Ramírez hace diez años. En esos días solo tenían dos camiones. Uno refrigerado y el otro no. Se limitaban al área de La Rioja. Incrementaron la flota y contrataron chóferes en forma progresiva, al

mismo tiempo que ampliaban el radio de entrega. Hace seis años, Ramírez decidió jubilarse y le vendió su parte a Vázquez…

—¿Cuántos camiones tenía la empresa para entonces? —la interrumpió Santiago.

—Seis.

—Eso significa que la mitad del negocio ya tenía mucho valor —razonó Salazar—. ¿Dónde lo consiguió Rolando?

—En concreto, eran seiscientos mil euros. Vázquez solicitó un crédito que todavía no ha pagado por completo.

—Así que está endeudado —apuntó Arquímedes.

—Hasta ahora ha cancelado al Banco con puntualidad.

—¿Revisaste sus libros de contabilidad?

Araya asintió.

—No encontré nada extraño. Es una empresa solvente y proporciona buenas ganancias, aunque no para hacerse rico.

El inspector jefe cogió aire y lo retuvo por un segundo, mientras pensaba.

—De acuerdo, Beatriz. Hiciste un buen trabajo. De todas formas, me gustaría que enviaras los libros contables de SINTE a los peritos económicos para que los estudien. Ellos son expertos en la materia y podrían encontrar algo que se nos escapara a nosotros.

—Muy bien, señor.

—Diji, ¿qué puedes decirnos de la coartada?

—Me comuniqué con Armando Cardona. Es el gerente general de Vinos La Ermita. Confirmó que ayer se reunió con Rolando Vázquez para ultimar los detalles sobre un cargamento de vino que tiene como destino los Países Bajos. Se encontraron en un restaurante del centro a las siete treinta, tomaron unas copas, conversaron y luego cenaron juntos. Salieron de allí a las diez treinta.

—Akram murió alrededor de las nueve —les recordó el inspector jefe —. Eso significa que Rolando no pudo ser el asesino.

—No sea ingenuo, Salazar —intervino Vargas—. Estamos hablando de una organización criminal. Vázquez pudo ordenar a sus cómplices que se hicieran cargo y luego largarse a cenar con el cliente.

—Es una posibilidad —admitió Néstor, pasando por alto el desprecio. El inspector comprendió que el trato con Vargas sería agotador si respondía a cada provocación. Hizo una nota mental de que debía darle otra lección,

aunque el café que cayó sobre los papeles de su mesa todavía no se había secado—. Será interesante seguir los movimientos de Akram ayer en la tarde. Su teléfono no estaba en los riscos, pero sabemos su número. Arquímedes, que en la compañía telefónica triangulen la posición del móvil de la víctima y a ver si podemos localizarlo. Miguel, tú seguirás ocupándote del camello. Algo me dice que podría estar relacionado con la misma organización criminal que perseguimos.

—Muy bien.

Salazar centró su atención en Toro.

—Remigio, ¿qué se cuenta en la calle?

—Es curioso. Todos se mantienen silenciosos como pajaritos en invierno. Lo que sí te puedo asegurar es que hay miedo en ciertos círculos. No creo que la verdadera identidad del agente se conociera en la calle, pero me parece que aunque todos sospechan quién ordenó el asesinato, les aterroriza hablar. No creo que consigamos información veraz por ese lado.

—De acuerdo. Eso significa que debemos ser cuidadosos. Si estos sujetos inspiran tanto miedo y fueron capaces de lanzar al vacío a un agente de Interpol, no tendrán reparo en hacer lo mismo con un policía.

La afirmación de Salazar cayó como un jarro de agua fría en medio de la reunión, porque les recordó que se enfrentaban a criminales que asesinaron a un colega a sangre fría.

—Comisario, inspector jefe, disculpen la interrupción —dijo una voz a espaldas de los dos hermanos. Ambos se giraron, para encontrarse de frente con el agente Echevarría, cuya respiración todavía estaba agitada por subir las escaleras corriendo.

En ese momento, Néstor recordó que le había asignado una tarea a través de García.

—Ander. Llegas a tiempo. ¿Encontraste algún testigo?

—No, señor, pero creo que le interesará lo que averigüé.

Capítulo 22.

Salazar invitó al agente Echevarría a entrar a la sala común y exponer sus descubrimientos. Ander obedeció, un poco intimidado por la presencia del comisario. Después de varios meses en la comisaría y a pesar del trato siempre correcto de Ortiz, todavía se acobardaba frente a él. ¡Joder, cómo imponía el tío! Así que para no tartamudear concentró su atención en el inspector jefe, al cual se sentía más cercano. Además, Salazar era forofo de la velocidad como él. Un colega. O al menos eso afirmaba García. El agente carraspeó antes de hablar.

—De acuerdo. El ayuntamiento tiene contratada una empresa de seguridad para mantener la vigilancia de la ermita las veinticuatro horas. Es una medida que se tomó hace poco, después de que forzaron la reja que permite la entrada al mirador: la cortaron con una cizalla. Aunque no imagino para qué querría alguien hacer eso.

—Lo tenemos claro, Ander. Se relaciona con un caso que investigamos en esta comisaría antes de que tú llegaras —le aclaró Néstor—. Continúa: ¿encontraste algún testigo?

—No, señor, pero entrevisté al vigilante que debió cubrir el turno de anoche, pero que no se presentó a trabajar. Su nombre es Leoncio Quirós.

—¿Por qué no cumplió su guardia?

—Según él, ayer por la tarde estaba en el bar y se tomaba una copa de *brandi* para entrar en calor antes de comenzar su turno…

—No parece una buena idea para alguien que tiene que cumplir una labor de vigilancia —opinó Remigio.

—Y no lo fue, señor. Leoncio me confesó que ya tiene por costumbre comerse un piscolabis y tomarse una copa cuando le toca guardia en los riscos, porque según él, ese lugar es más frío que el culo de un pingüino. Luego sube a su casa a ponerse el uniforme y se va a trabajar. El detalle está en que ayer, la copa se le subió a la cabeza más que de costumbre y cuando

volvió a su casa se quedó dormido. Por cierto, que perdió el trabajo a consecuencia de lo que ocurrió.

—¿La copa se la tomó en el mismo bar de siempre? —preguntó Néstor.

Echevarría asintió.

—Sí, señor. Sin embargo, sí hubo algo diferente el día de ayer… Dice que un hombre al que no conocía le buscó conversación y lo acompañó a beber.

—Lo drogaron —concluyó Remigio. Salazar asintió, después de llegar a la misma conclusión, así que planteó la siguiente pregunta:

—¿Sabe el nombre del sujeto que lo abordó?

—No, señor, pero sí me lo describió: tenía tatuajes en las muñecas y barba.

El inspector jefe se quedó pensativo. ¿Con quién encajaba esa descripción? Entonces abrió los ojos como pescado en sartén, cuando encajó las piezas: Doru Ungur.

—Gracias, Ander. Hiciste un excelente trabajo —lo felicitó Néstor. El joven agente desplegó una sonrisa de satisfacción, que resultó conmovedora.

—Gracias a usted, inspector jefe. Estoy para servirle en lo que ordene.

Después de despedirse, más contento que suegra aprendiendo vudú, Echevarría regresó a sus tareas de patrullaje.

Salazar se preguntó a sí mismo si debía compartir sus sospechas sobre el chófer de Vázquez, pero llegó a la conclusión de que era demasiado pronto. No quería predisponer las ideas de su equipo porque podía estar equivocado. Decidió que quería saber más del señor Ungur, además de que le gustaría interrogarlo.

Ya la oscuridad cubría la tarde jarrera y hacía más de cuarenta y cinco minutos que la jornada había terminado. Santiago tomó la palabra para dar por concluida la reunión y enviar a todos a casa. Solo se quedaría Miguel, que tenía guardia esa noche.

Cada uno recogió su abrigo y se aseguró de que el móvil y las llaves estuvieran en los bolsillos, para marcharse. Entonces Pedrera se dirigió a Néstor.

—Salazar. ¿Puedo hablar contigo un momento?

El inspector jefe asintió. De cualquier forma, no lo animaba la idea de encerrarse solo en la buhardilla. Sospechaba que la compañía de Paca no sería suficiente para reconfortarlo con la que tenía encima. Ni siquiera con

los refuerzos felinos con los que contaba su gata. Los demás se despidieron y se marcharon, no sin antes pedirle a Néstor que los mantuviera informados sobre la evolución de Sofía.

Cuando Miguel y él se quedaron solos, Pedrera cogió aire para hacer acopio de fuerzas. Sabía muy bien que argumentar con Salazar era agotador. Néstor no le concedió mucho tiempo para prepararse.

—Muy bien, Pedrera, ya estamos solos. ¿Qué quieres?

—Esta vez sí supiste joderme, Salazar. Lo reconozco.

—¿De qué estás hablando?

—Del compañero que me endilgaste. ¡Ese tío es insoportable!

—Es un colega, Miguel. Merece nuestro respeto.

—¿Respeto? Discute todas mis opiniones y a cuenta de su edad y «experiencia», me trata como si yo fuera su subalterno, a pesar de que tenemos la misma jerarquía. Cree que sus años lo convierten en mejor policía. Trabajar con él es peor que quedar atrapado en un ascensor durante un tiroteo.

—Vale, reconozco que yo tampoco lo invitaría para ir de copas, pero no es necesario que seas su amigo. Tan solo necesitáis respetaros lo suficiente para trabajar juntos.

—Ese es el punto. Ese tío no respeta ni a la madre que lo parió.

—Vamos, Pedrera. Imagino que tú ya estás grandecito para hacer valer tu posición.

—¡Que no te enteras! Que el tío es insufrible.

—Pues será mejor que te hagas respetar, porque no estoy dispuesto a hacer más cambios, al menos hasta que concluyamos este caso.

—Lo estás haciendo adrede, ¿verdad?

—Pues no. Aunque sí creí que eras el indicado para mantener a raya la tendencia abusiva de Vargas.

—Si tengo que trabajar con ese troglodita pediré cambio. Estás avisado.

Salazar suspiró. Menudo día llevaba. Si bien era cierto que Pedrera era una piedra en el zapato por la rivalidad que mantenía con él, también debía reconocer que era un buen policía. Y si le mandaban otro como Vargas para sustituirlo, el que pediría traslado sería él, pero al desierto de Gobi.

—De acuerdo, vamos a hacer algo: haz valer tu autoridad. Eres un inspector, así que no puede darte órdenes. Si te resulta difícil mantenerlo a raya, avísame. No quiero humillarlo, pero si es necesario le dejaré claro que tú estás al mando. ¿Estás de acuerdo?

Pedrera lo pensó por un momento.

—No estoy seguro de que sea suficiente, pero lo intentaré.

—Muy bien. Gracias y buena suerte.

Néstor salió de la sala común y dejó a Miguel rumiando contra Vargas, contra el inspector jefe y contra todo lo que se movía. Salazar tenía la certeza de que Arquímedes seguiría siendo un problema y que tarde o temprano tendría que tomar medidas más drásticas, pero necesitaba comprender cuál era el problema del nuevo fichaje. Según su expediente, su conducta cambió en forma demasiado brusca como para que no existiera un motivo. Sin embargo, ahora no tenía suficiente tiempo para dedicárselo a un subalterno conflictivo.

Salazar se refugió en su despacho, y lo primero que hizo fue llamar a la enfermera que atendía a Sofía.

—Señorita Azarola, soy Néstor Salazar. Hablamos esta mañana…

—Por supuesto, inspector. Estaba a punto de enviarle un mensaje. Me temo que no hay ninguna novedad. La señora Garay continúa en coma profundo, aunque el enfoque positivo es que permanece estable.

Néstor guardó silencio por algunos segundos para asimilar la noticia, que no sabía si era buena o mala.

—¿Es normal que tarde tanto en recuperar la consciencia? —preguntó, sin poder disimular la angustia en su voz.

Esta vez el silencio provino del otro lado de la línea. Al cabo de unos segundos, la enfermera respondió.

—En estos casos es difícil determinar lo que es normal. El coma puede durar desde horas hasta años…

¡Años! Néstor sintió que se le caía el alma a los pies.

—Pero… ¿no hay ninguna mejoría, por pequeña que sea? —preguntó con un hilo de voz, casi una súplica.

—No se desanime, inspector. Comprendo su angustia, pero estos procesos necesitan tiempo y paciencia. Lo que puedo asegurarle es que cuido de Sofía como si fuera mi hermana. Le llamaré ante el menor indicio de cambio.

—De acuerdo. Gracias.

Salazar colgó con el corazón encerrado en un puño. ¿Sería posible que Sofía no saliera de esta? Se negó a rendirse. Ella era una luchadora. No se entregaría con facilidad, ni él tampoco. Encontraría a Carlitos, aunque fuera lo último que hiciera en la vida. El problema era que dependía de los

resultados que arrojaran los laboratorios de la Guardia Civil para avanzar en esa investigación. Y allí no podía tirar de ningún hilo que le permitiera acelerar los procedimientos. Se sorprendió cuando notó que tenía los ojos húmedos, así que se los secó con las palmas, cogió aire y encendió el ordenador. Ungur. Debía averiguar con quién tenía que vérselas.

Se demoró algunos minutos, pues él no era tan hábil en el uso de la tecnología como Beatriz o Diji. Al final consiguió encontrar el archivo que quería: Doru Ungur tenía treinta y siete años y lo arrestaron por asalto con lesiones seis años atrás, en el dos mil trece. Entró a robar a una tienda de artículos electrónicos y golpeó al encargado en la cabeza, enviándolo al hospital por una larga temporada.

En prisión recibió tratamiento para su conducta agresiva y lo liberaron el año anterior, después de cumplir su condena. Vázquez le dio trabajo en su empresa un mes después. Néstor supuso que se había ganado la confianza de su jefe y ahora en lugar de conducir camiones, trabajaba como su chófer personal.

Era un tío corpulento que usaba barba y tenía ambos brazos tatuados desde los hombros hasta las muñecas. Salazar imprimió la fotografía del sospechoso. El siguiente paso sería comprobar si se trataba del hombre que compartió una copa con Leoncio. Estaba seguro de que al segurata lo drogaron, y que lo hizo uno de los asesinos de Akram.

Capítulo 23.

Salazar llamó a Pedrera y le ordenó que citara al vigilante de la ermita a primera hora de la mañana. Le interesaba entrevistarlo y mostrarle la foto del sospechoso. Si lo identificaba sería un enorme avance para la investigación. También debía citar al propio Doru Ungur en calidad de testigo para interrogarlo unas horas más tarde. Le interesaba sostener una conversación con el chófer de Vázquez. Después de que giró las instrucciones para el día siguiente, el inspector recogió su gabán y abandonó San Miguel.

Néstor caminó hasta su portal cabizbajo y a paso lento, como si cargara el peso del mundo sobre sus hombros. Una niebla espesa tendía su manto sobre las estrechas callejuelas, lo que enturbió su ánimo todavía más. Su vida le pareció un sinsentido de desgracias concatenadas. El silencio era tan ominoso que podía escuchar el sonido de sus pasos sobre las calles empedradas. Era una noche sin estrellas y su viejo barrio tenía un tono grisáceo. El color de las viejas fachadas de piedra estaba más apagado que de costumbre y las farolas apenas iluminaban un pequeño halo a su alrededor. Solo el frío lo acompañó en su recorrido.

Lo invadió el desánimo, pero no lo atraía la idea de encerrarse con Paca y la gata de Dika en la buhardilla. Recordó que apenas había probado bocado en todo el día. Tenía el estómago cerrado, pero comprendió que debía comer para conservar las fuerzas, así que encaminó sus pasos a La Callecita.

Antes de entrar, tuvo que coger aire, enjugar los ojos empañados en lágrimas y hacer acopio de valor. Recordó sus días en el Centro de Acogida, cuando aprendió a enfrentar la tristeza con humor, en ocasiones más negro que su verdadero ánimo. Si a los doce años supo sobreponerse, ahora no tenía excusa.

Cruzó el umbral del bar, si no alegre, al menos con cierta normalidad. Aunque sabía que si existía alguien a quien no podría engañar, ese era Gyula; su hermano de penurias. Néstor se quedó de pie junto a la barra, pues su mesa favorita estaba ocupada por una pareja. El camarero acudió enseguida para atenderlo.

—¿Le sirvo algo, inspector?

—Sí Chicho. Tráeme un pincho de tortilla y un vaso de sidra.

—Enseguida.

Mientras el camarero buscaba la comanda, Gyula salió de la cocina.

—Néstor. ¿Cómo va todo?

Salazar agradeció el tono genérico de la pregunta. Le permitía decidir si quería hablar o no de lo que más le preocupaba en ese momento, que era el estado de Sofía.

—Más o menos igual que esta mañana. ¿Cómo está Dika?

El tabernero asintió, pues comprendió el mensaje: Sofía seguía igual y Néstor no quería hablar de eso.

—Dika está muy bien. Igual que el pequeño Quino. Ayer se hizo uno de esos eco… bien, uno de esos exámenes que hacen ahora a los chiquillos antes de nacer y que son 3D… Te juro que flipé en colores. Es como ver una película del chaval dentro de su madre —comentó el futuro padre con emoción—. Si hasta le encontré parecido. Creo que tiene mi nariz, y la boca de Dika.

—Sí, claro, y las orejas de tu suegra. No te jode. ¿Cómo vas a ser capaz de encontrarle parecido con nadie, si todavía le faltan dos meses para nacer? —dijo Salazar en tono burlón.

—¿Qué sabrás tú de eso, si los únicos embarazos que has conocido son los de Paca?

—Vale, reconozco que en asuntos como este soy un cenutrio, pero de ahí a que me trague la trola de que antes de nacer ya sabes a quién se parece el chaval… Vamos, que la primera baja de tu paternidad fue el sentido común.

—Hombre de poca fe. Ya te veré yo algún día cuando te toque ser padre… Lo lamento —se corrigió el tabernero, cuando vio la tristeza asomarse a los ojos de su amigo, pues sus palabras le recordaron a Sofía—. Soy un asno. No debí decir algo así.

—Descuida —dijo Néstor, acompañando sus palabras con un suspiro—. ¿Cómo lleva Dika el embarazo?

—Pues qué te puedo decir, mejor que yo. Se siente cansada y se le hinchan los pies, claro, pero lo peor son los cambios de humor, que a mí me traen de cabeza. Día por medio acabo durmiendo en el sillón y lo peor es que casi nunca sé por qué.

—Paciencia amigo. Después de todo, ella es quien soporta la parte más difícil.

—Si no lo niego. Por eso lo acepto sin discutir, que si trato de defenderme es peor, pero me parece a mí que este churumbel va a ser hijo único.

—Ya cambiarás de opinión cuando lo tengas correteando por aquí.

—¡Qué alegría volver a verle, inspector!

Las palabras de bienvenida las pronunció un hombre con delantal que salió de la cocina con una bandeja, en la que llevaba una generosa ración de tortilla. Puso el plato frente a Néstor, y él mismo le sirvió una copa con la mejor sidra de la casa.

—Nemesio, hacía tiempo que no te veía. ¿Cómo te trata este merluzo?

El cocinero sonrió.

—Pues qué le puedo decir, inspector. Estoy más feliz que nunca. Le agradezco mucho que me recomendara para este trabajo. Hago lo que más me gusta: cocinar. Por eso cuando Chicho me dijo que la tortilla era para usted, le traje la especial. Esta la hice con la receta de mi difunta abuela, que en paz descanse. Pero pruebe, pruebe, que se le enfría.

Néstor se metió un buen bocado en la boca, masticó y tragó.

—Tengo que reconocer que es lo mejor que he probado, Neme.

—¿A que sí?

Salazar asintió, mientras se metía otro trozo en la boca y masticaba. Después de empezar a comer, se dio cuenta de que en realidad estaba hambriento. Tragó y tomó un sorbo de sidra antes de responderle a Nemesio.

—De lujo. Te felicito.

—Pues usted a mandar —dijo el cocinero, dándole un par de palmadas en el hombro—. Y ahora me voy a la cocina, que estoy preparando un guisado para el menú de la cena y no quiero que se me queme.

Nemesio dejó solos a los dos amigos.

—Hiciste un buen fichaje —comentó Salazar.

—Gracias a ti. Desde que se ocupa del menú, el bar ha cobrado fama y nos aumentó la clientela. No fue fácil que Dika lo aceptara, pero ahora son

amigos y comparten recetas.

—Pues me alegro por ambos.

Después de terminar su frugal cena, Néstor se despidió de Gyula. Tal vez fueran las bromas o el alimento en el estómago, el inspector no lo sabía, pero al salir de La Callecita, su ánimo era menos sombrío. Subió a la buhardilla dispuesto a descansar.

En cuanto Salazar entró en su casa, Paca corrió a recibirlo y le maulló sin parar como si le contara los chismes del día. Gata cotilla. Lola esperaba sobre una de las repisas, dormitando e indiferente a las acusaciones de su madre.

Néstor se quitó el gabán y puso el móvil junto al juguete de Paca. El miedo de la gata al artilugio felino le garantizaba que no se acercaría. Era la única forma de garantizar que su teléfono no sufriera un «accidente» trágico. Con respecto a la invitada, al parecer no le interesaba la tecnología.

Salazar se sentó en el sillón para relajarse. Paca se tendió a su lado, como siempre y le maulló con insistencia hasta que él comenzó a acariciarla.

—Veo que extrañas nuestras conversaciones, Paca, pero no creo que hoy sea un buen día para sostener una tertulia— Por toda respuesta, la gata frotó la cabeza contra la camisa de su humano—. Está bien, supongo que no me vendrá mal desahogarme un poco.

—Mieu.

—Es posible que hoy haya sido el peor día de mi vida desde la muerte de mi hermano. Nunca hubiera imaginado que un accidente me pudiera arrebatar a Sofía.

—Mrrrr.

—Sí, de acuerdo, se puede recuperar, pero no lo sé… Te confieso que me temo lo peor. ¿Cómo podré superarlo si…?

Las lágrimas asaltaron a Salazar a traición. Paca debió intuir que algo le ocurría a su humano, porque se incorporó un poco y comenzó a lamerle el cuello. Por alguna inexplicable razón, la conducta de la gata lo consoló.

—Meeeeuuuu.

Salazar sacó un pañuelo y se limpió las lágrimas.

—No le digas a nadie que me viste llorar, Paca, por favor.

Lametones enérgicos y rasposos. Néstor le acarició detrás de las orejas y la felina ronroneó de placer. Lola los observaba desde la distancia.

—Te juro que voy a atrapar a ese hijo de puta y lo voy a…

—Maaauuu.

—Lo sé. Debo controlarme. No puedo dar un mal ejemplo a mis subalternos, ¿verdad?

Más lametones.

—Supongo que tendré que armarme de paciencia y esperar a que Valentina me envíe los resultados de los peritajes de la Guardia. Mientras tanto, tengo bastante de lo que ocuparme con el asesinato de Akram. ¡Qué forma tan espantosa de morir! Que te lancen desde la ermita. Solo de pensarlo, se me pone la piel de gallina.

—Maaauuuu.

—Estoy casi seguro de que Ungur está involucrado en el asunto. Mañana veremos qué tiene que decir, pero la descripción del segurata lo señala como el sujeto que lo drogó, y eso solo tendría una explicación: que participó en el crimen. Lo que me pregunto es si su jefe también está involucrado. ¿Tú qué crees?

—Meu.

—Sí, claro, ya sé que solo eres una gata y que el investigador soy yo, pero tienes instinto, ¿no? Se supone que mejor que el mío. Instinto de cazadora.

—Mieeeuuuu —sentenció Lola desde su repisa.

—¿Lo ves? Hasta nuestra huésped tiene una opinión y quiere ayudar.

Paca no se sentía muy comunicativa. Frotó su cabeza contra el cuello del humano. Néstor se aburrió de hablar solo, y el cansancio lo venció. Comenzaba a dormitar cuando Lola decidió bajar de su pedestal para saltar al sillón. Paca se encaró con su hija y le soltó un bufido que despertó al inspector.

Néstor abrió los ojos y se encontró en medio de un altercado felino. Ambas gatas tenían el lomo erizado y se amenazaban con bufidos y sonidos graves, lanzándose uno que otro zarpazo de vez en cuando.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí?

Postura amenazante de las dos gatas y gorgoteo de Paca. El inspector comprendió que el asunto se le podía escapar de las manos, así que cogió a Paca en brazos, se la llevó a su habitación y cerró la puerta. No podía permitir que la pequeña fiera lastimara a la gata de Dika o viceversa.

—¿Se puede saber qué te pasa, gata loca?

—Maauuu —respondió Paca, a quien tenía cogida por el pecho y sus patas colgaban en el aire. No era una postura muy digna para una gata

principesca como ella, pero todavía le quedaba el recurso de la protesta.

El inspector la dejó sobre la cama y ella lo miró con resentimiento.

—Me parece que tú y yo debemos tener una seria conversación acerca de las normas de cortesía con los invitados.

—Mieeeeuuu —protestó la gata, enfadada.

Para cuando Néstor consiguió tranquilizarla a fuerza de caricias en el lomo, él ya había superado el pesimismo y la congoja lo había abandonado.

Capítulo 24.

Salazar despertó poco antes del amanecer. Paca dormía acurrucada a su lado, beneficiándose del calor de su humano. Lanzó un bufido de protesta cuando él cambió de posición con la intención de seguir durmiendo. Tarea imposible. El recuerdo de Sofía en la UCI volvía a su cabeza una y otra vez, aunque él trataba de desviar sus pensamientos. Al final se rindió y se levantó de la cama. Paca lo siguió, por supuesto. Siempre había la posibilidad de un desayuno tempranero.

Salazar se sirvió un vaso de agua y le llenó el tazón de leche a la tiránica felina. Ya lo hacía de forma automática. La gata lo tenía bien adiestrado. Lola dormía en la cesta de Paca, pero debió llegarle el olor del refrigerio, porque abrió los ojos, se incorporó y se acercó al tazón donde ya su madre tenía metidos los bigotes. La invitada se aproximó con cautela, pero Paca estiró una de las patas delanteras y la mantuvo apartada del plato. A Néstor se le escapó una sonrisa que alivió su ánimo sombrío.

—Gata ladina y egoísta —la reprendió el inspector, mientras cogía otro tazón, lo llenaba de leche y se lo ponía a Lola en una esquina.

—Mieeeuuuu —protestó Paca. ¡Esa era su leche!

Néstor le volvió a llenar el tazón y eso la tranquilizó, pues volvió a concentrarse en su desayuno.

—No, si esto era lo único que me faltaba —se quejó el inspector—. Ser el intermediario en un armisticio felino.

Paca se terminó su refrigerio y saltó a la barra de la cocina, por si cogía a su humano desprevenido y pillaba algo más.

—Maaauuuu.

—Ni lo sueñes. Eso es todo. Que luego el veterinario me echa una bronca si te encuentra unos gramos de más.

Paca se sentó, sin dejar de mirarlo con atención. Una felina de su estirpe no se rendía tan rápido, pero el ánimo del inspector no estaba para seguirle

el juego. Le hizo una rápida caricia y se dispuso a prepararse para salir, ignorando los maullidos lastimeros de la gata. Cualquiera hubiera pensado que la hacía pasar hambre.

Para cuando Néstor terminó de ducharse, rasurarse y vestirse, ya el sol se asomaba con timidez. El cielo amaneció claro y despejado como una promesa. La pregunta sobre cómo estaría Sofía no le permitía pensar en otra cosa, así que lo primero que hizo fue llamar a la enfermera.

—Inspector. Se levanta temprano.

—Lamento si la desperté, señorita Azarola. Es solo que…

—No tiene que disculparse. Lo comprendo y esperaba su llamada. Estoy saliendo hacia el hospital, pero hace unos minutos hablé con la compañera que está de guardia, para preguntarle sobre la señora Garay. Si puede ir al San Juan Apóstol para que hablemos en persona…

—Me gustaría, pero no creo que sea posible en este momento.

—¿Dónde se encuentra usted?

—En el barrio de San Miguel.

—Debo pasar cerca en mi camino al trabajo y voy con buen tiempo. Puedo reunirme con usted para que hablemos.

—Es muy amable de su parte. Tal vez podría invitarla a desayunar.

—De acuerdo. Solo dígame la dirección y saldré para allá.

Salazar le dio las señas de La Callecita y colgó, invadido por una extraña sensación. Esta vez la respuesta no era que todo estaba igual. ¿Por qué insistió la enfermera en comunicarle el estado de Sofía en persona? ¿Estaría mejor y querría contarle los detalles, que quizá serían demasiado técnicos para un lego como él? ¿Habría empeorado y la enfermera no quería darle la mala noticia por teléfono? El inspector sentía un nudo en el estómago a causa de la incertidumbre.

Néstor se aseguró de que la buhardilla resultara segura para las traviesas felinas y salió. El bar de Gyula acababa de abrir sus puertas, pero ya lo inundaba el olor del café y las magdalenas recién horneadas, aroma que acogió al inspector con una familiaridad que le proporcionó calidez y seguridad en esos momentos tan difíciles. El tintineo de tazas y platillos lo distrajo de sus pensamientos más lúgubres. En cuanto cruzó el umbral, Salazar se dirigió a su mesa favorita. Su amigo salió desde detrás de la barra para atenderlo en cuanto lo vio.

—¡Qué cara traes! ¿Ocurrió algo?

—No lo sé, Gyula —reconoció Salazar. Luego le contó su conversación con la enfermera.

El tabernero apoyó la mano en el hombro de su amigo.

—Esperemos que las noticias sean buenas, pero en cualquier caso, recuerda que Dika y yo estamos aquí para apoyarte.

—Gracias.

—¿Te traigo un café?

Néstor negó con la cabeza.

—Todavía no. Te confieso que tengo el estómago cerrado. Esperaré a la enfermera y veremos qué tiene que decirme.

Gyula le palmeó el hombro y se retiró detrás de la barra para atender a los clientes que ya comenzaban a llegar.

Los minutos transcurrieron con mucha lentitud hasta que Néstor vio llegar a la enfermera, quien después de cruzar el umbral, oteó el comedor para buscarlo. Salazar estiró la mano y llamó su atención. Ella lo localizó y encaminó sus pasos hacia él.

—Tiene mala cara, inspector. ¿Se encuentra bien?

—Muy bien, gracias. Siéntese, por favor. ¿Puedo pedirle algo? —le preguntó, al mismo tiempo que el camarero se acercaba a la mesa.

—Un café con leche, gracias.

—Y otro para mí, Chicho.

El empleado asintió y se retiró a la barra para servir los cafés.

—Deduzco por lo que me dijo por teléfono que hay cambios en el estado de Sofía. ¿Empeoró? —preguntó Salazar en un evidente estado de crispación.

—Son buenas noticias, inspector. Lamento si le transmití lo contrario por teléfono, pero no quería que se entusiasmara demasiado, para luego decepcionarse.

—¿Qué quiere decir? ¿Está mejor o no? ¿Despertó, está consciente?

—Es eso lo que quiero explicarle. Sí hay una mejoría, pero todavía no ha despertado ni tenemos idea de cuándo lo hará. Esto solo nos acerca un poco más a una recuperación y mejora el pronóstico.

—¿A qué se refiere con esto?

—¿Ha escuchado mencionar «la escala de Glasgow»?

Salazar negó con la cabeza.

—A ver, el coma no es un estado de encendido y apagado de la consciencia, sino que tiene diferentes estados de profundidad. Los medimos

mediante respuestas a ciertos estímulos, postura y una serie de pruebas que hacen los neurólogos. ¿Me sigue?

Esta vez el inspector asintió. Carol hizo una pausa mientras el camarero les servía los cafés. Continuó hablando en cuanto el empleado se retiró.

—En el caso específico de Sofía, ella estaba en un coma profundo. Es decir, que había muy poca respuesta. Ayer la examinó el neurólogo y encontró signos de que evolucionó hacia una mejoría según la escala. Lo cual quiere decir que está más cerca de la consciencia.

—¿Eso significa que se recuperará?

—Me temo que no tenemos esa garantía, pero es una buena señal —Néstor suspiró. No sabía cómo interpretar la noticia. Azarola lo miró con compasión y apoyó su mano en el antebrazo de Salazar—. Comprendo que no es suficiente, inspector, pero es un avance. No se desanime.

La dulzura que la enfermera imprimió a sus palabras conmovió a Néstor. Suspiró para hacer acopio de valor.

—Gracias, señorita Azarola. Su apoyo me está ayudando mucho a sobrellevar esta situación. Y no es necesario que me trate de «inspector». Me ha visto llorar. Eso debería ser suficiente para que me tuteara. Mi nombre es Néstor.

—De acuerdo. En ese caso, puedes llamarme Carol.

Capítulo 25.

La enfermera abandonó el bar en cuanto terminó de tomarse el café, dejando a Néstor con una sensación ambigua. Le alivió saber que Sofía había experimentado una mejoría, aunque fuera tan leve. Al mismo tiempo, se preguntó si en realidad aquello podía considerarse un avance. No lo tenía muy claro, así que decidió ocupar su mente en otros asuntos sobre los que sí podía influir. Cuando Carol salió, Gyula se acercó a la mesa para preguntarle qué le dijo la enfermera. Néstor le explicó la situación lo mejor que pudo, pues él tampoco lo comprendía muy bien. Luego le pidió a su amigo que le apuntara el desayuno a su cuenta y salió del bar.

El cielo despejado resultaba engañoso en una mañana demasiado fría para la estación otoñal. Salazar apuró el paso para entrar en calor y llegó a San Miguel en pocos minutos. En la puerta estaba López, quien llamó su atención en cuanto lo vio.

—Me alegra que esté aquí, inspector jefe. Un ciudadano lo espera desde muy temprano. Dice que lo citaron con urgencia para hoy. Está muy nervioso.

—Se trata de Leoncio Quirós, supongo —precisó Néstor, luego de recordar la orden que le dejó a Miguel antes de marcharse a casa el día anterior.

—Sí, señor.

—De acuerdo, dame unos minutos y hazlo pasar a mi despacho.

El agente asintió y Salazar subió las escaleras con prisa. Una vez en su oficina encendió el ordenador y después de una rápida búsqueda, seleccionó un grupo de fotografías de sujetos con antecedentes, entre las cuales se encontraba la de Ungur. Todos tenían barba y los antebrazos tatuados. Las agrupó en una carpeta que creó para ese fin y se comunicó con López.

—Ya puedes hacer pasar a Quirós.

Al cabo de unos segundos llamaron a su puerta, y después de su autorización se asomó López. Le anunció al visitante y le dio paso. El segurata era un hombre enjuto de mediana edad. Entró al despacho con paso tímido mientras miraba a los lados, como si esperara que una fiera saltara sobre él desde un rincón.

—Pase señor Quirós y siéntese, por favor. No tiene nada de qué preocuparse. Solo necesitamos su colaboración.

—El policía que me llamó esta mañana, me dijo que debía venir lo antes posible, que si no acudía por mi voluntad me enviarían una citación judicial. ¿Estoy en problemas? ¿Debo llamar a un abogado?

Néstor lanzó una maldición por lo bajines. Pedrera había conseguido aterrorizar a su testigo y eso lo pondría a la defensiva.

—Está en su derecho si quiere llamar a un abogado, señor Quirós, pero solo lo citamos como testigo. Estamos interesados en el hombre con el que compartió una copa el día que faltó a su trabajo.

—¿Entonces no soy sospechoso?

—Nuestra atención no está centrada en usted en este momento —respondió Salazar, evasivo.

—¿Y por qué les interesa este sujeto?

—Sospechamos que pudo colocar algo en la copa de usted para neutralizarlo, y que no pudiera cumplir su turno de guardia.

—¡Así que creen que me drogó!

—Es una posibilidad.

—Pero en ese caso, yo no sería culpable de haberme quedado dormido —argumentó Leoncio, más animado—. También sería una víctima. Tendría un argumento para defenderme frente a mi jefe.

—Supongo que si lo comprobamos, un buen abogado laboral podría usarlo como argumento para que recuperara su empleo.

—Pues dígame qué tengo que hacer.

Salazar suspiró aliviado. Al menos consiguió que Quirós estuviera de un ánimo más colaborador. Desbloqueó el ordenador, abrió la carpeta que ya tenía preparada con todas las fotografías y desplegó la primera en toda la pantalla del portátil.

—Le mostraré una serie de fotografías. Quiero que me diga si reconoce al hombre que lo acompañó esa tarde en el bar.

Leoncio pasó las fotos una a una, deteniéndose en los detalles. Al final negó con la cabeza.

—Lo lamento, inspector. No es ninguno de estos.
—¿Está seguro? —preguntó Néstor, sin disimular su decepción—. ¿Las vio bien?
—Por supuesto. Después de lo que me dijo, soy el primero que quiere ayudarlo a encontrar a ese individuo, pero soy un buen fisonomista y no es ninguno de estos.
—¿Usted lo había visto antes de esa tarde?
—Nunca.
—¿Cómo se le aproximó?
—Me preguntó si yo era Pedro «nosequé»… Dijo que me parecía mucho a un colega que no veía hacía mucho tiempo. Ahora supongo que ese colega nunca existió.
—Eso es seguro. ¿Le mencionó en qué trabajaba?
—No, pero tenía las uñas sucias, a pesar de que las llevaba muy cortas. Había una franja negra debajo de cada una de ellas.
Néstor asintió pensativo.
—Es usted muy observador. ¿Notó algo más?
Leoncio negó con la cabeza, luego se encogió de hombros.
—Los tatuajes, supongo. Las muñecas estaban tatuadas con tinta negra. Al menos la parte que sobresalía de la chaqueta. Y tenía la cabeza rasurada. Se parecía mucho a los sujetos de estas fotos, pero no es ninguno de ellos.
—Gracias, señor Quirós. Ha sido de gran ayuda. Nos volveremos a comunicar con usted si encontramos algún otro sospechoso que se ajuste a la descripción.
—Por supuesto. Puede contar conmigo, inspector.
Salazar no salía de su desconcierto cuando despidió al segurata. Estaba tan convencido de la culpabilidad de Ungur, que creyó que la identificación sería un mero trámite, así que la declaración de Quirós lo dejó descolocado.
Salió de su despacho y subió las escaleras para reunirse con el equipo, con la esperanza de que alguno de ellos hubiera conseguido un hilo del cual tirar a pesar del corto tiempo transcurrido desde su último encuentro.
Miguel venía bajando del tercer piso y se encontraron en el rellano del segundo. Salazar enarcó las cejas.
—¿Vienes de las celdas o de la sala de interrogatorios?
—De la sala. ¿No te lo dijo Lali?
—Todavía no la he visto. ¿Qué es lo que se supone que debe decirme?

—Anoche cayó Campos con todo el equipo. Los agentes que lo vigilaban lo siguieron hasta un almacén y sospecharon que ocurría algo importante, así que me llamaron. En efecto, unos minutos después llegó un sujeto que estaba en busca y captura. Eso nos permitió entrar sin esperar la orden del juez y los pillamos in fraganti con un alijo de aquí te espero.

—¿Cuántos kilos?

—Más de doscientos.

Las cejas de Salazar se dispararon hacia arriba.

—Joooodeeer. ¿Te dijo de dónde provenía la droga?

—Ese es el problema. El tío no ha dicho ni pío. Decidió seguir el consejo de su abogado, así que se niega a declarar.

—¿Le advertiste que el juez tendrá en cuenta su colaboración, y que con semejante alijo saldrá años después de la extinción de la humanidad?

—Por supuesto, pero me temo que le tiene más miedo a sus colegas que a nosotros.

Salazar suspiró.

—De acuerdo. Tal vez durante de la investigación encontremos alguna forma de presionarlo. Mientras tanto, inicia el procedimiento para acusarlo.

—¿Qué crees que iba a hacer?

—¿Dónde dejaste a tu compañero?

—Le dije que adelantara el informe, mientras yo interrogaba al traficante. Cualquier excusa es buena para quitármelo de encima.

El inspector no se dio por enterado. Ambos entraron juntos a la sala común, donde Vargas y Toro mantenían una discusión a gritos, mientras los subinspectores los miraban estupefactos y hasta Diji tenía el rostro pálido.

—¿Qué demonios ocurre aquí? —preguntó Néstor, con un vozarrón que nadie sabía que tenía, y que les recordó al comisario. Eso les puso firmes.

—Este… Este imbécil, que cree que va a enseñarme a ser policía después de que llevo años en el tajo.

—¡Esta comisaría es la casa de Tócame Roque! —se quejó Arquímedes —. Aquí cada uno va a su aire y todos hacen lo que les da la gana. Así no se puede…

Remigio se dirigió a Salazar:

—¿Lo ves? Este se cree que con él nació una nueva Era. Si hasta me entran ganas de pedir la jubilación anticipada.

—No digas tonterías, Remigio. Si te faltan cuando menos diez años.

—Sí, pero con este tío al lado envejezco tres veces más rápido, así que alcanzaré la edad en unos tres años.

—Bueno, ya está bien. Se acabó la discusión —sentenció el inspector jefe—. Vamos a lo nuestro, que tenemos un caso que resolver.

—Claro, porque tú te lo quitaste de encima casi de inmediato —se quejó Pedrera, aprovechando el momento—, pero los demás nos lo tenemos que comer con patatas.

Las palabras de su rival cabrearon a Salazar y se supo más por el tono que por lo que dijo.

—¡Dije que se terminó y ni una palabra más! A ver si voy a tener que empezar a repartir sanciones, como si fueran hostias en una primera comunión.

El silencio se apoderó de la sala y cada uno regresó a su escritorio. Vargas se llevó por delante una silla y si Diji no hubiera reaccionado rápido, el flamante nuevo inspector habría terminado de bruces en el suelo.

Néstor frunció el ceño y se preguntó si el tropezón habría sido deliberado. Decidió dejarlo pasar y esperó a que las aguas volvieran a su cauce.

—Muy bien. Veamos qué tenemos hasta ahora.

Miguel informó sobre la caída de Campos y su empecinado silencio. Néstor les contó acerca de los nulos resultados de la entrevista al segurata.

—Yo me centraría en el vigilante —opinó Vargas—. Con toda seguridad está involucrado en el asesinato y por eso no reconoció a su cómplice.

—Es una posibilidad —reconoció Salazar.

—¿Una posibilidad? —insistió Arquímedes—. Si está cantado. Toda esa historia del desconocido que lo abordó en el bar y que se quedó dormido es más falsa que una escalera de atrezo. Vamos, que no se la cree ni un chaval de parvulario.

—Es posible que estés en lo cierto —reconoció el inspector jefe—, pero no tenemos suficientes evidencias de la participación del segurata como para asumirlo como única línea de investigación.

—¿Y cómo se explica entonces que no reconociera a Ungur en las fotografías?

—¿Se te ha pasado por la cabeza que tal vez el tío al que buscamos no es Ungur? —argumentó Remigio—. ¿Sabes cuántos sujetos con barba y tatuajes en las muñecas hay en La Rioja?

—¡Tonterías! Si ladra, mueve la cola y muerde, es un perro. No hay más.

—De acuerdo. Esta discusión es inútil —sentenció Salazar—. No descartaremos al vigilante como posible cómplice y lo investigaremos, pero no vamos a amargarle la vida a ese hombre si existe la posibilidad de que sea inocente. Si surgen evidencias que no sean circunstanciales —levantó la mano para frenar a Vargas, que ya iba a protestar— o que se traten de algo más que una corazonada, actuaremos contra él. Hasta entonces, será un sospechoso más.

—Estoy de acuerdo con el inspector jefe —dijo una voz atronadora a espaldas de Néstor, quien no tuvo que mirar para saber que el comisario acababa de unirse a la reunión.

Capítulo 26.

La presencia de Ortiz aplacó los ánimos de los policías más reactivos. Enfrentarse al comisario era como tratar de abrir un agujero en un muro de concreto con una cuchara. Absurdo por imposible. Salazar aprovechó la tregua para encauzar la discusión.

—Beatriz, ¿enviaste la contabilidad de SINTE a los expertos financieros?

—Sí, señor. Ya deben estar estudiándola. También hablé con el jefe Barros para que su equipo se ocupe de registrar la vivienda de la víctima. Me dijo que lo haría de inmediato.

El comisario asintió con aprobación y se dirigió a Cheick.

—Diji, ¿qué tienes para nosotros?

El subinspector carraspeó y echó una rápida ojeada a Vargas antes de hablar:

—Esta mañana recibí el expediente de la investigación del asesinato de Virgilio Porras, alias Malacara…

—Son ganas de perder el tiempo, chaval —lo interrumpió Arquímedes—. Yo encabecé esa investigación y puedo informarles cualquier detalle que necesiten saber al respecto.

—Sí… Eh… Hay algunos aspectos interesantes en el expediente…

—¿De qué se trata, Diji? —le preguntó Néstor para darle confianza.

Cheick suspiró. No quería ofender a nadie, pero su obligación era informar la verdad.

—Porras murió degollado en un conocido burdel, mientras recibía las atenciones de una de las trabajadoras sexuales… El nombre de la mujer es Amalia Segura. La investigación concluyó que la chica esperó que se quedara dormido para cortarle el cuello y luego robarle.

—Eso tiene más huecos que un queso gruyere —afirmó Remigio.

Vázquez frunció el ceño y giró el torso para enfrentar a Toro.

—¿De qué diablos estás hablando? Fue una investigación impecable.

—Claro, ahora nos vas a decir que la prostituta degolló a un narcotraficante cuando este se durmió a su lado sin tomar ninguna precaución. Además, nos debemos tragar que ella esperaba salir airosa del asunto y con algunos eurillos extra. ¿Qué pensaba hacer con el cadáver? —argumentó Pedrera, en apoyo a Remigio.

—Nadie dijo que esperara salir airosa.

—¿Entonces no le importaba que la acusaran de homicidio? ¿O que alguno de los amigos de Malacara se lo hiciera pagar? Según comentaste ayer, lo hizo para robarle. Tal vez podría entenderlo si hubiera una venganza de por medio, pero es que esto no tiene ni pies ni cabeza. A menos que la chica no esté bien de aquí —dijo Miguel, al mismo tiempo que señalaba su propia sien con el índice.

—Le estáis buscando las cinco patas al gato —protestó Vargas.

—Hay algo más, señor —intervino Cheick, y se ganó una mirada furibunda de Arquímedes.

—Te escuchamos, Diji —lo animó Salazar.

—El asesino degolló a Porras cuando se encontraba acostado de lado y lo hizo desde atrás… El sentido de la herida fue de izquierda a derecha.

—¿Y qué importancia tiene eso? —lo desafió Vargas.

—Que Amalia es zurda —afirmó el subinspector, sin dejarse intimidar.

—Eso no significa que no pudiera usar la mano derecha para despistarnos —argumentó Vargas con terquedad.

—No es lo que describe el forense. El corte fue profundo, así que el asesino empleó la mano dominante.

—Lo cual significa que la prostituta no lo hizo y que Arquímedes cerró el caso acusando a una inocente —dijo Pedrera.

—¡Ella confesó!

Todos se miraron entre sí. Eso lo explicaba todo.

—Una confesión por sí sola no es suficiente —sentenció Néstor—. ¿Puedes proporcionarnos esos detalles que tan bien recuerdas, Vargas?

Arquímedes suspiró al comprender que tendría que decir la verdad.

—Nos llamaron en la madrugada y acudimos al burdel. La *madame* estaba muy nerviosa y acusó a la chica, quien se limitó a confirmar lo que ella nos contó: que Porras solicitó sus servicios, y que ella vio que tenía la billetera repleta de dinero, además de varias papeletas de droga en los bolsillos. Esperó a que se durmiera y lo asesinó para robarle.

—¿La prostituta sostuvo su declaración cuando la apartaron de la *madame*? —preguntó Néstor.

—Después de que confesó no volvió a pronunciar ni una palabra más. Ni siquiera intentó defenderse. Si eso no era reconocer su culpabilidad, ya me diréis qué significa.

—¿Se te ha pasado por la cabeza que tal vez extorsionaron a la chica para que aceptara cargar con las culpas por el homicidio? —sugirió el inspector jefe.

—¿Extorsionarla? ¿Cómo?

—Dímelo tú. Yo no conozco el caso. ¿Investigaste a Segura?

—¿Para qué? Ya tenía su confesión.

Salazar se quedó en silencio por un momento, rumiando su enfado.

—Aceptaste la confesión de la chica sin investigar más, porque así cerrabas el caso y te quitabas un marrón de encima, ¿no es así?

Vargas se puso de pie como si hubiera un resorte en el asiento.

—Inspector jefe o no, no le permito…

—Será mejor que calme su ímpetu —intervino Santiago—. Salazar tiene razón. Su desempeño en esa investigación fue mediocre en el mejor de los casos.

Vargas bullía por dentro, pero cualquiera se enfrentaba a un oso *grizzly* con DNI como el comisario. Ese tío se lo merendaría en dos bocados si lo desafiaba. Eso sin contar que era su superior y que le podía causar todo tipo de problemas, así que Arquímedes se tragó la bilis, guardó silencio y se concentró en los papeles que tenía sobre el escritorio, aunque las manchas de café en ellos no contribuyeron a tranquilizarlo.

—Soy partidario de reabrir ese caso —opinó Néstor—. Estoy seguro de que a Malacara lo asesinaron para dar paso a un nuevo distribuidor…

—Campos —confirmó Pedrera.

—Lo cual significa que un grupo criminal sustituyó a otro frente a nuestras narices.

—¿Qué pinta la chica en todo esto?

—Fue el chivo expiatorio —sentenció Salazar, sin atisbo de duda—. Me gustaría investigar a Amalia, saber lo que tiene que decir la *madame* y luego interrogar a la chica.

—Estoy de acuerdo —lo apoyó Santiago—. ¿Cuál es el nombre de la *madame*?

—Filomena Cabrera —respondió Vargas de inmediato—, pero en el medio se hace llamar Lili.

El comisario asintió y se dirigió a Araya.

—Beatriz, averigua todo lo que puedas acerca de Amalia y Filomena.

—Sí, señor.

—Sigue exponiendo tu teoría, Néstor —le pidió el comisario—. Me interesa tu opinión sobre todo este asunto.

—Muy bien. Primero tenemos un agente de Interpol, al que asesinaron mientras investigaba una red de distribución de droga que opera desde Haro, y cuyo destino se extiende hasta Europa Occidental. Luego tenemos un golpe de timón que cambia la cabeza de los narcotraficantes locales. No sé lo que pensáis vosotros, pero yo veo una relación. Creo que alguien está aprovechando la red de distribución europea para hacerse con el negocio local.

—Tienen garantizada la mercancía y no necesitan moverla demasiado —dijo Santiago para completar la idea. Lo veo posible. ¿Quién sería este «emprendedor»?

—Me parece que Vázquez tiene todos los números de la rifa —comentó Remigio—. Además, no olvidemos que su empresa está bajo la lupa de Interpol por una delación, y que Akram acabó muerto después de infiltrarse en SINTE.

—Es un buen punto —reconoció Salazar—, pero no tenemos pruebas concretas contra Vázquez.

—Su chófer podría ser su talón de Aquiles —sugirió Pedrera.

Néstor suspiró con desaliento y asintió

—Estoy de acuerdo contigo. Y estaba seguro de que se trataba del sujeto que interceptó al vigilante de la ermita, pero después de que resultó negativa la identificación, no sabría qué decirte. Ungur se ha mantenido limpio o aprendió a ser discreto. De cualquier manera, no tenemos nada contra él.

—¿Vas a dejarlo tranquilo así como así?

—No dije eso —le refutó Salazar—. Le pedí a Lali que lo citara como testigo, así que debería llegar en cualquier momento. Tendré una amigable conversación con él cuando termine esta reunión.

Santiago asintió y clavó la mirada en Arquímedes.

—Vargas. ¿Qué puedes decirnos sobre tu asignación?

—Ayer mismo conseguí la orden del juez y visité la compañía telefónica que tenía contratada la víctima. Les pedí que hicieran una triangulación del móvil el día del homicidio, pero me temo que no conseguí los resultados que esperaba.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Pedrera—. ¿Encontraste el móvil o no?

Vargas negó con la cabeza.

—El Hashem salió de su trabajo a la misma hora de siempre y se fue a su casa. A las cinco de la tarde se le puede ubicar en su domicilio. Luego desapareció.

—¿Desapareció?

—Por completo. No hay registro alguno del móvil desde entonces. Me temo que perdí el tiempo.

—No estoy de acuerdo, Arquímedes —discrepó el inspector jefe—. Los móviles se mantienen localizables aun después de apagados. Si desapareció significa que removieron la batería, lo cual quiere decir…

—Que fueron a buscar a Akram a su casa y se lo llevaron a las cinco de la tarde —dijo Santiago, completando la idea—. La hora de la muerte está fijada a las nueve. ¿Dónde estuvo esas cuatro horas?

—Lo retuvieron y le dieron una paliza —precisó Salazar, recordando las observaciones del forense—. Algunos de los golpes que tenía el cadáver no son consecuencia del impacto en los riscos.

—Querían que les proporcionara información —murmuró Remigio—, pero ¿dónde lo retuvieron?

Salazar les informó acerca de las observaciones de Bastos sobre la suela de los zapatos de la víctima y la marca que dejaron en la ermita. Luego planteó sus conclusiones:

—Akram permaneció secuestrado durante cuatro horas. El análisis de las marcas que dejó en la ermita podría darnos una pista de la ubicación del lugar donde lo retuvieron. Esperemos los resultados. Mientras tanto, sigamos adelante con las evidencias que tenemos.

Capítulo 27.

Al terminar la reunión, cada detective se dispuso a cumplir su tarea. Néstor se encaminó a su despacho. Ungur ya debería haber llegado. En efecto, antes de cruzar el umbral, el inspector escuchó el timbre de la centralita. Era Lali para avisarle de que el testigo se encontraba en la recepción. Salazar le pidió a la secretaria que lo acompañaran hasta su despacho.

Pocos segundos después apareció Eulalia con un sujeto que casi la doblaba en estatura.

—Le agradezco que respondiera a la solicitud de colaborar con nosotros, señor Ungur.

—¿Acaso tenía alternativa? —Doru tenía un fuerte acento de Europa del Este, y su voz profunda no dejó dudas acerca de su enfado.

—Supongo que no, pero aun así, se lo agradezco. Siéntese, por favor. Debo advertirle que grabaremos esta conversación y será considerada como su declaración oficial.

El sospechoso lo miró con desconfianza, como si le hubiera invitado a sentarse en una silla eléctrica. Obedeció sin quitarle la vista de encima al desaliñado policía. No se fiaba. En su Rumanía natal también conoció un sujeto que vestía y actuaba con descuido. Era la burla de la comunidad hasta que se reveló como un agente de la Policía encubierto. Un hijo de puta que se llevó a medio barrio por delante. Este sujeto del gabán se lo recordaba. El inspector encendió el micrófono del ordenador.

—¿Por qué me hicieron venir? ¿Me acusan de algo?

Salazar se echó hacia atrás en el asiento en una postura relajada.

—Si tuviéramos algo contra usted, le aseguro que no lo hubiéramos llamado, señor Ungur… Lo habríamos ido a buscar.

—¿Qué quieren entonces?

—Ya se lo dije. Su colaboración.

—¿Sobre qué? Yo no sé nada.

—Usted trabaja como chófer personal del señor Rolando Vázquez, ¿no es así? —Doru asintió—. ¿Desde cuándo?

—No mucho tiempo. Casi un año. Desde que salí de la cárcel.

—¿Cuál fue el motivo de su condena?

—No se haga el tonto conmigo, comisario. Estoy seguro de que usted conoce mi historial mejor que yo. Me condenaron por asalto con lesiones porque agredí a un comerciante cuando entré a su tienda a robar. Ya pagué mi deuda con la sociedad, y en la cárcel recibí tratamiento psicológico para el control de la ira. Ahora soy un trabajador que cumple con la Ley. Si está tratando de endilgarme algún delito, ya puede cambiar de opinión.

—Me complace escuchar sobre el éxito de su reinserción social, señor Ungur. Por cierto, no soy comisario. Tan solo un humilde inspector, pero gracias por el ascenso. Me sorprende la rapidez con la que consiguió trabajo.

—Debo agradecérselo al señor Vázquez. Él también cumplió condena en su juventud y sabe lo difícil que es regresar al mundo después de pasar por la cárcel. Por eso muchos de sus empleados somos exconvictos.

—Muy loable… —reconoció Néstor— Y peligroso.

—El señor Vázquez solo contrata recomendados. Gente como yo, que sabe que estamos dispuestos a regenerarnos. Nos concede una oportunidad.

—¿Es el caso de todos los empleados de SINTE?

—No todos, pero sí muchos. Nunca contrata convictos por homicidio ni adictos.

—Es muy interesante —dijo el inspector, inclinándose hacia adelante y apoyando los brazos en la mesa—. Dígame, señor Ungur, ¿conoció usted a Akram El Hashem?

Doru asintió despacio.

—¡Ah, es eso! Akram llevaba poco tiempo en la empresa. Solo lo conocí de paso. Nunca imaginé que fuera capaz de suicidarse.

—¿Por qué cree que se trató de un suicidio?

—No creo que fuera un accidente. Nadie visita la ermita a esa hora. Además, Akram era musulmán. ¿Qué interés podía tener por un santo católico?

—¿Y no se le ha ocurrido que su compañero pudo ser víctima de homicidio?

Esta vez, Doru palideció.

—¿Es eso? ¿Alguien mató a Akram? ¿Por eso estoy aquí?

—Está aquí porque le solicitamos su colaboración y usted fue tan amable que aceptó —sentenció el inspector con sorna. Lo que Doru suponía: un hijo de puta.

—Yo no sé nada acerca de ese asunto. Casi no lo conocía.

—De acuerdo. ¿Cuál era el trabajo de Akram dentro de la transportista? ¿Era chófer?

Ungur negó con la cabeza.

—Llevaba poco tiempo en SINTE. Todavía el señor Vázquez no le tenía suficiente confianza como para entregarle un camión con mercancía. Akram era quien revisaba los camiones cuando regresaban de una entrega y los preparaba para los viajes. Ya sabe: se aseguraba del nivel de aceite del motor, que funcionara bien el sistema de enfriamiento, revisaba los frenos, ese tipo de cosas.

—¿Él los reparaba cuando tenían algún desperfecto?

—No siempre. Si era algo trivial lo resolvía, pero si se trataba de un problema mecánico, lo reportaba y llevaba el camión al taller.

—¿Qué taller?

—No recuerdo el nombre, pero reparan los camiones de SINTE desde hace muchos años.

—Muy bien, señor Ungur. ¿Cómo es que el señor Vázquez decidió convertirlo a usted en su chófer personal? Eso implica una gran confianza.

—Es porque llegué a la empresa bien recomendado.

—¿Por quién?

—Por mi compañero de celda. Su nombre es Tomás Lugo. Todavía cumple condena. Es muy viejo y dice que prefiere morir en la cárcel que volver a enfrentar el mundo…

—Lo he visto con anterioridad —confesó Salazar.

—Yo no lo comprendo, pero lo importante es que Lugo también coincidió como compañero de celda del señor Vázquez cuando él cumplió condena por contrabando. Se tienen mucha confianza. Cuando el señor Vázquez quiere contratar un empleado y este tiene antecedentes, se lo consulta a su viejo amigo. Tomás le dice si el aspirante tiene verdaderas intenciones de reivindicarse.

—Ya veo —respondió Salazar.

El inspector desconfiaba de toda la declaración de Doru. Todas esas buenas intenciones sonaban muy bien a los oídos, pero eso no las hacía ciertas. En su experiencia, los empresarios evitaban contratar trabajadores

que hubieran pisado la cárcel. Y los exconvictos no solían mantenerse tan limpios de espíritu como pretendía hacerle creer Ungur. ¿Se estaría volviendo un cínico incurable? Se lo preguntaría a Paca cuando tuviera oportunidad.

—Voy a hacerle una pregunta delicada, señor Ungur. Será mejor que me responda con la verdad, si es cierto que no quiere tener problemas.

Doru se envaró. No confiaba en ningún policía, pero en este menos.

—Responderé con la verdad.

—¿Notó usted alguna actividad en SINTE que no se corresponda con las labores de una empresa transportista?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que no. Los clientes firman un contrato con el señor Vázquez. Cuando tienen mercancía para transportar llaman y se les cobra el flete correspondiente a la distancia y el peso de la carga. También al tipo de camión. Si necesita alguna condición especial como refrigeración, se cobra un extra. Se realiza el trasporte y el camión regresa al aparcamiento hasta el siguiente viaje. Es todo.

—¿Toda la mercancía que transportan es legal?

—Por supuesto.

—De acuerdo, señor Ungur. Ya ve que la entrevista no fue tan dolorosa como temía. Por favor, aguarde a que la secretaria lo llame para que firme la transcripción de su declaración. Después puede marcharse. Si recuerda algo sobre el señor Akram que pueda explicar su muerte, por favor hágamelo saber. No importa la hora del día o de la noche.

Doru se levantó de la silla, aliviado. Al menos en esta ocasión salió bien librado, aunque le preocupaba el policía que investigaba la muerte de Akram. Estaba seguro de que les traería problemas a él y al señor Vázquez, así que decidió advertirle a su jefe para que se cuidara. Era lo menos que podía hacer por el hombre que le dio una segunda oportunidad.

Ya el chófer abandonaba el despacho, cuando Salazar recibió la llamada de Lali para avisarle de que el comisario quería verlo con urgencia.

Capítulo 28.

Néstor se preguntó para qué querría verlo Santiago, si acababan de estar juntos en la reunión del equipo. La llamada le dio mala espina. Cuando se encontraba a mitad de camino hacia el despacho del comisario, su móvil comenzó a sonar. En la pantalla aparecieron el nombre y la foto de Valentina. El inspector respondió de inmediato.

—Néstor, me alegra que pudieras responderme. Temía encontrarte ocupado.

—Voy camino a una reunión con el comisario, pero tu llamada tiene prioridad. ¿Descubriste algo?

—El laboratorio de balística envió los resultados. Tenías razón, la bala que mató a Alonso fue una 9 mm, calibre 7.65 que provino de una *Sig sauer p230*.

—Carlitos.

—¿Tienes idea de quién es ese sujeto?

—Me temo que todavía no, pero te juro que lo voy a averiguar.

—Confío en ti. Puedes contar conmigo para ayudarte en todo lo que pueda.

—De acuerdo. ¿Hay alguna noticia del coche que los embistió?

—Es posible, pero no es fácil acceder a la información. El capitán Costa no me permite acercarme a los resultados de los peritajes. Solo tengo acceso a los informes a través de compañeros que se conduelen de mi condición de viuda.

—Comprendo. No te preocupes ni te expongas a sanciones. Trabajaré con esta información y a ver hasta dónde nos lleva. Si te cuentan algo más, házmelo saber.

—De inmediato.

Salazar terminó la llamada y continuó su camino hacia el despacho de su hermano. Después de la conversación con Valentina, comenzaba a

hacerse una idea del tema que querría abordar Santiago.

Lali lo miró con compasión, lo cual solo confirmó los temores de Néstor.

—Inspector jefe. ¿Qué hizo esta vez? El comisario está muy enfadado con usted. No he podido calmarlo.

—No te preocupes, Lali. Sabré afrontarlo —la tranquilizó Néstor.

Ella lo anunció y le dio paso con la misma expresión de un custodio que acompaña al reo a cumplir una sentencia de muerte. ¿Tan mal estaba la situación?

—¿Es que te has propuesto envejecerme antes de tiempo, Néstor? —le preguntó Santiago en cuanto se quedaron solos—. Tengo muy claro que tienes un talento innato para cabrear a los jefes, pero esta vez te pasaste siete pueblos.

Su hermano no lo invitó a sentarse. Mala señal. Suponía que la investigación del accidente de Sofía era el motivo del enfado de los mandos y la razón por la que ejercían presión sobre Goliat. Trató de recordar si tenía pendiente alguna trastada que pudieran haber descubierto, pero no, en las últimas semanas tuvo un comportamiento de lo más modosito. Tanto, que comenzaba a temer que hubieran conseguido domesticarlo. ¡Para morir de aburrimiento! La respuesta a su incógnita llegó enseguida.

—La Guardia Civil interpuso una queja formal en la Jefatura Superior por tu intromisión en uno de sus casos. Dicen que te valiste de la situación vulnerable de una de sus agentes para conseguir información sensible sobre una investigación que les compete, porque se relaciona con el asesinato de uno de sus guardias. Insinúan que tienes intenciones de obstruir la resolución del caso, porque pudieras estar involucrado. Tienes la suerte de que te conozco lo suficiente para saber que no tienes nada que ver con ese homicidio, pero también sé que eres lo bastante cazurro para meterte en un lío del que ni yo podré sacarte si el asunto se te mete entre ceja y ceja —El comisario suspiró porque se había quedado sin aliento—. Se trata del caso de Sofía, ¿no es así?

—Por supuesto. Creí que me ibas a apoyar en esto y que me cubrirías con los mandos.

—Todo tiene un límite, Néstor. No puedo ayudarte si cabreas a la Guardia Civil, hasta el punto de que presenten una queja formal contra ti a los mandos. Tuviste suerte de que cayera en manos del comisario mayor León, de Asuntos Internos. No olvida que salvaste la vida de su hijo. Por

eso cuando leyó la denuncia, me llamó de inmediato. ¿Quieres explicarme qué fue lo que hiciste?

—En realidad, no hice nada —Santiago frunció el ceño. Una imagen aterradora—. ¡Te lo juro! La investigación se la asignaron a un imbécil déspota que rechaza todo tipo de ayuda…

—Querrás decir de intromisión.

—En cualquier caso, la mujer del guardia que asesinaron es mi amiga desde los días del curso antiterrorista. Ella está tan interesada como yo en atrapar al responsable del atentado. Y me está ayudando.

—¿Cómo te ayuda? —preguntó Ortiz, palideciendo.

—Algunos de sus compañeros comprenden su interés en descubrir la verdad y le contaron ciertos detalles.

—Espera, ¿me estás diciendo que la viuda del guardia consigue información oficial a través de dimes y diretes, que te la cuenta a ti, y tú la empleas como buena?

—La verdad es que dicho así, no suena muy bien —reconoció Néstor—, pero es que ese merluzo de Costa nos tiene bloqueados.

—¡Es su investigación, su responsabilidad, maldita sea! ¡Está en su derecho! Tú y yo haríamos lo mismo.

—¿De qué lado estás? —preguntó el inspector con un fruncimiento de ceño.

—Aunque no lo creas, del tuyo. No quiero que este asunto acabe con tu carrera y que además termines enfrentando una acusación por obstrucción. Si ese capitán se lo propone, ni el comisario León ni yo podremos ayudarte. Comprendo lo que todo esto significa para ti, Néstor, pero por el bien de todos, debes dejar esta investigación en manos de la Guardia Civil.

—El arma que usaron para atentar contra el teniente Sastre y Sofía fue una *Sig sauer p230* —sentenció Salazar. No había ni atisbo de humor en su rostro. A Ortiz le recordó a su padre cuando se enfadaba—. Por si no lo recuerdas, es la pistola favorita de Carlitos. Encontraré a ese malnacido y lo sacaré del agujero donde se esconde, sin importar cómo te pongas o las consecuencias que tenga para mí. Solo quiero saber si sigue en pie tu oferta de ayudarme o si debo afrontarlo solo. Si prefieres no involucrarte, lo comprenderé. Tienes que velar por tu propia carrera y por tu familia.

—No me jodas, Néstor. De ninguna manera te dejaré solo en esto, pero tienes que reconocer que no podemos enfrentar los dos solos a una institución como la Guardia Civil.

—No es lo que pretendo —reconoció el inspector, un poco más calmado—. Sin embargo, hay algo que hemos pasado por alto: Sofía es una oficial de la Policía Nacional y si estaba en ese coche es porque la Guardia Civil le pidió colaboración a Olmedo.

—A Olmedo, no a nosotros.

—El capitán Olmedo también sufrió la baja de uno de sus agentes a causa del atentado. Tiene todo el derecho de exigir que lo mantengan informado.

—Ya veo a dónde quieres llegar.

—Si quieres ayudarme, convence al jefe de Sofía que colabore con nosotros y exija al capitán Costa que lo mantenga informado de los avances de su investigación.

—No es mala idea —reconoció el comisario, un poco más calmado. El inspector aprovechó para sentarse frente a él—. Olmedo tendría todo el derecho de solicitarnos colaboración para encontrar a quien atentó contra uno de sus agentes. Y nadie podría protestar.

Santiago asintió y soltó un suspiro de alivio.

—¿Sabes que a veces me das miedo, hermano?

—¡Pues mira que tú…!

Capítulo 29.

El comisario llamó al jefe de Sofía sin perder más tiempo. Le resultó fácil convencerlo después de plantearle la situación. A Olmedo le agradó la idea de que Salazar se ocupara de encontrar al responsable del atentado. Les prometió que haría una solicitud formal para que la Policía Nacional participara en la investigación y recomendaría que Néstor se hiciera cargo, en virtud de su reputación.

—Bien, parece que te saliste con la tuya, como es costumbre —dijo el comisario un poco más calmado, al mismo tiempo que colgaba el teléfono —. La solicitud de Olmedo te concederá el derecho de involucrarte, solicitar informes y pruebas. Solo quiero que me prometas que esperarás a que se concluya el trámite.

—Descuida. No voy a arriesgarme a que se lo nieguen por apresurarme. Lo cual no quiere decir que no podamos sacar conclusiones y trazar estrategias.

—Miedo me das. ¿En qué estás pensando?

—Como te mencioné, la bala que asesinó a Sastre provino de una *Sig sauer p230,* el arma favorita de Carlitos. Eso significa que este sicario se siente muy seguro de que no lo atraparemos. Si le encontramos el arma encima, se acabará su carrera.

—Para eso primero debemos tener al menos una sospecha de su identidad, y todavía estamos muy lejos de eso.

—Es cierto, pero el solo hecho de que conserve el arma que usó en varios homicidios y que la use para atentar contra un guardia civil y una agente de la Policía Nacional, nos revela mucho acerca de su personalidad.

—Se cree intocable.

—Y más listo que nosotros.

—Son características demasiado generales. No nos acercan a descubrir su identidad.

—Hay algo que sí nos puede acercar.

—¿Qué?

—El vehículo que usó. El tío embistió el coche donde viajaban el teniente y Sofía. Lo golpeó en el guardabarros trasero, donde quedaron restos de pintura negra.

—Así que sabemos que se trata de un coche negro.

—Más que eso, por la altura del golpe, dudo que se tratara de un turismo. Además, debió ser un vehículo muy potente.

—¿En qué estás pensando?

—En un todoterreno o una camioneta de carga. Si hubiera sido un camión, Sastre lo habría dejado atrás sin problemas.

—Recuerda que se salieron de la vía cuando el teniente recibió el disparo. No fue el impacto del otro vehículo el que causó el accidente.

—Con eso me das la razón. De haberse tratado de un camión, el primer golpe contra el guardabarros los habría sacado de la carretera.

—Así que buscamos un todoterreno o una camioneta de carga de color negro.

Salazar asintió.

—Es probable que descubramos la marca cuando el laboratorio de la Guardia Civil realice los análisis de la composición de la pintura. Sin embargo, creo que con los datos que tenemos podemos comenzar a trabajar.

—Recuerda que esperarás a que…

—Lo sé. Abriremos operaciones cuando Olmedo haga su parte.

El teléfono del escritorio de Ortiz comenzó a sonar. Lali le anunció que el capitán Olmedo estaba en la línea y quería hablar con él. Ortiz respondió sin dejar de mirar a su hermano. Después de una corta conversación, le dio las gracias al capitán y cortó la comunicación.

—Ya está. Tienes lo que querías.

—¿Tan pronto?

—Por las características del grupo de Olmedo, tiene línea directa con los niveles más altos. Habló con un cargo importante en el ministerio. Los convenció de la gravedad del asunto y la importancia de que la Policía Nacional participe en las indagaciones. Ya se están moviendo los engranajes, y la orden viene de muy arriba. Así que nadie podrá negarte acceso a la información.

—Genial.

—Espero que esto no reste prioridad a la investigación del asesinato del agente de Interpol.

—Por supuesto que no. ¿Por quién me tomas? Puedo llevar ambos casos a la vez sin problemas.

—De acuerdo. Si necesitas apoyo, solo tienes que decírmelo.

Néstor asintió, mientras se ponía de pie y se despedía con un gesto de la mano. Cuando abandonó el despacho del comisario, usó el móvil para comunicarse con Araya.

—Beatriz, ¿cómo va tu investigación sobre Amalia y Filomena?

—Bien, señor. Como diría mi abuela: hay tela marinera. Todavía estoy en ello, pero si quiere que le informe lo que averigüé hasta ahora…

—Prefiero que lo hagas cuando termines. Tengo otra tarea para ti.

—Usted dirá, jefe.

—Es para otro caso. Después os lo explico. Quiero que pases una solicitud a todos los talleres mecánicos de Haro y sus alrededores. En especial a aquellos que realicen reparaciones de chapa. ¿Tienes cómo anotar?

—Siempre señor. Dígame.

—De acuerdo. Buscamos un vehículo alto y potente. Puede ser un todoterreno o una camioneta de carga. Es de color negro con una abolladura en el guardabarros delantero, el cual podría estar manchado con pintura blanca.

—¿Se trata del coche involucrado en el atentado contra Sofía, señor?

—Me complace trabajar con personas tan inteligentes como tú, Beatriz. Es justo eso.

—Me pondré con ello de inmediato. No se preocupe, señor, encontraremos ese coche.

—Estoy seguro de ello. Si algún taller responde, que nos proporcione la identidad del dueño.

—Para eso será necesaria una orden.

—Que te ayude Diji. Dile que le enviaré las fotos de la escena del atentado para que justifique la solicitud.

—Sí, señor.

Salazar terminó la llamada y se volvió a comunicar con Valentina para decirle que su participación en el caso era oficial. Ya no tendría que seguir jugándose el trabajo para conseguir la información. La viuda recibió la noticia con satisfacción.

—Eso lo explica.

—¿Qué?

—Altuve me llamó hace unos minutos. El capitán Costa está que echa espuma por la boca. Recibió la llamada de un coronel y desde entonces está lanzando maldiciones contra la Policía Nacional, y contra «ese agente de tres al cuarto con pinta de menesteroso». Supongo que se refiere a ti.

—Me han llamado cosas peores. Eso quiere decir que ya le notificaron que se terminó su reinado.

—Ándate con cuidado, Néstor. A Costa se le conoce por su carácter vengativo y su falta de escrúpulos. Lo humillaste y no creo que lo deje pasar con tanta facilidad.

—No hará nada por el momento, pero no bajaré la guardia.

—Te avisaré si me entero de algo.

—De acuerdo, y no te preocupes Valentina: te prometo que encontraremos a Carlitos y pagará por lo que hizo.

Capítulo 30.

Cuando terminó la conversación con Valentina, Néstor se detuvo un momento para analizar sus opciones. Ya había trazado una estrategia con respecto al caso del atentado. En cuanto al asesinato del agente de Interpol, hasta donde sabían Akram no tenía lazos con la comunidad, más allá de los compañeros de trabajo en SINTE, así que descartó la posibilidad de interrogar a familiares ni amigos. Siendo agente encubierto, se habría mantenido distante de su entorno, así que esa era una vía cerrada para la investigación.

Salazar consultó el reloj y calculó que había transcurrido suficiente tiempo para que Científica concluyera el registro de la vivienda del malogrado agente de Interpol. Le pidió a García las llaves del Corsa y en el camino se detuvo en una pastelería fina, donde escogió los mejores pasteles de crema y chocolate, a lo que le sumó un mocaccino doble. Luego se encaminó a la Jefatura Superior bien preparado.

Casimiro comenzó a salivar en cuanto vio asomarse el gabán. Fingió enfadarse cuando tuvo al inspector frente a él, con una sonrisa de inocencia que no se la tragaba ni la neurótica de su gata.

—¿Ya vienes a dar la lata, Salazar? Que algunos trabajamos.

—Hola, Casi. Pasaba cerca y pensé que tal vez no habías desayunado —le dijo el muy ladino, al mismo tiempo que levantaba una bandeja de pasteles que doblaba el tamaño de las habituales—. ¿Te apetece un café?

—¿Cuántas veces te tengo que decir que estoy a dieta, joder? ¿El café viene con espuma?

—Por supuesto.

—¿De qué son los pasteles?

—Crema y chocolate, como te gustan, pero si estás a dieta…

—¡Trae acá! —refunfuñó Barros, arrebatándole la bandeja—. Como intentes llevártelos, te doy una patada en el culo que alcanzas al *Voyager* sin

plataforma de lanzamiento.

—Vale, entendido —aceptó el inspector con cara de acontecido, mientras le entregaba el vaso.

—Mmmmm. Te estás superando, Salazar —reconoció el jefe de Científica, después de zamparse dos pasteles en dos bocados—. Estos son mis favoritos.

—Tomo nota.

Barros asintió y siguió tragando pasteles.

—Que mi mujer no se entere.

—No será por mí.

—Sospecho que uno de estos cabrones se chiva con ella. Como lo descubra… —Néstor guardó silencio— Bien, supongo que esto tiene un precio. ¿Qué quieres?

—Hieres mi sensibilidad, Casi —dijo Salazar, al mismo tiempo que soltaba un suspiro y ponía cara de vilipendiado—. Mi único interés es complacer a un amigo.

—Sí, claro. Así que no quieres nada. De acuerdo, entonces lárgate que tengo mucho trabajo.

—Tampoco dije eso. Sí hay un pequeño, pequeñito favor que me puedes hacer.

Barros lo miró con el ceño fruncido y se metió el siguiente pastel en la boca.

—Suéltalo de una vez y no me hagas perder el tiempo.

—De acuerdo. La casa de Akram. ¿Encontrasteis algo?

—¿Akram?

—Akram El Hashem. El agente de Interpol que asesinaron… Beatriz os envió la dirección.

—Ah, sí, claro. Pues debo reconocer que no había mucho. El tío vivía en una pensión y era bastante austero, la verdad. Además, el lugar estaba revuelto. Alguien registró esa habitación antes de que llegáramos.

—¿Quién?

—Debió ser otro de los huéspedes, porque según la dueña no entró nadie extraño en la pensión, y Akram le tenía prohibido el acceso hasta a ella. Él mismo se ocupaba de mantener su habitación aseada. Nosotros la encontramos bastante desordenada.

Salazar tomó nota. Debía solicitar una orden para que la patrona le proporcionara una lista de los demás huéspedes.

—Así que si había alguna prueba, debieron llevársela —dijo Néstor.

—Solo dejaron unas fotografías. Estaban dentro de una bolsa plástica, entre el tanque del inodoro y la pared. No te imaginas lo que nos costó sacarlas de allí.

—¿Quién aparece en las fotografías? —preguntó Néstor, con renovado entusiasmo.

—¿Cómo coño quieres que lo sepa? El detective eres tú. Yo solo las incluyo en el informe.

—¿Podría verlas?

El jefe asintió y llamó a uno de sus subalternos a gritos. Cuando el perito se asomó a la oficina de Barros, le ordenó que le llevara lo que encontraron en el último registro. Unos segundos después, Néstor sostenía una bolsa de plástico con cuatro fotografías. El inspector solo reconoció dos de ellas.

—¿Sabes quiénes son? —le preguntó Casimiro.

—Estos dos son Rolando Vázquez y Doru Ungur —le informó Néstor —: El dueño de la transportista que investigaba Akram y su chófer. A los otros dos no los había visto nunca.

Néstor miró con detenimiento los dos rostros desconocidos: se trataba de un anciano y un joven con el cabello cortado al rape.

—Supongo que querrás que averigüe quienes son —sugirió el propio Barros con un suspiro de resignación.

—Me harías un gran favor, Casi.

—Muy bien. Haremos la comparación de rasgos faciales, pero ya sabes que eso lleva tiempo, así que no me vengas a dar la lata.

—Descuida. Esperaré a que me avises.

—En ese caso, ya me diste trabajo para el resto del día, así que lárgate para que pueda ocuparme de este asunto.

Néstor no se movió, ladeó la cabeza y enarcó las cejas. Sus sobrinos ponían la misma cara cuando querían una ración doble de postre. El inspector tenía esa expresión como uno de sus últimos recursos. Demasiado buena para mostrarla con frecuencia.

—¡Quieres algo más! —Salazar no movió un músculo—. Joder, esto me pasa por preguntar. A ver, ¿de qué se trata esta vez?

—Necesito identificar un coche.

—¿Tiene relación con el mismo caso?

—No, se trata de otra investigación —le confesó el inspector, echándose hacia adelante en el asiento—. Está relacionada con un atentado en el que murió un guardia civil y Sofía resultó malherida.

—¿Sofía… la subinspectora que es tu…?

—Era, pero eso no es lo que importa ahora.

—Pues lo lamento mucho, Salazar. ¿Por qué no empezaste por ahí? ¿Se recuperará?

—Todavía no lo sabemos, pero me propuse atrapar al malnacido que trató de matarla.

—Cuenta conmigo, haré lo que sea necesario para ayudarte. Joder… un agente de Interpol, un guardia civil y también una inspectora de la Policía Nacional. Es para poner los pelos de punta.

—Parece que nos están perdiendo el respeto, Casi.

—Pues será mejor que no lo permitamos. No quiero pensar en las consecuencias de algo así. A ver, ¿qué necesitas?

Néstor sacó su móvil y le mostró a Barros las fotografías de las llantas del coche agresor, que le envió Valentina. Luego le explicó dónde las consiguieron.

—¿Puedes identificar el vehículo a través de estas huellas?

El jefe negó con la cabeza.

—Lo lamento, Salazar. Solo puedo determinar la marca y el tipo de llantas, pero me temo que muchos coches las comparten, así que no es posible identificar el tipo de vehículo por estas fotografías… Sin embargo, ¿has visto esta muesca? —El inspector asintió—. Esta marca las individualiza. Tráeme el coche y te diré si fue el que dejó esta huella.

—De acuerdo, pero primero tengo que encontrarlo.

Néstor dejó a Barros ocupado en la identificación de las fotografías de la caja. El inspector no tenía idea de quiénes eran esas personas o qué relación podían tener con Akram.

Al salir de la Jefatura Superior, Salazar se encaminó a la oficina de don Braulio. Como siempre, Evelia puso los ojos en blanco en cuanto lo vio.

—¡Aquí está la guinda que le faltaba al pastel! ¿Cuándo comprenderán que don Braulio está aquí para trabajar y no para hacer favores? Que los favores no pagan las cuentas.

Néstor miró a su alrededor y vio una sala vacía de clientes. Iba a responder con una impertinencia, cuando la puerta del despacho del

detective se abrió. Don Braulio se asomó antes de que el inspector pudiera responder. Evelia soltó un bufido de protesta.

—¡Qué alegría verte, hijo! Pasa, pasa. ¿En qué puedo ayudarte?

Salazar pasó junto a Evelia. No sabía si sentir enfado o vergüenza. La secretaria tenía razón, pero esas no eran maneras. Decidió ignorarla. Después de saludar a Quintero entró al despacho y ambos se sentaron a cada lado del escritorio.

—¿Qué te trae por aquí, chaval?

—¿Descubrió algo sobre lo que hablamos, don Braulio?

—¿Lo que hablamos? ¡Ah, sí, claro! El asunto ese de la droga que me comentaste. Sí, por supuesto, y también lo del sicario.

—¿Se encuentra usted bien, don Braulio?

—Mejor que nunca. A ver, tenías razón: Hay movimientos en la calle, pero también mucho miedo. Al parecer, una agrupación criminal de gran envergadura se ha ido apropiando de algunos territorios que cubrían pequeños distribuidores locales.

—¿Se trata de una guerra?

Don Braulio negó con la cabeza.

—Es algo mucho más discreto: camellos y capos que desaparecen de la noche a la mañana. Se dice que se marcharon, pero nadie lo cree. Alguno que otro apareció muerto, pero siempre hay alguien dispuesto a confesar el crimen, así que no suele investigarse a fondo.

—Usan chivos expiatorios —apuntó el inspector, mientras recordaba a la prostituta que cargó con el asesinato de Malacara.

—Eso es. Se dice que no se limitan a Haro. Ese es solo el negocio local, sino que reciben y luego distribuyen desde aquí.

—¿Alguien mencionó la transportista?

—Nada tan concreto. En las calles hay mucho miedo a mencionar el tema.

—Mal asunto si asusta a los criminales.

—Pues ya ves.

—¿Y sobre Carlitos? ¿Averiguó algo?

—Nada. Si ese sujeto está escondido en Haro, sabe ser discreto. Solo rumores vagos, pero nadie lo ubica en La Rioja. Lo siento, Néstor, ojalá pudiera darte una información más precisa, pero es lo que hay,

—Descuide, don Braulio. Ya me ayudó bastante. Su secretaria tiene razón. Solo ocupo su tiempo para pedirle favores, y usted necesita trabajar

para pagar las cuentas.

—No le hagas caso a Evelia. Refunfuña más de lo que habla. Ya sabes que colaborar contigo me hace feliz. Es como si por unos momentos estuviera de nuevo en la Policía.

—Pues me tranquiliza usted. ¿Cómo van los preparativos de su viaje?

Al viejo expolicía se le iluminó el rostro.

—¡Excelente! Sé que me lo voy a pasar pipa. Nunca he viajado tan lejos de La Rioja, y ya me apetece.

—Pues espero que lo disfrute —afirmó el inspector y se despidió del detective, antes de que Evelia se apareciera con café.

Néstor estaba seguro de que la próxima infusión que le ofrecieran allí, tendría algo más que azúcar.

Capítulo 31.

De vuelta en San Miguel, Néstor subió al segundo piso sin pasar por su despacho. De nuevo encontró a Pedrera y Vargas enzarzados en una disputa. Ya el asunto comenzaba a preocuparle, pues semejantes altercados comprometían la eficiencia del equipo. Los dos detectives estaban a punto de llegar a las manos. Remigio sujetaba a Arquímedes, mientras Diji hacía lo propio con Pedrera. Imposibilitados de enzarzarse en una pelea, los dos policías se lanzaban insultos que hubieran sonrojado a un proxeneta.

—¡Ya basta! ¡Dejad de comportaros como chavales en un parvulario!

—Claro, como tú no tienes que cargar con este imbécil, que se jodan los demás, ¿verdad?

—¡Imbécil será tu padre! Ven aquí, musculitos, que te voy a inflar a hostias.

—¿Tú y cuántos más?

—¡He dicho que basta! —gritó Salazar, con un tono de voz que recordaba al comisario y que sorprendió a los contendientes, quienes centraron su atención en el inspector jefe, ambos con los ceños fruncidos. Néstor aprovechó el momento para meter baza—. A ver, ¿qué coño pasa aquí?

—Por culpa de este cretino se nos escapó el lugarteniente de Campos. Lo teníamos rodeado, y el inútil de Vargas dejó que le pasara por el lado.

—¡Le vas a echar la culpa a tu madre!

—¡Ya está bien! Al próximo que diga un insulto, lo voy a mandar a vigilar la migración de caribús en el ártico, pero sin abrigo para que se le enfríen las ideas. A ver, Miguel, infórmame lo que ocurrió, ¡pero sin insultar a nadie!

Pedrera cogió aire, como si además de oxígeno quisiera hacer acopio de paciencia. Entonces se explicó.

—Uno de los cómplices de Campos declaró que su lugarteniente escapó de la redada y nos proporcionó su localización, a cambio de protección mientras cumple su condena. Así que preparamos una emboscada. Me llevé a Echevarría, a López y a Montero. Lo teníamos rodeado, pero en lugar de entregarse se evadió por una de las calles laterales. Le pasó por el lado a Vargas, que ni se movió para intentar detenerlo.

—¿Cuál es tu versión, Arquímedes?

—Era una callejuela oscura y el ángulo de visión no era favorable. No lo vi.

—¡Es imposible que no lo vieras! Lo dejaste escapar porque eres un inútil.

—¿A quién llamas inútil, muñeco del *pim pam pum*?

—¡Os empiezo a ver cara de témpano a los dos! —les advirtió Néstor —. Así que el tío se os escapó…

—Por culpa de…

—¡Me interesan los resultados, no las excusas! —gritó el inspector jefe, así que Miguel cerró la boca—. Remigio, ocúpate tú del lugarteniente. En cuanto a vosotros dos, si volvéis a usar la comisaría como cuadrilátero os sancionaré a ambos.

Aunque Salazar nunca había levantado una sanción contra un compañero, su tono no dejaba lugar a dudas de que lo haría si lo retaban. Toro asintió para acatar la orden, al mismo tiempo que Vargas y Pedrera regresaban cada uno a su mesa de trabajo, sin dejar de lanzarse miradas fulminantes el uno al otro. Néstor comprendió que tendría que mantenerlos separados en sus asignaciones o terminaría con un grave problema de disciplina en las manos. También se preguntó qué podía esperar de Vargas. ¿Sería tan solo un policía mediocre o se trataría de algo más? Había sido un buen detective hasta hacía un par de años, cuando su conducta cambió de repente. ¿Se habría corrompido? ¿Aceptaría sobornos? Salazar ya tuvo una mala experiencia al respecto con uno de sus excompañeros. Decidió que vigilaría de cerca al nuevo fichaje. No se confiaba.

Un corto pitido le anunció la entrada de un mensaje en su móvil. Lo revisó y lo abrió, después de comprobar que lo había enviado el doctor Robles. Era un correo que incluía el resultado de toxicología. Imaginó la presión que estarían ejerciendo los mandos para que se hubieran dado tanta prisa. En todo caso, El Hashem estaba limpio. No se encontraba bajo el

efecto de ninguna sustancia tóxica en el momento de su muerte. Salazar les participó a los demás del resultado. A nadie le sorprendió.

—De acuerdo, ahora que volvió la calma, quiero participaros que nos asignaron una nueva investigación.

El inspector les informó sobre las circunstancias del atentado contra Sofía, y la forma en que consiguió que los involucraran en la búsqueda del sicario.

—Ya decía yo que no ibas a permitir que la Guardia Civil se ocupara sola del asunto —reconoció Remigio—. Bien por ti, Néstor. Sé que hablo por todos cuando digo que estamos dispuestos a detener a ese malnacido.

El equipo al completo asintió y manifestó su apoyo a las palabras de Toro. El único que se sintió al margen del asunto fue Arquímedes, pues para él, Sofía era una desconocida.

—Muy bien. Sabía que podía contar con vosotros. ¿Qué me puedes decir, Beatriz, pasaste la nota que te pedí?

—Sí, señor. Diji consiguió la orden del juez y ya todos los talleres de Haro y sus alrededores tienen la notificación. Deben informarnos si reciben un coche negro, con una abolladura en el guardabarros delantero manchada con pintura blanca. Se les dijo que está involucrado en un accidente y que se dio a la fuga.

—Perfecto. Avísale a García y a Lali, por si alguien responde.

—Sí, señor.

—¿Tienes alguna otra idea para encontrar a este sicario? —preguntó Miguel.

—Es muy escurridizo. Ya mis informantes están atentos, pero todavía no reportan ningún resultado.

—Tal vez los de Remigio y los míos funcionen mejor —sugirió Miguel. Néstor asintió. Cualquier ayuda sería bien recibida.

—De acuerdo, pero que sean cuidadosos. Este tío es muy peligroso y no quiero seguir recogiendo cadáveres. Ahora volvamos al asunto de Akram…

—¿No crees que debemos darle prioridad al atentado contra Sofía? —preguntó Pedrera.

—Para avanzar en la identificación del sicario, necesitamos que los engranajes que echamos a andar arrojen resultados. Aunque soy el primero que quiere atrapar a ese desgraciado cuanto antes, no podemos detener el resto del trabajo policial por ello. Nuestro deber es resolver el crimen del agente de Interpol y capturar a la banda que está sembrando Haro de droga,

y convirtiendo esta ciudad en un centro de distribución para el resto de la península y Europa. Confío en que seamos capaces de llevar adelante ambas investigaciones con éxito. ¿Ese cómplice de Campos que colaboró, dijo algo más?

Miguel se acomodó en el asiento antes de responder:

—El tío está asustado porque teme que lo ejecuten en prisión para garantizar su silencio, así que aceptó hablar a cambio de garantías de seguridad.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Confirmó que un grupo organizado se estableció en Haro hace pocos años. Como señala el informe de Interpol, reciben la mercancía de las costas gallegas y la concentran aquí. Luego la distribuyen a todo el país, pero la mayor parte tiene como destino Bélgica y los Países Bajos.

—¿Qué hay del negocio local?

Esta vez fue Vargas quien tomó la palabra.

—Según este sujeto, la organización está más interesada en expandir fronteras. La distribución local no les compensa.

—Sin embargo, se la cedieron a uno de sus miembros —precisó Pedrera—. Le hicieron una concesión. Si conseguía dominar el territorio por sí mismo sin hacer mucho ruido, le permitirían quedarse con la ciudad.

—Y lo está consiguiendo a fuerza de desaparecer camellos con discreción —sentenció Salazar.

—Es la misma conclusión a la que llegamos nosotros —confirmó Miguel.

—En ese caso, si reabrimos el asesinato de Malacara y lo resolvemos, estaremos más cerca de encontrar al asesino de Akram.

—Buen punto —intervino Remigio.

—Es evidente que esa investigación fue mal llevada —afirmó Miguel.

Salazar levantó la mano para cortar la reacción de Arquímedes, que había enrojecido hasta las orejas y ya se preparaba para responder.

—No malmetas, Miguel. No estamos aquí para juzgar a nadie, sino para resolver un homicidio. Es evidente que la prostituta no asesinó a su cliente, así que debemos averiguar por qué confesó el crimen y qué papel juega la *madame* en todo esto.

—Ya concluí la investigación completa sobre ambas mujeres, señor —anunció Araya.

—Excelente, Beatriz. Cuéntanos qué encontraste.

—Comenzaré por la madame. Su nombre es Filomena Cabrera, pero en el ambiente donde se desenvuelve, se hace llamar Lili. Su burdel funciona en la carretera que viene de Soria. Tiene antecedentes por distribución de drogas, pero en cantidades pequeñas, por lo que ha cumplido condenas cortas en dos oportunidades. No se le conoce familia y vive en un anexo de su local.

—¿El negocio es de ella o de alguien más?

—Está a su nombre, pero…

—No está claro.

—Podría actuar como intermediaria de alguien más —reconoció la subinspectora.

—Es fundamental que la interroguemos —anunció el inspector jefe—. Todo indica que es parte de la confabulación.

—¿Crees que eres el único al que se le ha ocurrido? —lo desafió Pedrera—. Beatriz me comentó sus descubrimientos esta mañana, así que me ocupé de que recibiera una citación. Debe estar por llegar.

—¡Perfecto! —exclamó Salazar, sin dejarse provocar—. Ocúpate tú mismo y que Diji te acompañe. Continúa, Beatriz.

—Con respecto a la mujer que acusaron del asesinato de Porras, su nombre es Amalia Segura. Tiene veinticinco años y nació en Haro. Trabaja como prostituta desde los diecisiete. Es madre soltera de un niño de cinco años.

—¿Quién se ocupa del niño? —preguntó Remigio.

—La abuela, es decir, la madre de Amalia.

—¿La chica tenía antecedentes antes de la acusación por homicidio?

—Es adicta desde los dieciséis, así que se ha visto envuelta en redadas por desorden en la vía pública y otros delitos menores.

El inspector asintió, pensativo.

—¿Qué estás maquinando, Salazar? —le preguntó Remigio.

—Me preguntaba si utilizaron al niño para que Amalia aceptara confesar el homicidio. Beatriz, quiero que visites a la abuela y te asegures de que el chiquillo está con ella y se encuentra bien.

—Joder, Salazar. ¿Los crees capaces de…?

—Arrojaron a un hombre desde la ermita, Remigio. Los creo capaces de cualquier cosa.

Después de que Araya concluyó su exposición, Salazar les informó acerca de las fotografías que Científica encontró en la habitación de Akram.

—¿Sabemos de quiénes se trata? —preguntó Miguel.

—Todavía no tengo ni idea —confesó el inspector—. Lo averiguaremos, pero también resulta interesante cómo pudieron registrar la habitación de El Hashem sin que nadie de la pensión lo notara.

—Debió ser alguien desde adentro.

—Los dueños —sugirió Remigio.

—O uno de los huéspedes —opinó Salazar—. Ocúpate tú mismo, Remigio. Consigue una orden para que te proporcionen la lista de quienes se encontraban en la pensión el día que asesinaron a Akram. Debemos identificar al que registró la habitación del agente, hasta convertirla en zona de desastre.

Capítulo 32.

Cada detective se dispuso a cumplir la misión que tenía asignada, excepto Vargas. El inspector jefe no estaba seguro de poder confiar en él, lo cual lo ponía en una situación muy difícil. Cuando se quedaron solos, Arquímedes se echó hacia atrás y lo miró a los ojos.

—¿No hay ninguna asignación para mí, jefe?

Salazar decidió ponerlo a prueba.

—Supongo que tienes buenos contactos en la calle.

—Por supuesto.

—Muy bien. En ese caso, tal vez puedas averiguar algo con respecto a alguno de los casos abiertos.

—¿Algo en concreto o le sirve un pronóstico del tiempo? —preguntó Vargas con aire burlón.

—Pregunta qué se sabe sobre la desaparición de los camellos de la ciudad, y si alguien ha escuchado hablar de Carlitos.

—Muy bien —dijo el viejo policía, mientras se ponía de pie—. Supongo que sin el lastre del musculitos podré hacer mejor mi trabajo.

Arquímedes avanzó en dirección a la salida con aires de superioridad, que se vieron frustrados cuando tropezó con su propia papelera. Néstor suspiró. Tal vez se preocupaba demasiado y solo estaba frente un tío torpe. Vargas estiró la chaqueta del traje y se acomodó la corbata para disimular, luego le pasó por el lado a su jefe, más tieso que un fideo de alambre.

El tono de una llamada en su móvil desvió la atención de Néstor del problema que representaba su subalterno. La pantalla le mostró una foto de Gyula entrenando. ¡Insufrible presuntuoso!, El inspector respondió.

—Me alegra encontrarte, colega. Espero no estar interrumpiendo una reunión o algo así.

—No es el caso. ¿Ocurre algo?

—Nada, por suerte. Estuve indagando sobre lo que te interesa. ¿Estás seguro de que no te equivocaste de ciudad? Porque aquí parece que todos se volvieron ciegos y sordos. Nadie sabe nada acerca de un contrabando hacia Europa, ni escucharon nunca hablar sobre el tal Carlitos.

—Pues estoy muy seguro de que esa organización funciona aquí. Cada vez conseguimos más evidencias que apuntan en esa dirección. ¿Has escuchado algo sobre una racha de mala suerte entre los camellos de Haro?

—¿A qué te refieres?

—Desapariciones extrañas, tíos que aparecen muertos.

Gyula resopló.

—¡Qué te puedo decir! Es una población de alto riesgo. Además de la posibilidad de terminar en prisión, están bajo la constante amenaza de otros distribuidores que no compiten bajando el precio de la mercancía ni haciendo ofertas, sino eliminando al contrario. En forma física, si es posible. Así que no es extraño que haya cierta rotación entre quienes controlan los territorios. No he escuchado nada extraño, pero haré algunas preguntas discretas.

—Ten mucho cuidado, Gyula. Hay alguien muy peligroso haciendo una reorganización territorial.

—De acuerdo. ¿Cómo sigue Sofía?

—Sin noticias, lo cual significa sin cambios.

—No desesperes, amigo. Estas cosas llevan tiempo. Sofía es joven, fuerte y sana. Se repondrá.

—Eso espero —respondió Néstor, sin demasiada convicción.

Para cuando terminó la comunicación con Gyula, ya Salazar se encontraba en su despacho. Comprobó su correo y encontró una entrada. El equipo de expertos financieros ya había concluido el análisis de los libros contables de SINTE. Llegaron a las mismas conclusiones que Beatriz: la transportista era una empresa solvente y no había nada sospechoso en sus cuentas. El resultado le dejaba dos opciones a la Policía: tal vez se equivocaron desde el principio y SINTE no tenía relación con el contrabando de droga. La segunda posibilidad era que la empresa interviniera en la distribución, pero emplearan otros medios para el lavado de capitales.

Salazar se inclinaba por la segunda opción, pues la primera implicaría que la propia investigación de Interpol partía de una premisa errada. ¿Tal vez las dos personas desconocidas en las fotografías de la habitación de

Akram estaban relacionadas con el blanqueo de capitales? Miró el reloj. Era demasiado pronto para pedirle resultados a Casimiro. Ya le advirtió que necesitaría tiempo para identificar a esas personas y él le prometió que iba a esperar a que le avisara. No tenía derecho a presionarlo.

Hizo la llamada desde su móvil. Tuvo que esperar cinco timbrazos.

—Ya me parecía a mí que tardabas mucho en joder. Comenzaba a preocuparme —fueron las palabras de Barros.

—Es que confío mucho en tu eficiencia y tu capacidad de trabajo, Casi.

—Deja de hacerme la pelota, que no cuela. Supongo que me llamas por las fotografías.

—¿Tienes algo?

—¿Pero tú te crees que esto es escanear una imagen, apretar un botón y que te aparezca un resultado en veinte segundos? ¡Que no es un episodio de CSI!

—No, si ya lo sé, Casi. Mi intención no es atosigarte, pero es que la investigación no avanza y estoy seguro de que esas fotografías son muy importantes o Akram no las hubiera guardado junto a las otras. Aun así, tienes razón: necesitas tiempo para conseguir un resultado. Disculpa mi impaciencia… esperaré tu llamada.

—Que proteste no quiere decir que no tenga nada para ti. Al menos déjame el placer de echarte una bronca de vez en cuando.

El inspector se envaró en el asiento.

—¿Eso significa que ya tienes algo?

—A ver, coge papel y lápiz. O lo que sea que uses para anotar.

Salazar obedeció.

—¡Listo! Te escucho.

—El viejo se llama Feliciano Blanxart. El hombre joven es Tobías Castillo.

—¿Cómo pudiste identificarlos tan pronto, Casi? Creí que te llevaría todo el día.

—Es que a ti tengo que decirte que tardaré el resto del día para que comiences a molestar a las tres horas. La verdad es que le di prioridad al asunto y le asigné un equipo numeroso de técnicos. En cuanto identificamos a Blanxart, buscamos al otro entre sus empleados. Así lo encontramos más rápido.

—¿Puedes decirme quiénes son?

—¡Claro que no! Ese es tu trabajo, no el mío. No querrás que también curre por ti —refunfuñó Barros, luego suavizó el tono—. Lo que sí puedo decirte es que los dos están empadronados en Haro, y que Blanxart es dueño de una agencia de viajes registrada como «Brisas de Haro». Castillo trabaja para él como chófer de autobús.

—Gracias, Casi. Como siempre, hiciste un trabajo extraordinario.

—Me lo anotas para la siguiente visita.

—Cuenta con ello.

Una vez terminada la llamada, el inspector comenzó a buscar todo lo relacionado con esas dos personas, mientras su cerebro establecía relaciones y elaboraba hipótesis.

La agencia de viajes podía ser el negocio que funcionaba como tapadera para el lavado de capitales. ¿Estarían involucradas esas dos personas en la distribución de droga y el asesinato del agente de Interpol? ¿Cuál era su relación con Rolando Vázquez?

Néstor echó de menos a Beatriz, que era la mejor del equipo para hacer ese tipo de indagatorias, pero la tarea que le asignó también era importante, así que tendría que ocuparse él mismo.

Al cabo de un par de horas ya tenía una idea clara de quiénes eran Blanxart y Castillo. No era disparatado pensar que pudieran estar involucrados en el negocio ilegal. Era prioritario interrogar a esos dos. Mientras analizaba cuál sería la mejor estrategia, recibió la llamada de la subinspectora Araya

—Voy de regreso, señor. Ya indagué lo que me pidió.

—¿Entrevistaste a la madre de Amalia?

—También comprobé que su nieto se encuentra con ella y goza de excelente salud. Es un chaval de cinco años muy mono.

—A los cinco años todos lo son. El problema es que crecen —sentenció el inspector.

—Sí, señor. Supongo que tiene razón. Es lo mismo que me repite Toni cuando le menciono el tema. No sé por qué.

—Yo sí tengo una idea.

Salazar imaginó al experto en tecnología de la Policía de Haro conversando sobre tener o no descendencia con su novia. El chico era un veinteañero que se negaba a abandonar la adolescencia. Cualquier asunto que lo acercara a asumir responsabilidades le causaría escalofríos.

—De cualquier manera, la madre de Amalia no sabe nada —afirmó Beatriz—. Dice que no es posible que su hija fuera capaz de matar ni a una mosca. Mucho menos a un capo de la droga.

—Tal vez deberíamos escucharla.

—Al menos el niño está bien. Lo cual es un alivio.

—Sí, pero no significa que no amenacen con lastimarlo para extorsionar a la madre.

—¿Qué hacemos entonces?

—Regresa. Creo que se me está ocurriendo una idea y necesito tu ayuda.

—De acuerdo, jefe. Voy para allá.

Al colgar, Salazar se comunicó con el comisario y luego con el juez Aristigueta para preparar el siguiente paso en su plan.

Capítulo 33.

Siguiendo las órdenes que le dieron en recepción, la subinspectora Araya se presentó en el despacho de su jefe en cuanto llegó a la comisaría. Lo encontró atareado en la elaboración de un documento.

—Pasa Beatriz —la invitó Néstor en cuanto la vio asomarse al umbral —. Llegas en buen momento. Tengo trabajo para ti.

La subinspectora se acercó a su jefe con timidez. El orden y la pulcritud de la oficina contrastaban con el aspecto desaliñado del inspector. Cuando llegó junto al escritorio la alcanzó el perfume a bergamota y cardamomo, que era tan propio de Salazar.

—Usted dirá, señor.

—Elaboré un expediente con los detalles del asesinato de Malacara, la declaración del cómplice de Campos y las evidencias que demuestran que Amalia no pudo cometerlo, y que confesó en falso.

—¿Piensa solicitar la apelación de la sentencia, señor?

Salazar negó con la cabeza.

—Esa no es nuestra tarea, sino del defensor de Segura. Lo que quiero es que escribas un informe convincente que señale que sospechamos que esa confesión se dio bajo amenazas, por lo que sugerimos que se proteja a los familiares de Amalia y que a ella se le traslade de prisión. Por ahora, su defensor debe ser el único que conozca su destino.

—¿Cree que Amalia puede decirnos el nombre del asesino de Malacara?

Esta vez, Néstor asintió.

—Quién a su vez estaría relacionado con la organización que ejecutó al agente de Interpol. Eso, si no se trata del mismo sujeto.

—De acuerdo. Me pongo a ello, señor.

—Cuando termines, llévale el documento al comisario para que lo firme y envíaselo al juez Aristigueta. Ambos lo esperan, así que no encontrarás

ningún inconveniente.

—Entendido.

La subinspectora se retiró a cumplir su asignación. Néstor estaba seguro de que Amalia tenía mucho que decir, y lo haría con gusto si sabía que ella y los suyos no tenían nada que temer.

Mientras meditaba acerca del giro de los acontecimientos, Lali se asomó al umbral del despacho, después de golpear la puerta con suavidad.

—Inspector jefe. El comisario me ordenó que le avisara de que los inspectores Pedrera y Cheick ya concluyeron el interrogatorio de la testigo y lo cita para una reunión en la sala común en cinco minutos.

—De acuerdo, Lali. Voy enseguida.

—¿Desea que le suba un café?

«Si no queda más remedio», pensó el inspector, preguntándose si la intendencia de la Policía Nacional le compraría el café a los productores de alubias, pues el sabor le recordaba a estas legumbres cuando se quemaban.

—Muchas gracias, Lali. Nada mejor que tu café a esta hora.

Eulalia sonrió complacida, lo cual le causó cierto cosquilleo en el estómago a Salazar. Tenía mala experiencia con las secretarias que se mostraban amables con él. La última contrató un sicario para matarlo. Que ya sabía él que a veces podía ser un poco cabroncete… Bueno, bastante cabroncete. Está bien, un cabrón «de agárrate y no te menees», pero tampoco era para amueblarle la cabeza con una bala. ¡Que esas cosas dejan traumas!

Salazar hizo a un lado las consideraciones sobre las consecuencias de su personalidad arrolladora y su facilidad para conseguir enemigos, todo había que decirlo. ¡Que había que ver que la gente era tiquismiquis y no aguantaba nada! Ya se lo decía Paca, que los humanos llevaban muy mal eso de que los quisieras meter en la cárcel. En fin, aquello era agua pasada, pero ahora todas las secretarias le parecían peligrosas. Lo dicho: un trauma.

Ya Lali se había retirado a preparar la pócima… perdón, la infusión, cuando el inspector decidió seguir sus instrucciones. Néstor suspiró en plan víctima incomprendida, mientras apagaba el ordenador y salía de su despacho, birlado a su hermano en buena lid. Después de todo, tuvo que emplear toda su inventiva para desalojarlo. Que visto el tamaño de Santiago, el asunto tenía mérito.

Iba tan distraído en pensamientos de autocompasión, que llegó a la sala común sin darse cuenta. Ya Miguel y Diji habían regresado de la entrevista

con la *madame* y estaban enfrascados en una conversación amigable con Remigio y el comisario. Beatriz golpeaba el teclado, concentrada en la redacción del informe que le pidió Salazar. El único ausente era Vargas. Se notaba, pues el ambiente era relajado y predominaba la camaradería.

—¡Ah, ya estás aquí, Néstor! —lo saludó Ortiz—. Hablábamos acerca del asesinato de Malacara y tu teoría de que Segura confesó el crimen porque la extorsionaron.

—Bien visto, tiene mucha lógica.

Pedrera aprovechó para insistir.

—Es evidente que la investigación de ese crimen fue una chapuza.

—No metas cizaña, Miguel —le advirtió Néstor—. Si se reabre el juicio y se demuestra la inocencia de la chica, corresponderá a Asuntos Internos averiguar por qué el investigador cometió un error como ese.

—Yo te lo puedo decir desde ahora: Vargas es un mal policía y un chapucero.

—¡Ya basta, Pedrera! —lo cortó el comisario—. Ese tipo de comentario es perjudicial para el trabajo en equipo. El inspector jefe tiene razón: si Vargas actuó en forma negligente o malintencionada, será Asuntos Internos quien lo determine. Aquí nos ocupamos de otro tipo de casos.

—Supongo que tienes intenciones de interrogar a Amalia, ¿o me equivoco? —sugirió Remigio, dirigiéndose a Salazar.

—Sí, pero primero quiero asegurarme de que no se sienta amenazada, para que pueda decir la verdad. ¿Qué averiguasteis vosotros de la entrevista con Cabrera?

—Que esa mujer está muerta de miedo —aseveró Miguel—. Solo repite la historia que aparece en su primera declaración: que Porras era cliente asiduo y que Amalia era su chica favorita. Siempre llevaba grandes cantidades de efectivo en la billetera. Esa noche, el camello acudió como tenía costumbre y seleccionó a Amalia, como siempre. La *madame* no notó nada extraño, salvo que el cliente se demoró más de lo habitual en la habitación, así que fue a investigar…

—¡Alto ahí! —lo interrumpió Néstor—. ¿Me estás diciendo que la *madame* de un burdel interrumpió a una de sus chicas mientras atendía a un cliente fijo, porque este se demoró en salir?

—Esa es su declaración.

—No hay quien se crea eso —opinó Remigio.

—Por supuesto que no, pero no hubo forma de sacarla de su versión.

—Se la aprendió bien.

—Lo que sí puedo decirte es que si la entrevista se hubiera prolongado por diez minutos más, la testigo se habría quedado sin uñas.

—¿Le advertisteis que mentirle a la Policía es un delito?

—En varias oportunidades —comentó Diji—, pero me parece que le tiene más miedo a la persona a quien encubre que a nosotros.

Néstor asintió antes de plantear su punto de vista.

—Tal como está la situación, poco puede temer de nosotros. Es un caso cerrado y juzgado, donde la acusada cumple condena y Lili no sufre ninguna consecuencia por su mentira. Creo que tenemos mejores oportunidades con Amalia si le proporcionamos la suficiente seguridad para que nos cuente la verdad acerca de lo que ocurrió.

—Estoy de acuerdo —lo apoyó el comisario—. Además, si conseguimos identificar a la persona que se está haciendo con el control de la distribución de drogas en la ciudad eliminando a la competencia local, estaremos muy cerca de detener al asesino de El Hashem.

El inspector expuso su preocupación:

—Estos sujetos parecen fantasmas. Actúan en la sombra, incluso entre quienes hacen vida en las calles. O eso es lo que nos quieren hacer creer.

—Pero tú no crees en esa invisibilidad —puntualizó Remigio, que conocía bien al inspector jefe.

—Por supuesto que no. Lo que hay es un miedo que raya en el pavor.

—Lo que desespera de este caso es la falta de evidencias concretas —se quejó Miguel—. Hasta ahora no tenemos nada.

—Todavía hay resultados pendientes entre los peritajes —le refutó Néstor—. Alguno de ellos podría proporcionarnos una pista. Además, tenemos las fotografías que Científica encontró en la habitación de Akram.

—¿Qué sabemos de esos sujetos? —preguntó Toro.

—Son el dueño y uno de los chóferes de una agencia de viajes.

—¿Están relacionados con SINTE?

—Todavía no lo sabemos, pero sus fotografías estaban junto a las de Vázquez y Ungur. No creo que Akram las guardara para hacer un álbum de familia.

—¿Ya averiguaste algo sobre la agencia o estos sujetos? —preguntó el comisario.

El inspector jefe ya esperaba la pregunta.

—Todavía no, pero ese será nuestro siguiente paso. Diji, a ver que puedes encontrar sobre esos dos ciudadanos.

El gigante subsahariano asintió y desbloqueó la pantalla del ordenador para ponerse manos a la obra.

—Investiga también a la agencia de viajes.

—¿Cómo dijiste que se llamaba? —preguntó Remigio.

—Brisas de Haro.

—El nombre me resulta familiar —confesó Toro, y se quedó pensativo por un momento—. Claro, ahora lo recuerdo: mi suegra hizo un *tour* por España con ellos. ¿De qué te ocuparás tú?

—Les haré una visita. Tal vez averigüe algo interrogando a sus empleados —dijo el inspector jefe, luego se dirigió a Remigio—. ¿Tú hiciste algún descubrimiento con respecto a los huéspedes de la pensión de Akram?

El inspector Toro resopló.

—¡Menudo trabajito me endilgaste, Salazar! Después de releer la orden como cinco veces y a regañadientes, por fin la patrona me dio una lista de siete personas. Había una pareja, dos hombres y una mujer.

—¿Los investigaste?

—¿Me vas a dejar hablar? —protestó Remigio. Salazar le hizo un gesto invitándolo a continuar—. Bien, para resumir… La mujer estaba de paso, por lo que no pude entrevistarla. Está empadronada en Lugo, así que me comuniqué con la comisaría correspondiente para que la interroguen sobre el asunto. Con respecto a los que sí están aquí: la pareja y uno de los hombres tienen coartadas irrefutables.

—¿Las comprobaste?

—¿Por quién me tomas? Por supuesto que las comprobé.

—¿Qué pasa con el segundo hombre?

—Está desaparecido.

Las alarmas de Salazar se dispararon.

—¿Qué quieres decir con «desaparecido»?

—Pues eso, que no aparece —respondió Toro poniendo los ojos en blanco—. Se registró un par de días antes del asesinato de Akram con el nombre de Elías González. Según la patrona era un caballero muy elegante y distinguido. Un ejecutivo. Pagó en efectivo y por adelantado, así que no causó alarma cuando no volvió.

—Y supongo que esa desaparición ocurrió el mismo día que la de Akram.

—Es correcto.

—Parece que tenemos un ganador —opinó Miguel.

—¿Investigaste al tal Elías?

—En eso estoy, pero hasta ahora solo he encontrado callejones sin salida.

—¿La patrona no le pidió el DNI cuando hizo el registro? —preguntó el inspector jefe.

—Dijo que se lo había dejado en su casa, en Santander. Según la buena mujer «como era un caballero tan educado, tan bien vestido y plantado, lo dejó pasar».

—Así que le coló un nombre falso —concluyó Néstor.

Remigio asintió.

—Es lo mismo que yo opino. Es un callejón sin salida.

—Tal vez no. Cita a la patrona y solicita un técnico a la Jefatura Superior para que hagan un retrato hablado de este sujeto. Habla también con el juez para que te dicte una orden de busca y captura.

Remigio levantó el pulgar por toda respuesta.

Concluida la reunión, cada uno se dispuso a cumplir la tarea que tenía asignada. Néstor decidió hacerle una visita a la agencia de viajes. Su papel en todo aquel asunto lo intrigaba.

Capítulo 34.

Salazar usó el Corsa para trasladarse a la calle Magdalia, y aparcó al frente de la agencia. Se trataba de un local pequeño, cuyo escaparate estaba cubierto por anuncios de destinos paradisíacos, en los que posaban parejas de ancianos felices. En los carteles se podían leer frases como: «Disfrute los frutos de su trabajo en los mejores destinos de la Tierra».

Néstor sintió cierto desasosiego cuando recordó su última visita a don Braulio. ¿Se trataría de la misma agencia? Sus temores se vieron confirmados cuando vio al detective salir por la misma puerta por la que él pretendía entrar.

—¡Néstor, hijo! ¡Qué alegría verte!

—Me sorprende encontrarlo, don Braulio, pero le reconozco que me viene como anillo al dedo.

—Supongo que hay algo que quieres consultarme —Salazar se lo confirmó con un asentimiento de cabeza—. ¿De qué se trata?

—En sus tiempos de comisario en la Jefatura Superior, ¿conoció a un inspector llamado Arquímedes Vázquez?

—¿Arquímedes? Por supuesto. Aunque en aquellos días era subinspector. Un excelente policía con una prometedora carrera por delante.

Las palabras de halago de Quintero sorprendieron a Néstor. ¿Estaría hablando de la misma persona?

—¿Lo considera susceptible de ceder a sobornos o ser negligente en su trabajo?

—Me sorprende tu pregunta. No considero posible ni una cosa ni la otra. Se trataba de uno de los mejores detectives con los que contábamos. En esos días era joven y le faltaba un poco de experiencia, pero estaba deseoso de aprender. ¿Por qué me haces esas preguntas sobre él? ¿Es sospechoso de algo?

—Nada de eso, don Braulio. Es solo que lo trasladaron a San Miguel y ahora está bajo mis órdenes. Quería saber un poco más sobre su personalidad. Ya sabe, el tipo de dato que no aparece en un expediente.

—Pues me sorprende que lo dejaran ir de la Jefatura Superior. Tienes suerte si cuentas con él en tu plantilla.

—Sí, mucha suerte —murmuró Néstor, desconcertado.

—Pero dime, ¿qué haces por aquí? No me digas que planeas un viajecito.

—Eh… No, don Braulio. Estoy aquí por trabajo.

—¿Por trabajo? ¿Y vienes a esta agencia? ¿Hay algún problema que yo deba saber?

A Salazar se le hizo un nudo en la garganta al recordar la alegría del viejo expolicía cuando le habló de la agente de viajes que lo deslumbró. Se dijo a sí mismo que estaba allí por el dueño y uno de los chóferes. La agente no tenía por qué estar involucrada, así que no sería él quien le iba a aguar la fiesta a su amigo.

—Nada, don Braulio. Tenemos un nuevo caso entre manos y necesitamos la colaboración de esta agencia para avanzar —le mintió el inspector, y se sintió un canalla.

—Vaya, pues sí que estáis ocupados por estos días. No te preocupes, Gisela es una gran persona y estoy seguro de que si puede ayudarte, lo hará. Deja que yo te acompañe para presentarte.

A Salazar no se le ocurrió ninguna excusa para declinar la oferta. Para sus adentros insultó a sus propias neuronas por ser tan indolentes como para dejarlo tirado en medio de una situación como esa. No, si hoy en día no se podía confiar ni en el propio cerebro.

Don Braulio desanduvo sus pasos con la alegría de un chiquillo y Néstor comprendió que le acababa de brindar una excusa para volver a entrar. Por lo visto, el detective estaba coladito por los huesos de la agente.

En cuanto cruzaron el umbral, Néstor se sintió agobiado por el ambiente opresivo y húmedo de un local sin ventanas, cuya única ventilación provenía de un climatizador. La agencia consistía en una sala con tres escritorios ocupados por el mismo número de empleados. Todos se veían atareados, bien revisando papeles, hablando por teléfono o consultando el ordenador. Se trataba de dos mujeres y un hombre joven. Salazar no necesitó que Quintero le dijera quién era su enamorada. Una de las mujeres era una chica que no llegaba a los veintidós años. La otra ya pisaba los

sesenta o más. En efecto, fue a esta última a quien se acercó el detective. Ella levantó la cabeza al advertir su presencia y enarcó las cejas cuando vio al inspector y su desastrado aspecto.

—Braulio. ¿Qué ocurre? ¿Olvidaste algo?

Quintero la sacó de su error y con voz meliflua le explicó el motivo de su regreso. Luego le presentó a Néstor como el mejor detective desde *Auguste Dupin*.

—Quiere que lo ayudes en un caso, Cielo.

«¿Cielo?» El flechazo era grave.

La presentación de Quintero no suavizó la impresión de Gisela cuando supo que el hombre que lo acompañaba era policía. Después de cumplir su cometido, don Braulio se despidió y se marchó. Con un gesto, la agente de viajes invitó a Salazar a sentarse. No le había quitado la vista de encima desde que llegó y mantenía una actitud alerta.

—¿En qué puedo ayudarlo, inspector?

Néstor se removió incómodo en el asiento y miró en torno a él, como si en realidad no supiera qué hacía allí.

—Disculpe, don… don Braulio no mencionó su… su apellido —dijo con un leve tartamudeo.

—Estévez. Mi nombre completo es Gisela Estévez.

El inspector mostró una sonrisa tímida e incómoda.

—Gracias, eh… bien. ¿Lleva usted mucho tiempo trabajando en esta agencia, señora Estévez?

—Seis años. Durante los tres primeros me desempeñé como secretaria del señor Blanxart, que es el dueño. Cuando él se jubiló, yo quedé encargada.

—Entonces, conoce bien al señor Blanxart.

—Por supuesto.

—¿Qué puede decirme de él?

—Que es un buen jefe. Considerado y muy responsable.

—Ya. Tengo entendido que ustedes tienen contratados chóferes.

—Por supuesto. Realizamos *tours*, para lo cual usamos autobuses. Como comprenderá, alguien debe conducirlos —argumentó Gisela, con el tono que emplearía una maestra con un alumno demasiado torpe—. ¿Hay algún problema con ello?

—No, ninguno... Ninguno. Están en su derecho, por supuesto —reconoció Salazar, mientras volvía a mirar a su alrededor, como si no

supiera qué preguntar y esperara encontrar la respuesta en una de las paredes.

—Inspector…

—Salazar… Néstor Salazar, para servirle —dijo el interpelado, mientras asentía para corroborar sus palabras.

—Bien, inspector Salazar. Tengo mucho trabajo. Le agradezco que concrete.

—Claro, sí, perdone. Paca siempre me lo insinúa, que no debería ser tan disperso si quiero hacer bien mi trabajo.

—¿Paca?

—Es una gran chica —dijo Salazar con una sonrisa—. Debería conocerla. Vivo con ella desde hace un par de años, ¿sabe?

—Pues lo felicito, inspector, pero me temo que no tengo ningún interés en su vida personal. Lo que sí tengo es mucho trabajo pendiente, así que me gustaría que me dijera de una vez qué es lo que quiere.

—Claro, claro. A eso voy: ¿entre sus empleados hay uno de nombre Tobías Castillo?

—¡Ah, es eso! —dijo Estévez, al tiempo que se echaba hacia atrás en el asiento y se relajaba—. ¿Qué hizo esta vez?

Néstor inclinó la cabeza a un lado con su mejor expresión de inocencia. Sumada al tono de voz que usó, no dejaba dudas de que era un imbécil redomado.

—¿Por qué piensa que hizo algo?

Gisela volvió a envararse en el asiento.

—No sería la primera queja contra el señor Castillo. Tiene dificultades para controlar su carácter, así que es habitual que se meta en problemas.

—Si es un empleado tan problemático, ¿por qué no lo han despedido?

—Es un protegido del señor Blanxart. Creo que es hijo de un amigo o algo así.

—Comprendo. Una amistad trae consigo obligaciones más allá del sentido común — sentenció el inspector, en plan filósofo chino.

—Así es. ¿Qué hizo Castillo esta vez?

—Nada.

—¿Entonces por qué lo busca?

—Yo no dije que lo busco.

Gisela cogió aire y contó hasta diez. Ese debía ser el policía más idiota de toda La Rioja. Y tenía que tocarle a ella. Se convenció a sí misma de ser

paciente.

—Si no busca al señor Castillo, ¿por qué pregunta por él?

—Lo siento, pero no puedo decírselo. Es secreto del sumario. Solo quería comprobar que es uno de sus empleados.

—Muy bien, ya lo comprobó. Ahora le agradezco que me deje continuar con mi trabajo.

Mientras Estévez hablaba, Néstor hurgó en el bolsillo interno del gabán, hasta que consiguió lo que buscaba.

—Por supuesto. La dejaré seguir con su trabajo en cuanto yo termine el mío. ¿Conoce usted a este hombre? —le preguntó, mientras le ponía una fotografía de Akram sobre el escritorio.

Le pareció que la agente experimentó un ligero temblor en el labio, pero fue tan fugaz que el inspector no estuvo seguro de si se trató de su imaginación. Gisela cogió la foto y la estudió con detenimiento.

Entonces negó con la cabeza.

—Lo lamento, inspector. Nunca había visto a este hombre. No tengo idea de quién es.

—Se trata de la víctima de un homicidio. ¿Nunca visitó esta agencia?

—No.

—Parece muy segura. Tal vez lo atendió alguno de sus compañeros, mientras usted no estaba.

—Eso es difícil, porque siempre estoy aquí.

—¿Quiere decir que nunca se mueve de ese asiento? ¿No se toma un café en la esquina o se ausenta unos minutos para ir al sanitario? Su capacidad de trabajo es notable.

Estévez respiró profundo. Tal vez el policía no era tan tonto como le pareció en un principio.

—Muy bien, si quiere compruébelo usted mismo. Pregunte a los demás si alguna vez conocieron a esta persona. Luego márchese, por favor. Me está impidiendo cumplir con mi trabajo.

Salazar comprendió que no conseguiría mucho más de la mujer. Al menos en ese momento. Por primera vez desde que conoció a Evelia, le dio la razón. A él tampoco le gustaba para don Braulio, pero ese era un asunto que debía decidir el propio Quintero.

A regañadientes, Estévez permitió que el policía les mostrara la fotografía de Akram a los demás empleados. Ambos se horrorizaron cuando supieron que había muerto asesinado, pero ninguno lo reconoció.

Minutos después, el inspector salió de Brisas de Haro con la sensación de que esa visita resultó una pérdida de tiempo.

Capítulo 35.

El buen tiempo se había ido al garete para cuando Néstor volvió a pisar la calle. Una densa niebla se levantaba y ocultaba los tímidos rayos de sol que pugnaban por atravesarla sin ningún éxito. Salazar decidió regresar a la comisaría. Estaba decidido a determinar qué relación tenía la agencia de viajes con el caso que investigaban. En especial porque le preocupaba la implicación emocional de don Braulio con Gisela Estévez. Esperaba de todo corazón que la actitud hostil de la mujer se debiera a simple antipatía. No quería que su amigo sufriera un desengaño si ella resultaba implicada en todo aquel feo asunto.

Conectó la función manos libres del móvil para comunicarse con Diji durante el trayecto.

—Estaba a punto de llamarlo, jefe.

—¿Qué encontraste?

—Feliciano Blanxart tiene setenta años. Abrió la agencia en los ochenta y resultó un negocio próspero.

—Entonces hablamos de una empresa que tiene más de treinta años en el mercado.

—Treinta y siete, para ser exactos.

Néstor se quedó pensativo por un momento. No se lo esperaba.

—¿Cuál es su historial?

—Está más limpio que el cuello de una monja. No encontré ni una sola sanción en todo ese tiempo.

—¿Y Blanxart?

—Tres cuartos de lo mismo.

—Algo no encaja. ¿Es todo?

—Don Feliciano siempre se ocupó en persona de la agencia hasta hace tres años, cuando se jubiló y dejó todo en manos de su secretaria, después de ascenderla a gerente general.

—Sí, es más o menos la historia que ella misma me contó. ¿Cómo ha sido el desempeño de la agencia desde entonces?

—No encontré ninguna diferencia. Cumplen con las normas y pagan los impuestos con puntualidad. Si todos fueran como Blanxart y sus empleados, nos quedaríamos sin trabajo.

—No estoy tan seguro, Diji. Debe haber alguna razón de peso para que Akram guardara las fotografías de Blanxart y Castillo junto a las del resto de los sospechosos. «*Algo huele a podrido en Dinamarca*».

—No sabía que leyera a *Shakespeare*.

—No lo hago desde la escuela, pero de algo debieron servir las tardes de castigo en la Biblioteca. ¿Qué puedes decirme de Castillo?

—Este tío es un poco más interesante —reconoció el subinspector—. Tiene antecedentes criminales. Cumplió condena por agresiones: tres años.

—¿Qué hizo?

Diji suspiró, como si se preparara para un largo discurso.

—El sujeto es un volcán siempre listo para entrar en erupción. Lo expulsaron de la universidad de Logroño, porque le dio un puñetazo a un profesor debido a una disputa por unas calificaciones. El catedrático presentó cargos, pero como era su primera falta, el juez solo lo condenó a un año de trabajos comunitarios. Tobías pasó de trabajo en trabajo, con intervalos en el paro. Su agresividad fue en aumento, pero se pudo controlar hasta que encontró a su chica en la cama con otro…

—Joder, ¿qué pasó?

—Le dio una paliza al amante que lo dejó baldado. Pasó seis meses ingresado. En esta ocasión, el juez no fue tan benévolo.

—Por eso lo condenó a tres años.

—Es correcto. La sentencia incluyó la obligación de recibir terapia para el control de la agresividad. Según el psicólogo que lo atendió en prisión, Tobías mejoró mucho en cuanto a su autocontrol.

—¿Cuándo salió?

—Hace tres años.

—De acuerdo. Envíame la dirección de Blanxart al móvil. Iré a hablar con él ahora mismo. En cuanto a Castillo, solicita una citación para que vaya a la comisaría a declarar.

—Sí, señor.

—¿Qué me puedes decir de la agencia?

—Le solicité una orden al juez Aristigueta para que nos permitan revisar sus libros. Basé la solicitud en las fotografías que tenía Akram.

—Excelente. Avísame si encuentras algo.

—Sí, señor.

Néstor se orilló y detuvo el coche para terminar la llamada. Al cabo de pocos segundos entró un mensaje con la dirección de Blanxart. El dueño de Brisas de Haro vivía en un adosado de la calle San Millán. Salazar regresó a la vía y se desvió hacia el sur.

El conjunto de adosados estaba en una amplia avenida, rodeado de chalés. Ya la niebla era tan densa que los objetos a su alrededor moldeaban siluetas espectrales, y no era posible ver nada más allá de un kilómetro. Néstor aparcó cerca de la entrada. En cuanto se bajó del coche, el frío lo golpeó como un púgil y la humedad se le pegó a la piel, incluso a través de la ropa. Se arrebujó en el gabán, en un esfuerzo por conservar el calor y se encaminó a la puerta principal del conjunto residencial. Un vigilante salió de la garita de control, se detuvo junto a la reja y lo miró de arriba abajo con desconfianza, mientras mantenía los pulgares en la pretina del pantalón, como un *cowboy* a punto de desenfundar. Salazar tuvo que esforzarse para contener la carcajada.

—¿Qué quiere? Esta es una residencia privada. No puede pasar.

El inspector suspiró. Ya estaba acostumbrado a que lo trataran como un menesteroso por su aspecto, pero algunas veces se hastiaba. Llevaba su identificación en la mano. Después de pasar más de un mal rato por buscarla en el bolsillo del gabán, mientras lo interpelaban guardias tiquismiquis que veían demasiadas series policiales, decidió que sería mejor cogerla mientras estaba en el coche.

Salazar levantó la identificación y se la plantó en las narices al segurata.

—¡Policía! Estoy aquí por un asunto oficial.

El vigilante frunció el ceño y miró el carné con detenimiento y luego al inspector, como si no pudiera creer que fuera auténtico. Néstor sentía un malsano placer cada vez que derrumbaba los prejuicios de alguien sobre su aspecto.

—¿A quién quiere ver?

—Disculpe, pero no es asunto suyo —respondió el inspector con autoridad—. Usted abra la puerta.

—¿Tiene una orden?

Las cejas de Salazar se dispararon hacia arriba. ¿Una orden para entrar a un conjunto residencial a hablar con un testigo? Joder, ¿qué sería lo siguiente? Concluyó que las series policiales americanas les estaban complicando demasiado el trabajo a los polis de carne y hueso.

—A ver, ¿Cuál es su nombre?

—Benedicto.

—Como el Papa.

—Como el anterior.

—Muy bien, Benedicto. Necesitaría una orden para un allanamiento, pero no para hacerle una entrevista a un testigo. ¿Lo comprende?

El segurata parpadeó confundido.

—Pero esta es una propiedad privada.

Néstor asintió.

—Y usted no es propietario.

—Ni pretendo serlo —reconoció Néstor, con paciencia de santo—. Solo quiero que me permita el acceso para sostener una entrevista con un testigo, sobre un caso que investigo.

—¿Qué caso? Aquí no ha pasado nada que le interese a la Policía. Además, usted no parece detective.

Salazar contó hasta diez para adelante y para atrás. A través de la reja apoyó la mano en el hombro del segurata en un gesto de camaradería, desplegó una sonrisa y habló con voz suave.

—Escúchame, Benedicto… O abres esa puerta cagando leches o te llevó de una vez a comisaría por «obstrucción a la justicia», y me aseguraré de que te saquen de allí el día que las ranas necesiten rasurarse. No te imaginas lo creativo que puedo ser cuando quiero joder a alguien. ¿Me he explicado con claridad?

El vigilante palideció. El rostro del policía tenía una sonrisa que le erizó la piel.

—Enseguida le abro, inspector. Si quiere entrar con el coche, le puedo indicar cuáles son las plazas para los visitantes.

—Gracias, Dicto, ¿puedo llamarte Dicto? —el pobre hombre asintió con tanta energía que Néstor temió que se le luxara una vértebra cervical—. El coche está bien donde está. Solo quiero que me dejes pasar para hacer mi trabajo.

—Desde luego, inspector. Pase.

Benedicto se apartó con alivio del policía y le abrió la reja. Por alguna razón, cuando Salazar cruzó hacia el interior de la residencia acudió a su memoria la famosa cita de la Divina Comedia: «*¡Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!*». Tenía un talante muy literario en los últimos tiempos.

El propio Benedicto le dio las instrucciones para llegar hasta el adosado de Blanxart. La amenaza del inspector lo volvió muy colaborador. Medio minuto después, Salazar llegó a su destino. Suspiró, satisfecho por haber superado todos los obstáculos, pero cuando abrió la cancela vio una sombra que corría hacia él, acompañada de un concierto de ladridos y gruñidos. El escándalo no hubiera importado, de no ser por el piano de dientes afilados que venía incluido en el paquete.

Néstor dio un paso atrás y volvió a cerrar la cancela. Más por instinto de supervivencia que por otra cosa. Frente a él había un *pitbull* con muy malas pulgas. Nunca mejor dicho. Al no poder alcanzarlo, el fiero can se dedicó a amenazarlo con gruñidos que alternaba con ladridos.

—¡Pillín, deja en paz al cartero, que ya te puse el pienso! —gritó desde adentro una voz femenina.

Ah, que además la fiera no había comido. El perro no se inmutó. Mantuvo la mirada fija en Néstor, pendiente de cada movimiento y le gruñó por lo bajines. El inspector no dudaba que prefiriera merendárselo a él que al pienso. Trató de contemporizar con el bicho hablándole con el tono que empleaba con Paca cuando la llevaba al veterinario, pero en este caso no funcionó. El perro mantenía la guardia alta, sin dejar de gruñir y de soltar algún ladrido de vez en cuando. ¿Y el cartero tenía que enfrentarse a semejante desafío cada vez que hacía esa ruta? ¡Esa sí era una profesión de alto riesgo!

Por suerte para Salazar, la mujer se cansó de esperar que el perro la obedeciera y fue a buscarlo.

—¡Pillín, te estoy llamando! ¿Es que te quedaste sordo?

—¿En serio se llama Pillín?

El perro mantenía un gruñido constante y mostraba los dientes para amenazar al intruso. La mujer notó la presencia de Salazar y dio un respingo. ¡Ja! Se asustaba al verlo a él y permanecía tan tranquila junto al manojo de colmillos.

—¿Quién es usted?

El inspector levantó su identificación para dejarla a la vista. El perro le ladró con más furia, y entonces comprendió que no debía hacer movimientos bruscos. Saltar la cancela sería pan comido para Pillín.

—Soy policía —respondió el inspector, haciendo un esfuerzo para que no se le fuera un falsete en la voz—. Debo hablar con el señor Blanxart. ¿Es esta su casa?

—Sí, él está adentro. ¿Para qué lo busca?

—Necesito hablar con él. Su testimonio me puede ayudar en la investigación de un caso.

—¿Está en problemas?

Salazar negó con la cabeza.

—De acuerdo, entonces pase, que yo iré a avisarle —dijo la mujer, mientras se acercaba a la cancela y la abría.

El inspector dio un paso atrás. Instinto de conservación. Pillín lo seguía mirando con atención. La mujer se dio cuenta de la preocupación del policía.

—Descuide, no le hará nada si soy yo quien le permite el paso. Otra cosa hubiera sido que usted intentara cruzar sin ser invitado. Pillín es muy celoso de su territorio.

Como si quisiera confirmar las palabras de la mujer, el perro se sentó y dejó de gruñir, aunque no perdió de vista al inspector. Salazar rezó para sus adentros y dio un paso hacia el interior del jardín. El perro no movió ni un músculo.

—Pase, por favor.

Despacio y sin hacer gestos bruscos, Salazar cruzó el jardín y avanzó en dirección a la casa. Pillín se mantuvo indiferente hasta que pasó junto a él. Entonces cobró un repentino interés y comenzó a olisquearle las perneras de los pantalones. Salazar se detuvo, petrificado.

—¿Tiene usted una mascota?

—¿Qué?

—Pillín está interesado en el olor de su ropa. Significa que usted debe estar cerca de otro perro o un gato.

—Tengo una gata.

—Es una suerte que a Pillín le agraden los gatos.

—¿Le agradan? ¡Pues mire qué bien! Disculpe, ¿qué relación tiene usted con el señor Blanxart?

—Yo soy su enfermera.

La mujer dejó a Salazar instalado en uno de los sillones de la sala y subió las escaleras para llamar a don Feliciano. Pillín se sentó en el suelo junto al inspector y colocó la enorme cabeza en su regazo.

A pesar del frío que hacía, Néstor comenzó a sudar. El perro había dejado atrás su agresividad, pero el inspector no se confiaba, así que no se atrevía a moverse. Así estuvo, hasta que Pillín emitió un gemido-gruñido extraño. Por instinto o tal vez por el entrenamiento al que lo tenía sometido Paca, Salazar acarició al perro detrás de las orejas. La bestia gimió complacida y Néstor hubiera jurado que sonreía. Para cuando llegó el señor Blanxart, ya el inspector le acariciaba la cabeza y el lomo como si se tratara de un perro faldero.

Capítulo 36.

Bajo la mirada acusadora de Pillín, que no vio con buenos ojos que cesaran los mimos, Salazar se puso de pie cuando don Feliciano entró a la sala. Se trataba de un anciano enjuto que se movía con dificultad. No era mayor que don Braulio, pero la edad le había sentado peor. Por primera vez en su vida, Néstor se preguntó cómo lo tratarían los años a él. Desechó la idea enseguida. No era el momento de preocuparse por eso. Todavía.

—Carlota me dijo que usted es policía y que quiere hablar conmigo.

—Así es, señor Blanxart. Creo que puede ayudarme en un caso que investigo.

Don Feliciano le hizo un gesto al inspector para invitarlo a sentarse. De inmediato el *pitbull* volvió a su posición inicial y gimió para recordar su presencia. Néstor reinició las caricias al perro donde las había dejado. Paca lo tenía muy bien entrenado. Además, cualquiera le llevaba la contraria a Pillín. Después de rechazar el café y el agua que le ofreció su anfitrión, el inspector entró en materia:

—Estoy aquí porque necesito saber cuál es su relación con un hombre llamado Akram El Hashem.

—No conozco a nadie con ese nombre —sentenció Blanxart con el ceño fruncido—. Estoy seguro de que lo recordaría. ¿Por qué? ¿Él dijo que me conoce? ¿Representa esto un problema para mí?

Néstor hurgó en el bolsillo interno de su gabán y sacó la foto del agente de Interpol. Existía la posibilidad de que se hubiera presentado a don Feliciano con otro nombre o tal vez Blanxart mentía. Puso la foto en la mesa de centro y esperó.

El anciano cogió el retrato y sacó sus anteojos del bolsillo de la camisa. Estudió el rostro por un largo rato. Salazar esperó para no presionarlo, sin dejar de acariciar a Pillín, pues cuando se detenía, el enorme perro le ponía

la pata en el regazo para aleccionarlo. Y no era él quien iba a cabrear al puñado de dientes con envoltura canina.

Después de uno o dos minutos, Blanxart negó con la cabeza.

—Lo lamento, inspector. Por más que hago memoria, no reconozco a este hombre —afirmó el anciano, al mismo tiempo que le devolvía la fotografía al policía y se quitaba los anteojos—. Le puedo asegurar que nunca antes lo había visto.

—¿Cómo explica que encontráramos una fotografía de usted en la habitación de él?

Don Feliciano abrió mucho los ojos y enarcó las cejas. A Salazar le pareció que su sorpresa era sincera. Lo cual no implicaba que fuera inocente.

—No tengo una explicación. Tal vez debería preguntárselo a él.

—Eso no es posible, señor Blanxart. A este hombre lo asesinaron. De eso se trata el caso que llevo, de investigar su homicidio.

Don Feliciano palideció y Salazar se preguntó si había sido demasiado directo. Parecía un hombre frágil y lo cuidaba una enfermera. No quería causarle ningún daño, pero su trabajo exigía que fuera firme.

—Dígame la verdad, inspector. ¿Estoy en problemas?

Pillín debió percibir algún cambio en el estado de ánimo de su dueño, porque a pesar de que estaba rendido a las caricias de Salazar, comenzó a gruñir por lo bajines. El sonido, apenas un murmullo, puso de los nervios a Néstor, pero no dejó de mimar al perro, no fuera a enfadarse con él.

—Usted debe saberlo, don Feliciano. ¿Hay algo que quiera decirme al respecto?

Blanxart se echó hacia atrás en el asiento y suspiró.

—Le juro que todo esto me sorprende. Soy un jubilado con mala salud. Trabajé duro por más de cuarenta años, y ahora que podría disfrutar de los frutos de mi esfuerzo, resulta que vivo confinado en esta casa —se quejó el anciano—. No le digo esto para causar compasión. Siempre tuve claro que si llegaba a la vejez sería de esta forma. Sufro de artritis reumatoide desde muy joven. Tal vez por eso abrí una agencia de viajes. Facilitarles paseos turísticos a otras personas me hacía experimentar cierta libertad. Hace tres años decidí jubilarme y dejé la agencia en manos de mi secretaria…

—La señora Estévez.

—¿La conoce?

—Conversé con ella y tenemos un amigo común.

—Es una mujer muy eficiente y honesta. Ya sabe lo que dicen acerca del ojo del amo, pero en mi caso no fue cierto. Aunque confiaba en ella, cuando me retiré sentí un poco de temor, pero tres años después le puedo asegurar que era infundado. Gisela dirige la agencia en forma impecable. Si no fuera por mi enfermedad, a estas alturas habría recorrido el mundo, pero volviendo al asunto que le interesa: desde hace mucho tiempo, mi vida se reduce a estas cuatro paredes y solo salgo para acudir a las citas médicas o para tomar un poco de sol en el parque del conjunto residencial. No tengo idea de cómo llegó mi fotografía a manos de este hombre ni por qué. ¿Era un delincuente? Tal vez planificaba un secuestro o algo así. ¿Tendría cómplices?

Salazar comprendió enseguida los temores que asaltaron al señor Blanxart.

—Akram no era un delincuente, don Feliciano. Puede estar tranquilo al respecto.

—¿Entonces por qué tenía una fotografía mía en su poder?

—Es lo que trato de averiguar. Hay algo más que quisiera preguntarle —el anciano se enderezó en el asiento—. Uno de sus empleados es Tobías Castillo…

—Tobías —lo interrumpió el anciano, con un suspiro de resignación—. Sí. Es uno de los chóferes de la agencia. ¿Qué ocurre con él?

—Deduzco por su reacción, que le ha causado problemas con anterioridad —sugirió Salazar, haciéndose el tonto. Quería contrastar la declaración de Blanxart con la de Estévez.

—Tobías es un buen chico, pero con un carácter infernal. Es el tipo de persona que tiene dificultades para controlar sus impulsos y eso le causa muchos inconvenientes.

—¿Solo a él?

—La agencia también se ha visto salpicada en ocasiones —reconoció Blanxart.

—¿En qué forma?

—En alguna oportunidad ha tenido encontronazos con clientes. Me ha costado más de una indemnización y bastantes disculpas.

—Si le causa tantos problemas, ¿por qué no se libra de él?

—Por su padre. Era mi mejor amigo y quien me ayudó a abrir la agencia. Él me prestó el capital sin condiciones. Yo se lo devolví con intereses, pero hay deudas que no se pagan con dinero. Poco antes de su

muerte, le prometí que velaría por Tobías como si fuera mi hijo. Y el chico responde: es trabajador y confiable. Si tan solo pudiera controlar su mal carácter…

Néstor recordó a su padrastro. El inspector no era tan comprensivo con los sujetos que no sabían mantener a raya sus impulsos. Algunos creían que era una patente de corso para agredir a cualquiera y después conseguir su perdón con un arrepentimiento, que en realidad no sentían. Meditó por algunos instantes. O don Feliciano no sabía nada del asunto o era el mejor actor desde *Peter O´Toole* en *Lawrence de Arabia*. Era su película favorita y también la de Paca, tal vez porque cuando la veía, le daba doble ración de galletas y leche para que no lo molestara.

En cualquier caso, si Blanxart era inocente como parecía, ¿por qué Akram tenía su foto junto a la de Vázquez y Ungur? No tenía sentido. ¿Y qué papel jugaba en todo aquello el chófer con mala leche?

—Le agradezco mucho que me recibiera, don Feliciano —dijo el inspector, al mismo tiempo que se ponía de pie para marcharse.

Craso error. Él creía que se gobernaba a sí mismo, pero no. En cuanto Pillín comprendió que su masajista particular pretendía marcharse, se alzó sobre sus patas traseras y apoyó las delanteras en el pecho de Salazar. El empujón sentó a Néstor en el primer intento. Y la enorme cabeza volvió a su regazo en busca de más caricias.

Se necesitó de la intervención de Carlota, además de las órdenes con voz autoritaria de don Feliciano para separar a Pillín de su nuevo juguete. Por lo visto, el can consideraba que si estaba en su territorio, le pertenecía. Cuando por fin consiguieron apartar al perro, Salazar salió de allí a toda pastilla, con una rápida despedida y la esperanza de no tener que volver.

Capítulo 37.

El inspector se detuvo en un bar camino de la comisaría. El murmullo de voces de los clientes, el calor de los cuerpos aglomerados y los aromas familiares que provenían de la cocina sosegaron su ánimo y le ayudaron a sobreponerse al susto que se llevó por el entusiasmo de Pillín. Engañó a su estómago con un par de tapas y las acompañó con un café. Llevaba un día de aúpa, pero todavía le quedaba tela marinera por cortar. Aprovechó el momento para enviarle un mensaje a Carol y preguntarle si podía llamarla. Al cabo de medio minuto, su móvil comenzó a sonar.

—Gracias por atenderme, a pesar de que debes estar muy liada.

—No te preocupes. Puedo dedicarte un par de minutos.

—¿Cómo está Sofía?

Del otro lado se escuchó un suspiro que erizó los vellos de la nuca de Salazar.

—Igual que la última vez que hablamos. Lo lamento mucho. Comprendo que no es fácil para ti, pero debes tener paciencia.

—¿Me avisarás si ocurre cualquier cambio, por pequeño que sea?

—Por supuesto.

El inspector terminó la llamada con el corazón en un puño. Hubiera hecho cualquier cosa para que Sofía se recuperara, pero solo podía esperar, por lo que la impotencia y la frustración se apoderaron de él. De lo que sí estaba seguro era que atraparía al malnacido que atentó contra ella, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Comió las tapas a toda prisa, pagó la cuenta y se marchó, dejando el cambio como propina. Antes de una hora llegó a San Miguel. García le informó que el testigo que esperaban ya había llegado. Néstor subió las escaleras hasta el segundo piso. Allí encontró a Diji y Beatriz.

—Lo esperábamos, inspector —dijo Araya en cuanto lo vio—. Remigio llamó hace unos minutos: todavía no ha localizado al lugarteniente de

Campos. Dice que parece que se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Dónde se encuentra ahora? —preguntó Salazar.

—Me pidió que si preguntaba por él, le dijera que… —Beatriz se quedó callada y las orejas se le enrojecieron.

—Adelante Beatriz, te aseguro que no me voy a ofender. Ya estoy acostumbrado a las barbaridades que suelta Remigio de vez en cuando.

—Está bien. Sus palabras textuales fueron: «dile al cabrón de Salazar que ni estamos en la Edad Media ni soy su siervo de la gleba. Que me fui a comer y regresaré al tajo después de mi hora de almuerzo». También me dijo que ya arregló que la patrona se presentara en la Jefatura Superior para hacer el retrato hablado del huésped.

—De acuerdo —aceptó el inspector jefe—. ¿Y vosotros? ¿Habéis almorzado?

Los subinspectores se miraron entre sí. Fue Diji quien respondió, al mismo tiempo que encogía un hombro.

—García nos mandó a traer un bocadillo. Después de considerar la extorsión a Amalia y que el chiquillo podría estar en peligro, nos preguntamos a cuántos inocentes habrán amenazado. Así que Beatriz y yo decidimos dedicarnos a este asunto sin pausa hasta que encontremos un hilo del cual tirar.

—Os agradezco la buena disposición. García me informó que el testigo que esperábamos ya llegó. Supongo que se trata de Tobías Castillo. Diji asintió antes de responder:

—Sí, señor. Lo citamos como nos lo ordenó. Ahora mismo estaba repasando su historial para preparar el interrogatorio.

—Dame una copia —le pidió el inspector jefe—. Haremos la entrevista juntos —Cheick asintió—. Dime Diji, ¿Conseguiste la orden del juez para revisar los libros de contabilidad de la agencia?

—Sí, señor. Una vez que tuve la orden, los mandé a buscar con Ander. Ese chico es un bólido —observó Cheick con admiración—. Al cabo de media hora ya los tenía aquí y comencé a ojearlos. No soy un experto en finanzas, pero lo que vi me pareció en orden.

—De acuerdo. De cualquier manera envíaselo a los peritos para que revisen entre líneas.

Cheick asintió, y le entregó una copia del expediente de Castillo a su jefe. Una vez que Néstor terminó de leer el informe, el inspector decidió llevar a cabo la entrevista en la sala de interrogatorios. Minutos después

entraban en la pequeña habitación del tercer piso. En el interior esperaba un hombre en la treintena con el cabello al rape y la sombra de una barba. De inmediato, los ojos de Néstor se fueron hacia las muñecas del sospechoso en busca de tatuajes, pero las mangas de la chaqueta las cubrían, así que el inspector no pudo llegar a ninguna conclusión. Se sentó frente al testigo. Diji permaneció de pie detrás de su jefe. Después de informarle al sospechoso que iban a grabar la entrevista, Salazar le dio una orden.

—¿Podría mostrarme sus brazos, por favor?

Castillo frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque yo se lo pido.

El chófer dudó por un momento, al mismo tiempo que miraba al policía como si fuera su peor enemigo. Sin embargo, obedeció: se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa. En el antebrazo izquierdo, cerca de la muñeca, tenía tatuada la letra «A». Néstor se preguntó si estaría frente al hombre que drogó a Quirós el día del homicidio.

—¿Satisfecho? —preguntó Tobías, con toda su mala leche. Néstor asintió—. ¿Qué es todo esto? ¿Se me acusa de algo? ¿Debo llamar a un abogado?

—Está en su derecho —respondió Salazar con un encogimiento de hombros—, pero solo está aquí como testigo. No hay ninguna acusación contra usted… Todavía.

Castillo estudió la expresión del policía como si quisiera leer sus pensamientos.

—Ya comprendo. Si pido un abogado me hago sospechoso. Me interrogan como testigo, pero la verdad es que me tienen en la mira. ¿Quién se quejó esta vez?

—¿Por qué piensa que alguien se ha quejado?

—Es lo único que saben hacer los turistas que tengo que soportar. Se quejan por todo.

—¿No ha considerado cambiar de empleo? —sugirió el inspector—. Tal vez trabajar con el público no sea lo suyo.

—Claro, como es tan fácil conseguir un trabajo fijo —respondió Castillo con sarcasmo.

—En ese caso debería cuidar más su plaza. Después de todo, le proporciona un sueldo cada mes.

—¿Me trajo aquí para soltarme un discurso sobre mi comportamiento? Para eso ya tengo al psicólogo.

—No, señor Castillo. Si está aquí es porque se le relaciona con un caso que investigamos —Tobías frunció el ceño—. Queremos saber cuál es su nexo con este hombre —dijo el inspector, mientras sacaba una foto de Akram de la carpeta. Usó el tiempo presente en forma deliberada.

El chófer cogió la foto, la miró y frunció los labios. Luego devolvió el retrato a Néstor, tirándoselo con desprecio.

—No conozco a este hombre. No tiene nada que ver conmigo, así que se equivocaron de persona.

Antes de que los policías dijeran una palabra, Castillo se puso de pie, cogió su chaqueta y dio un paso hacia la salida. Diji contrajo los músculos de la espalda, al mismo tiempo que Salazar se levantaba.

—Todavía no hemos terminado, señor Castillo. Siéntese, por favor.

—Ya le dije que no conozco a este hombre, así que me voy. Debo conducir un autobús con destino a París.

—¡Ya me escuchó, siéntese! —ordenó el inspector, con voz autoritaria. Castillo lo miró con resentimiento, calibrando sus posibilidades. Entonces obedeció—. Muy bien, continuemos. ¿Con qué frecuencia sus autobuses cruzan los Pirineos?

Tobías frunció todavía más el ceño como si no comprendiera la pregunta. Luego se encogió de hombros.

—Es variable. La agencia ofrece *tours* internacionales una vez por semana, pero yo no soy el único chófer. Suelo cubrir ese trayecto una vez al mes, salvo en temporada alta. Entonces la frecuencia aumenta a cada diez días.

—¿Cumple los itinerarios al pie de la letra?

—Sí, por supuesto.

—¿Alguna vez tuvo problemas a la hora de cruzar las fronteras?

—Ninguno. Por lo general los agentes promotores lo preparan todo con antelación

—¿Alguna vez los sometieron a una revisión del equipaje al pasar de un país a otro?

—Por supuesto que no. Nos movemos en el espacio *Schengen* y nuestros pasajeros casi siempre son jubilados en plan turístico. ¿Qué interés podrían tener en nosotros? Además, ¿qué podrían contrabandear? ¿Chorizos Cantimpalos?

—¿En alguna ocasión se separó de la ruta original o llegó a un destino diferente al que tenía señalado?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que no.

Néstor se volvió para mirar a Diji a su espalda. El subinspector cogía apuntes en una pequeña libreta.

—¿Cuál es su itinerario habitual?

—Eso depende de los lugares que se visiten en el *tour*.

—Por supuesto, pero es previsible que tengan un itinerario que seguir. Ciertos hoteles a los cuales llegar, lugares turísticos para visitar en cada país…

—Sí hay un protocolo para cada ruta, pero los promotores de la agencia le pueden responder a eso mejor que yo.

—Permítame comprender: usted conduce un autobús por una ruta predeterminada y llega al primer destino que supongo que siempre será un hotel.

—Es obvio, ¿no?

—¿Dónde se aloja usted? ¿En el mismo hotel?

—Por supuesto que no —respondió Tobías, al mismo tiempo que soltaba una risotada sarcástica—. Los clientes pagan sus buenos euros por hoteles de tres o cuatro estrellas. A mí me corresponde una pensión, y contento.

—¿Y qué pasa con el autobús?

—Son recorridos muy largos, y los clientes no pagan para sufrir inconvenientes, así que en cada destino dejamos el autobús en un taller que ya suscribió un contrato de mantenimiento con la agencia. Mientras los pasajeros descansan, los mecánicos se aseguran de que no tendremos problemas en la siguiente etapa del trayecto.

—¿Eso es en todas las ciudades a las que llegan?

—Por supuesto.

Salazar asintió y tomó nota mental. Necesitaban revisar esos itinerarios. Estaba seguro de que la agencia se conectaba de alguna forma con SINTE para la distribución de la droga en Europa, pero ¿cómo? Interpol había detenido y revisado los camiones de la transportista, sin ningún resultado. ¿Habría un intercambio de la mercancía entre los camiones y los autobuses? No, aquello era imposible. Los turistas se habrían dado cuenta. ¿Y si había autobuses con falsos pasajeros que estaban involucrados en el contrabando? Decidió atacar de frente.

—¿Cuál es su relación con SINTE?

—¿Con quién?

—No se haga el tonto, señor Castillo. ¿Cómo conoció a Vázquez? ¿O tal vez su conexión con la transportista es a través de Ungur?

—¿A quién llama tonto, poli imbécil? ¿Acaso se ha visto en un espejo?

—Responda a mis preguntas, por favor —insistió el inspector, sin inmutarse.

—No sé de qué coño me está hablando. Nunca había escuchado mencionar nada como SINTE. Y no conozco a ningún Vázquez ni mucho menos a un Ungur.

—Si nos miente, podríamos acusarlo de obstrucción. Según su expediente, usted cumplió condena en el Centro Penitenciario de Logroño, al igual que el señor Ungur. Coincidieron allí durante un período de seis meses.

—¿Y qué? ¿Acaso cree que conocí a todos los presos que compartieron prisión conmigo, durante los tres años en los que cumplí mi condena? Dentro de la prisión hay grupos, bandas, pabellones separados unos de otros. Tal vez coincidimos en el tiempo, pero eso no significa que fuéramos amigos. Le repito que no conozco a ese individuo. Y según lo que sé al respecto, es usted quien debe probar lo contrario. ¿De qué se trata todo esto? ¿Están detrás de algún contrabandista?

Salazar enarcó las cejas y sonrió.

—Interesante conclusión, señor Castillo. Muy acertada para alguien que no sabe nada sobre el asunto.

Por primera vez, Tobías se mostró desconcertado. Palideció, se echó hacia atrás en el asiento y cruzó los brazos.

—No soy idiota, inspector. Si me pregunta por itinerarios de autobuses y revisión de equipaje de pasajeros, es evidente que el asunto que lleva entre manos se relaciona con algún tipo de contrabando. Le aseguro que no tiene nada que ver conmigo ni con la agencia.

—Es una pena que su opinión no nos sirva de nada en este caso. Sería más útil que nos contara la verdad.

—¿Acaso me está llamando mentiroso? Ya le dije toda la verdad. Si me cree o no, es problema suyo.

—También suyo —respondió Néstor—. Si encontramos el menor indicio de que está involucrado con los delitos que investigamos.

—Eso quiere decir que no tienen ese indicio. Están lanzando disparos al aire para ver si alguno acierta en el blanco. En mi caso fallaron.

Tobías miró el reloj y se volvió a poner de pie.

—Mi autobús sale en cuarenta y cinco minutos, así que no puedo perder más tiempo —advirtió, mientras daba un paso en dirección a la puerta.

Néstor también se levantó y extendió la mano hacia el testigo, en un gesto que le indicaba que se detuviera.

—Todavía no terminamos, señor Castillo. Su autobús tendrá que esperar.

Tobías vio la mano de Salazar cerca de él y lo interpretó como una agresión, así que sin pensarlo lanzó un puñetazo que dejó a Salazar alelado por unos segundos. Cheick se interpuso de inmediato entre Castillo y su jefe, inmovilizó al primero, le puso los grilletes y lo sentó en la silla, ignorando las imprecaciones e insultos que profería el sujeto. Entonces se preocupó del estado del inspector jefe.

Salazar, que se había vuelto a sentar hacía inventario de daños. ¡Menuda hostia le dio el tío! Como para dejarlo «tonto pa toa la vida». Diji le decía algo con la cara trasformada por la preocupación, pero él solo le comenzó a comprender al cabo de algunos segundos.

—… y será mejor que un médico le vea ese golpe, señor. Tiene el ojo hinchado y se le está poniendo negro.

Antes de que Néstor pudiera responder, ya dos guardias entraban por la puerta para llevarse a Castillo a una celda. Claro, seguro Santiago vio la entrevista desde su despacho. En efecto, no había terminado de salir el sospechoso cuando ya entraba Ortiz.

—¿Estás bien, Néstor? Ya Lali fue a buscar hielo, pero ese cabrón te pegó con toda su mala leche. Tal vez sea mejor que una patrulla te lleve al hospital.

—Estoy bien. Estoy bien —repitió el inspector jefe cuando se recuperó lo suficiente—. No necesito un médico. Con un poco de hielo bastará. ¿Alguien apuntó la matrícula del camión? ¡Menuda derecha! Este tío, hostia que da, muñeco que tumba.

—Entre nuestras declaraciones como testigos y la grabación de lo que ocurrió, no ha nacido el abogado que lo libre de unas vacaciones en prisión —anunció el comisario.

—Tienes razón, pero eso no sirve para acercarnos a la resolución del caso —se lamentó Salazar, mientras el ojo que recibió el golpe se le iba

poniendo a la funerala.

Capítulo 38.

No fue fácil convencer al comisario y a Diji de que se encontraba bien. Por suerte, Lali llegó con el hielo enseguida, y en cuanto el inspector se lo puso en el ojo comenzó a bajar la inflamación. A pesar de la insistencia de su hermano y del subinspector, Néstor no estaba dispuesto a perder dos o tres horas, mientras esperaba que lo atendieran en un hospital. Todas las evidencias indicaban que se enfrentaban a una organización criminal muy poderosa. Si les concedían tiempo, podían perder su única oportunidad para detenerlos.

A Castillo lo condujeron a las celdas y el comisario le ordenó a Diji que elaborara un informe donde debía relatar la agresión del detenido contra un oficial de la Ley, sin que hubiera mediado ningún tipo de provocación. Le anexarían una copia de la grabación del interrogatorio como evidencia. Néstor casi sintió pena por Tobías, pues teniendo en cuenta sus antecedentes, una acusación como esa le costaría unos cuantos meses en prisión. Entonces sintió una punzada en el ojo, y se le quitó la compasión. ¡Quizá algunas semanas tras las rejas le enseñaran que debía ser menos ligero de puño!

—Necesitaremos el informe médico donde quede constancia de la agresión —argumentó el comisario—. Aunque solo fuera por eso, deberías acudir a Urgencias.

—Sabes que el testimonio de Diji y la grabación serán suficientes —protestó Néstor—. Estamos muy retrasados en esta investigación. No podemos darnos el lujo de hacer una pausa. Si el juez se niega a firmar la orden de captura seré el primero en acudir al hospital, pero lo más probable es que no sea necesario.

—¿Qué tal si el golpe te deja secuelas? —preguntó su hermano, preocupado—. Fue muy fuerte.

—¿Me lo vas a decir a mí, que soy el dueño del ojo que lo recibió? No te preocupes, Santiago. No es la primera vez que alguien hace dibujo libre en mi «bello rostro». Si se trata de golpes, los he recibido peores y aquí estoy. Un poco más tontainas que la versión original, pero de una pieza.

—¿Dónde recibió esos golpes, inspector? —preguntó Diji con curiosidad—. No lo tenía por pendenciero.

—No que va, si pendenciero no soy, pero solía tocar mucho las narices.

—¿Solías? —preguntó Ortiz con tono sarcástico.

Salazar inclinó la cabeza a un lado con la cara de inocencia preferida de Paca.

—Cuando era joven y alocado.

—¿Y ahora no?

—Solo lo justo, pero es que nadie me comprende. Si soy más bondadoso que *Flipper*. Vamos, un bendito.

—Sí, claro —se rindió el comisario con una carcajada—. De acuerdo, sigue a tu ritmo, pero si sientes cualquier molestia, le avisas a García y que una patrulla te lleve al hospital.

—Usted manda, comisario.

Ortiz resopló a modo de protesta

—¿Qué opinión te merece Castillo? —Quiso saber Santiago.

—Que es un pringado.

La respuesta causó sorpresa en su jefe.

—¿No crees que esté involucrado?

—A ver, no es que rompa lanzas por este cazurro, pero nos encontramos frente a una organización capaz de elaborar una estrategia de contrabando que ni Interpol ni nosotros pudimos desmantelar, a pesar de que sabemos que existe y que estamos alerta. Me cuesta creer que tengan en su plantilla un tío tan volátil como Castillo. Los expondría demasiado.

—Así que crees que es inocente.

—Inocente sería yo si dijera eso después del mamporro que me dio. Con respecto al contrabando… No creo que esté involucrado. Aunque puedo estar equivocado, claro.

—Bien, en ese caso consideraremos otras alternativas, pero no lo descartaremos —sentenció el comisario.

El inspector asintió y se arrepintió de inmediato. Sentía el ojo como si fuera una canica.

Después de hacer valer sus argumentos, Salazar se encaminó a su propio despacho. Estaba decidido a revisar de nuevo el expediente de Akram. Quería encontrar algún indicio del motivo por el que el agente de Interpol incluyó a Blanxart y Castillo entre los sospechosos. ¿Qué papel jugaba la agencia en el contrabando hacia Europa Occidental? ¿Cuál era su relación con SINTE? Y si participaban en el contrabando, ¿cómo consiguieron mantenerse limpios durante tantos años?

El inspector iba lamentándose por la falta de evidencias que había en ese caso, cuando dos alarmas sonaron en forma simultánea. Un mensaje entró en su móvil, al mismo tiempo que un correo electrónico nuevo aparecía en su bandeja de entrada. Néstor decidió comenzar por el mensaje. Era del jefe Barros: *«Las marcas que aparecen en las fotografías que me dejaste, corresponden a neumáticos modelo 265/75R16. Es todo lo que puedo decirte. Lo demás lo averiguas tú. Atrapa rápido a ese malnacido asesino de policías. Esta indagación corre por mi cuenta. Casimiro».*

El modelo de neumáticos no le decía nada a Salazar, pero tal vez los ayudara a identificar la marca del coche. Usó la centralita para comunicarse con Beatriz. Le reenvió el mensaje y le ordenó que indagara qué vehículos usaban ese modelo. Cruzó los dedos. ¿Le ayudaría ese dato a identificar a Carlitos? No veía la hora de encontrar a ese hijo de… En fin, llenó sus pulmones de aire para tranquilizarse y se concentró en el trabajo. El correo tenía un carácter más oficial y también provenía de los laboratorios de Científica. Era la comparación de la muestra de tierra que encontraron en la ermita con la que cogieron de las suelas de los zapatos de El Hashem. Coincidían. Eso significaba que arrastraron a Akram hasta el mirador y lo arrojaron por encima del muro. También implicaba que estaba consciente y se resistió. Néstor sintió un escalofrío solo de pensarlo. Era una forma espantosa de morir.

A pesar de lo que implicaba el resultado, el informe no aportaba mucho a la investigación, pues ya sabían que el agente de Interpol murió asesinado. El peritaje solo lo demostraba.

El inspector volvió a leerlo de arriba abajo, pero era un galimatías de términos técnicos que no había dios que entendiera. El correo lo envió Barros con el informe anexo y una sola palabra en su contenido: «Llámame».

Salazar suspiró aliviado. Eso quería decir que Casimiro estaba dispuesto a explicárselo en palabras comprensibles para un cenutrio como él.

Néstor llamó de inmediato al laboratorio de Científica.

—Veinticinco segundos desde que envié el correo —anunció Casimiro en tono sarcástico—. Ya habías tardado mucho en dar la lata. Comenzaba a preocuparme.

—Es que me entretuve con el mensaje del móvil —respondió el inspector, siguiéndole el juego.

—Muy bien. ¿Por dónde quieres que comencemos?

—¿Sabes a qué coche pertenece ese tipo de neumáticos?

—Si lo supiera te lo habría escrito en el mensaje, merluzo. Lo que sí te puedo decir es que lo tienes crudo: es uno de los más comunes entre los que se usan en la industria automotriz.

—Entonces no nos permitirá identificar la marca del coche —concluyó el inspector, decepcionado.

—Lo que no significa que no puedas hacer una selección inversa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué te pasa hoy? Estás más lento que el puntapié de un buzo.

—Ando algo alelado. Después te explico. Me interesa lo de la selección inversa.

—Es difícil que identifiques el coche por el tipo de neumáticos, pero si encuentras un vehículo sospechoso, al menos podrás comprobar si le corresponde el modelo que aparece en las fotografías.

—Y si además tiene la muesca en el lado derecho, no nos quedará ninguna duda.

—Debes tener en cuenta que podrían haberle cambiado los neumáticos, pero el modelo siempre será el mismo.

—Comprendido. Gracias Casi. Eres una fuente inagotable de conocimientos.

—Deja de hacerme la pelota. Este asunto corre por mi cuenta porque involucra al que lastimó a Sofía, pero no creas que te librarás con el otro peritaje.

—Los restos de tierra que encontrasteis en la escena del crimen.

—Puse a trabajar a mis chicos horas extras y no veas cómo les metí caña para que estuvieran los resultados lo antes posible.

—Captado el mensaje. En cuanto disponga de tiempo, te llevo un piscolabis.

—Que sea otro *mocaccino* doble, y ando con antojo de rosquillas con capa de chocolate.

—Apuntado. Leí el informe, pero si te soy honesto…

—No te enteraste ni del encabezado.

—Más o menos.

—De acuerdo. Déjame ver… —Néstor escuchó un leve sonido que correspondía al trasiego de hojas de papel— Aquí está: las muestras de tierra en las suelas de los zapatos de la víctima, coinciden con las que estaban junto a la marca de caucho derretido en la ermita…

—Significa que arrastraron a la víctima para llevarlo al muro y que opuso resistencia, hasta el punto de que la fricción derritió la suela de sus zapatos.

—¿Me vas a dejar hablar? ¿O te dejo entendiendo con el resto del informe y te las arreglas con el doctor Google?

Salazar se asustó.

—No, Casi. Lamento la interrupción. Te escucho. Tú eres el experto.

—Bien. Lo que te decía: significa que arrastraron a la víctima para llevarlo al muro y que opuso resistencia, hasta el punto de que la fricción derritió la suela de sus zapatos.

—Una conclusión brillante —lo aduló Salazar.

—Cállate y escucha: la tierra que encontramos es arcillosa-calcárea. Bastante común en La Rioja.

—¿Nos permitirá identificar el área donde estuvo la víctima?

—¡Claro! Solo tienes que encontrar un viñedo.

—Joder —murmuró el inspector en tono de queja.

—Pues eso mismo. La realidad es que por ahí no vas a sacar nada en claro. Sin embargo, si te fijas en los materiales que contaminan la muestra, verás algo muy interesante.

Néstor leyó la lista:

—Petróleo refinado y polialfaolefinas… Supongo que esto no se encuentra en la tierra de los viñedos.

—¡Coño, Salazar! Se te va a fundir el cerebro: Estás leyendo la composición de los lubricantes de motores.

—¿De qué tipo de motores?

—Eso es lo interesante, que la víctima llevaba en sus suelas restos de lubricantes para diferentes tipos de motor… así que debió visitar un taller o un aparcamiento.

—Trabajaba en una transportista, donde siempre hay aparcados varios camiones —le aclaró el inspector.

—¡Eres un aguafiestas! —le dijo el jefe Barros, con evidente decepción—. Tenía la certeza de que estábamos aportando una información crucial para la investigación.

—«Nop». Eso ya lo sabíamos.

Casimiro suspiró, pero no se dio por vencido. Continuó leyendo la lista de componentes químicos.

—¡Ajá! Explícame esto, genio. ¿Por qué había resina epóxica en los zapatos de la víctima?

—Resina, ¿qué…?

—Resina epóxica.

—¿Qué es eso?

—Es un polímero. Se trata de un adhesivo líquido que se solidifica cuando se le agrega una sustancia catalizadora.

Salazar solo comprendió la mitad de la explicación, pero fue suficiente para despertar su interés.

—Y supongo que esa resina no es habitual en los viñedos ni en los aparcamientos.

—¡Nos salió listo el chico!

—¿Dónde se usa?

—Tiene muchos usos. Te enviaré una lista en cuanto terminemos la conversación. Sin embargo, te puedo adelantar que se emplea mucho en las fábricas que elaboran productos de fibra de carbono. Me refiero a aviones, coches, bicicletas y esquíes.

El inspector se quedó pensativo por un momento. Los aviones y los coches quedaban descartados en La Rioja, pero las bicicletas y los esquíes tenían una resonancia interesante. Después de asegurarse de que el informe no escondía más datos relevantes entre sus palabras encriptadas, Salazar se despidió de Barros con la promesa de visitarlo lo antes posible. Solo de pensarlo, el jefe de Científica comenzó a salivar.

Capítulo 39.

Néstor acababa de terminar la comunicación con Barros, cuando recibió una llamada a través de la centralita. Provenía de la extensión de Araya.

—Beatriz, ¿tan pronto elaboraste la lista de los coches?

—No, señor. Enseguida me pongo con ello. Lo llamo por otro motivo. El juez autorizó que se le proporcione protección a la madre y el hijo de Segura, así que le giré instrucciones a García para que envíe una patrulla que vigile su casa.

—Perfecto. ¿Qué hay de la propia Amalia?

—A eso iba. Aristigueta quiere saber hacia dónde debe ordenar su traslado.

—Buena pregunta. Necesitamos que sea en un lugar accesible para poder interrogarla, pero no puede ser a esta comisaría.

—¿Por qué no, señor?

—Porque si arrestamos a alguien por su relación con el asesinato de Akram terminará en una de nuestras celdas. Ahora mismo se encuentra allí Tobías Castillo. Sería peligroso para Amalia cruzarse con alguno de ellos. Nuestro deber es mantenerla a buen resguardo… —Salazar meditó por unos segundos—. De acuerdo, dile al juez que ordene su traslado a la Jefatura Superior, y dame unos minutos para asegurarme de que recibirá protección mientras se encuentre allí.

—Sí, señor.

El inspector cortó la llamada y marcó de nuevo. Esta vez se comunicó con el inspector Anselmo Souza.

—¡Salazar! ¿En qué lío andas metido ahora para que me llames a esta hora?

—Necesito tu ayuda, Anselmo,

El inspector le contó a su colega acerca del caso que tenía entre manos, la implicación de Interpol, la sospecha de que una organización de tráfico y

distribución de drogas funcionaba bajo sus narices, y la importancia del testimonio de Amalia Segura, así como la necesidad de mantenerla a salvo.

—De acuerdo. Cuenta conmigo —respondió Souza con determinación—. Yo me aseguraré de que la celda sea para ella sola y de que tenga seguridad las veinticuatro horas.

—Te lo agradezco mucho, Anselmo. Te debo una.

—Nada, Salazar, que para eso estamos los colegas. Y si esa organización actúa en esta ciudad, yo también estoy interesado en detenerla. Pero hablando de otro tema: ¿Sabes algo de nuestro amigo común? Lo he llamado un par de veces a su oficina y no lo encontré.

—Don Braulio, sí claro. No te preocupes, lo vi hace unas horas. Está bien. Es solo que está enamorado.

—¿Enamorado? —repitió Souza, al mismo tiempo que soltaba una carcajada—. ¡Mira al viejo truhan! ¿Y contra quién es el flechazo?

—Una dama muy elegante que dirige una agencia de viajes.

Del otro lado de la línea hubo un momento de silencio.

—No me digas que es la misma agencia que sospechas que está metida en…

—Eso me temo.

—Joder, pero si la mujer está involucrada, tal vez deberíamos advertírselo. Para él será un varapalo, pero cuanto más tarde lo sepa será peor. ¿Le has dicho algo?

—Todavía no. Hasta ahora, ninguna de las evidencias señala a la mujer. Las sospechas recaen sobre el dueño, un tal Blanxart, y sobre uno de sus chóferes. La propia agencia podría ser un medio para lavar capitales, pero no tengo la certeza de que ella esté involucrada.

—Sabes que en el mejor de los casos, ella resultará salpicada por las sospechas. Creo que deberíamos hablar con Quintero para que se vaya preparando.

A Salazar lo asaltó la imagen de don Braulio cuando salía de la agencia. Nunca lo había visto tan feliz. ¿En verdad tenía él la obligación de arruinarle la fiesta con sus sospechas? Sabía que Souza tenía razón, pero no se sentía capaz.

—Dame un poco de tiempo, Anselmo. Cuando sepa cuál es el grado de implicación de Gisela hablaré con don Braulio, te lo prometo. Hasta entonces, ¿para qué empañarle la felicidad?

—Para evitar que se haga ilusiones que luego le estallarán en la cara.

—Será solo cuestión de unas horas.

—De acuerdo, espero que sepas lo que estás haciendo. Ten cuidado, no vaya a ser que por tratar de protegerlo, lo hundas más. Recuerda que Quintero es un hombre adulto. Lo conozco bien. Es probable que tenga más presencia de ánimo que tú y yo juntos. No creo que te agradezca que le ocultes algo así.

—Solo quiero estar seguro de lo que le tengo que decir, porque es una situación muy delicada.

—Muy bien. Entonces hablaremos después, que tengo que hacer los preparativos para cuando llegue esa chica.

Al terminar la conversación, Néstor se preguntó si estaría haciendo lo correcto con respecto al detective, pues no quería que resultara lastimado. Por otro lado, tampoco podía informarle acerca de los detalles de una investigación en curso, que le afectaba en forma tan directa. El dilema ético moral estaba servido. Salazar no se sintió con ánimo para afrontarlo en ese momento, así que lo apartó de su mente.

De inmediato le envió un mensaje a Beatriz para confirmarle que el nuevo lugar de reclusión de Amalia sería en las celdas de la Jefatura Superior, mientras resolvían el asunto que tenían entre manos.

Cuando cortó la comunicación, comprobó que en algún momento de su conversación con Souza entró un mensaje que le envió Casimiro en el que le señalaba todos los usos de la resina epóxica. El inspector llamó a Diji y le pidió que acudiera a su despacho. El chico bajó enseguida y solo se sentó cuando Néstor le señaló la silla con un gesto. Al inspector le sorprendía que alguien con la estatura y fuerza de Cheick, demostrara semejante timidez. Como un gigante amable y bondadoso. Salazar le explicó los resultados del informe de Científica con respecto a la tierra en los zapatos de la víctima. Entonces le ordenó que hiciera una lista de todas las empresas en La Rioja que usaran la resina epóxica en sus cadenas de producción. También le pidió que averiguara los itinerarios de las rutas que ofrecía la agencia Brisas de Haro y que compartiera la nueva información con el resto de sus compañeros.

—De acuerdo, señor. ¿Cómo encaja la transportista?

El inspector suspiró con desaliento, mientras se echaba hacia atrás en el asiento. Diji enderezó la espalda, atento a lo que su jefe tenía en mente.

—Te juro que no lo sé. Le he dado mil vueltas y no consigo cuadrar las piezas. A menos que utilicen ambas empresas para lo mismo.

—La transportista puede llevar la droga entre la mercancía. ¿Cómo lo haría la agencia? ¿En el equipaje de los pasajeros?

—Es posible, aunque eso significaría la existencia de algunos clientes habituales o involucrar a un número muy elevado de personas. No lo sé, la idea no me convence. Supongo que si identificamos la ruta podríamos interceptarla. Si cruzan los Pirineos, solicitaríamos la ayuda de nuestros colegas en los países destinatarios.

—Muy bien, señor. Me pondré con esto y con el asunto de las fábricas. ¿Alguna otra orden?

Salazar negó con la cabeza.

—Me parece que tienes trabajo para un rato.

El subinspector asintió, bajó la cabeza y frotó sus manos entre sí, mientras buscaba la mejor forma de abordar un tema difícil.

—¿Ocurre algo, Diji?

—Solo quería preguntarle si hay noticias de Sofía, señor.

Salazar suspiró antes de responder.

—Continúa en coma, aunque experimentó una leve mejoría. Tengo la esperanza de que se recupere.

—Lo hará, señor —afirmó Cheick, levantando la mirada—. Sofía es fuerte y muy terca. Lo conseguirá.

—Es lo que quiero creer.

—Solo quería decirle que cuando Sofía despierte, por favor le transmita mi deseo de que se recupere pronto.

—Gracias Diji —respondió el inspector, conmovido—. Te aseguro que si puedo volver a hablar con ella, se lo diré.

Capítulo 40.

Diji salió del despacho de Salazar con la intención de poner manos a la obra de inmediato. A los pocos segundos, el sonido de la centralita reclamó la atención del inspector. Era Lali, para informarle que el comisario lo esperaba en su despacho. Antes de atender el requerimiento de Santiago, Néstor llamó al móvil de Miguel.

—¿Qué quieres, Salazar?

—¿Dónde estás?

—A media manzana de la comisaría.

—¿Averiguaste algo?

—Nada. No me valieron ni las ofertas ni las amenazas. Todos simulan una normalidad que nadie se cree.

—Están aterrorizados.

—Sí, yo llegué a la misma conclusión.

—¿Qué hay de Carlitos?

—Comienzo a creer que ese tío no existe. Nadie tiene idea de quién es.

—O nadie se atreve a delatarlo. Te aseguro que sí existe y se encuentra muy cerca. Por cierto, hablando de desaparecidos, ¿dónde está tu compañero?

—No lo he visto en todo el día, así que no tengo la menor idea. Y te juro que no lo echo de menos.

—De acuerdo. Tengo un trabajo especial para ti.

—¿De qué se trata?

—Quiero que investigues a Gisela Estévez.

—¿Sospechas de ella?

—No tenemos ninguna evidencia que la señale, pero si lo pensamos bien, está en el centro de todo lo que tiene que ver con la agencia de viajes.

—De acuerdo. Me pondré con ello en cuanto llegue a la comisaría.

—Confío en ti.

—¿Desde cuándo?

—Como policía, desde siempre, pero si esperas que te haga la pelota, vas listo. Ahora date prisa en volver al tajo, que me urge tu respuesta.

—Ni que tuvieras un interés personal.

Salazar pensó en don Braulio y el disgusto que tendría si sus sospechas resultaban ciertas.

—Tú a lo tuyo y a ver qué encuentras.

Salazar cortó la comunicación, cogió el expediente de Akram, las copias de los nuevos informes, sus propias notas, y salió en dirección al despacho de Ortiz. Lali lo saludó, le ofreció un café que Néstor rechazó con cortesía y le preguntó cómo seguía del golpe en el ojo. La amabilidad de la secretaria escamó al inspector, pero trató de convencerse a sí mismo de que Lali nunca sería capaz de atentar contra él. O eso esperaba.

Leal a los deseos de su jefe, la secretaria lo hizo pasar de inmediato. Néstor encontró a Santiago dando paseos de un extremo a otro de la habitación, como si fuera un león enjaulado. Aunque su aspecto recordaba más a un oso. La luz que se filtraba por la ventana permitía ver pequeñas partículas de polvo suspendidas en el aire, las cuales le proporcionaban un aura de serenidad al despacho, que contrastaba con la agitación y el desasosiego manifiestos de su ocupante.

—Ya estás aquí, Néstor. Siéntate. Dime, por favor, que ya averiguaste algo sobre el asunto del contrabando.

El inspector obedeció, pero se mantuvo erguido en el asiento, y apoyó los antebrazos en el borde del escritorio antes de responder al inquieto comisario.

—Tengo a todo el equipo a tope con excepción del nuevo, que desapareció de nuestro plano existencial y no sabemos dónde está.

—¡Ese tío! Me arrepiento de haberlo aceptado en la plantilla, pero me dejé llevar por su supuesta experiencia. Está visto que se querían librar de él por inútil. Solo nos ha traído problemas.

—Pero no me hiciste venir por él.

—No. Es este asunto del asesinato del agente de Interpol y la red de narcotráfico. Los mandos me presionan para que lo resuelva lo antes posible.

—Y es lo que hacemos. Le estamos dedicando nuestros mayores esfuerzos. Le dimos prioridad sobre otros casos que son vitales para nosotros.

—¿Otros casos? —preguntó Santiago con un fruncimiento de ceño. Entonces recordó y enarcó las cejas—. Claro, te refieres al atentado contra Sofía. ¿Hay algún avance sobre ese asunto?

—Nuestros esfuerzos se dirigen a identificar el coche que los embistió.

En pocas palabras, el inspector puso al día a su hermano con respecto a los pequeños avances para identificar a Carlitos.

—Espero que encuentres pronto alguna evidencia que te conduzca hacia él, pero…

—Lo sé. No es tu prioridad.

—¿Qué puedes decirme sobre la red? ¿Encontrasteis algún indicio de cómo transportan la droga o quién asesinó a El Hashem?

Salazar le hizo un pequeño resumen sobre los últimos avances y el rumbo que seguía el caso.

—Así que sospechas que la agencia de viajes también está involucrada.

—No tenemos indicios directos, pero Akram tenía esas fotografías en su poder por alguna buena razón.

—Muy bien. Para resumir: En Bruselas detienen a un narcotraficante que delata la existencia de una red de distribución de drogas que parte desde La Rioja, y señala a SINTE como el centro de la operación.

—Como consecuencia, Interpol envía un agente encubierto para que investigue —continuó Néstor—; Akram se infiltra en SINTE, pero en algún momento lo descubren y lo lanzan al vacío desde el mirador de la ermita.

—¿Cómo lo descubrieron?

—Tal vez se acercó demasiado a la verdad. Ni el informante ni Interpol mencionaron a la agencia de viajes, pero Akram investigaba a Blanxart y Castillo. Es la única explicación para que guardara sus fotografías junto con las de Vázquez y Ungur.

—¿Por qué Interpol no tiene noticias sobre la agencia?

—Tal vez Akram no tuvo oportunidad de informar sobre sus avances al respecto.

—Es un buen punto, pero ¿qué conexión hay entre SINTE y la agencia de viajes?

—Es parte de lo que investigamos. De momento, los peritos estudian los libros contables de Brisas de Haro para comprobar si blanquean capitales. De cualquier manera, no podemos descartar que usen ambas empresas para el contrabando.

—Es un asunto bastante complicado —reconoció el comisario, al mismo tiempo que se sentaba—. ¿Quién crees que asesinó a Akram?

Salazar resopló. Lo mismo le podía haber preguntado por el origen del Universo. Después de meditarlo un momento, respondió:

—Me temo que no tengo una respuesta todavía, pero por las evidencias que encontró Científica en la escena del crimen, deduzco que a Akram lo secuestraron en su casa y lo llevaron a un lugar apartado… Una fábrica que utiliza fibra de carbono en sus procesos…

—Por los restos que encontraron en las suelas de sus zapatos —lo interrumpió Santiago.

—Es correcto. Además, recuerda que según el forense, algunos de los golpes en el cadáver no fueron consecuencia de la caída.

—De acuerdo, entonces lo secuestran, lo llevan a una fábrica de lo que sea y lo golpean. Tal vez para que confiese hasta dónde llegó en su investigación y cuánto consiguió informar. Luego registran su habitación para eliminar cualquier prueba contra ellos, lo llevan hasta la ermita y lo arrojan desde el mirador.

—No olvides que hubo un huésped que llegó a la pensión un par de días antes del secuestro, y que al vigilante de la ermita lo engatusaron para drogarlo y que no cumpliera su turno.

—Lo planificaron con antelación.

—Y lo ejecutaron como una máquina bien engrasada que involucró a varias personas: el huésped —puntualizó Salazar, usando los dedos para dar énfasis a su numeración—, el sujeto que drogó al segurata, y se necesitaron al menos dos hombres fuertes para arrastrar a El Hashem hasta la ermita.

—Cuatro personas.

—Tal vez el que drogó a Quirós también participó en el homicidio. Yo diría que estuvieron involucradas al menos tres personas. El que dio la orden pudo ser uno de estos o haberse mantenido al margen.

—¿Identificas a alguno?

—Por supuesto que los que aparecen en las fotografías de Akram son los principales sospechosos, pero según lo que tenemos hasta ahora, todavía no sabemos quién fue el huésped. Por otro lado, la descripción del sujeto que interceptó al segurata encaja con Doru Ungur, pero también con Tobías Castillo, aunque me inclino más por Ungur.

—¿Por qué?

—Por las uñas. Leoncio comentó que el hombre que lo invitó a beber tenía las uñas negras, como si trabajara en un taller…

—Y Doru Ungur trabaja en una transportista, donde hay camiones.

—Sí y no —dijo Néstor, lo que hizo que su hermano enarcara las cejas —. En realidad, Ungur es chófer personal de Vázquez, así que no debería tener que ver con la mecánica de los camiones, aunque sí podría verse en la necesidad de mancharse las manos con el motor del coche de su jefe.

—Siendo así, Castillo también podría verse obligado a ocuparse de la mecánica de los autobuses que conduce.

—Sí, pero la diferencia es que cuando los entrevisté, el que tenía las uñas sucias era Ungur.

Capítulo 41.

El tono de un mensaje interrumpió la conversación entre Salazar y Ortiz. El comisario arrugó la cara, pero no protestó. Sabía que sería inútil ordenarle a Néstor que apagara el teléfono durante la reunión. El inspector jefe sostenía que si quería hacer bien su trabajo debía mantenerse siempre localizable, y Santiago tenía que reconocer que las interrupciones nunca tenían un carácter personal. Aguardó a que su hermano leyera el mensaje.

—Perdona. Acaban de avisarme de que Amalia Segura ya se encuentra en una celda de la Jefatura Superior —ante el fruncimiento de ceño del comisario, Salazar le explicó los motivos por los que decidió que ese fuera su lugar de reclusión.

—Estoy de acuerdo contigo. Supongo que tú mismo te encargarás de su interrogatorio.

—¿Es una sugerencia o una orden? —mientras Santiago cogía aire para hablar, el propio Néstor se respondió—. Descuida, es lo que ya tenía programado. Me trasladaré hasta la Jefatura Superior en cuanto tenga la certeza de que puedo garantizarles seguridad a ella y su familia.

Ortiz soltó el aire y retomó la palabra:

—Volviendo al asunto del contrabando. Reconozco que hay algo muy extraño en todo esto. El peritaje de los libros contables de SINTE arrojó que las finanzas de la transportista están limpias, y las autoridades que interceptaron los camiones nunca encontraron nada. Todo lo que tenemos contra ellos es humo. Por otro lado, todavía debemos esperar los resultados de los expertos sobre las finanzas de la agencia de viajes. No tenemos certeza de cómo está involucrada en este asunto y solo contamos con dos fotografías que aparecieron en el lugar inadecuado. Tenemos que reconocerlo, Néstor. Estamos más perdidos que un piojo en una peluca.

Salazar enarcó las cejas y se rio entre dientes.

—Es la primera vez que te escucho decir un chiste.

—La mala influencia de mis hijos.

—Bien por los gemelos —sentenció Néstor con un asentimiento—. No te quito la razón, pero acabas de decir algo interesante —Ortiz se enderezó en el asiento— Afirmas que lo que hay contra SINTE es humo y si lo pensamos bien, es lo único de lo que tenemos certeza.

—No te sigo.

—Ya investigamos esa empresa a fondo desde que se encontró el cadáver de Akram. Por otro lado, Interpol les puso una lupa encima hace meses. Y hasta ahora no hay ninguna evidencia concreta, más allá de la delación de un narcotraficante para conseguir beneficios.

—Lo que demuestra que son muy astutos ocultando evidencias.

—O que no tienen nada que esconder.

Santiago inclinó la cabeza y entornó los ojos.

—Espera, ¿estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—Piénsalo bien, Santiago: la sospecha contra SINTE surge de la delación de un informante, cuando no hemos sido capaces de que ninguno de nuestros contactos en la calle reconozca la existencia de dicha organización criminal.

—¿Crees que el informante engañó a los compañeros de Interpol?

—¿Por qué no?

—Te recuerdo que nuestros colegas no son parvularios ingenuos, Néstor. Se trata de policías entrenados y casi siempre seleccionados entre los más destacados de cada país.

—No les resto mérito, Santiago, pero también son humanos y pueden cometer errores. Ellos querían identificar a los traficantes y el informante señaló a una empresa que tenía los medios, la oportunidad, que pertenece a un excontrabandista y cuyos empleados son exconvictos. Se los puso a huevo.

—Así que piensas que los engañó.

—Es posible que los forzara a enfocarse en una pista falsa pero muy creíble. Y mordieron el anzuelo.

—Así conseguía los beneficios, sin correr riesgos.

—Más que eso. Nos mantendría entretenidos en la dirección equivocada. Pero Akram trabajó en SINTE y tuvo constancia de cuál era la realidad de la empresa. Eso podría explicar que se desviara de la investigación original y terminara levantando la tapa de una «olla podrida».

—La agencia de viajes.

—Eso explicaría que no seamos capaces de encontrar una relación entre ambas empresas. SINTE sería tan solo un señuelo.

—Es una teoría interesante —reconoció el comisario, meditativo—, pero no podemos olvidar a la transportista, a menos que tengamos algo más concreto.

—Te lo concedo. Hay que mantenerla vigilada, pero yo centraría los recursos en investigar a la agencia de viajes.

—SINTE podría transportar la droga entre la mercancía. ¿Cuál crees que sería el *modus operandi* de Brisas de Haro?

—Ese es otro detalle al que no le encuentro solución —se quejó el inspector jefe—. Tal vez se valgan de los equipajes de los pasajeros. Siendo jubilados despertarían pocas sospechas.

Al comisario no le convenció el argumento de Salazar, y lo dejó ver en su expresión.

—No lo sé. Hacer algo así sin la complicidad de los turistas sería muy difícil. Por otra parte, si algunos de los pasajeros actúan como camellos, necesitarían que viajaran una y otra vez o involucrar a un número demasiado grande de personas. No creo que haya tantos jubilados dispuestos a meterse en el negocio del contrabando. ¿Qué hay de otro tipo de turistas?

—La agencia se especializa en viajes para jubilados. Hacen descuentos especiales para mayores de sesenta y cinco años, así que cubren casi todas las plazas con pasajeros de ese perfil.

—Pero no excluyen a otros.

—No creo que la edad sea un prerrequisito para comprar un paquete turístico con ellos. De cualquier manera, ya le ordené a Diji que investigara las rutas y ahora me ocuparé de indagar a los clientes frecuentes, así como a los que resulten sospechosos por cualquier motivo.

—Me parece bien. Ya tengo clara cuál es tu posición frente a Tobías Castillo, pero todavía no me has dicho lo que opinas sobre Blanxart.

Salazar le informó a su hermano acerca de la entrevista que sostuvo con el dueño de la agencia de viajes, suprimiendo los detalles relacionados con Pillín. Sobre todo para evitar el cachondeo.

—Si no crees que Castillo esté involucrado y Blanxart tampoco, entonces ¿cómo es que sospechas de la agencia?

—Vamos a ver, no dije que los considerara blancas palomas de la paz. Ya te expliqué las razones por las que pienso que una organización como

esa no reclutaría a Castillo, pero por otro lado, tal vez les interese un sujeto así de volátil y agresivo, si están seguros de poder controlarlo.

—¿Cómo lo controlarían?

Néstor encogió un hombro.

—¿Miedo?

—Extorsionando a alguien cercano como hicieron con la prostituta.

—Es posible.

—¿Y Blanxart?

—Tres cuartos de lo mismo. Además de que no deberíamos perder de vista a Gisela Estévez —dijo Salazar a su pesar, mientras pensaba en don Braulio.

—Recuérdame quién es ella.

—Es la encargada de la agencia desde que Blanxart se retiró.

—En ese caso podría estar involucrada.

—Ya le ordené a Miguel que la investigara.

—De acuerdo. Me parece bien que te centres en la agencia de viajes, pero no dejes de lado SINTE. Y mantenme informado sobre cualquier avance.

Capítulo 42.

Al terminar de hablar con el comisario, Néstor subió al segundo piso. Allí encontró a toda la plantilla reunida, con excepción de Vargas. Aunque no dijo ni una palabra, sus ojos se fueron en forma automática hacia la silla vacía.

—Tal vez lo abdujeron los extraterrestres —soltó Remigio con malicia, al seguir la mirada del inspector jefe.

—Si tenemos suerte, se habrá perdido y estará buscando la comisaría en Soria —replicó Miguel, con toda su mala leche.

A Salazar no le parecía que la ausencia de Arquímedes fuera una gran pérdida, pero tampoco podía permitirse que uno de sus hombres anduviera por ahí en plan dibujo libre. Tenían dos casos difíciles que resolver y necesitaba de todos los efectivos disponibles, así que echó mano de su móvil y marcó el número de su díscolo subalterno. Nada. Desaparecido del mapa.

—De acuerdo. Tendremos que bastarnos para cubrir todas las tareas. Veamos Remigio, ¿encontraste al lugarteniente de Campos?

Toro resopló como un astado preparándose para embestir.

—Ese debe estar en la misma dimensión que nuestro colega desaparecido. Ni rastro. Aun así, tengo a mis informantes en alerta por si aparece. Supongo que solo es cuestión de tiempo para que sepa algo.

—En ese caso tengo una tarea para ti —Remigio se enderezó en el asiento—. Necesitamos saber quiénes son los clientes frecuentes de la agencia Brisas de Haro. También sus edades aproximadas. En especial nos interesan los que no sean jubilados.

—Vamos, no me jodas —se quejó el detective, sin ocultar su decepción—. Más listas. Con lo que detesto revisar listas.

—En este caso no queda alternativa, así que al tajo.

—¿Y dónde sugieres que busque esa información?

—Comunícate con los peritos financieros de la Jefatura Superior. Ellos tienen todos los documentos contables de la agencia. Allí debe haber facturas con nombres y apellidos de los clientes.

—¿Estás hablando en serio? ¡Es un trabajo de chinos!

—Pues tendrás que aprender algo de la cultura oriental. Si llega el nuevo, que te ayude.

—Déjalo, prefiero apañármelas yo solo.

Toro encendió el ordenador, refunfuñando por lo bajines y acordándose de todos los muertos de Salazar. El inspector jefe lo ignoró. Sabía que renegando o no, el experimentado policía haría un buen trabajo.

—Diji, ¿qué puedes decirme sobre las rutas de la agencia?

—Averigüé sus ofertas por Internet. Hubo un paquete turístico que me llamó la atención —Cheick consultó la pantalla del ordenador—: sale de Haro hacia Madrid, allí pernoctan una noche y continúan hacia Tolouse. Dos noches y camino a París, donde permanecen tres noches, luego directo hacia Bruselas, donde se quedan cinco noches. La ruta de vuelta es igual, pero solo se quedan una noche en cada ciudad.

—Parece un itinerario muy duro para un grupo de jubilados —comentó Miguel.

—Los autobuses están bien acondicionados para viajes largos —explicó Diji—. Además, se detienen quince minutos cada dos horas en puntos estratégicos de la vía. Así los pasajeros pueden estirar las piernas o tomarse un café.

—Es interesante que el destino final sea Bruselas —reconoció Néstor —, pero ya era previsible que ofrecieran algún viaje con esa ruta. ¿Es lo único que llamó tu atención?

—No, señor. Lo que me pareció curioso es que sea la ruta en la que se ofrecen grandes descuentos a viajeros de la tercera edad.

Salazar asintió.

—Buen olfato. Comunícate con Interpol para que se organice con las autoridades belgas y francesas. ¿Hay algún autobús en esa ruta en este momento?

—Hay uno que se encuentra en la vía Tolouse - París.

—Perfecto. Eso nos concede tiempo suficiente para interceptarlos.

—Me haré cargo, señor.

—¿Qué puedes decirme de la lista de fábricas?

—Que es muy corta —reconoció el subinspector—. En toda La Rioja solo encontré una fábrica de bicicletas que emplea ese material.

Néstor casi se puso a dar saltos de alegría.

—¡Esa es una gran noticia, Diji! ¿Cómo se llama la empresa?

—Bicicletas Styrbif. Se encuentra en la carretera LR 306.

—Tengo una bicicleta de esa marca —comentó Miguel—. Son la hostia. Ligeras como una pluma, pero fuertes y bien hechas.

Remigio aprovechó la discusión para apartar la vista del ordenador y hacer un comentario.

—¿No habíais mencionado que en los zapatos de la víctima había tierra fértil para la uva? ¿Tierra de viñedos?

—Sí, ¿por qué?

—Porque si hay algo en la LR 306 son viñedos.

—Parece que los tenemos —comentó Miguel.

—Es un gran avance —reconoció el inspector jefe—, pero vayamos con cuidado. No quisiera perder esta oportunidad por actuar con torpeza. ¿Averiguaste a quién pertenece la fábrica, Diji?

—Sí, señor. Supuse que estaría interesado. El nombre del dueño es Gregorio Olguín, de 46 años. Es ciclista aficionado y pertenece a un club de ciclismo.

—¿Tiene antecedentes criminales?

Cheick negó con la cabeza.

—No, señor. Está limpio.

—De acuerdo. Creo que debemos hacerle una visita a este insigne deportista —afirmó Néstor con sarcasmo—. Miguel, tú me acompañarás.

—Si no queda más remedio.

—Pues no queda. ¿Qué encontraste sobre Gisela Estévez?

—Que es candidata a la canonización —Salazar lo miró por encima de la montura de las gafas, al mismo tiempo que enarcaba las cejas. Pedrera comprendió que su jefe no estaba para chistes ese día—. De acuerdo. Nació en Segovia y a los dos años se la llevaron a Francia. Regresó a los veintiocho. Desde entonces vive en Haro y es una ciudadana ejemplar.

Salazar se sintió aliviado ante la respuesta de Miguel. Pedrera era un buen policía y estaba seguro de que habría descubierto la verdad si Estévez hubiera tenido algo que ocultar. Suspiró antes de lanzar una pregunta al aire.

—¿Alguien tiene información sobre el retrato hablado que debía hacer la patrona?

Remigio miró su reloj y se echó hacia atrás en el asiento.

—En este momento debe estar con el dibujante en la Jefatura Superior. Nos lo enviarán en cuanto terminen.

—Perfecto. Beatriz, tengo un nuevo encargo para ti.

—Usted dirá, jefe.

—El comisario y yo sospechamos que Blanxart y Castillo pudieran haberse involucrado en el contrabando bajo extorsión.

—Como en el caso de Amalia —apuntó Remigio.

—Exacto. Quiero que indagues en la vida de ambos. Quiero saber quiénes son sus familiares cercanos, si tienen algún secreto inconfesable... Cualquier dato sobre ellos es importante. Solicítale una orden al juez Aristigueta si es necesario. Indaga también en sus finanzas personales. Si existe un ingreso o retiro sospechoso, nos interesa.

—Sí, señor.

Salazar se quedó pensativo por un momento para asegurarse que no dejaba ningún cabo suelto en la investigación. Entonces se permitió cambiar el foco.

—¿Conseguiste alguna información interesante sobre el modelo de los neumáticos? —le preguntó a la subinspectora.

—¿Qué neumáticos? —quiso saber Miguel.

—Luego te lo explico.

—No, señor —le respondió Beatriz, con desaliento—. Me temo que es un modelo muy común que usa un gran número de vehículos de todo tipo, así que no creo que podamos identificar el que embistió a Sofía a través de ese dato.

—¿Tienes información sobre el coche del cabrón que atentó contra Sofía y no nos habías dicho nada? —protestó Pedrera.

—La información surgió después de nuestra última reunión, pero me temo que no nos servirá —reconoció el inspector jefe. Luego volvió a centrar su atención en la subinspectora—. ¿Algún taller se ha comunicado?

—Me temo que no, señor.

—Supongo que no nos dejarás por fuera de esa investigación, Salazar —se quejó Remigio—. A nosotros también nos preocupa Sofía.

—Descuidad. La identificación de Carlitos va despacio, pero os aseguro que ese malnacido no se me escapa —sentenció Salazar, con una expresión

que no había ensayado con Paca, pero que erizó la piel de todos los presentes.

Capítulo 43.

Cuando terminó la reunión, cada detective se dispuso a cumplir la tarea que tenía asignada. Remigio reinició su retahíla de murmuraciones y Néstor no tenía duda de quién era el destinatario de los inaudibles insultos, pero prefirió hacerse el tonto. Él y Miguel salieron de la comisaría y cogieron el Corsa para visitar la fábrica de bicicletas. Salazar le entregó las llaves a Pedrera y le ordenó conducir. Recorrieron el trayecto en silencio, pues cada uno se sentía incómodo en presencia del otro. A pesar de la calefacción, el ambiente dentro de la cabina era tan frío como en el exterior. A mitad de camino, el timbre del móvil de Salazar rompió el silencio. Néstor se sobresaltó y miró la pantalla. Después de leer el mensaje, se dirigió a su subalterno para darle una orden.

—Cambio de planes. Desvíate hacia el este.

—¿Qué? ¿No vamos a visitar la fábrica?

—Tendremos que posponerlo —anunció el inspector jefe—. Encontraron un cadáver en la calle Campoamor, al sureste.

—¡Mierda! Como si no tuviéramos suficiente con la que está cayendo.

Salazar no respondió. Comprendía la frustración de su colega, porque la compartía. Miguel cambió de rumbo, y al cabo de pocos minutos alcanzaron su destino. Una agrupación de coches oficiales les confirmó que estaban en el lugar correcto. A pesar del cielo despejado, hacía un frío que pelaba. La escena del crimen era un descampado cubierto de arbustos silvestres, cuyo abandono contrastaba con el césped bien cuidado de una plaza colindante. Ambos policías se apearon del Corsa y cruzaron el perímetro sin problemas. Los agentes que custodiaban la escena del crimen eran de San Miguel, así que los reconocieron de inmediato. Conforme se acercaron al cadáver, la humedad de la vegetación atravesó la tela de sus pantalones y calcetines, incomodándolos. El juez era un tal Ramírez. Salazar todavía no lo conocía bien. Agachado junto al cuerpo se encontraba

el doctor Molina y el inspector vio a varios de los chicos de Científica haciendo observaciones sobre el terreno.

Después de saludar con cordialidad al juez y recordarle quiénes eran, los detectives se acercaron a la víctima. Javier levantó la mirada, hizo un gesto de reconocimiento y volvió a lo suyo. Néstor centró su atención en el cadáver, mientras Pedrera buscaba a uno de los agentes para que le informara los detalles del hallazgo.

La víctima era un hombre en la treintena, de rasgos bastante comunes. Vestía vaqueros, una camisa de algodón, chaqueta de material sintético y zapatos deportivos de una marca de moda. El cuerpo se veía intacto, pero le habían volado la mitad derecha de la cabeza.

—¿Le dispararon a quemarropa?

—Y con una bala de alto calibre —anunció el forense—. Entró por la región occipital y salió por la frente. No dejó mucho a su paso. Es evidente que quien lo hizo, se aseguró de que no volvería a respirar.

—¿Lo asesinaron aquí?

—No. El asesino movió el cuerpo.

—Lo cual significa que no encontraremos ni casquillo ni bala —concluyó Néstor.

—Me sorprenden tus geniales deducciones —le respondió Molina, con sarcasmo.

Salazar ignoró la puya del forense, llenó sus pulmones con el aire frío de la mañana y miró a su alrededor. Era una zona con baja densidad de población y la construcción más cercana estaba demasiado lejos como para albergar la esperanza de encontrar un testigo. Aun así, le ordenó a uno de los agentes que preguntara a los vecinos si alguien vio algo. Luego volvió a acercarse al cuerpo y lanzó una pregunta al aire.

—¿Sabemos su identidad?

Lo último que necesitaba era otro muerto sin nombre para complicarle la vida. Por suerte, el juez tenía una respuesta para su pregunta:

—Según su DNI, se trata de Dionisio Pérez.

—¿De qué me suena ese nombre?

—Es el lugarteniente de Campos, el que se le perdió a Remigio —dijo Miguel a su espalda—. El tío que se nos escapó por culpa del inútil de Vargas.

Néstor se volvió para mirar a Pedrera, al mismo tiempo que enarcó las cejas, soltó el aire como si se desinflara y volvió a centrar su atención en

Molina.

—¿Puedes adelantarnos la hora de la muerte?

—Solo una aproximación. Ya os lo confirmaré cuando le haga la autopsia, pero calculo que debió morir hacia la medianoche de ayer.

—¿Algo más que nos pudiera servir?

—Mirad estas marcas —señaló el forense.

Salazar se agachó junto a la víctima y detalló el enrojecimiento que le señalaba Javier.

—Ataduras —concluyó el inspector jefe, al mismo tiempo que lo invadía una sensación de *déjà vu*—. ¿Hay evidencias de maltrato? —preguntó Salazar, mientras su cabeza establecía relaciones.

—No a simple vista, pero te lo confirmaré cuando termine la autopsia. ¿Crees que lo golpearon antes de asesinarlo?

—Considero que es una posibilidad.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Me recordó otro caso reciente por el tipo de atadura que utilizaron: las marcas son uniformes, sin estrías y finas…

—¿Grilletes? —sugirió el juez.

—No lo sé… Los grilletes demasiado apretados ocasionarían una lesión diferente a cada lado, pues una de las marcas la dejaría la anilla simple y la otra la canaleta de la anilla doble. Aquí la marca es uniforme en toda la circunferencia de la muñeca.

—¡Joder, es cierto! —reconoció el forense—. ¿Qué crees que usaron?

Antes de responder, Néstor meditó por unos momentos, haciendo memoria y sacando conclusiones.

—Bridas —dijo por fin—. Estoy casi seguro de que usaron bridas plásticas para atarlo.

—¿Qué importancia puede tener con qué lo amarraron? —preguntó Miguel con impaciencia, pues todo aquello le pareció bizantino.

—No tendría ninguna importancia, si no fuera porque el cadáver de Akram tenía el mismo tipo de marcas.

—Eso significaría que a este tío lo mataron sus propios colegas.

—Es probable que se hiciera sospechoso cuando escapó de la redada. Es evidente que los sujetos que buscamos son implacables con los delatores.

—Hay otro detalle que tal vez les interese saber —anunció el forense. Ambos policías prestaron atención—. Este hombre estaba de rodillas cuando recibió el disparo.

—Una ejecución —concluyó Néstor.

—Quizá alguno de los esbirros de Campos que todavía está libre lo asesinó para proteger a su jefe.

Salazar asintió.

—Todo eso es posible. Lo mejor será abordar este homicidio sin ideas preconcebidas. Ocúpate tú de investigarlo, Miguel. Enfócalo según tu criterio.

—De acuerdo.

—Quédate con el Corsa. Estoy seguro de que alguno de los agentes podrá acercarme a la fábrica de bicicletas.

—Yo puedo llevarlo, jefe —afirmó una voz a su espalda. Salazar se volvió para mirar y palideció cuando vio la expresión sonriente del agente que le hizo la oferta. Se trataba de Echevarría.

Capítulo 44.

El inspector subió a la motocicleta de Ander con la resignación del condenado. Así debían sentirse los que se encontraban en el corredor de la muerte. Apenas tuvo tiempo de ponerse el casco, cuando Echevarría aceleró de cero a ciento diez kilómetros por hora en pocos segundos. Néstor se aferró a la chaqueta del agente como pudo, y casi termina con su humanidad en el pavimento a causa de la inercia.

—¡Ahhhh! ¡La madre que te parió! —gritó Salazar y por suerte el viento se llevó sus palabras. Tampoco era cuestión de cabrearlo.

Ander debió interpretar mal su grito, porque el muy cabrón aceleró todavía más. Néstor vio su vida pasar ante sus ojos como una película, y hubiera jurado que su visión incluía pasajes de sus vidas pasadas y hasta tráileres de las futuras. Se sujetó con más fuerza.

El viento frío atravesó el gabán como si fuera de la seda más fina y el motor de la motocicleta rugió con la ferocidad de un león. Hacia donde mirara, todo se movía a velocidad de vértigo, así que cerró los ojos. Mala idea. El agente maniobró para pasar a otro vehículo, la motocicleta se balanceó y el inspector casi termina haciéndose una ortodoncia con el pavimento. Salazar gritó otra maldición y comenzó a rezar en voz baja. Desde que Echevarría estaba asignado a San Miguel, Néstor había repasado todo el repertorio que le enseñaron en el catecismo, y que creía olvidado.

Con los ojos abiertos como los de un besugo volvió a insultar al agente, esta vez por lo bajines. Cinco padrenuestros y tres recuerdos a muertos después, Ander bajó la velocidad hasta detenerse frente a una nave de una sola planta rodeada de viñedos. Salazar estaba seguro de que Echevarría frenaba contra su voluntad. Si hubiera podido arrojar a su acompañante como a un paquete sin bajar la velocidad, Salazar estaba seguro de que lo hubiera hecho.

—Ya llegamos, señor. ¿Lo espero para llevarlo de vuelta a la comisaría?

—¡No! —gritó el inspector, mientras se quitaba el casco y esperaba que se le pasara el temblor de las piernas para bajarse de la motocicleta—. Seguro que García te necesita para algo más importante. Ya me buscaré la vida.

—De acuerdo señor. Espero que disfrutara el viaje.

—Lo disfruté tanto como Luis XVI de la guillotina —murmuró Salazar para sí mismo.

—Disculpe señor. No le entendí.

—Que sí, claro. Un paseo muy divertido, Ander. Gracias.

El joven agente sonrió y el inspector le devolvió la sonrisa de mala gana. Néstor no se movió hasta que se aseguró de que Echevarría volvía a encender la moto y desaparecía de su vista. Solo entonces, Salazar llamó a la comisaría y le ordenó a García que enviara una patrulla para que lo recogiera cuando terminara la entrevista.

Como siempre que Ander era el chófer, el inspector necesitó algunos segundos para que el alma le volviera al cuerpo, que la muy traidora siempre lo abandonaba en esos viajes. Una vez que consiguió calmarse, el inspector se encaminó a la fábrica. No se sorprendió cuando un segurata le salió al paso para preguntarle quién era y qué buscaba allí.

Néstor no estaba de humor para vigilantes quisquillosos, así que levantó la identificación que ya tenía en la mano y le imprimió tal potencia a su voz, que todos los empleados de la nave levantaron la cabeza al escucharlo:

—¡Policía! ¡Y al que me venga con que no lo parezco, le meto un puro de aquí te espero!

El segurata se tragó las palabras que estaba a punto de pronunciar, mientras los obreros se miraban unos a otros, tratando de comprender qué podía buscar un policía tan extravagante en una fábrica de bicicletas.

—¿Po…podría ver su identificación, señor? —balbució el vigilante, más pálido que Drácula con anemia.

Salazar le entregó su carné al pobre hombre, quien lo leyó con detenimiento y asintió.

—¿En qué podemos ayudarlo, inspector?

—Debo hablar con el señor Gregorio Olguín.

—Eh… Sí, está en su oficina. Si me acompaña, por favor.

Ya un poco más sereno, Néstor cruzó la nave. Los trabajadores volvieron a sus labores. Algunos cubrían armazones con piezas de fibra de carbón, recortadas en formas y tamaños variados. Al inspector se le pasó

por la cabeza que parecían puzles. Otros lijaban y pintaban cuadros ya terminados y un tercer grupo les incorporaba las llantas y los accesorios.

Al inspector le intrigó tanto el proceso que se retrasó un poco con respecto a su guía.

—Es por aquí, señor —dijo el vigilante, que ya se le había adelantado algunos metros.

Salazar despabiló y apuró el paso, centrando su atención en el asunto que se traía entre manos. Al fondo de la nave había una oficina construida con tabiques. Un hombre con el cabello al rape y barba de candado salió del despacho de Olguín en ese momento. La sorpresa asomó a su rostro cuando vio al inspector, pero solo se detuvo por un instante y luego siguió su camino, ignorándolo. Néstor sí lo observó con detenimiento en el corto intervalo de tiempo. Se preguntó dónde lo había visto antes.

El segurata volvió a llamar la atención del inspector. Por lo visto, Olguín no tenía secretaria, así que fue el vigilante quien le anunció la presencia del policía a su jefe. Salazar entró a una oficina climatizada que olía a lejía, donde lo esperaba un hombre sonriente con una barba recortada y bien cuidada. Vestía un traje a la medida de buen corte y estaba en forma. Néstor recordó que Olguín era un gran aficionado al ciclismo.

—Pase, inspector. Siéntese por favor. Ramírez me dice que quiere hablar conmigo. ¿En qué puedo ayudarlo?

Salazar se sentó y adoptó una postura relajada. Miró a su alrededor antes de responder.

—Todo esto es impresionante, señor Olguín. Nunca me imaginé que el proceso por el que se fabrican las bicicletas fuera así.

—Solo las de fibra de carbono. Es un material muy interesante: flexible, liviano y fuerte. Todo depende de la forma en que se organicen las fibras.

—Ya comprendo. Por eso van colocando capas en diferentes direcciones.

—Es correcto, pero supongo que no vino aquí para hablar de procedimientos industriales.

—No, por supuesto que no. Es solo que soy muy curioso para este tipo de cosas.

—Bien por usted inspector, pero tengo mucho trabajo. Le agradecería que concretara el motivo de su visita.

—Sí, desde luego. Disculpe, ¿es usted el dueño de esta empresa o solo el gerente?

—No dudo que ya sepa que soy el dueño.

—¿Desde cuándo?

—Estamos en el mercado desde hace tres años.

—Ya veo —dijo el inspector, mientras miraba a su alrededor. Resopló antes de continuar—. Esto es en verdad impresionante. Debe ser muy costoso abrir una fábrica como esta. ¿Dónde consiguió el capital?

—Solicité un crédito al Banco después de presentarles un proyecto, por supuesto.

—Pero supongo que tendría un aval.

—Un amigo me avaló.

—Debe ser muy buen amigo. ¿Es su socio?

—No. Solo confía en mí. También es aficionado al ciclismo y le animó la posibilidad de fabricar nuestras propias bicicletas de fibra de carbono.

—¡Admirable!

—Todavía no me dice qué es lo que quiere, inspector.

—Ya, claro. Perdóneme. Algunos días estoy un poco disperso… —reconoció Salazar, al mismo tiempo que hurgaba en los bolsillos internos del gabán—. ¡Aquí está! —exclamó triunfal, mientras sacaba una fotografía y la ponía frente a Olguín.

Gregorio no movió ni un músculo. Miró la fotografía y luego levantó la vista hacia Néstor.

—Lo siento, no lo conozco. ¿Quién es?

—Era.

—¿Está…?

—Esa es una copia de la fotografía de su pasaporte. Créame que no le gustaría ver cómo quedó su cabeza después de caer de la ermita de San Felices.

Olguín palideció y frunció el ceño.

—No es necesario que me cuente los detalles. No quiero saberlos —sentenció Gregorio, al mismo tiempo que cogía la fotografía de Akram por una esquina y se la devolvía al policía—. Nunca había visto a este hombre y no tiene nada que ver conmigo.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. ¿Por qué piensa que lo conocí?

—Encontramos restos de resina epóxica en las suelas de sus zapatos. Sabe lo que es la resina epóxica, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé. La utilizamos en la fabricación de los marcos de las bicicletas, pero muchas otras fábricas deben usarla también.

—Pues en eso se equivoca. Si bien tiene muchos usos, en todo Haro solo ustedes la utilizan como materia prima. Tal vez pueda explicarme cómo llegó la resina epóxica a las suelas de los zapatos de este hombre.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —preguntó Olguín a la defensiva—. Tal vez era mensajero y nos trajo algún paquete o quizá trabajaba con alguno de nuestros proveedores… o vino a comprar una bicicleta.

—¿Venden al público?

—No, pero algunas personas creen que pueden conseguir un descuento si nos compran a nosotros, así que de vez en cuando nos visita algún que otro ciclista entusiasta.

El argumento de Olguín no convenció a Salazar, pero no disponía de pruebas suficientes para rebatirlo. Mientras meditaba acerca de su siguiente paso, un objeto bajo el escritorio llamó su atención. Sacó un bolígrafo de su bolsillo y lo recogió sin tocarlo. Gregorio abrió mucho los ojos y trató de cogerlo de un zarpazo.

—¡Mi anillo de graduación! Me alegra que lo encontrara, inspector. Lo he buscado por todas partes.

Salazar lo retiró del alcance de Olguín y lo introdujo en una bolsa para pruebas. Entonces lo detalló y frunció el ceño.

—¿Puede explicarme por qué su anillo de graduación tiene las iniciales *A.E.*, señor Olguín?

Antes de que su interlocutor pudiera responder, dos mensajes entraron en rápida sucesión al móvil del policía. Néstor los abrió sin quitarle un ojo de encima a Gregorio, que permanecía tenso como un pavo en vísperas de Navidad. El primer mensaje era el aviso de Mendoza de que lo esperaba en la puerta de Styrbif con la patrulla. El segundo era el retrato hablado de la patrona.

El inspector se levantó del asiento y llevó la mano derecha a la sobaquera para sacar su arma, al mismo tiempo que aparecieron unos grilletes en la izquierda.

—Gregorio Olguín. Queda arrestado como sospechoso del asesinato de Akram El Hashem.

Olguín palideció aún más, aturdido por las palabras del policía y sin comprender lo que había ocurrido, pero no opuso resistencia.

—¿Se ha vuelto loco? ¡Ya le dije que no conocía a ese hombre!

—¿Ah, sí? Ya lo discutiremos en la comisaría. Y será mejor que se busque un buen abogado, porque tiene mucho que explicar.

Salazar sacó a Gregorio de la oficina aherrojado, mientras los trabajadores de su fábrica observaban, sin salir de su asombro. Cuando llegó junto a la patrulla, el inspector sentó a Olguín en el asiento trasero y le ordenó al compañero de Mendoza que desalojara la fábrica, porque era probable que se tratara de la escena de un crimen. Luego llamó a Diji para que organizara el envío de refuerzos, y que solicitara una orden para que Científica registrara la nave.

—De acuerdo, jefe. ¿Cómo lo argumento?

—Informa que el retrato hablado de la patrona de la pensión, nos permitió identificar a Gregorio Olguín como el falso huésped que desapareció el día del asesinato del agente de Interpol.

Capítulo 45.

Después de girar instrucciones a Diji con respecto al arresto de Gregorio, Néstor subió a la patrulla y le indicó a Mendoza que lo dejara en el centro. Además, le dio el anillo para que se lo entregara al subinspector en cuanto llegaran a la comisaría. En el asiento de atrás, Olguín continuaba lanzando imprecaciones y amenazas.

—¡Esto es un atropello! Le juro que después de que mis abogados acaben con usted, terminará controlando el tráfico migratorio de ballenas jorobadas en la Antártida.

Néstor miró al detenido con sincera admiración. ¡Esa amenaza era muy buena! Tomó nota mental para sumarla a su repertorio.

—Yo no me preocuparía por eso, señor Olguín. Tendrá que esperar su turno para tratar de hundir mi carrera. Hay demasiada competencia.

La respuesta del inspector dejó desconcertado al empresario. En especial, porque el policía no pareció muy afectado por su intento de intimidación. A partir de ese momento guardó silencio.

Mendoza dejó a Salazar en la calle Castañares, antes de continuar su camino hacia San Miguel. El detenido se había quedado mudo. Néstor se apeó y al cabo de pocos minutos abordó un taxi que lo llevó a la Jefatura Superior.

Después de saludar a Souza, este lo acompañó hasta una de las claustrofóbicas salas de interrogatorios de la Jefatura Superior, donde al cabo de unos minutos apareció una joven con el uniforme de la prisión. El cabello oscuro de Amalia resaltaba su aspecto pálido y demacrado. La acompañaba una mujer de mediana edad y gesto amargado, a quien Salazar conocía muy bien.

—¡Usted! —exclamó la abogada con el ceño y los labios fruncidos.

Néstor desplegó una amplia sonrisa de satisfacción. La tenía bien ensayada con Paca, quien opinaba que era «miaugnifica». O eso

interpretaba él. Todavía no le cogía del todo el tranquillo al significado de los maullidos de su gata. Solo comprendía los que querían decir «dame comida», que si lo pensaba bien eran todos. En fin, volvió a centrarse en Amalia y su abogada.

—Me alegra mucho verla, Ernestina. Y también que sea la defensora de la señorita Segura.

—¿Qué se trae entre manos ahora, Salazar? Mi cliente es una presa modelo, y no consentiré que retrase los beneficios que le corresponden por buen comportamiento.

—No es mi intención. Siéntense, por favor.

Trueba lo miró con desconfianza, mientras Amalia no apartaba la vista de la punta de sus zapatos. Sin embargo, ambas obedecieron.

—Leí el expediente de tu juicio y tu condena, Amalia. Todo el caso se basa en que confesaste el asesinato de tu cliente. ¿Por qué lo hiciste?

La chica se encogió de hombros.

—Necesitaba dinero —murmuró para el cuello de su blusa—. Y él tenía la billetera llena.

El inspector se echó hacia atrás en el asiento en una actitud relajada.

—No necesitabas degollarlo para robarle. Hubiera bastado con sedarlo o esperar a que se durmiera para sacar el dinero de su billetera.

Amalia se estremeció cuando Néstor hizo referencia al degollamiento del camello.

—¿Tiene que ser tan patán, Salazar? ¿Necesita usar un lenguaje tan gráfico?

—Espere, abogada. ¿Me está diciendo que a su cliente le afecta la referencia al degollamiento, pero que fue capaz de cortarle el cuello a un ser humano mientras dormía? Hay algo aquí que no encaja. ¿No le parece?

—Amalia está arrepentida de lo que hizo. Solo quiere cumplir con la sociedad y recuperar su vida.

—¿Qué me dices tú, Amalia? ¿Eso es lo que quieres o preferirías contar la verdad?

—¿De qué verdad está hablando? Deje de liarla, Salazar, que lo conozco.

El inspector levantó la mano para cortar la intervención de la abogada, lo cual le valió una mirada fulminante que él ignoró. Toda su atención estaba concentrada en la chica. Le habló con el tono más cordial que pudo

imprimir a su voz, lo cual encendió las alarmas de Trueba, quien consideraba que no existe nada más peligroso que un policía amable.

—Tu madre y tu hijo están a salvo, Amalia. Ya los trasladamos a un lugar seguro y dos guardias los protegen día y noche.

La joven levantó la mirada y abrió los ojos. Movió los labios, pero no pronunció ni una palabra. Trueba frunció el ceño, pero esta vez fue a causa de la confusión.

—¿De qué está hablando, inspector?

—Tú tampoco regresarás a la Penitenciaría. Te mantendremos en un lugar seguro hasta que todo se aclare.

La joven no le quitaba la vista de encima a Néstor, como si quisiera calibrar si podía confiar en él. El inspector era buen lector de la naturaleza humana y de inmediato comprendió lo que ocurría.

—Yo no… No sé de qué habla.

—Dígale que puede confiar en mí, doctora Trueba.

—¿Está loco? ¿Quiere que aconseje a mi cliente que confíe en un policía como usted?

—Es su defensora y quiere conseguir su libertad. ¿No es así? —dijo Néstor, y luego se volvió hacia Amalia—. No le contaste la verdad a tu abogada. Tienes tanto miedo que mantuviste tu historia incluso con ella. ¿Me equivoco?

—¿De qué historia está hablando? —preguntó Trueba, cada vez más confundida—. ¿Qué nueva argucia está tramando, Salazar?

—Si su cliente le dijo que ella asesinó a Virgilio Porras, le mintió. Es inocente y estoy dispuesto a probarlo si su defendida nos cuenta la verdad. ¿A quién proteges, Amalia? Dímelo, y es posible que no tengas que volver a la Penitenciaría —Néstor se volvió hacia la abogada—. Explíquele que puede confiar en mí, Trueba. Que siempre cumplo mis promesas.

La abogada cogió aire, miró a la chica y meditó por unos instantes. Luego habló, aunque cada palabra la pronunció como si le doliera:

—Es cierto, Amalia. El inspector Salazar es astuto como un zorro y usa más subterfugios que cualquier otro policía que conozca, pero es de fiar. Nunca lo he pillado en una mentira y cuando promete algo, lo cumple.

—¿Me garantiza que mi familia está a salvo? ¿Y que también me protegerán a mí?

—Por supuesto. Nunca pondría en peligro a un inocente. Y en este caso, tú y los tuyos lo son.

La joven escrutó el rostro de su abogada, quien se limitó a asentir.

—De acuerdo. Le diré la verdad: Yo no le hice nada a Virgilio —Trueba enarcó las cejas ante la declaración de la joven—. Era cliente asiduo. Pagaba bien y dejaba buenas propinas. Yo era su favorita y esa noche solicitó mis servicios, como siempre. Cuando terminamos, ambos nos quedamos dormidos. No tengo idea de cuánto tiempo transcurrió hasta que me desperté porque alguien cubría mi boca con la mano, y me sujetaba con fuerza —la chica rompió a llorar y su abogada le palmeó el hombro para consolarla. Eso la calmó un poco y continuó su relato entre hipidos—. Abrí los ojos y fue espantoso. Virgilio tenía una herida en la garganta y su lado de la cama estaba lleno de sangre. El hombre que me sujetaba tenía un cuchillo ensangrentado en la mano y tuve miedo de que me hiciera lo mismo, así que lo mordí.

—¿Lo mordiste? —Ella asintió y Trueba le presionó el hombro en un gesto de solidaridad— ¿Qué hizo él?

—Le hice bastante daño, así que gritó por el dolor. Yo también grité, pero nadie vino a ayudarme. Entonces él me dio un bofetón muy fuerte que me dejó aturdida, me cogió por el cabello y me dijo que tenía que confesar que yo había matado a Virgilio para robarle. Si no lo hacía, nos cortaría el cuello a mi madre, a mi hijo y a mí. Me aterroricé, porque por el tono de su voz comprendí que era capaz de hacerlo.

—Puedes olvidar su amenaza, Amalia. Ahora todos estáis a salvo. Tu abogada puede solicitar una apelación basada en tu nueva declaración, y en las pruebas de tu inocencia que estoy dispuesto a proporcionarle. Podrías regresar a casa en poco tiempo.

La chica abrió mucho los ojos y miró a Trueba.

—¿Es eso cierto?

—La declaración por sí sola no es suficiente, por supuesto —aclaró la abogada—, pero he sufrido lo suficiente al inspector, para saber que si afirma tener pruebas capaces de demostrar tu inocencia, entonces tienes un pie en la calle.

—Pero debes colaborar con nosotros para que encontremos al asesino de tu cliente.

—Ya le dije todo lo que sé. Es lo que pasó. Después de amenazarme limpió el mango del cuchillo, me obligó a cogerlo y volvió a golpearme. Entonces se marchó. Pocos minutos más tarde entró Lili con la Policía. Y eso fue todo.

—¿Cuántos minutos? —preguntó el inspector.

—No lo sé. Yo todavía estaba aturdida, porque apenas tuve tiempo de recuperarme. Supongo que fueron uno o dos minutos.

Salazar intercambió una mirada con Trueba. Entonces Néstor expresó su conclusión en voz alta:

—Si mis colegas llegaron tan rápido es porque la *madame* los llamó incluso antes de que se cometiera el crimen. Y eso significa…

—Que la tal Lili es cómplice —sentenció la abogada.

Salazar asintió y volvió a centrar su atención en Amalia.

—¿Cómo era ese sujeto? ¿Tenía algún rasgo por el que podamos identificarlo?

La joven fijó la mirada en la punta de sus pies.

—Lo lamento. No puedo decirle mucho. Usaba un pañuelo que le cubría la boca y la nariz.

—¿Qué me dices de sus ojos?

Ella negó con la cabeza.

—Llevaba gafas con vidrios polarizados. De esos que parecen espejos.

—Por lo visto, el sujeto estaba decidido a que no lo identificaran —comentó la abogada sin ocultar su decepción, pero Néstor no estaba dispuesto a rendirse con tanta facilidad.

—Supongo que también se cubría la cabeza —aventuró el inspector.

Amalia asintió antes de confirmar la suposición del policía.

—Con un gorro.

—¿Podrías reconocer su voz?

—Tal vez —dijo la chica con un encogimiento de hombros y sin mucha convicción.

—Sabe que ningún juez aceptaría algo así como evidencia —le recordó Trueba.

—Las evidencias las reuniremos cuando sepamos a quien buscamos. Ahora necesito elementos que me ayuden a identificarlo. ¿Cómo olía?

La pregunta hizo que la joven enarcara las cejas.

—Pues ahora que lo dice, sí olía a algo raro, como a químicos.

—Qué tipo de químicos: ¿desinfectantes, ácidos, ambientadores…?

—No, era más bien… como solventes.

—¿Solventes?

—Sí. Tenía un cliente que olía parecido. Trabajaba en un taller mecánico.

Capítulo 46.

Salazar regresó a San Miguel en otro taxi. Ya el sol comenzaba a ocultarse y una fina lluvia lo recibió cuando se bajó del coche. Saludó a García al entrar y cuando pasó frente a la oficina del comisario, le preguntó a Lali por él.

—Está en una reunión en la Jefatura Superior, inspector jefe. No creo que regrese hoy a la comisaría.

Néstor le dio las gracias por la información y subió al segundo piso. Allí encontró a toda la plantilla, incluyendo a Vargas, que revisaba documentos como si fuera normal que se hubiera escaqueado durante todo el día. Ninguno de los detectives se dio por enterado del ojo a la funerala de su jefe. Señal de que Diji les contó todo lo que querían saber. El chico salió cotilla, como correspondía a un buen policía. Salazar centró su atención en el nuevo.

—¿Dónde te habías metido, Arquímedes? Traté de comunicarme contigo varias veces, sin éxito.

—Estuve ocupado, y tenía el móvil apagado porque no me gusta que me interrumpan cuando hago mi trabajo —sentenció Vargas con prepotencia.

Salazar enarcó las cejas.

—¿Podrías ilustrarnos acerca de los resultados de esa sesuda labor?

—Me temo que no encontré nada. La respuesta de mis informantes coincide con la de los demás. Nadie admite que exista una red de distribución de drogas que opere desde La Rioja.

Cuando Vargas terminó de hablar, el inspector jefe mantuvo su mirada clavada en él sin mover un músculo, hasta que Arquímedes comenzó a removerse incómodo en su asiento. Como Salazar permaneció impasible, el nuevo inspector volvió a hablar en tono de sentencia:

—Es todo lo que tengo que informar.

—A ver, deja que me entere. ¿Lo que dices es que desapareciste durante todo el día para preguntarle a tus informantes sobre la organización que investigamos, para regresar al final con… nada? —le preguntó Néstor, sin ocultar su cabreo.

—¡Cada maestrillo tiene su librillo!

—Lo que tú tienes es una cara de hormigón armado. Ya hablaremos sobre esto en otro momento. Ahora me interesa más que nos centremos en el caso. Remigio, ¿encontraste algún turista frecuente que podamos considerar sospechoso?

—¿Turista? ¿De qué va eso? —preguntó Vargas, desconcertado.

—Si no te hubieras perdido en la dimensión desconocida, lo sabrías —replicó Salazar, con toda su mala leche—. No vamos a perder el tiempo poniéndote al día. ¿Remigio?

Toro se inclinó hacia adelante antes de presentar su informe:

—De acuerdo, pero me temo que por ese lado tampoco hay nada. Sí encontré algún que otro viajero frecuente, pero no repiten la ruta. Además, la mayoría comienza con un viaje corto en España y al cabo de un par de años vuelven a contratar otro *tour*, esta vez un poco más largo o cuyo destino es otro país europeo. Yo lo veo como un comportamiento normal.

—¿Qué encontraste sobre los clientes que no son jubilados?

—Hay muy pocos y hasta ahora ninguno repitió.

—Muy bien. Por lo visto no hay mucho que rascar por ahí. Diji, ¿qué noticias tenemos del autobús que está en la ruta sospechosa?

—Me comuniqué con Interpol y les informé acerca de nuestras conclusiones. Ellos pasarán la alerta a la *Sûreté* para que los intercepten mientras todavía están en territorio francés. Revisarán la documentación y los equipajes —Cheick consultó el reloj—. Supongo que sabremos algo mañana.

—De acuerdo. Entonces habrá que esperar. Beatriz, háblame de Blanxart y Castillo.

La joven subinspectora resopló.

—Me gustaría tener algo importante que informarle señor, pero no encontré nada en absoluto. Blanxart es viudo, no tiene hijos ni otros parientes, y la persona más cercana a él, es su enfermera.

—Podría sentirse unido a la enfermera —apuntó Miguel.

—Es posible, pero poco probable. La contrató hace menos de un año.

—Muy poco tiempo para formar lazos afectivos, aunque no es imposible —opinó Néstor—. Sin embargo, no creo que la usaran para extorsionarlo.

—¿Por qué no?

—Porque esta organización lleva operando más de tres años según el expediente de Interpol, lo que significa que Blanxart ni siquiera conocía a la enfermera.

—Tal vez el contrabando se inició con SINTE, el negocio prosperó y se expandieron hacia la agencia —sugirió Pedrera.

Néstor lo pensó por un momento y luego negó con la cabeza.

—No es una multinacional, Miguel. Este tipo de organizaciones no se diversifica. Si algo les funciona, solo lo expanden. Pudieron comprar más camiones, por ejemplo, pero involucrar otro tipo de negocio en el asunto sería usar otros métodos otros cómplices, tal vez otras rutas. Demasiado arriesgado. Si la agencia está involucrada, lo está desde el principio. ¿Qué me dices de Castillo?

—Ya todos tenemos noticias de sus antecedentes criminales —afirmó Beatriz y miró a todos excepto a Vargas, que era evidente que estaba *in albis*, pero no se atrevía a pedir explicaciones—. Sin embargo, yo diría que es el menos susceptible a extorsión. No oculta su pasado y no tiene nexos afectivos conocidos. Es un lobo solitario.

—¿Y si estos sujetos saben algo de él que no es del conocimiento público? —sugirió Pedrera.

—¿Algo como qué?

Miguel se encogió de hombros.

—El tío es una granada sin espoleta. Tal vez cometió algún delito que todavía no se ha descubierto y que puede enviarlo de nuevo a prisión.

—Es una idea razonable.

—Y muy difícil de comprobar —sentenció Salazar—. No vamos a descartarlo, pero tampoco podemos perder tiempo y recursos en investigar una corazonada. Si aparece alguna evidencia en ese sentido retomaremos tu idea, Miguel. Hasta entonces seguiremos otras vías de investigación.

Pedrera suspiró y se echó hacia atrás en el asiento, pero no replicó. En pocas palabras, Salazar les contó su entrevista con Amalia y las conclusiones a las que llegó.

—Entonces, la chica sí era inocente —recalcó Miguel, con la mirada fija en Arquímedes—. Menuda chapuza de investigación.

—¡Se está rifando una hostia y tú tienes todos los números, musculitos! Me parece a mí que te la vas a ganar —dijo Vargas, al mismo tiempo que se levantaba de la silla.

Miguel lo imitó, dispuesto a darle una lección al tío que lo tenía hasta las narices.

—¡Ya basta! —exclamó Salazar, con un tono de voz que les recordó al comisario—. Al próximo que se comporte en plan macarra, le voy a asignar tantas guardias seguidas, que García va a parecer un visitante ocasional.

La amenaza surtió efecto. Ambos regresaron a sus asientos y se limitaron a lanzarse miradas fulminantes. Controladas las fieras, el inspector jefe encarriló la conversación en el caso,

—Es lamentable que la chica no pueda proporcionar ninguna información que nos permita encontrar al asesino —dijo Diji, más por calmar los ánimos que por aportar algo que era evidente.

Néstor meditó por un momento antes de exponer su opinión:

—Tal vez el olor a solventes nos ayude a identificarlo una vez que demos con él. Además, existe el detalle de la mordedura. Si los dientes traspasaron la piel, es muy probable que dejaran cicatriz.

—A menos que las heridas se atendieran a tiempo. Un par de puntos de sutura y no quedaría ningún recuerdo.

—Salazar tiene razón —intervino Arquímedes—. En una ocasión tuve un caso similar, donde estaba involucrada una mordedura humana. El forense me explicó que en vista del alto riesgo de infección por la cantidad de bacterias que tenemos en la boca, este tipo de heridas no las suturan. En especial si están en las manos, como ocurre en este caso. Al cerrarse sin sutura suelen dejar cicatrices más evidentes, con lo cual… —Arquímedes se interrumpió al darle un manotazo a la taza de café que reposaba en su escritorio. Todos los documentos que tenía sobre la mesa quedaron manchados, por lo que trató de secarlos con su pañuelo en un esfuerzo inútil.

Néstor puso los ojos en blanco y soltó un suspiro de resignación. Era la primera vez que Vargas hacía un aporte valioso a la investigación, y por un momento consideró la posibilidad de que lo estuvieran subestimando, pero después del manotazo cambió de opinión. El tío era más torpe que una lombriz con guantes. Una idea comenzó a formarse en su cabeza, pero no era el momento de distraerse del asunto que traían entre manos.

—Muy bien, sigamos —ordenó el inspector jefe—. El cadáver que apareció hoy en un descampado de la calle Campoamor. ¿Todos estáis informados sobre esto?

—Miguel ya nos lo contó —confirmó Diji—. ¿Cree que está relacionado con la investigación sobre el contrabando?

—Era el lugarteniente de uno de los distribuidores más importantes de Haro. El mismo que sustituyó a Malacara y que surgió casi de la nada. Apuesto mi gabán a que todo está relacionado.

—Yo también lo creo —lo apoyó Remigio. Ambos miraron a Miguel.

—No sé qué deciros. Tal vez tengáis razón. Lo único concreto es que a este sujeto lo sacaron de circulación disparándole una bala en la cabeza a quemarropa, mientras estaba de rodillas.

—¡Joder, qué bestias!

—Es el tipo de crimen que se asocia con el narcotráfico —comentó Vargas.

—No es suficiente para descartar otras opciones —insistió Pedrera.

—Es tu caso, Miguel. Enfócalo como quieras, pero no te obceques solo por llevar la contraria.

—¿Quién se obceca? Solo dije que…

—Sí, ya captamos la idea —lo interrumpió Néstor—. Yo sí tengo algunas novedades.

Salazar los puso al día acerca de su visita a Styrbif y la identificación de Olguín como el falso huésped de la pensión de Akram.

—Pero entonces, ya lo tenemos —afirmó Remigio—. Ese sujeto tiene todas las papeletas para ser uno de los tíos que buscamos.

—Es posible —reconoció Néstor—, y también que este sea el hilo que nos permitirá desenredar la madeja. ¿Qué averiguaste sobre el anillo, Diji?

—Envié una fotografía a los compañeros de Akram en Bruselas. La respuesta fue positiva. Uno de ellos lo reconoció como el anillo de graduación de El Hashem.

—¿Y qué hacía en el suelo de la oficina de Olguín? —preguntó Beatriz.

—Es evidente que Akram nos dejó una pista. Poneos en su lugar por un momento. Descubrieron que era un agente encubierto, lo secuestraron y lo golpearon. Estoy seguro de que él sabía lo que le esperaba. Así que mientras estaba atado a la silla, se quitó el anillo y lo dejó caer al suelo.

—Y con eso nos proporcionó una evidencia que conecta a Olguín y la fábrica de bicicletas con la red de narcotráfico —señaló Remigio—. Un tío

listo, este Akram.

—Lamento interrumpirlos —dijo Lali desde la puerta. Todos centraron su atención en ella—. El abogado del señor Olguín acaba de llegar. Creí que le gustaría saberlo, inspector jefe.

—Por supuesto, gracias Lali. Dile a Mendoza que lo acompañe hasta la sala de interrogatorios y que se reúna allí con su cliente. Voy enseguida.

La secretaria asintió y se retiró.

—¿Vas a interrogarlo ahora, Salazar? —preguntó Remigio—. Hace más de una hora que se terminó la jornada.

—Es cierto, y vosotros deberíais iros a casa, pero yo no quiero que este pájaro disponga de toda la noche para elaborar una coartada.

Mientras el resto del equipo se dispuso a marcharse, Néstor se preparó para interrogar a Gregorio Olguín.

Capítulo 47.

Mientras el inspector subía las escaleras, un mensaje entró en su móvil. Se detuvo y lo abrió cuando comprobó que se lo enviaba el jefe Barros. Era muy corto y conciso: «Llámame, capullo». Salazar obedeció de inmediato.

—Veinte segundos. Tardaste demasiado, Salazar. ¿Será que te estás poniendo viejo?

—Es que me pillaste desprevenido por la hora, Casi.

—Sí, claro. Eres el rey de las excusas. Y hablando de horas, bonita forma de joderme el día organizando un registro al final de la jornada. ¿A ver cómo coño le explico yo a la parienta que estaba trabajando?

—Vamos, Casi. Ella debe saber que tu trabajo no tiene horario.

—¡Que soy el jefe, joder! Yo no tengo la obligación de intervenir en el trabajo de campo, a menos que…

—¿A menos que qué?

—A menos que se trate de una investigación importante —sentenció Barros, y luego agregó en un murmullo casi inaudible—. Y las tuyas siempre lo son.

Salazar sonrió de este lado de la línea.

—Eso significa que le das prioridad a mis casos, Casi. Me conmueves.

—No cantes victoria, merluzo. Sabes que lo hago porque alivias mi sufrimiento dietético. Que por cierto, entre que algún cabrón de los de por aquí se chivó a la parienta, y que siempre que me ausento fuera de hora es por un caso tuyo, debo confesarte que mi mujer te tiene más tirria que a Hacienda.

—Pues lo lamento, Casi. A mí tu mujer me parece una persona excelente.

—Claro, como no es a ti a quien tiene sobreviviendo a base de pasto. Pero no te llamé para hablar de mis cuitas matrimoniales, sino por el encarguito este que me dejaste esta tarde.

—¿Estás en la fábrica de bicicletas? ¿Encontraste algo?

—Calma piojo, que la noche es larga. Sí, algo encontramos, pero déjame decirte que esta fábrica es la hostia. Yo había leído sobre los procesos para fabricar estas bicicletas de carbono, pero es que verlo en persona es otra experiencia…

—Sí, es genial Casi. ¿Puedes decirme qué encontraste?

—Pero qué poca paciencia tienes, pequeño saltamontes —replicó Barros, regodeándose en la ventaja que le concedía la información que acababa de descubrir.

—De acuerdo. Digamos que en mi próxima visita te llevo doble ración de pasteles.

—Y el mocaccino que también sea doble —exigió el jefe, comenzando a salivar.

—Vale. ¿Qué descubriste?

Casimiro suspiró con resignación ante la impaciencia del policía.

—Bien, iré por partes. A simple vista no hay nada extraño en la oficina, salvo que es evidente que la limpiaron a fondo hace poco. Al punto que encontramos muy pocas huellas para un lugar que deben visitar muchos de los empleados.

—Pero sí encontrasteis algo o no me hubieras llamado.

—Mira qué listo. Sí, a pesar de todo hay algunas huellas. La que más nos llamó la atención fue una que estaba debajo del asiento de una de las sillas.

—¿Debajo? Tal vez levantaron la silla para moverla.

—Fíjate que eso mismo fue lo que concluyó Darío, el más inexperto de mi equipo. El novato.

—Captado el mensaje. No vuelvo a opinar sobre lo que no sé. Te escucho, Casi.

—Si levantas una silla cogiéndola por el asiento, pones el pulgar arriba y el resto de los dedos abajo, a menos que seas más bruto que el que se hizo una infusión con pan rallado. En este caso encontramos la huella de un pulgar abajo del asiento.

—¿En qué parte del asiento?

—Cerca del respaldo. ¿Te dice algo?

Salazar meditó por un instante antes de responder.

—Me dice mucho. Sospechamos que el agente de Interpol que asesinaron estuvo retenido en esa oficina. Diji ya debió enviarte un anillo de

graduación…

—Sí, lo recibieron en el laboratorio cuando veníamos hacia aquí. No he tenido tiempo de ocuparme de esa prueba.

—Lo encontramos en esa misma oficina, y ya Diji comprobó que le pertenecía a la víctima. Creemos que lo tiró al suelo para dejarnos una pista. También sospechamos que lo amarraron a una silla, con lo cual…

—Claro. Si quería que tuviéramos evidencias de su presencia en la fábrica, una forma era dejar una huella en un lugar poco accesible en condiciones normales.

—Como sería la parte inferior del asiento al cual estaba amarrado.

—Tiene lógica. De manera que piensas que la huella pertenece al agente de Interpol.

—Sería la primera comparación que yo haría.

—Pues lo comprobaré. Si estás en lo cierto me ahorrarás mucho trabajo, porque ya iba a comenzar a cotejarla con las huellas de todos los empleados de la fábrica.

—¿Me puedes enviar el resultado en cuanto lo tengas?

—Eres más pesado que un ascensor a manivela. Vale, dame unos minutos y te lo confirmo.

—Gracias Casi.

Barros colgó sin responder. Néstor guardó el móvil y continuó subiendo las escaleras. En la sala de interrogatorios se encontró a Olguín cuchicheando con su abogado. Ambos se enderezaron en el asiento cuando el policía entró con su aspecto de marido echado de casa y su cara de panoli con resaca.

—Supongo que usted es el inspector Salazar —dijo el abogado, al mismo tiempo que lo miraba de arriba abajo con desprecio—. ¿Tiene usted idea del problema en el que se metió cuando arrestó a mi cliente?

Salazar se encogió de hombros y se sentó.

—Solo hice mi trabajo.

—El señor Olguín es un reconocido empresario, muy respetado en el mundo deportivo. Es patrocinador de varios equipos de ciclismo en La Rioja, algunos de los cuales dejaron muy en alto el nombre de nuestra región en numerosas competencias.

Néstor enarcó las cejas con admiración.

—Como jarrero lo felicito por su contribución al deporte de La Rioja, señor Olguín. Como policía quiero que me explique cómo llegó el anillo de

graduación de Akram El Hashem a su oficina.

El abogado resopló con desprecio.

—Mi cliente ya se lo dijo. No tiene idea. Esa oficina la visitan muchas personas. Pudo tratarse de alguien que tan solo estuvo en la fábrica por curiosidad o para comprar una bicicleta.

—Ya el señor Olguín me aclaró que no vende al público —sentenció Néstor.

—Pero hay muchos ciclistas interesados que visitan la fábrica. Tal vez este Ak… lo que sea, fuera uno de ellos.

—¿Y a esos visitantes fortuitos los invita a entrar en su oficina?

—Muchas personas se benefician del patrocinio de Styrbif —afirmó el propio Gregorio, con un encogimiento de hombros—. Es posible que esa persona que usted dice me simpatizara y lo invitara a tomarse un café para sostener una conversación sobre ciclismo.

Salazar escuchó al detenido y luego se dirigió al defensor.

—El anillo no es la única prueba que tenemos contra su cliente. Si leyó el expediente, sabrá que lo identificamos gracias al retrato hablado de una testigo.

—No me haga reír, inspector. Ningún juez aceptará algo así como evidencia. Es un dibujo basado en la memoria de una mujer que ve docenas de rostros cada semana. Tal vez el huésped al que se refiere tenga cierto parecido con mi cliente. Eso no prueba nada.

—No será difícil pedirle a la testigo que identifique al señor Olguín en una rueda de reconocimiento.

El abogado resopló como un toro antes de embestir.

—Sabe que en vista de la gravedad de los cargos, necesitará pruebas más concretas para conseguir una acusación.

—Suelo alojarme en los mejores hoteles —afirmó Gregorio con petulancia—. Es imposible que la patrona de una pensión me reconociera como uno de sus huéspedes.

El abogado desplegó una sonrisa de satisfacción. Era evidente que su cliente seguía sus instrucciones al pie de la letra.

—Como ve, hay una explicación muy sencilla para sus supuestas evidencias, inspector —sentenció el leguleyo, mientras se ponía de pie—. No tiene nada concreto contra mi cliente, así que exigiré su liberación inmediata y me aseguraré de que a usted lo sancionen por este abuso de autoridad.

Néstor soltó un suspiro y miró al abogado con indefensión. Era una de las expresiones que más le gustaban a Paca. Es más, él juraba que la gata se la plagió, la sumó a su repertorio y la usaba para manipularlo cuando quería un piscolabis.

El abogado recogió su maletín, al mismo tiempo que Olguín cogía aire y se echaba hacia atrás en el asiento con actitud relajada. El tono del móvil de Salazar rompió la magia del momento. Él levantó la mano para indicar a sus interlocutores que esperaran, y respondió el teléfono.

—De acuerdo, Casi. Muchas gracias.

Salazar terminó la llamada con parsimonia, dejó el móvil sobre la mesa y luego volvió a centrar su atención en Gregorio y su abogado.

—Era el jefe de la Policía Científica —les anunció en tono amigable—. Es uno de nuestros mejores técnicos. Me acaba de confirmar que encontraron la huella del pulgar de Akram El Hashem en la parte inferior de una de las sillas de su oficina.

Por el tono del policía, el abogado adivinó que las tornas habían cambiado, así que se apresuró a argumentar:

—Ya le dijimos que ese hombre pudo visitar la oficina por motivos inocentes. Las huellas en la silla se explican por las mismas razones que el anillo.

—Hay una pequeña diferencia en este caso, señor abogado —respondió Néstor con un suspiro—. La posición en la que encontraron la huella no es fácil de explicar, a menos que Akram la hubiera dejado a propósito para que nos sirviera de evidencia. Debo añadir que el jefe de Científica piensa que el propietario de la huella tenía los brazos detrás del respaldo cuando la dejó… Su conclusión es que se encontraba amarrado y será lo que declarará ante el juez.

Olguín perdió toda la confianza de la que hizo gala momentos antes.

—¿Carlos?

—No digas una palabra, Gregorio —le advirtió el abogado—. Todavía no tienen nada.

Salazar se echó hacia adelante y apoyó los antebrazos en la mesa que lo separaba del detenido.

—Lo que usted diga, abogado. Sin embargo, debo advertirle otro pequeño detalle… —Néstor se aseguró de tener toda la atención de los dos hombres antes de continuar— También encontraron sangre en la madera del asiento, y ya se ordenaron las pruebas de ADN. No creo que le resulte fácil

explicar por qué un visitante casual de la fábrica a quien invitó a una taza de café, sangró sobre una de sus sillas.

Capítulo 48.

Desde el momento en que Olguín se quedó sin argumentos para justificar las evidencias, el abogado le ordenó que guardara silencio y no volvió a pronunciar palabra. Toda la seguridad en sí mismo del detenido se fue al garete. Néstor argumentó, prometió y amenazó para conseguir su colaboración, pero ninguna de sus tácticas tuvo éxito. Gregorio estaba más blanco que un yogur desnatado. Era evidente que el miedo lo dominaba. El inspector no solía fracasar en los interrogatorios, así que aquello le resultaba tan extraño como el ensordecedor silencio de los pequeños delincuentes de la calle. Llegó a la conclusión de que el grupo de contrabandistas al que perseguían, había creado un reinado de terror criminal bajo sus narices.

—Usted sabe mejor que yo cuál será el resultado de esa prueba de ADN, señor Olguín. Ni siquiera su abogado podrá justificar la presencia de la sangre de Akram en su oficina. Y supongo que también sabe que El Hashem era un agente de Interpol encubierto. En otras palabras: un policía. Aunque su complicidad en el secuestro de Akram es evidente, estoy seguro de que hay alguien más involucrado en este asunto. Colabore con nosotros y hablaré con el juez para que sea menos severo con la sentencia.

—Mi cliente no tiene nada que agregar.

Salazar suspiró con hastío. El día había sido largo y difícil, así que decidió dejar que Gregorio lo consultara con la almohada, sin la influencia directa de su abogado. Antes de irse le dio la puntilla.

—Usted mismo —dijo con voz resignada, mientras se ponía de pie—. Si es lo que quiere, por mí está bien. Lo acusaré del asesinato de El Hashem y a otra cosa. Estoy seguro de que mis jefes estarán satisfechos. Solo necesito un culpable. Claro, que eso significa que caerá sobre usted todo el peso de la condena. Siendo la víctima un agente de la Ley, y al tratarse de

un crimen tan brutal, no creo que le den menos de quince o veinte años, pero es su vida. Usted sabrá cómo la malgasta.

El rostro de Olguín se descompuso de tal forma, que Néstor creyó que se iba a desmayar. Un nuevo mensaje entró en su móvil, antes de que tuviera tiempo de llamar al guardia para que devolviera al detenido a su celda. Esta vez fue el rostro de Salazar el que perdió el color. El abogado enarcó las cejas con gesto macabro.

—¿Malas noticias, inspector?

Salazar desplegó una sonrisa sarcástica.

—Al contrario, abogado. No podrían ser mejores.

El inspector dejó al leguleyo con la palabra en la boca, recogió sus documentos y salió con prisas. Le dio instrucciones al guardia de la puerta en forma tan atropellada, que el pobre hombre tuvo que deducir sus órdenes.

Pocos minutos después, Salazar subió a un coche que solicitó por Uber, y le ordenó al chófer que lo llevara al hospital. A pocos metros, otro coche que esperaba junto a la Plaza encendió el motor y siguió al Uber. Aunque Néstor estaba tan cansado, que ya no podía ni con el gabán y ya era noche cerrada, la noticia que recibió por el móvil le disparó la adrenalina, y lo despertó más, que el Año Nuevo a un insomne. El motivo era un mensaje muy corto: «Sofía despertó y preguntó por ti».

Cuando llegaron al frente del hospital, Néstor se apeó antes de que el coche se detuviera por completo, y cruzó la entrada con el paso apurado. Había una fila frente a los ascensores, así que optó por subir las escaleras y alcanzó la UCI en uno o dos minutos. Carol lo vio aproximarse y lo detuvo antes de que cruzara la puerta.

—Tranquilízate, Néstor. No puedo permitir que entres así. Tendrás que usar el traje de protección.

El inspector asintió, casi sin aliento. Tragó saliva y habló con la voz entrecortada.

—¿Cómo está Sofía? ¿Sigue despierta? ¿Esto significa que se pondrá bien?

—Está despierta y te espera —le confirmó la enfermera con voz pausada—. No puedo garantizarte su recuperación, pero por mi experiencia en estos casos, yo diría que ya pasó lo peor en cuanto a las consecuencias inmediatas.

—¿Qué significa eso?

—Es posible que necesite terapia física para volver a andar.

Salazar asintió. Ya se temía algo así.

—Sofía es fuerte. Sé que lo superará. Y yo la ayudaré en lo que sea necesario.

—Estoy segura de que todo saldrá bien —lo consoló Carol, al mismo tiempo que le entregó un paquete con material desechable y le señaló la pequeña habitación donde debía cambiarse.

Salazar salió de allí vestido de adefesio. El atuendo de cirujano le caía tan mal como a un santo dos pistolas. Solo después de comprobar que todo estaba en orden, Carol lo condujo hasta el pequeño apartado que ocupaba Sofía y los dejó solos.

La habitación estaba sumida en semipenumbra, el olor a desinfectante dominaba el ambiente y un impertinente pitido se repetía a intervalos regulares. Para Néstor era un canto celestial porque marcaba el ritmo del corazón de la mujer que era el norte de su vida. Tendida en la cama, Sofía tenía los ojos cerrados, pero los abrió al presentir su presencia. Detrás de la mascarilla, Salazar desplegó una amplia sonrisa.

—Hola —murmuró ella, sin disimular la satisfacción que sentía al verlo.

—Sofía, ¿cómo te encuentras?

—Estoy un poco… ¿Qué demonios hago aquí? ¿Quieres decirme qué pasó? Todos entran de puntillas, me hacen preguntas y se marchan.

—¿No recuerdas nada?

—Sé que iba en el coche con Alonso porque debíamos reunirnos con un informante. De repente surgió esa camioneta de la nada. Nos dispararon… Alonso —la inspectora abrió mucho los ojos—. Había sangre en su pecho. ¿Él está bien?

—Murió en el acto, Sofía. Lo lamento mucho. Eso fue lo que ocasionó que el coche donde viajabais volcara, y por eso resultaste herida.

—Carlitos.

—Estamos seguros de que fue él.

—¿No lo habéis atrapado?

—Es bastante escurridizo, pero te prometo que lo encontraré y pagará por lo que hizo. ¿Puedes decirme algo sobre la camioneta que os persiguió? ¿Viste el modelo?

—Lo único que puedo decirte es que se trató de una picap negra. Lo siento, estaba muy oscuro y no pude ver más.

—Descuida. Eso será suficiente. Te prometo que encontraremos a esos malnacidos.

Sofía soltó un suspiro de resignación y preguntó por sus propias heridas. Salazar le dijo la verdad, pero trató de ser lo más sutil y optimista que pudo.

—Todo estará bien. Y puedes contar conmigo para lo que necesites.

La inspectora sonrió conmovida.

—Lo sé, Néstor. Te confieso que tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Salazar se enderezó y pareció hincharse como un pavo real, antes de responder en tono de chanza.

—¿Dónde vas a encontrar otro tío con un encanto tan arrollador como el mío?

La inspectora sonrió.

—Eso no es posible. Contigo se rompió el molde —afirmó, siguiéndole el juego. Luego agregó en tono más serio—: Gracias, Néstor.

—¿Por qué?

—Por estar siempre ahí.

Las lágrimas afloraron a los ojos del curtido inspector. Hubiera querido quitarse la mascarilla y besar a su compañera, pero sabía que no debía hacerlo. En su lugar le cogió la mano y se la llevó a los labios cubiertos con el áspero papel.

—Descansa y recupérate pronto, Sofía —le dijo en un murmullo—. Y no olvides que yo siempre seré tu punto de apoyo.

Salazar salió de puntillas cuando se dio cuenta de que Sofía se había quedado dormida. Su respiración era pausada y tranquila como la de un bebé. Néstor no era capaz de discernir lo que sentía, pues se trataba de una extraña mezcla de miedo, esperanza, dolor y alegría. En cuanto cruzó el umbral de la pequeña habitación, el dique de sus emociones se rompió y no fue capaz de contener el llanto.

Capítulo 49.

Salazar iba dormitando en el asiento trasero del taxi que lo llevó del hospital a su casa. Ese había sido uno de los días más largos y complicados de su vida, así que los párpados le pesaban como plomadas. La lluvia pertinaz que caía sobre Haro y rodaba por las ventanillas del coche también contribuyó a que tuviera que hacer grandes esfuerzos para no dormirse. Aun así, estaba seguro de que se había quedado traspuesto varias veces a lo largo del camino. A petición suya, el taxi lo dejó junto a la Plaza de San Miguel. Tal vez el corto paseo hasta la buhardilla lo ayudara a despejarse, pues quería cumplir una última tarea antes de irse a casa. Tenía la esperanza de que Gyula hubiera averiguado algo sobre la red de contrabando o sobre Carlitos. El caso de Akram avanzaba aunque fuera a trompicones, pero la identificación del sicario se le escurría entre los dedos. El tío parecía un fantasma, pero Néstor era demasiado escéptico para creer en los entes paranormales.

Quedó empapado en pocos minutos en cuanto se apeó del taxi, y no pudo evitar un estremecimiento por el frío. No le importó. El agua fresca le corrió por la cara y limpió cualquier resto de las lágrimas que derramó en el hospital. A pesar del cansancio se sentía liviano, como si le hubieran quitado el peso del mundo de los hombros. Ahora estaba seguro de la recuperación de Sofía. Si bien era cierto que quedó muy lastimada y que tal vez nunca volvería a ser la misma, Néstor tenía la esperanza de que ella lo iba a superar, y él estaría allí para animarla y apoyarla. El inspector llenó sus pulmones con el aire frío y húmedo de la noche otoñal riojana, y avanzó en dirección a La Callecita a buen paso.

A pocos metros de él, un hombre se apeó de su coche, mientras lo maldecía por obligarlo a exponerse a la lluvia. Después de seguirlo desde la comisaría hasta el hospital en espera de su oportunidad, se regocijó cuando vio que el maldito policía entrometido se internaba en las estrechas calles

del casco viejo. Él mismo no pudo haber escogido un lugar más apropiado para lo que tenía en mente.

El inspector apuró el paso sin sospechar el peligro que lo acechaba. Aunque ya estaba calado hasta los huesos, el instinto lo empujaba a apresurarse. «Solo a ti se te ocurre darte un garbeo con la que está cayendo, merluzo», se dijo a sí mismo cuando el agua fría se le coló por el cuello de la camisa, le recorrió la espalda y le hizo sentir un escalofrío.

Las calles estaban desiertas, por supuesto. Él era el único zoquete dispuesto a bañarse con la ropa puesta en medio de la calle. Pasó frente a un par de bares y tuvo que hacer un esfuerzo para no refugiarse en el cálido interior que lo tentaba como el canto de una sirena. Se impuso a sí mismo seguir hasta La Callecita sin escalas, así que cuando vio las luces del bar de Gyula, sintió la alegría del náufrago que divisa tierra.

Salazar enfiló sus pasos hacia su objetivo y la sombra que lo seguía comprendió que era su oportunidad. Era evidente hacia dónde se encaminaba el policía, así que el acosador se adelantó por las callejuelas laterales y se escondió en un recodo al frente para esperarlo.

La iluminación de la calle era escasa, y el bar refulgía como un faro en medio de la oscuridad. Néstor anticipó el placer de la calidez del local, de la compañía de los clientes, el repique de tazas y platos tan familiar, el olor de los guisos de Nemesio, y tal vez una cena caliente que le entonara el estómago y lo ayudara a recuperar el calor perdido.

Tan concentrado iba en sus placenteros pensamientos, que no vio el charco que se había formado frente a la puerta de La Callecita y cuando llegó a él dio tal patinazo, que acabó con toda su humanidad en el suelo. Al mismo tiempo, se escucharon dos explosiones en el otro lado de la calle.

El inspector comprendió de inmediato la situación, así que rodó por el suelo en dirección al bar, al mismo tiempo que sacaba su arma y trataba de ubicar al pistolero en la oscuridad. El ruido de los disparos atrajo a los ocupantes del bar hacia la puerta, encabezados por Gyula.

—¡No salgáis! —les gritó con desesperación—. Tiraos al suelo. Alguien está disparando desde la calle del frente.

Por fin Néstor alcanzó a rastras el interior del bar y encontró a todo el personal tendido en el suelo, y más pálido que Frankenstein en su noche de bodas.

—Néstor, ¿estás bien? —le preguntó Gyula.

Salazar hizo un rápido inventario de su anatomía. Todo parecía estar en su lugar y sin agujeros. Eran buenas noticias, pues con un solo riñón y sin bazo, no andaba él sobrado de repuestos. El resbalón le salvó la vida, aunque se puso perdido, pero nada que una buena ducha y un tinte no pudieran resolver. Le ordenó a Gyula que llamara a la comisaría y denunciara el tiroteo, mientras él permanecía vigilante en la puerta, aunque era muy probable que el pistolero ya estuviera lejos.

Así esperaron unos diez minutos, hasta que aparecieron los primeros agentes, registraron la calle y les aseguraron que el peligro había pasado. Entonces todos se incorporaron, miraron a los lados y trataron de disimular el miedo que se reflejaba en sus rostros y en el temblor de sus manos.

Salazar no fue la excepción. Sospechaba que esta vez estuvo demasiado cerca y le preocupaba no tener idea de quién lo quería muerto. ¿Qué fibra tocó ese día que desencadenó algo tan torpe y audaz como el atentado contra un policía? Luego se reprendió a sí mismo por su estupidez: los dos casos que investigaba involucraban el asesinato de agentes de la Ley. ¿Por qué iba a ser diferente con él? Tal vez la red de narcotráfico se sintió amenazada o Carlitos se enteró de que lo buscaba. Se inclinó por la primera opción. Después de todo, era muy poco lo que había avanzado con respecto a la identificación del sicario.

El aspecto de Néstor a esas alturas era lamentable. Estaba empapado, con el cabello enmarañado pegado a la cabeza y el gabán lleno de barro. Además de que recibió un fuerte golpe que lo dejó renqueando. Y si a eso sumaba el ojo que Castillo le dejó como una berenjena, era la viva imagen del sobreviviente de un campo de batalla. ¡Vaya día llevaba, joder! Gyula se ofreció a prepararle algo caliente, pero el inspector le pidió que esperara, se acercó a la entrada y observó con cuidado la pared de piedra junto a la puerta. Allí encontró dos balas incrustadas a la altura de su cabeza. Si no se hubiera resbalado… Lo recorrió un escalofrío y no le resultó fácil guardar su arma en la funda, a causa del temblor en las manos.

Salazar cogió aire y trató de calmarse, le pidió a Gyula que le preparara una infusión y se disponía a ir al sanitario para asearse un poco, cuando escuchó una voz a su espalda.

—¡Néstor! ¿Qué ocurrió, estás bien?

Cuando se volvió se encontró con Santiago, que tenía la preocupación y el miedo pintados en el rostro. Antes de que pudiera responder, su hermano se acercó a él y lo abrazó.

—Estoy bien —respondió el inspector en cuanto se separaron—. Lali me dijo que estabas en una reunión en la Jefatura Superior, y que ya no te esperaba. Te creía en casa.

—Regresé para ocuparme del papeleo. Es extraño, pero cuantos más documentos firmo, más crece la pila.

Salazar se hubiera puesto a silbar mirando al techo, de no haber cantado demasiado. En cambio, desvió la atención de Santiago hacia la pared que acababa de examinar y le explicó lo que ocurrió. La preocupación del comisario aumentó varios niveles.

Mientras Néstor se aseaba un poco y Gyula preparaba un caldo «capaz de levantar a un muerto», Ortiz organizó la investigación del atentado. Hora y media después, el bar estaba vacío de clientes, a quienes ya se les había tomado declaración. Levantaron un perímetro de seguridad alrededor de La Callecita, y el jefe Barros distribuyó a su grupo para revisar la escena del crimen, mientras refunfuñaba contra los policías necios que se dejaban emboscar a las tantas y lo obligaban a uno a levantarse de la mesa de la cena. ¡Con lo buenas que estaban las acelgas sin sal! Claro, como no eran ellos quienes tenían que enfrentar luego a la parienta cabreada, y quien sabía si hasta comer por ahí, de mala manera una hamburguesa o dos, o tal vez tres, con sus patatas y su gaseosa. Que salir a trabajar a esa hora le abría el apetito a cualquier cristiano, pero entonces lo obligaban a romper la dieta, luego el peso subía y ¡bronca que te crio!

En el interior del bar, Salazar bebía despacio el caldo de pollo que preparó su amigo, mientras le volvía el alma al cuerpo. Lo dicho, su alma era una traidora que lo abandonaba en los peores momentos. Ni Gyula ni Santiago le quitaban la vista de encima, hasta el punto que el inspector comenzó a sentirse un poco incómodo.

—¿Tienes idea de quién atentó contra ti, Néstor? ¿En qué lío te metiste esta vez?

—¿Yo? Si soy más inocente que Heidi.

—¿Inocente, tú? —preguntaron Gyula y Santiago a coro. Fue Ortiz quien completó la idea—. Inocente es quien crea que tú lo eres. Alguna idea debes tener de lo que pasó aquí hoy.

Con un suspiro de resignación por la incomprensión de la que era víctima, el inspector les planteó su teoría.

—Así que crees que este atentado se relaciona con el asesinato de Akram —precisó el comisario. Néstor asintió—. Ordenaré protección para

ti hasta que todo esto termine —Salazar comenzó a protestar, pero su hermano levantó la mano para hacerlo callar—. Ya tomé la decisión, así que no quiero argumentos ni discusiones. Recuerda que estos sujetos lanzaron al agente de Interpol desde la ermita de San Felices y hasta donde recuerdo, tú no sabes volar.

El inspector enarcó las cejas. En los últimos tiempos, su hermano estaba dando muestras de tener sentido del humor. ¡Inaudito y escalofriante!

—De acuerdo, si no queda otra alternativa —cedió Néstor con resignación—, pero procura que estén advertidos de la naturaleza de esta gente. No quiero cargar en mi conciencia con viudas y huérfanos de agentes de la policía.

—Descuida, estarán avisados.

Salazar asintió y le hizo una pregunta al tabernero, antes de volver a llevarse la taza de caldo a los labios.

—¿Pudiste averiguar algo sobre esta gentuza, Gyula?

—Lo lamento, Néstor. Nadie sabe nada. Nadie ha visto nada. Es como si preguntara por algo que no existe. Tampoco tuve suerte con el otro encargo. El tal Carlitos también es humo.

—Pues vaya racha llevamos —comentó el comisario.

—Parece que te querían bien muerto, Salazar —comentó una voz a un lado de la mesa. Todos se volvieron en esa dirección.

El jefe Barros levantó una bolsa plástica que contenía los restos de dos balas aplastadas.

—Calibre 7,65; 9 mm. Una sola te hubiera dejado la cabeza como un melón después de pasarle un camión por encima.

—¿9 mm? —repitió Néstor con falsete.

—Eso dije.

El inspector asintió despacio y carraspeó para recuperar la voz.

—Igual que en el asesinato de Pérez, el lugarteniente de Campos. Estoy seguro de que ese homicidio y el de Malacara se relacionan con la red de contrabando.

—Es un nexo muy débil —le advirtió el comisario.

—Es cierto, pero sospecho que si encontramos el proyectil que asesinó al lugarteniente de Campos, coincidirá con estos dos. Y ese caso lo lleva Miguel, por lo que la única explicación de que atentaran contra mí sería que son los mismos asesinos que eliminaron a Akram, y que se sintieron amenazados por alguna de las líneas de investigación.

—En cualquier caso, lo único seguro es que a partir de ahora deberás tener mucho cuidado, Néstor —le advirtió su hermano—. Esta gente no se corta a la hora de asesinar policías, y es evidente que te pusieron en su mira.

—Te aseguro que mantendré los ojos abiertos. Nadie está más interesado que yo mismo en conservar todas las partes de mi anatomía en su lugar.

—¿Por qué no te vienes a casa conmigo? Allí estarías más seguro.

—Y os pondría en peligro a ti, a Carmela y a los gemelos. Te lo agradezco mucho, Santiago, pero este problema prefiero enfrentarlo solo.

Capítulo 50.

Después de jurarle a Santiago que sería un chico responsable y prudente, ¡aburrido!, Néstor decidió subir a su casa para darse una ducha y descansar. Su hermano asignó un agente para que lo protegiera, y solo entonces se marchó. A estas alturas, el inspector estaba tan cansado, que subir los tres pisos que lo separaban de la buhardilla le causó la misma sensación que si trepara el Everest. A punto estuvo de acurrucarse en plena escalera y echarse una siestecita, pero por suerte resistió la tentación y consiguió llegar hasta su destino.

Abrió la puerta y entró. Ambas felinas corrieron a su encuentro con Paca a la cabeza, pero cuando llegaron a un metro de él se detuvieron. Su gata erizó el lomo y le bufó. Luego huyó de su humano como si fuera *Freddy Krueger* con dolor de muelas. Lola quedó tan confundida como Salazar y se limitó a emitir un maullido lastimero para pedirle comida. Para entonces, ya Paca se había refugiado en la repisa más alta que encontró, con los pelos del lomo erizados.

—Maumaumaumau. ¡Bfff!

Era un maullido gutural que el inspector nunca había escuchado. ¡Ni siquiera en sus visitas al veterinario! Se preguntó qué le ocurriría a Paca y si estaría enferma, hasta que cayó en la cuenta. ¡El perro! Para el fino olfato de la gata debía ser evidente el olor canino en su ropa. Tal vez a Pillín le agradaran los gatos, pero era evidente que su gata no sentía ninguna simpatía por los perros. Néstor comprendió que cualquier intento de acercamiento sería inútil si olía a *pitbull* con malas pulgas, así que se fue directo a la ducha y metió en una bolsa toda la ropa que vestía, incluido el gabán.

Una vez eliminado el amenazante olor, se acercó a su gata y le habló con tono amable. Después de mucha paciencia y un par de galletas para gato con sabor a sardina, Paca se fue relajando y permitió que él la bajara

de su refugio. La gata se tranquilizó, pero lo seguía mirando con cierta desconfianza, hasta que Néstor se recostó en el sillón. Lola vio su oportunidad de acercarse al humano, pero Paca saltó de inmediato para hacer valer sus derechos felinos y con un par de bufidos contundentes consiguió alejar a la intrusa.

La gata se acomodó en su espacio. Entonces Néstor comenzó a acariciarle el lomo, mientras le contaba las novedades del día y se relajaba en la medida en que ponía voz a sus experiencias y sentimientos.

—Temo por Sofía, Paca. Le espera un largo y difícil camino para alcanzar la normalidad. Si es que la recupera por completo. Espero que tenga la fuerza suficiente para recorrerlo.

—Mauuuu.

—¡Por supuesto que le brindaré todo mi apoyo! ¿Por quién me tomas?

—Mrrrreeuuu.

—Era una pregunta retórica. Tampoco hacía falta que la respondieras.

—Maaauuu.

—Tienes razón. Sofía no es lo único que me preocupa. También está el pequeño detalle de que alguien intentó matarme.

—Meeeuuu.

—No soy ningún tiquismiquis, pero me incomoda un poco que alguien quiera dejarme la cabeza como una sandía en una apisonadora.

Paca se acomodó mejor en su postura con un leve ronroneo y cerró los ojos.

—Veo que no te interesa mucho el asunto. ¡Claro! Tú tienes garantizado el pienso, la leche y hasta las galletas con sabor a sardina, gracias a Dika, ¿verdad? ¡Y a mí que me parta un rayo!

Paca ya no lo escuchaba porque se había quedado dormida. Regodeándose en la autocompasión, Néstor suspiró con aire incomprendido. Lola lo observaba con sus enormes ojos verdes desde la mesita. Salazar decidió continuar la conversación con ella.

—Parece que tu madre tuvo un día difícil. Dejémosla descansar —La gata de Dika parpadeó, pero no dijo ni miau—. Veamos la situación: hasta donde sé no he ofendido a nadie tanto como para que quiera dejarme como al jinete de *Sleepy Hollou*, pero en las dos investigaciones que llevo se cometieron homicidios contra agentes de la Ley, así que tanto la red de contrabando como Carlitos podrían ser los responsables del atentado.

Lola guardó silencio, pero cerró los ojos. El inspector lo interpretó como una señal de que estaba de acuerdo.

—Vale. Analicemos primero la situación de Carlitos: Tanto don Braulio como Gyula preguntaron por él en las calles, así que debe saber que lo buscamos, pero también los informantes de Miguel, de Remigio y del propio Vargas estuvieron indagando. No hay razón para que Carlitos me considere más peligroso que cualquiera de ellos.

Lola cambió la postura por una más relajada. Era evidente que la vencía el sueño. Paca roncaba con suavidad a su lado. Salazar soltó un suspiro de autocompasión por la indiferencia de sus interlocutoras, pero continuó razonando en voz alta:

—Por otro lado, si el atentado provino de la red de contrabando, significa que se sintieron amenazados con alguna de las teclas que toqué hoy. ¿Me sigues?

Paca seguía roncando y Lola ya estaba enrollada sobre sí misma en brazos de Morfeo gatuno, así que era evidente para el inspector que estaba hablando solo.

—Joder, ¿será que se me está yendo la pinza? —Entonces lo pensó mejor—. Aunque hablar con una gata o con dos tampoco es muy normal, ¿verdad? Así que puestos a reconocerlo, la pinza se me fue hace mucho tiempo.

Se encogió de hombros por lo ineludible de la situación y continuó disertando para sí mismo, ante la indiferencia de su público felino.

—A la transportista ya la investigaba Interpol, aunque sin mucho éxito. Lo que debió cogerles por sorpresa fue que llegáramos hasta la agencia de viajes y la fábrica de bicicletas, así como el arresto de Olguín —Salazar se detuvo un momento a meditar sus propias palabras—. Y no hubiéramos llegado tan rápido a la agencia de viajes de no ser por las fotografías que guardaba el propio Akram. Lo cual quiere decir que él también se convirtió en una amenaza cuando expandió su investigación fuera del ámbito de SINTE.

Paca se removió un poco y el inspector abrigó la esperanza de que se despertara, pero solo sacudió una pata en un sueño gatuno y siguió durmiendo tan pancha.

—El vínculo con Styrbif ya quedó demostrado. La fábrica se convirtió en el lugar ideal para interrogar a Akram, antes de asesinarlo. Les interesaría comprobar hasta dónde llegó en sus indagaciones y cuánto

informó a sus superiores. Debieron sentirse tranquilos al saber que no tuvo tiempo de reportar a la agencia como parte del entramado. Y entonces aparezco yo haciendo preguntas en Brisas de Haro y arrestando a su cómplice en Styrbif —Salazar guardó silencio por un momento, mientras un escalofrío le recorría la espalda—. Joder, lo único que me faltó fue pintarme un blanco en el gabán.

Ninguna de las gatas respondió. Néstor dejó escapar un suspiro de víctima incomprendida por tercera vez, y decidió irse a dormir. En cuanto se levantó del sillón, Paca se despertó y le lanzó una mirada de reproche. ¡Qué difícil era conseguir que el torpe humano guardara el debido respeto a una gata como ella!

—¡A buenas horas, mangas verdes! —le reprochó Néstor con el ceño fruncido—. Y yo necesitando tu consejo. ¡Me dejaste hablando solo como a los locos!

—Maauuu.

—¡Tampoco hay que insultar, que solo era un decir! Da igual, me voy a dormir.

Salazar se encaminó hacia la habitación. Paca lo siguió con paso principesco y la firme decisión de hacer valer sus derechos sobre la cama.

Capítulo 51.

Néstor pasó una noche toledana. Dio más vueltas en la cama que un pollo en un asador. Y no era para menos, después del día que había llevado. Paca durmió a sus pies durante los primeros minutos, pero harta de la intranquilidad del humano acabó marchándose con un maullido airado. ¡Qué no había derecho! El sueño de una gata merecía respeto.

El inspector pasó los ratos de insomnio pensando en Sofía y en lo cerca que estuvo él de quedarse sin tener donde ponerse el sombrero. Claro que él nunca usaba sombrero, pero eso era lo de menos. En los cortos períodos en los que consiguió dormir lo asaltaron las pesadillas. La única que recordó al despertar, involucraba a una enfurecida Paca, cuyo tamaño aumentaba mientras los perseguía a él y al *pitbull*, hasta que alcanzó las dimensiones de una pantera, momento en el que Salazar tropezó y la gata-pantera lo alcanzó.

—¡Aaauuuucchh! —gritó Salazar, al sentir el traicionero mordisco en el dedo gordo del pie.

Abrió los ojos y vio a su vengativa felina saltando de la cama, para poner una prudente distancia entre ella y su cabreado humano.

—Mrrraaauuu.

—¿Te parece que está bien morderme a traición mientras duermo? —le preguntó Néstor, mientras sobaba el dedo agredido y comprobaba los daños.

Paca inclinó la cabeza y lo miró con una expresión de estudiada inocencia, que hizo que el inspector soltara una carcajada.

—Joder, Paca. ¡Cómo se parecen los cascos al jarro! Cualquiera que te viera diría que no has mordido a nadie en toda tu felina vida. ¿Tienes hambre?

—Meeeuuu.

—Por supuesto. Qué pregunta la mía. Tú siempre tienes hambre —Néstor consultó el reloj sobre la mesita y frunció el ceño—. ¡Las seis y

media de la mañana! Cada día me despiertas más temprano. No pretenderás que me levante a servirte el desayuno.

—Mieu.

Fue un maullido corto y resignado con visos de sumisión, que consiguió que el humano se sintiera culpable. Néstor suspiró con resignación. ¡Esa gata era una maestra de la manipulación! Apartó las sábanas y se levantó. Paca lo siguió hasta la cocina con ánimo renovado y maullidos de gratitud. Al minuto apareció Lola, cuyo apetito no se quedaba atrás con respecto a su madre. Salazar les sirvió un tazón de leche fresquita, y ambas metieron los bigotes sin pensarlo dos veces. Néstor las contempló por unos segundos: Si la vida fuera tan sencilla para los humanos… Con ánimo meditativo zen se acercó a la ventana, apartó la cortina y miró hacia la calle.

La oscuridad todavía cubría Haro, y una neblina opacaba la luz de las farolas. Afuera debía hacer un frío que pelaba. En la calle del frente vio la figura de Ander, quien hacía guardia para protegerlo. El chico recorría la acera de un lado al otro, mientras daba saltitos para mantener el calor. De vez en cuando se frotaba las manos y las soplaba.

El inspector sintió cargo de conciencia. Aunque en sus primeros años de servicio él también hizo guardias como esa, la culpa lo asaltó a traición. Pensó en prepararle un café, pero la idea no era hundirlo más, así que desistió. Recordó entonces a Gyula. Siempre llegaba muy temprano, porque quería tener a punto los desayunos para cuando arribaran los primeros clientes, así que Néstor se vistió, se puso un abrigo y cogió una manta. Paca y Lola seguían concentradas en la leche, así que ni siquiera notaron que salía de la buhardilla. El inspector bajó las escaleras y se asomó al portal. No se había equivocado. Hacía tanto frío que no le hubiera sorprendido cruzarse con un pingüino. ¡Qué no, que no eran exageraciones! De verdad hacía mucho frío. Después de saludar a Echevarría, que sin ningún vehículo automotor al que pisarle el acelerador, se veía desvalido, Salazar le dio la manta y llamó a la puerta del bar. En efecto, ya su amigo estaba adentro.

—¡Vuelva más tarde! Abrimos a las siete.

—¡Abre, Gyula, que soy yo!

Unos segundos después, el tabernero se asomó a la puerta con la preocupación pintada en el rostro.

—¿Qué haces levantado a esta hora, Néstor? ¿Ocurre algo?

—Terrorismo felino —sentenció el inspector, al mismo tiempo que señalaba con el pulgar por encima de su hombro—. Anda, prepárame un par

de cafés, uno para mí y otro para el chico, antes de que se nos convierta en témpano. Que ya se parece al «prota» del Titanic.

Gyula obedeció, y algunos minutos después le entregó un vaso de café caliente al semicongelado agente. Entonces regresó al bar.

—No pensarás irte a trabajar a esta hora. Que todavía no han puesto ni las calles. Además, si no me equivoco, hay un tío por ahí que quiere dejarte descabezado.

—No me lo recuerdes, que a cuenta del susto pasé una noche canina.

—Deberías aguardar a que amaneciera.

—Si el tío viene a por mí, es justo lo que esperará.

—Es más fácil que se oculte en las sombras —argumentó Gyula.

—En eso te concedo la razón —reconoció el inspector—, así que si me disculpas, tráeme otro café y un par de rosquillas a la mesa, mientras hago una llamada. Así hago tiempo hasta que amanezca.

El inspector ocupó su mesa favorita y sacó su móvil. Después de tragarse la vergüenza llamó a Carol, quien le dijo que Sofía pasó bien la noche gracias a los sedantes. Le anunció que los médicos eran optimistas con respecto a su recuperación. El alivio que sintió Néstor, le dio la medida de la preocupación que lo agobiaba. Antes de que tuviera tiempo de meditar acerca de ello entró la llamada de un número desconocido. El inspector respondió con curiosidad y cierto resquemor.

—Aquí Salazar.

—Costa —A Néstor le llevó un par de segundos recordar de quién se trataba. El corazón se le aceleró.

—Capitán, ¿tiene alguna información para mí?

—Antes que nada, inspector, quiero decirle que no sé qué influencia utilizó para conseguir entrometerse en mi caso, pero le aseguro que no lo olvidaré.

—No se trata de influencias, capitán. Una de las víctimas del accidente es una agente de la Policía Nacional, y eso nos involucra.

—El fallecido pertenecía a la Guardia Civil.

—No discutiré eso con usted ahora. Si me llamó es porque tiene información para compartir con nosotros. De no ser así, le agradezco que no me haga perder el tiempo.

Costa rechinó los dientes, pero sus superiores le ordenaron mantener informada a la Policía Nacional a través del espantajo con el que hablaba. Si no lo hacía, le abrirían un expediente.

—El laboratorio de la Guardia Civil analizó la composición de la pintura negra que encontramos en el guardabarros, y nos envió una lista de vehículos en los que se emplea. Le llamé para avisarle de que le enviaré esa lista.

—¡Excelente! Son buenas noticias. ¿Se da cuenta capitán, que no es tan difícil colaborar? Después de todo, estamos en el mismo bando.

—¡No me joda, Salazar! Y váyase a…

El inspector no escuchó el final de la frase porque ya había colgado. Segundos después entró el mensaje con la lista prometida. Por fin daban un paso que los acercaba a Carlitos.

Capítulo 52.

Salazar desayunó con buen apetito, y le pidió a Gyula que le hiciera el favor de enviar su gabán al tinte. Para cuando salió del bar ya amanecía, y Ander había recuperado el color. Recorrieron juntos la distancia que los separaba de San Miguel sin perder de vista ventanas, balcones y callejones. A esa hora eran los únicos pringados que transitaban las callejuelas del barrio. Llegaron sin novedad y Salazar le dio el día libre al sufrido agente, antes de subir las escaleras hasta el segundo piso.

A pesar de la hora, Néstor encontró a todo el personal, incluido el comisario y hasta a Lali. La llegada del inspector jefe desató un murmullo a modo de saludo en un mar de ceños y labios fruncidos. ¡Joder, como estaba el patio! Era evidente que acababa de librarse por poco de una nueva trifulca. Arquímedes mantenía la vista baja y los demás evitaban mirarlo. Tendría que hablar con Santiago acerca del nuevo fichaje. Era una fuente constante de roces y malos rollos en el equipo, así que debían hacer algo al respecto.

—¿Qué hacéis todos aquí tan temprano? —preguntó con voz inocente, haciéndose el longuis.

—Yo los llamé —le dijo el comisario—. A ti quería dejarte descansar, pero después de lo de anoche es evidente que no debemos perder el tiempo con este caso. No permitiremos que una organización que atenta contra policías ande por la ciudad a sus anchas. También presioné un poco a los peritos. Por cierto que Barros te mandó un saludo muy especial. ¿Conoció a tu madre? No parece estar enterado de que murió, porque me preguntó ella.

Salazar pretendió no haber escuchado la pregunta. Después de hablar, Santiago miró a Néstor de arriba abajo sin decir una palabra. Era extraño verlo sin el gabán.

Salazar ignoró la mirada de su hermano y se alegró de que Paca lo hubiera despertado temprano, aunque fuera en forma tan desconsiderada.

—¿Hay alguna novedad?

Beatriz fue la primera en responder:

—Los peritos en finanzas no encontraron nada extraño en los libros contables de Brisas de Haro. Si la agencia está involucrada en el contrabando, no la utilizan para lavar el dinero.

—Sería más lógico que la emplearan para distribuir el material —apuntó Cheick.

—Es cierto —reconoció el inspector—, pero debemos averiguar también cómo blanquean los capitales, si queremos desmantelar la red por completo.

—¿Qué tal la fábrica de bicicletas? El paso más lógico a continuación debe ser investigarla a fondo.

—Tienes razón, por supuesto —confirmó el comisario—. Beatriz, encárgate de hacer llegar los libros de Styrbif a los expertos. A ver si encuentran algo.

—Sí, señor.

Néstor retomó la palabra:

—Diji, ¿qué noticias tenemos de la *Sûreté*?

—Deberíamos saber algo en unas horas, señor. Interceptarán el autobús turístico entre París y Bruselas. El comisario con el que hablé me confirmó esta mañana que gracias al informe que les enviamos consiguieron la orden de un juez, así que comprobarán los equipajes de todos los pasajeros y revisarán el vehículo en busca de compartimentos secretos. Nos informarán en cuanto terminen.

—Miguel, ¿qué averiguaste con respecto al asesinato de Pérez?

—La familia de Dionisio es de Málaga. A él lo trajo su padre a los catorce años, después de que su madre los abandonó. La historia es muy común: el padre era un irresponsable al que le quitaron la custodia. El chico se pasó la adolescencia entre centros y familias de acogida, que luego sustituyó por entradas y salidas a prisión. Medró a la sombra de Campos y se convirtió en su mano derecha. Al parecer muchos le tenían ojeriza por su rápido ascenso, y comenzaron a correr rumores de que era chivato.

—Así que cuando fue el único que escapó de la redada, los rumores cobraron verosimilitud —afirmó Santiago.

—Algo así. Sin embargo, nadie se atreve a sugerir nombres, aunque todos parecen tener idea de quiénes fueron los asesinos.

—Tendrán miedo de terminar igual que Pérez.

El inspector jefe asintió.

—Continúa investigando, Miguel. El asesinato de Pérez puede ser el hilo por el que se les vaya el tejido.

Un correo entró en la bandeja de todos los ordenadores y móviles. Beatriz y Diji consultaron sus pantallas al unísono, pero fue Beatriz quien habló:

—Es un informe del jefe Barros, señor. Encontraron un segundo juego de huellas, además de las de Akram.

—¿A quién pertenecen?

—Según el informe, las compararon con los archivos de antecedentes criminales y surgió un nombre: Próspero Abreu, alias El Chotis. Lo encarcelaron hace tres años por vender droga en un local nocturno. Enseguida les envío la fotografía.

Todos los móviles volvieron a sonar a la vez para anunciar la entrada del mensaje. El inspector abrió la pantalla y se encontró con el rostro del hombre que salía de la oficina de Olguín el día que lo arrestó.

Capítulo 53.

Salazar detalló la fotografía de Abreu y comprendió por qué le pareció familiar cuando se cruzó con él en la fábrica de bicicletas. Estaba seguro de que nunca lo había visto, pero sus rasgos generales coincidían con los de Tobías Castillo e incluso con los de Doru Ungur. Sin embargo, lo más importante era que encajaban en la descripción del vigilante de la ermita. Decidió que era imperativo interrogarlo.

—¿Qué sabemos de este sujeto?

Beatriz respondió de inmediato, pues con su eficiencia habitual ya había buscado toda la información que figuraba en los registros.

—Próspero Abreu tiene treinta y seis años. Es mecánico de coches y está empadronado en el número 126 de la calle San Felices. Lo condenaron hace tres años por venta de estupefacientes y salió de prisión hace ocho meses.

—¿Trabaja? —preguntó el comisario. La subinspectora asintió.

—Sí, señor. En cuanto salió de prisión, lo contrataron en un taller que está ubicado en la N124.

—Es un poco lejos de la ciudad —observó el inspector jefe con un fruncimiento de ceño—. No parece un lugar apropiado para que funcione un taller. O al menos uno que quiera tener clientes.

La subinspectora tecleó con rapidez y leyó en voz alta:

—«Talleres Riojalta». Se especializa en vehículos pesados.

—Como los camiones de SINTE —apuntó Miguel.

—O los autobuses de Brisas de Haro —sentenció Salazar—. Creo que debemos visitarlos y entrevistar al señor Abreu. Remigio, ocúpate de averiguar todo lo que puedas de ese taller.

—De acuerdo.

—Tú sigue investigando el asesinato de Pérez —le dijo a Pedrera. Luego se dirigió a Diji—. Tú vendrás conmigo a Riojalta.

El subinspector asintió, apagó su ordenador y cogió el chaquetón que reposaba en el respaldo de su silla, mientras se ponía de pie.

—¿Qué debo hacer yo? —preguntó Arquímedes.

—Tú ayudarás a Miguel.

—¿Qué? ¡No! —exclamaron Pedrera y Vargas a coro.

—Trabajaréis juntos porque son órdenes del inspector jefe —sentenció el comisario con su vozarrón—. Y más os vale evitar las trifulcas o me ocuparé en persona de sancionaros a los dos. ¿Está claro?

Ambos policías asintieron con resignación. Néstor casi sintió lástima por Miguel. Casi.

—¿No tiene ninguna asignación para mí, señor? —preguntó Araya con timidez.

—Hay algo muy importante que quiero que hagas, Beatriz. Te pasaré una lista de vehículos que usan el tipo de pintura que encontraron en el guardabarros del coche donde iba Sofía. Quiero que los cruces con la lista de los neumáticos. Céntrate en las camionetas tipo picap. Tenemos la confirmación de Sofía de que se trató de una de estas. A ver si conseguimos identificar la marca.

—De acuerdo, señor.

—¿Sofía ya despertó? —preguntó Santiago con expectación.

Salazar les informó acerca de las últimas novedades, lo cual desató un alud de suspiros de alivio, congratulaciones y buenos deseos. Resultó evidente la mejoría en la moral del grupo. Néstor se sintió agobiado por la solidaridad de sus colegas, así que apremió a su compañero.

—Vamos, Diji.

El comisario y Lali se retiraron al despacho del primero, mientras cada uno de los miembros del equipo se ocupaba de la tarea que tenía asignada. Néstor y Diji cogieron el Corsa y se dirigieron a la N124. El taller se encontraba bastante alejado de la ciudad. Lo suficiente para que se avivaran las sospechas de Salazar.

Por fin llegaron frente a una enorme nave, capaz de albergar más de una docena de vehículos pesados. Dejaron el Corsa al frente y entraron por la rampa que daba acceso a los camiones.

En cuanto entraron al enorme taller los invadió el olor a gasolina, solventes y monóxido de carbono. A Salazar le pareció un espacio demasiado cerrado e insalubre. Encontraron camiones que pertenecían a varias empresas y algunos autobuses de Brisas de Haro, por lo que el

inspector concluyó que estaban en el buen camino. Media docena de mecánicos trabajaban en otros tantos vehículos. Se acercaron a uno de ellos, que se encontraba inclinado sobre el motor de un camión y ni siquiera los vio llegar.

Salazar llamó su atención imprimiendo volumen a su voz.

—Hola. Queremos hablar con Próspero Abreu. ¿Está aquí?

El mecánico se apartó del motor y prestó atención a los dos hombres que lo abordaron. No disimuló su sorpresa cuando vio a Néstor y a Diji. En un primer momento, Salazar pensó que estaba frente a un chaval, pero comprendió que se trataba del tipo de persona que conserva un aspecto juvenil más allá de la adolescencia.

—Soy el encargado del taller. ¿Quiénes son ustedes y por qué buscan a Próspero? ¿Hay algún problema?

—Somos policías —le informó Néstor, al mismo tiempo que ambos mostraban sus identificaciones—. Solo queremos hacerle algunas preguntas al señor Abreu. No tiene nada de qué preocuparse, señor…

—Adrián —dijo el «chico», mientras se limpiaba las manos llenas de grasa con un trapo—. Próspero está debajo de aquel autobús.

El joven señaló uno de los vehículos de Brisas de Haro. Dos piernas sobresalían de debajo del vehículo, y un mecánico del tamaño de un oso polar estaba inclinado sobre el motor. Néstor y Diji se encaminaron hacia allí, después de darle las gracias al chaval. Cuando preguntaron quién era Abreu, el hombre que estaba tendido sobre una carretilla salió de debajo del chasis y se puso de pie, mientras confirmaba su identidad. No soltó la herramienta que tenía en la mano: una llave inglesa de considerable tamaño. Su compañero levantó la mirada para clavarla en los dos desconocidos. Ambos fruncieron el ceño cuando los policías se identificaron.

—¿Qué buscan aquí? —preguntó el colega de Próspero de malos modos.

—Déjalo Carlos —intervino El Chotis—. Vete a buscar el filtro del aceite. Yo me ocuparé de los caballeros.

El ayudante de Abreu resopló como un toro miura para mostrar su disgusto, y se alejó en dirección al almacén. El inspector esperó que estuviera a una distancia prudente antes de hablar.

—Parece que su amigo no siente mucha simpatía por la Policía.

—¿Puede culparlo? Si lo único que ustedes hacen es tocar las narices —sentenció Próspero desafiante—. ¿Por qué quieren hablar conmigo? Ya

pagué mi deuda con la sociedad y estoy limpio.

—Queremos saber si conoció a este hombre —dijo Salazar, al mismo tiempo que le mostraba una foto de Akram. Próspero comenzó a negar con la cabeza desde el momento en que la tocó.

—No. Nunca lo había visto.

—¿Está seguro?

—Por supuesto.

—¿Qué hacía ayer en la fábrica de bicicletas Styrbif?

La pregunta sorprendió al Chotis, quien apretó el puño que sostenía la llave. Salazar no perdía de vista la herramienta. Si se dejaba guiar por sus antecedentes, el sujeto que tenía al frente sería muy capaz de abrirles la cabeza a él o a Diji, si se sentía acosado.

Abreu se encogió de hombros, pero el fruncimiento de ceño y la tensión de los músculos del cuello, contradijeron la tranquilidad que quería aparentar.

—Fui a cumplir un encargo del dueño del taller.

—¿Podría soltar la llave inglesa, por favor?

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque yo se lo pido —sentenció el policía con cara de pocos amigos. Abreu dejó la llave en su caja de mala gana. Diji avanzó un par de pasos y se interpuso entre Próspero y la caja de herramientas—. ¿Cuál fue ese encargo?

—Él… Quería que preguntara por el precio de un modelo de bicicletas.

—Pero Styrbif no vende al público —le refutó el inspector—. ¿No hubiera sido más lógico preguntarlo en una tienda?

—Eso fue lo que me dijo el dueño de la fábrica, pero hasta entonces no lo sabía.

—Comprendo —le dijo Néstor, sin creerse una palabra—. Me gustaría hablar con la persona que lo envió a Styrbif.

—Salió de viaje esta mañana. ¿Quieren algo más? —preguntó el mecánico, al mismo tiempo que se restregaba la nariz en un gesto inconsciente. Salazar alcanzó a ver que tenía las uñas negras—. Tengo mucho trabajo que hacer.

El inspector intercambió una mirada con Diji, quien también vio la suciedad en las uñas de Próspero. Néstor tensó los músculos de la espalda por unos segundos, como un gato preparándose para un gran salto. Enseguida los relajó.

—Eso es todo, señor Abreu. Muchas gracias por su tiempo y perdone la interrupción.

Salazar y Cheick salieron del taller, mientras todos sus ocupantes clavaban los ojos en sus espaldas. Algunas de esas miradas eran de curiosidad, pero un par de ellas estaban cargadas de odio, resentimiento y preocupación.

Capítulo 54.

Diji condujo en el camino de vuelta a San Miguel. Cuando estaba a punto de preguntarle a su jefe cuál era su opinión acerca de Abreu, entró una llamada en el móvil del inspector jefe. Néstor la respondió de inmediato.

—Dos timbrazos. Reitero lo dicho, Salazar. Te estás poniendo viejo y pierdes facultades.

—¡Casi! Tienes algo para mí, ¿verdad?

—Podría ser.

—¿De qué se trata?

—Será mejor que te lo explique aquí. Creo que lo encontrarás interesante. Tanto como para que te sientas en deuda.

—¿Pasteles o rosquillas?

—Ando con antojo de rosquillas.

—Vale.

—Que sean con cobertura de chocolate y el *moccacino* doble.

—Cuenta con ello.

Salazar le dio instrucciones a Diji para que lo dejara en una pastelería del centro y continuara hacia San Miguel, mientras él compraba el desayuno del jefe Barros y cogía un taxi hasta la Jefatura Superior.

Una hora después, el inspector entraba al laboratorio de Científica con una bandeja y un vaso de polipropileno tamaño gigante. Barros salió a recibirlo.

—¿Por qué te demoraste tanto? ¿No sabes que me estoy muriendo de hambre?

—Lo siento, Casi. Es que las rosquillas todavía estaban en el horno y tuve que esperar que salieran.

—¿Están recién hechas?

—Todavía conservan el calor.

—Entonces te perdono —concedió el jefe, mientras abría la bandeja y le daba un buen mordisco a la primera rosquilla—. Mmmmm. ¡Esto es la gloria! Mucho mejor que las gachas de avena sin azúcar con las que mi mujer pretendía que desayunara. Que no sabes la movida que tuvimos esta mañana —Bebió un sorbo de café con los ojos entornados, y solo entonces centró su atención en Néstor—. Reconozco que esta vez te superaste.

Salazar sonrió con satisfacción.

—¿Tenías algo para mí?

—Mmm, sí, claro —le confirmó Casimiro, mientras masticaba y tragaba—. Tiene que ver con la fábrica. Encontramos una bala incrustada en el cuarto donde se hacían las pruebas de resistencia a las bicicletas.

—¿En qué parte de la habitación encontrasteis la bala?

—Estaba incrustada en una pared y tenía una trayectoria ascendente, pero ven conmigo y te lo mostraré.

El inspector acompañó al jefe, quien no olvidó llevarse una rosquilla de la bandeja. Cruzaron el laboratorio hasta una habitación, donde uno de los peritos estudiaba un plano enorme.

—A ver, Juanmi, explícale a Salazar lo que me dijiste esta mañana.

El experto lanzó una rápida mirada al policía y volvió a centrar su interés en el plano.

—Verá inspector, la habitación donde encontramos el proyectil se encuentra en la parte de atrás de la fábrica. Es el lugar donde someten los cuadros a pruebas de resistencia antes de armar la bicicleta, así que muy pocos obreros lo visitan. Por otro lado, la bala se encontraba incrustada en una pared a cincuenta centímetros del suelo —Néstor frunció el ceño—. Por supuesto que nos sorprendió mucho, pues no comprendíamos en qué posición estaba el tirador. Solo se explicaba si alguien hubiera disparado a la pared cuando se encontraba tendido en el suelo o…

—¿O qué?

—O dispararon contra el suelo, la bala rebotó y terminó en la pared. Con esta idea volvimos a registrar toda la habitación. Entonces dimos con una muesca en la cerámica, que cubrieron con mastique y disimularon con pintura acrílica.

—Por supuesto que después de ese hallazgo usamos luminol para determinar si había restos de sangre —intervino Barros, que ya se había zampado la rosquilla.

—Y los encontraron, por supuesto.

—Por todas partes. Ya ordené una revisión más exhaustiva en busca de alguna gota de sangre que se les hubiera pasado por alto cuando limpiaron. Eso nos permitiría identificar a la víctima.

—Creo que tengo una idea acerca de quién podría tratarse —reconoció Néstor—. ¿Te informaron sobre el sujeto que encontramos muerto en el descampado de la calle Campoamor?

—¿Ese cadáver está relacionado con este caso?

—Es muy probable. Hay muchos detalles que concuerdan.

Casimiro asintió pensativo.

—Tal vez. Con ese sujeto usaron una bala 9 mm y es el tipo de proyectil que encontramos en la habitación.

—Además, recuerda que el forense dijo que lo asesinaron de un disparo en la nuca cuando estaba de rodillas. Una ejecución.

El perito intervino para reforzar la conclusión. Señaló el croquis mientras hablaba.

—Eso explicaría la trayectoria ascendente de la bala. Un hombre de rodillas, un disparo a la nuca… La bala atravesaría la cabeza y rebotaría en el suelo, para terminar… Aquí —Juanmi asintió satisfecho—. Es una explicación plausible.

Salazar sacó su móvil y llamó a Miguel para hacerle un resumen de las conclusiones a las que llegaron. También le notificó que Barros le enviaría el informe y lo mantendría al día sobre los avances que permitieran comprobar que se trataba de la misma víctima. Néstor terminó la llamada y levantó la mirada hacia Casimiro para darle las gracias. El jefe Barros tenía el ceño fruncido y una expresión preocupada que no era habitual en él.

—¿Qué ocurre, Casi?

—Hay algo que todavía no te he dicho.

—Parece importante. ¿De qué se trata?

Casimiro suspiró y evitó mirar a Néstor a los ojos.

—La bala estaba bastante dañada, pero no lo suficiente para que no pudiéramos compararla.

—¿Compararla con…?

—Con las que encontramos en la pared junto al bar cuando te dispararon. El arma con la que cometieron el crimen en la fábrica de bicicletas es la misma que usaron contra ti.

—Eso confirma mis sospechas.

—Debes tener cuidado, Salazar. Esta gente es muy peligrosa.

—Lo sé. Te agradezco tu preocupación, Casi, pero ya estoy sobre aviso. No será tan fácil sorprenderme. ¿Puedes identificar el arma con la que me dispararon?

—¿Con quién crees que hablas? —preguntó Barros con actitud ofendida—. Por supuesto. Fue una *Sig sauer*. Los proyectiles son 7,65 9 mm.

El arma y los números resonaron en el cerebro de Néstor, pero en ese momento no fue capaz de precisar por qué. Las secuelas de la noche de insomnio lo mantenían un poco espeso. Después de volver a agradecer al jefe su ayuda y prometerle que regresaría pronto con más dulces, el inspector salió del laboratorio y de la Jefatura Superior.

Cuando iba en el taxi que lo llevaba de vuelta a San Miguel, lo llamó Diji. En pocas palabras, Salazar le contó al subinspector el motivo por el cual lo convocó Barros.

—Pues yo también tengo novedades, señor. Aunque no son tan buenas.

—Te escucho.

—Los peritos financieros ya terminaron de revisar los libros de Styrbif… Están limpios.

—¡No es posible! ¿No blanquean capitales?

—Ni un euro. Tampoco defraudan a Hacienda.

—Esto no me lo esperaba —reconoció el inspector—. ¿Entonces, cuál es el papel que desempeñaba Styrbif en todo este asunto?

—¿Tal vez lo usaban para los secuestros y asesinatos que cometían? Lo digo por lo apartada que está la fábrica.

—Para eso les serviría mejor un almacén o una casa rural abandonados… No, Styrbif debe tener otra utilidad que todavía no descubrimos.

—Me temo que esa no es la única mala noticia que tengo que darle, señor.

—¡Bien comenzamos el día! —replicó Néstor, sarcástico—. Adelante, Diji, puedes decírmelo.

—Acabo de recibir una llamada de la *Sûreté*. Esta mañana temprano interceptaron el autobús sospechoso. Registraron todos los equipajes y el propio autobús, pero no encontraron nada. Ni un solo gramo de cocaína.

—¿Tan equivocados estamos en este caso?

—No lo sé, señor. A mí también me desconcertó.

—De acuerdo, Diji. Voy para allá. Tenemos que reevaluar las evidencias y descubrir en qué fallamos.

Capítulo 55.

El taxi dejó al inspector en San Miguel al cabo de algunos minutos de finalizar su conversación con Cheick. La neblina y el frío que recibieron a los jarreros al amanecer se aferraban con terquedad a la ciudad. Néstor saludó a García al paso y subió hasta el segundo piso. Allí lo esperaban Remigio, Diji y Beatriz. Ya Diji había informado a sus compañeros sobre los resultados de la visita al taller mecánico, así que Salazar se centró en los hallazgos de Científica.

—A ver si te entendí: tu teoría es que los tíos que se cargaron al lugarteniente de Campos son los mismos que liquidaron a Malacara —intervino Remigio—. Joder, pues si tienes razón, nos van a dejar sin maleantes... Pero si Campos sustituyó a Porras en el negocio y el muerto era su lugarteniente, eso significaría que liquidaron a uno de sus propios colegas…

—Pérez se libró de la redada donde cayó Campos —intervino Diji—. Es probable que creyeran que los traicionó.

—Todavía no veo la relación —insistió Toro—. A Malacara le cortaron el cuello, mientras que este tío murió por un disparo en la cabeza. ¿Por qué estás tan seguro de que están relacionados?

—Malacara controlaba la distribución de drogas en la zona sur, y según lo que averiguamos, uno de los jefes de la nueva organización recibió como bono el control de la ciudad, con la condición de que desapareciera la competencia con discreción. Campos sería el intermediario de este sujeto…

—Y Pérez se convirtió en un peligro desde el momento en que escapó de la redada —sentenció Diji, después de interpretar la idea del inspector.

—Eso significa que Campos también corre peligro —dijo Néstor—. Debe conocer la identidad de su jefe y ese es el motivo de su miedo. Diji, comunícate con el juez para que ordene su traslado a un lugar seguro y que reciba protección.

—Sí, señor.

Toro volvió a intervenir:

—El otro punto que quiero que me expliques es por qué crees que el crimen que se cometió en la fábrica de bicicletas fue el asesinato de Pérez.

—Sabemos que Styrbif se relaciona con la red de narcotraficantes porque ya demostramos que fue el lugar donde retuvieron y golpearon a Akram antes de asesinarlo…

—Vale, hasta ahí te sigo.

—Eso quiere decir que el jefe que buscamos utilizaba Styrbif como centro de operaciones. En el crimen que cometieron en la fábrica, la víctima estaba de rodillas y la bala rebotó contra el suelo. Coincide con la forma en que asesinaron a Pérez.

Remigio asintió para zanjar el asunto.

—Comprendido. Y ahora qué hacemos. Porque si me lo preguntas, todo apunta a que el sujeto que buscamos durmió anoche en una de nuestras celdas.

—Supongo que te refieres a Olguín —Toro asintió, al mismo tiempo que Salazar se encogía de hombros—. No lo sé, Remigio. A mí este tío me parece un pringado.

—¡Joder un pringado, dice! ¿Tengo que recordarte que en la fábrica de ese pringado se encontraron todas las evidencias que tenemos sobre este caso? ¿Y que gracias a la patrona de la pensión sabemos que participó en el secuestro y asesinato de Akram? Sin olvidar que registró a fondo su habitación para eliminar pruebas.

—Tampoco dije que fuera una blanca paloma —reconoció Salazar—. Olguín está embarrado hasta las cejas con este asunto. Sobre eso no tengo ninguna duda, pero no creo que sea el jefe.

—¿Por qué no?

—Porque quedó demasiado expuesto. Su rostro es el único identificable, y todas las evidencias aparecieron en un local de su propiedad. Mi opinión es que era el peón sacrificable. Lo dicho, un pringado.

—Que además se niega a hablar —señaló Diji.

Néstor suspiró con desaliento antes de confirmar las palabras de su subalterno.

—Tiene más miedo que Pinocho junto a una hoguera.

—Lo que significa que nos encontramos en un callejón sin salida —dijo Toro—. Para resumir: tenemos claro qué Styrbif está involucrada. De la

participación de SINTE sabemos por la información de Interpol, pero no hemos encontrado ni puñetera evidencia que los involucre. Lo mismo se puede decir de la agencia de viajes, que parece estar limpia, salvo por las fotografías que tenía Akram en su habitación. ¿Qué opinas del taller?

—No vimos nada extraño en Riojalta, salvo por el sujeto que entrevistamos y su relación con Styrbif —dijo el inspector jefe, luego se dirigió a Diji—. ¿Te fijaste en las uñas?

—Sí, señor. Y la descripción encaja con la del sujeto que drogó al vigilante de la ermita.

—¿Esa descripción no se ajustaba a Castillo y Ungur? —preguntó Remigio.

Néstor ya esperaba la pregunta porque se la había hecho a sí mismo.

—Sí, pero Leoncio no reconoció a Ungur, y las uñas de Castillo estaban limpias.

—¿Y no pudo limpiárselas? —preguntó Toro con sarcasmo.

—Por supuesto que las uñas por sí solas no demuestran nada, y no descartaremos a Castillo con tanta facilidad —dijo Salazar, al mismo tiempo que tocaba el ojo amoratado con suavidad—, pero la presencia de Próspero en Styrbif lo convierte en nuestra mejor opción.

—Recuerde también el olor a solventes que mencionó Amalia, señor —le recordó Diji a Salazar.

Remigio tomó la palabra.

—¿Crees que este sujeto… cómo se llama?

—Próspero Abreu —le aclaró Beatriz—. En las calles lo conocen como El Chotis.

—Pues bien, ¿crees que este Abreu sería el jefe que buscamos?

—Si no lo es, estoy seguro de que está involucrado.

—¡Pues hala! Otra empresa sospechosa. Joder, como sigamos así nos vamos a cargar todo el parque industrial.

—No seas exagerado, Remigio. ¿Qué encontraste sobre Riojalta?

—El taller se abrió hace tres años a nombre de una sociedad limitada…

—Eso es interesante —lo interrumpió Salazar.

—¿Por qué?

—Porque la fábrica de bicicletas tiene más o menos el mismo tiempo funcionando. ¿Averiguaste quiénes son los que conforman esa sociedad limitada?

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? —Toro consultó sus notas mientras hablaba—. Se trata de una mujer de apellido Estévez.

—¿Estévez? —repitió Néstor, mientras tensaba los músculos de la espalda—. ¿Cuál es su nombre?

—Doris.

El inspector respiró aliviado. Al menos no se trataba de la novia de don Braulio.

—¿Qué averiguaste sobre ella?

—Doris Estévez nació en Lyon en una familia de emigrantes españoles. En cuanto cumplió la mayoría de edad regresó a España sola. Se emparejó con un contrabandista y cayó durante una redada. No se pudo demostrar su participación directa con el negocio, así que la absolvieron después del juicio.

—Muy bien. Debemos interrogarla. Envíame su dirección al móvil y…

—Baja la velocidad. No será tan fácil. Doris firmó el registro de la empresa y regresó a Francia, así que si quieres entrevistarla tendrás que hacer un viajecito. Por cierto, me ofrezco voluntario.

—Valoro mucho tu sacrificio, Remigio —dijo Salazar, con sarcasmo—, pero no caerá esa breva. Elabora un cuestionario y envíaselo a la *Sûreté*. Ellos se ocuparán.

—Vale, apuntado —se resignó Toro, sin ocultar su decepción—. Ahora que alguien me diga cómo funciona toda esta maraña. Puedo comprender que los contrabandistas usaran una trasportista y hasta una agencia de viajes, pero ¿para qué coño quieren un taller mecánico y una fábrica de bicicletas? Habida cuenta de que al menos la fábrica no se usa para blanquear capitales.

—Tal vez el taller cumpla esa función —sugirió Beatriz, quien seguía la discusión con mucho interés.

—Es cierto —la apoyó Néstor, y volvió a centrar su atención en Remigio—. ¿Investigaste los libros de Riojalta?

—No, listo. Para hacerlo necesito una orden. Y ningún juez nos la dará con las evidencias que tenemos hasta ahora.

Salazar soltó un suspiro de desaliento, avanzó hacia la pizarra blanca y cogió un marcador del escritorio de Cheick.

—SINTE; Brisas de Haro; Styrbif y ahora Riojalta —Anotó cada nombre como encabezado—. ¿Qué evidencias tenemos en cada caso?

Diji fue el primero en responder. Salazar anotó los puntos importantes debajo de cada nombre.

—SINTE es una empresa de transportes que distribuye mercancía por toda la península y cruza las fronteras para llegar hasta el resto de Europa. Cuenta con los medios y la oportunidad. Su dueño tiene antecedentes por contrabando y casi todos sus empleados son exconvictos.

—Más números y se saca el gordo —comentó Remigio. Una mirada severa del inspector jefe le hizo comprender que no estaba para chistes.

—Aunque es Interpol sospecha de ella desde hace tiempo, sus camiones siempre salen limpios en las revisiones.

—Vale, vamos con Brisas de Haro.

Esta vez intervino Beatriz.

—Hace recorridos por los mismos lugares que SINTE, así que tiene las mismas oportunidades para distribuir la droga. Sin embargo, su dueño está limpio y sus autobuses también superaron los registros. Solo la involucran las fotografías que encontramos en la habitación de Akram.

Salazar anotó y asintió.

—Styrbif.

—¡Pringada hasta las cejas! —sentenció Remigio—, pero sigo sin comprender de que le sirve una fábrica de bicicletas a una banda de narcotraficantes.

—¿Y si envían la mercancía oculta entre las bicicletas? —sugirió Araya.

Néstor asintió.

—Es una buena idea. Nos hemos centrado tanto en SINTE y la agencia, que ni siquiera contemplamos esa posibilidad, que resulta bastante obvia —reconoció el inspector jefe y se volvió hacia Beatriz—. ¿Styrbif exporta bicicletas?

La subinspectora tecleó por unos segundos y luego miró a su jefe a la cara.

—Sí, señor. Y Bélgica es uno de los países que las compra.

La adrenalina inundó la sangre del inspector.

—Comunícate con Científica. Que le den prioridad a la revisión de la carga para entrega, como vía para sacar la droga del país.

—Sí, señor.

—Si encuentran algo, explicaría el uso de la fábrica de bicicletas —reconoció Remigio—. Todavía falta saber para qué quieren el taller.

—¿Blanqueo? —sugirió Cheick.

—Vale, para ti la perra gorda. ¿Y cómo demonios conseguimos evidencias suficientes para que un juez nos permita revisar los libros de Riojalta?

Salazar se quedó mirando la pizarra por un momento con el marcador en la mano, mientras pensaba. Algo le incomodaba, pero no podía decir de qué se trataba. Al final se rindió y miró a Diji.

—La presencia de El Chotis en Styrbif fue lo que nos llevó al taller. Cita al vigilante. Que vea fotos de exconvictos con las características del hombre que lo drogó. Incluye las fotografías de Abreu, Castillo y Ungur. Y a ver qué sale.

Capítulo 56.

Concluida la reunión, Néstor se encaminó a su oficina. Cuando llegó al primer piso se cruzó con Lali.

—Inspector jefe. Iba a buscarlo. El comisario lo espera en su despacho.

Salazar asintió y la siguió sin decir palabra. Mientras recorrían los pasillos trató de hacer memoria, por si le quedaba alguna trastada pendiente de la que pudiera ser sospechoso. No se le ocurrió nada. Su conciencia estaba limpia. En los últimos tiempos se había comportado como un chico bueno. Eso tenía que cambiar, pero ya tendría tiempo de tocar narices cuando estuviera menos liado.

Lali le abrió la puerta de Santiago con gestos ceremoniosos. Ortiz estaba enterrado entre papeles. Néstor pensó que tal vez se le había pasado un poco la mano al colarle parte de los documentos que él tenía que firmar. Después de todo, su hermano tenía hijos que querrían verlo algún día.

—Ya estás aquí, Néstor. Pasa.

—¿Algún problema?

—Aparte de estos documentos que parecen reproducirse solos, hay una tensa calma. Los mandos se tranquilizaron con el arresto de Olguín. Esta tarde debo asistir a una rueda de prensa que convocaron en la Jefatura Superior. Los periodistas tendrán algo de carnaza para entretenerse, pero quiero que me pongas al día con lo que habéis descubierto.

El inspector informó a su hermano acerca de las últimas teorías y evidencias.

—Eso parece un puzle —se lamentó Santiago—. Son demasiadas empresas involucradas. No comprendo el motivo.

—Es lo mismo que dice Remigio, y debo reconocer que estoy de acuerdo.

—¿Tú le encuentras sentido?

—No, aunque tal vez cometimos algún error que nos desvió del camino correcto. Me refiero a que partiéramos de una premisa equivocada.

—¿Cuál?

—Ojalá lo supiera.

Ambos se quedaron en silencio por varios segundos, cada uno concentrado en sus propios razonamientos. El comisario fue el primero en hablar.

—Necesitamos separar las evidencias concretas de las suposiciones, y basarnos solo en los hechos.

Néstor asintió y se inclinó hacia adelante en la silla. Una idea cruzó su cabeza y su rostro se iluminó cuando comprendió por fin donde estaba el error.

—Tienes razón. Ese es el problema: hemos dado por ciertas algunas suposiciones.

—¿A qué te refieres?

Néstor expuso sus ideas con ánimo renovado.

—Piénsalo bien: Aceptamos sin discusión las acusaciones de un delator acerca de SINTE porque eran el fundamento de la investigación de Interpol, y el motivo por el que enviaron a Akram como agente encubierto…

—Recuerda también los antecedentes criminales del dueño y que casi todos los empleados son exconvictos.

—Es de lo que estoy hablando. Son el chivo expiatorio perfecto. Dime algo, Santiago: ¿Si fueras un jefe del narcotráfico, usarías una empresa donde tanto su directiva como sus empleados estuvieran marcados con antecedentes criminales o procurarías que pareciera lo más inocente y honrada posible?

Ortiz meditó por un momento.

—Continúa. ¿Cuál es tu idea?

—¿Y si el delator mintió? Esta investigación tiene un freno desde el principio: los que saben algo callan sin importarles recompensas ni castigos. Temen que los señalen como chivatos. Y tienen buenas razones para sentir miedo. Pérez consiguió huir de una redada, se hizo sospechoso y lo asesinaron antes de veinticuatro horas. Nunca colaboró con nosotros, pero la sospecha fue suficiente para condenarlo.

—¿Lo que estás sugiriendo es que el supuesto delator contó una mentira que ya había acordado con sus jefes?

El inspector asintió.

—Es mi punto.
—Pero entonces…
—SINTE podría no tener ninguna relación con el caso que investigamos. Sus camiones pasan todos los controles, su jefe tiene coartada para el asesinato de Akram y sus libros de contabilidad están limpios.
—La habrían utilizado como cortina de humo para desviar nuestra atención —dijo Santiago con tono meditativo, mientras sopesaba la idea de Néstor—. ¿Y qué hay de la agencia de viajes? Tampoco encontramos ninguna evidencia concreta contra ellos.
—Es cierto, pero su aparición en escena fue consecuencia de las investigaciones del propio Akram. No sabemos cómo llegó a la conclusión de que estaba involucrada, pero si lo asesinaron fue porque se acercó demasiado.
—Del mismo modo que te acercaste tú y también atentaron contra ti.
—A eso voy. Cuando me dispararon, yo había visitado la agencia y Styrbif.
—Tal vez la visita a Styrbif y el arresto de Olguín despertaron sus alarmas.
—Yo no descartaría la agencia.
—¿Por qué?
—Además de las fotografías en poder de Akram, por el taller. Tal vez se trate de una coincidencia de nombres y Doris Estévez no tenga ninguna relación con la gerente de la agencia de viajes, pero… —Salazar se interrumpió. Una idea desconcertante golpeó su mente como el agua de un dique roto—. ¡Llama a Lali!
—¿Qué?
—¡Lali, dile que venga!
El comisario obedeció con las cejas enarcadas. Un par de segundos después, la secretaria se asomó a la puerta.
—¿En qué puedo serles útil?
—Lali, por favor trae el expediente con la carpeta gris que está sobre la mesa de trabajo de mi despacho. ¡Es urgente!
Eulalia asintió y salió de la oficina sin decir palabra.
—¿Quieres explicarme qué ocurre? —preguntó el comisario, cada vez más confundido—. ¿Qué hay en ese expediente?
Salazar no respondió. Miraba a la pared perdido en sus propios pensamientos, mientras subía y bajaba una pierna como si accionara un

fuelle. Verlo tan descentrado alarmó al comisario. Un minuto después, Lali regresó con la carpeta que le pidió. Néstor se levantó de la silla, corrió hacia ella y casi se la arrancó de las manos.

—Gracias Lali.

La secretaria se aseguró de que sus jefes no necesitaban nada más y se marchó, un poco disgustada por los modales bruscos del inspector jefe. Salazar regresó a su silla, abrió la carpeta sobre la mesa y rebuscó entre las hojas con desesperación. Al final encontró el dato que le interesaba, cerró los ojos, al mismo tiempo que dejó escapar un suspiro, y se echó hacia atrás en el asiento.

—¿Quieres explicarme a qué viene todo esto? —preguntó el comisario sin poder contenerse—. Me tienes en ascuas.

El inspector respondió con la voz quebrada.

—Este es el expediente que me envió el capitán Costa de la Guardia Civil. La bala que asesinó al teniente Sastre y que ocasionó el accidente donde casi muere Sofía salió de una *Sig sauer p230*. El calibre es 7,65. 9 mm. Las mismas características de los proyectiles que me dispararon y que encontraron en Styrbif.

—¡Dios nos proteja! Eso significa…

—Que Carlitos es el sicario de la red de narcotráfico o incluso podría tratarse del jefe que buscamos.

—Ahora el reto es identificarlo.

—Te prometo que el maldito hijo de puta no se me va a escapar —dijo Néstor entre dientes, con una determinación que asustó al propio comisario.

Santiago se quedó pensativo por un momento y luego se inclinó hacia adelante.

—¿No estás llegando a demasiadas conclusiones con pocas evidencias, Néstor?

—¿Qué quieres decir?

—Es posible que estés en lo cierto y exista una conexión entre los contrabandistas y el sicario, pero debes reconocer que la coincidencia del tipo de arma es una prueba circunstancial. Por otra parte, de las empresas que investigamos, la única contra la que tenemos evidencias concretas es Styrbif. En todas las demás se trata de suposiciones y acusaciones sin ninguna prueba. Quizá tienes razón y el delator señaló a SINTE para desviar la atención de las autoridades, también es posible que Brisas de

Haro solo sea una agencia de viajes que organiza *tours* para jubilados, y el taller sea un taller y nada más.

—Entonces estás de acuerdo con Remigio en que el sujeto que buscamos es Olguín.

—Sería lo más razonable.

—¿Y dónde están sus cómplices? —ante la expresión de desconcierto de Santiago, Salazar se explicó—. El hombre que drogó al vigilante no fue Olguín. Y se necesitaron al menos dos personas para arrojar a Akram por encima de la balaustrada de la ermita. Además, Olguín estaba en nuestras celdas cuando atentaron contra mí. Así que debe haber más de un involucrado que se encuentra libre en este momento.

El comisario asintió.

—Eso significa que Olguín tiene al menos un cómplice, no que haya más empresas involucradas. Tal vez se trate del mecánico que viste salir de su oficina. Eso lo sabremos cuando el vigilante haga la ronda de identificación a través de las fotografías.

El inspector suspiró y meditó las palabras de su hermano. ¿Se estaría complicando la vida sin necesidad? ¿Sería tan sencillo como exponía Santiago? Deseaba con todas sus fuerzas que la agencia estuviera libre de culpas, lo cual era una buena razón para no descartarla con tanta facilidad. Por otro lado, presentir a Carlitos tan cerca disparaba su adrenalina y alteraba su concentración. Necesitaba conservar la cabeza fría. Hizo un esfuerzo antes de responderle al comisario.

—Es probable que estés en lo cierto, pero la presencia de El Chotis en Styrbif involucra al taller mecánico, que a su vez se conecta con la agencia porque es allí donde se hace el mantenimiento de sus autobuses. Además, recuerda que las investigaciones de Akram lo acercaron a Brisas de Haro. De ahí las fotografías. Tomaré en cuenta tus recomendaciones, pero no perderé de vista a ninguno de ellos hasta que tenga claro cómo funciona el entramado.

—De acuerdo. Confío en ti, así que continúa la investigación según tu criterio, que yo te apoyaré. Ahora vete a almorzar, que yo tengo que seguir firmando papeles.

—¿Quieres que te traiga algo? —le preguntó Néstor, con cierto remordimiento de conciencia.

—Gracias, pero no es necesario. Esto lo termino en media hora y me voy a comer como Dios manda. Que después me queda tela que cortar en la

Jefatura Superior.

Salazar se despidió de Santiago con el ánimo alterado. Tenía que medir bien sus pasos para desmantelar la red y encontrar a Carlitos, antes de que el sicario tuviera la oportunidad de volver a atentar contra él. Era más consciente que nunca del peligro que corría su vida.

Capítulo 57.

Salazar comprendió que no era buena idea trazar estrategias en su estado emocional, así que decidió recuperar energías y prepararse para la actividad que se le avecinaba. Al salir de la oficina de Santiago, le pidió a Lali que le mandara a buscar un bocadillo o algo similar y se lo llevara a su despacho. El expediente de la Guardia Civil le quemaba las manos, así que se instaló detrás de su mesa de trabajo y comenzó a estudiarlo con mayor detenimiento y otro enfoque.

Minutos después, Eulalia lo interrumpió para entregarle el improvisado almuerzo y un café. Néstor comió, tan concentrado en la lectura que no hubiera podido decir de qué era el bocadillo y ni siquiera hizo una mueca cuando bebió el espantoso café de la comisaría.

Tuvo que reconocer que el capitán Costa era un troglodita, pero sabía hacer bien su trabajo. Los informes eran completos y ordenados. La Guardia Civil tenía a Carlitos en la mira desde hacía mucho tiempo, pero el hermetismo alrededor de la identidad del asesino les impidió capturarlo. El teniente Sastre se ocupó del asunto desde el principio y conocía los detalles mejor que nadie, así que cuando en Haro apareció un informante dispuesto a proporcionarles pruebas contra el sicario, decidieron que Sastre era el hombre indicado para entrevistarse con él. Por supuesto que contemplaron la posibilidad de que todo fuera una trampa del propio Carlitos, así que los superiores del teniente decidieron solicitar la colaboración de la Policía Nacional, conformando una comisión de trabajo mixta.

Sastre era un investigador eficiente, pero tenía la desventaja de que no conocía bien La Rioja. Apenas llevaba pocos meses viviendo en la provincia. Por eso escogieron a Sofía para que lo acompañara en la misión.

Néstor tragó el último trozo de pan y se quedó pensativo, mientras bebía un sorbo del agua sucia con pretensiones de café que le sirvió Lali. Algunos detalles encajaron en su cerebro en ese momento. Estaba casi seguro de que

el misterioso informante que desapareció en forma tan extraña después del atentado era el propio Akram. Al agente de Interpol lo secuestraron por la tarde y lo llevaron a Styrbif. Allí lo golpearon y era muy probable que lo hubiera contado todo. ¿Qué ser humano no lo haría en esa situación? Así debió enterarse Carlitos de la comisión que venía a por él.

Una vez que averiguó lo que quiso, eliminó a Akram arrojándolo desde la ermita. ¿Por qué se tomó tantas molestias y lo asesinó de forma tan aparatosa? Para el inspector era evidente. De ese modo pretendía esconder la paliza a la que sometieron al desventurado agente. Además, la crueldad del crimen aleccionaba a los cómplices de Carlitos a guardar silencio. Y funcionó. El hermetismo que rodeó a toda la operación fue el mayor problema con el que se encontraron Salazar y sus colegas. Miedo. Esa era el arma más poderosa que esgrimía el sicario. Así que una vez que se deshizo del agente de Interpol, interceptó y atentó contra el equipo de investigadores que pretendían detenerlo.

Néstor salió de su oficina y subió al segundo piso. Miguel y Vargas estaban de vuelta. El único ausente era Remigio, que según Araya envió el cuestionario a la policía francesa y se fue a almorzar.

El inspector jefe los puso al día acerca de las novedades. Los últimos descubrimientos confirieron un carácter más personal al caso. Ahora la investigación involucraba el ataque directo contra uno de los miembros del equipo: Sofía.

Salazar se dirigió a Beatriz.

—¿Tienes algún resultado del cruce de las listas?

—Ya casi termino, señor. Me temo que tanto los neumáticos como la pintura son muy comunes, así que hay una gran cantidad de modelos de coches que las comparten.

—Centrémonos en el color negro.

—Sí —dijo la subinspectora con un suspiro—. También incluí ese dato, pero el negro, el blanco, el rojo y el azul son colores que se usan en todos los vehículos. En el caso de los dos últimos hay matices, pero eso no ocurre con el negro y el blanco.

—Comprendido. ¿Cuántos modelos tienes hasta ahora que cumplan con todos los parámetros?

—Cuatro: Ford Ranger, Nissan Navara, Toyota Hilux y Mitsubishi.

—Tienes razón, todavía son demasiados —reconoció Salazar con un suspiro de decepción—. Tal vez surjan evidencias que nos permitan precisar

mejor la marca. Gracias Beatriz. ¿Te comunicaste con Científica?

—Sí, señor. Ya hablé con el jefe Barros. Por cierto que le envió saludos cariñosos a su madre. En este momento deben estar revisando los almacenes de carga. Me dijo que desmontarán las bicicletas si fuera necesario.

—Es buena idea. La droga podría estar dentro de los cuadros. De acuerdo, Beatriz. Avísame si recibes alguna novedad.

—Sí, señor.

—Miguel, ¿qué os dijo el forense?

—Que las características del proyectil que encontraron en Styrbif son compatibles con las heridas, al igual que la trayectoria de la bala. Ya el doctor Molina le envió una muestra de tejidos de Pérez a Científica para que pueda realizar una prueba rápida de ADN, en el caso de que consigan algún resto biológico en la escena del crimen.

—De acuerdo. ¿Qué novedades tienes, Diji?

—El juez Aristigueta aisló a Campos y tendrá protección las veinticuatro horas. Me temo que eso no fue suficiente para que se decidiera a hablar.

—Está aterrorizado. De acuerdo. De momento tendremos que conformarnos con mantenerlo a salvo. ¿Qué me dices de la identificación de El Chotis?

El subinspector consultó su reloj antes de responder.

—El vigilante está citado para dentro de una hora. Ya preparé las fotografías. Esperemos que identifique entre ellas al sujeto que lo drogó.

—Estoy seguro de que lo hará —sentenció Néstor—. Tengo la certeza de que es uno de nuestros tres sospechosos.

El móvil de Salazar interrumpió la reunión. Él comprobó de quién era la llamada y respondió de inmediato.

—No me compensas lo suficiente para lo que jodes, Salazar.

—¡Casi! Si me estás llamando es porque tienes algo para mí.

—Por supuesto. ¿Qué crees, que quiero escuchar «tu hermosa voz» o conversar sobre las posibilidades del Deportivo Haro este año? ¿Sabes que por tu culpa tuve que comer fuera de casa hoy?

—Vaya, lo lamento, Casi.

—Pues yo no —confesó el jefe Barros—. Mi mujer me tenía preparado un filete de pescado a la plancha sin sal, un puñado de arroz blanco y acelgas al vapor. Como estoy trabajando, no me quedó más remedio que

comerme unos caparrones coloraos con sus sacramentos. ¡Que así no hay quien haga dieta, joder! Por cierto, mi mujer ya te declaró persona *non grata*. Que lo sepas.

—¿Por qué no escogiste entonces algo más ligerito para el almuerzo?

—¿Y perder la oportunidad? Hay que ver que eres merluzo. Pero bueno, no te llamé para contarte mis intimidades gastronómicas, sino para confirmarte que ya es oficial que al agente de Interpol lo inflaron a hostias en la fábrica de bicicletas. El ADN de la gota de sangre que encontramos en la oficina de la gerencia coincide con el del cadáver de los Riscos.

El inspector enarcó las cejas ante la afirmación de Barros.

—¿Cómo conseguiste los resultados del ADN con tanta rapidez?

—Es la «caja mágica» esta que nos enviaron para que la probáramos en los análisis de ADN, y que tengo que reconocer que es la repanocha. En noventa minutos tenemos el resultado. ¡Noventa minutos! Con decirte que estoy pensando pedirle una a los Reyes.

—Dudo que te la lleven, con los sablazos que le das a tu mujer con el menú.

—Nadie te pidió tu opinión. Me basta con que la intendencia apruebe el presupuesto y nos la dejen definitiva. Que si alguno de esos niñatos administrativos pretende venir a quitárnosla, voy a ponerlo en órbita de una patada en el… Vale, tú ya me entiendes.

A Salazar se le escapó una sonrisa. Compadecía al pobre funcionario al que le asignaran la tarea de «recoger» el equipo que le entregaron a Barros «para que lo probara». Sería más fácil quitarle un jugoso hueso a un *pitbull* con mala leche.

—No es por abusar, Casi…

—Tú siempre abusas, así que no te cortes.

—Vale. Necesitamos la comprobación de que el cadáver de Campoamor fue la víctima del asesinato que cometieron en Styrbif.

—Ya lo supuse cuando el forense me anunció que me enviaría una muestra de tejidos del cadáver. Lo que no sabía era que tú estabas detrás del asunto. Aunque debí imaginarlo. No sé si podré complacerte. Limpiaron muy bien y todavía no encontramos ningún resto biológico que podamos comparar.

—Vamos, Casi. Viste cómo le quedó la cabeza al pobre tío. Estoy seguro de que por muy bien que limpiaran, debió quedar algún resto de tejido en cualquier recodo.

—Sí, yo pienso lo mismo. Por eso tengo a tres chicos revisando cada centímetro de esa habitación y guiándose con el luminol. Si aparece algo te aviso. Aunque no sé si debería. Jodes mucho.

—Aun así, sé que lo harás porque me tienes aprecio.

—Más bien porque espero que te ocupes de mi desayuno de mañana. Que estoy seguro de que mi mujer me va a cobrar el asuntillo de los caparrones.

—Cuenta con ello, pero ¿cómo se va a enterar tu mujer de lo que almorzaste si no se lo dices?

—Creo que me tiene infiltrado —dijo el jefe Barros en un murmullo—. Estoy seguro de que le paga a uno de estos cabrones para que me delate. Y te juro que cuando descubra al desgraciado, va a tener que contratar una cuadrilla para que le encuentren los dientes, porque van a quedar tan desperdigados que ni con sabuesos. Y ahora cuelgo que no tengo tiempo para perderlo contigo.

—¡Pero si me llamaste tú!

—Menudencias. Vuelve a lo tuyo y no molestes más.

Cuando terminó la conversación, Salazar se encontró con cuatro miradas desconcertadas clavadas en él. Lógico. Sus respuestas a Barros debían tener cierto tono esquizofrénico para quien no estuviera escuchando la conversación completa. Después de informar las novedades a sus colegas, los invitó a exponer sus ideas. Debían pensar muy bien los siguientes pasos. Carlitos y sus cómplices estaban sobre aviso, y eran un adversario formidable.

Capítulo 58.

El descubrimiento de Científica no aportó mucho a la investigación, aunque sería útil a la hora de presentarle las evidencias al juez y no dejaba dudas acerca de la participación de Olguín en el asesinato de Akram. Si tan solo pudieran obligarlo a hablar, pero Néstor sabía que el miedo era una barrera poderosa, así que no tenía muchas esperanzas por ese lado.

El inspector decidió acompañar a Diji en su entrevista con Quirós. Si tenían suerte, el vigilante les señalaría al sujeto que lo drogó. Tal vez se tratara del propio Carlitos o de su cómplice, pero en cualquier caso sería un gran paso en la dirección correcta.

Los policías esperaron al vigilante en el despacho de Salazar. Lo recibieron con la mayor cortesía y le ofrecieron un café que gracias a Dios rechazó, pues tampoco era cuestión de envenenar al pobre hombre. En fin, Salazar hizo gala de sus dotes de anfitrión. Diji llevaba preparadas las fotografías, y en cuanto cumplieron las normas mínimas de cortesía, las plantó frente a Leoncio.

—Queremos saber si entre estos retratos está el del hombre que conversó con usted la tarde en que se quedó dormido.

—¿Se refiere al cabrón que me drogó y me hizo perder el trabajo?

—A ese mismo.

Quirós cogió las fotos y las estudió con detenimiento. Algunas las apartó de inmediato. Otras, después de mirarlas un rato. Por fin se quedó con una sola. La volvió a estudiar con cuidado, mientras los policías esperaban con paciencia. Al fin la dejó sobre la mesa.

—Fue este. Estoy seguro.

Diji recogió la instantánea y la miró sin poder contener la curiosidad. Luego levantó la vista para centrarla en su jefe.

—Es Próspero Abreu.

Salazar asintió. Ya lo suponía. Despidió al segurata con grandes muestras de agradecimiento, y la promesa de que hablarían con la empresa de vigilancia sobre lo que ocurrió aquella tarde. Leoncio se fue contento, con la esperanza de que quizá su antiguo jefe reconsiderara su decisión y le devolviera el trabajo. Después de todo, no fue su culpa. ¿O sí?

—Esto demuestra que el taller está involucrado —afirmó Diji.

—Hasta las trancas —confirmó Salazar, y luego se quedó pensativo antes de exponer su preocupación en voz alta—. ¿Para qué quieren el taller?

—¿Blanqueo de capitales? Tal vez con esta evidencia podamos convencer al juez de que nos dé una orden para revisar los libros de Riojalta.

El timbre de la centralita interrumpió la discusión.

—Espero que estés de buen humor porque te tengo malas noticias —dijo Remigio del otro lado de la línea.

—¿Hablaste con la policía francesa? ¿Ya interrogaron a Doris Estévez?

—No la encontraron.

—¿Cómo que no la encontraron?

—Lo que oyes. En la dirección donde está registrada no hay nadie. El piso está vacío. Ya comenzaron a buscarla, pero el comisario con quien hablé me adelantó que hasta ahora no hay señales de ella. Nunca pagó por ningún servicio, no tiene cuenta bancaria ni tarjeta de crédito.

—¿No existe?

—Pues no sé qué decirte. Lo que sí hay es un registro de nacimiento en Lyon, una carta nacional de identidad vigente, pasaporte también vigente y el contrato de alquiler desde hace tres años.

—Tres años.

—Es lo que dije. Paga cada año en efectivo y por adelantado.

Néstor se quedó pensativo por unos segundos antes de volver a hablar.

—Diles que te envíen una copia de su carta de identidad. Deben tenerla en sus registros.

—Vale. ¿En qué estás pensando?

—En una identidad falsa, por supuesto.

—De acuerdo, hablaré de nuevo con la *Sûreté*.

Remigio cortó la comunicación, y Salazar le explicó a Diji los nulos resultados de la consulta a la *Sûreté*.

—Esto arroja más sospechas sobre el taller, señor.

—Por supuesto. Y no debemos olvidar la coincidencia entre el apellido de la misteriosa dueña de Riojalta y el de la gerente de la agencia de viajes —Néstor se quedó pensativo por un momento—. Creo que debemos precisar ese dato. Si no recuerdo mal, según el informe que presentó Miguel sobre Gisela Estévez, ella nació en España, pero se la llevaron a Francia siendo niña.

—Parece demasiada coincidencia.

—¿Demasiada coincidencia? Canta más que «El anillo del nibelungo» —La expresión de desconcierto de Diji, le hizo comprender al inspector que no sabía a qué se refería—. Es la ópera más larga del mundo. Dura la bicoca de quince horas.

—No sabía que le gustara la ópera, señor.

—Y no me gusta, pero de algo tuvieron que servir las tardes de castigo en la biblioteca.

Diji volvió a quedarse *in albis*, pero prefirió no preguntar. Se excusó con su jefe y salió del despacho a cumplir el encargo. El móvil volvió a sacar a Salazar de sus elucubraciones.

—Casi. Voy a comenzar a pensar que quieres algo de mí.

—¡Por supuesto! Necesito asegurar mis desayunos.

—Te los has ganado con creces.

—Pero si todavía no te digo para qué te llamé.

—No importa. Sé que será vital para el caso, así que adelante. Te escucho.

—Deja de hacerme la pelota, Salazar. A otro lo engatusarás, pero yo te conozco como si te hubiera parido. Es mejor que nos centremos en el trabajo, que no tengo tiempo para perderlo contigo. A ver, la fábrica de bicicletas está más limpia que mis bolsillos a final de mes.

—¿No encontraron drogas?

—Ni rastros. Te puedo asegurar que el contrabando no lo manejaban por aquí. Revisamos cada rincón de la nave con especial cuidado en el almacén, desarmamos los cuadros de las bicicletas y verificamos cada pieza. Todo negativo.

Salazar se quedó en silencio por unos segundos. Luego expuso sus ideas en voz alta:

—No usaban la fábrica para contrabandear la droga ni para blanquear el dinero. ¿Para qué la querían, entonces?

—Es evidente que era donde retenían a los secuestrados y los liquidaban.

—¿Por qué usar una fábrica donde hay empleados que pueden ver o escuchar algo que los comprometa? Habría sido más barato y seguro un almacén abandonado o una casa rural alquilada con ese fin. No, Casi. La fábrica debía desempeñar otra función.

—Si te sirve de algo, uno de los peritos financieros me hizo un comentario esta mañana. Aunque no parece que tenga nada que ver con el caso.

—¿De qué se trata?

—Me dijo que la fábrica estaba muy mal administrada.

—¿Tenían pérdidas?

—No llegaban a tanto, pero sus ganancias eran mínimas porque compraban demasiado material.

—Tal vez tenían una producción muy alta.

—A eso se refería. El material que compraban no se correspondía con la cantidad de bicicletas que producían. Tal vez los obreros desperdiciaban demasiado por impericia, pero dice que el despilfarro era de órdago.

Néstor casi podía escuchar a sus neuronas conectándose y soltando chispazos, mientras analizaba todas las opciones posibles: Una transportista, una agencia de viajes, una fábrica de bicicletas que desperdiciaba materia prima y un taller mecánico… Todo ello conectado de alguna forma para distribuir droga en toda la península, y cruzar fronteras llevando la mercancía frente a las narices de las autoridades. Revisiones infructuosas, un delator que quizá no lo era, un agente encubierto asesinado porque se desvió de la línea prevista de investigación. Entonces comprendió. Salazar hubiera jurado que escuchó el clic cuando las piezas encajaron en su sitio.

—¡Gracias, Casi! —dijo emocionado—. Mañana te llevaré la bandeja de pasteles más grande que te has comido en tu vida.

—Joder, si llego a saberlo, te llamo antes.

Cuando cortó la comunicación, el inspector tenía muy claro cómo funcionaba el entramado. Solo debía hacer algunas pequeñas comprobaciones, antes de dar el siguiente paso y desmantelar la red de narcotráfico.

Capítulo 59.

Un mensaje que entró en el móvil de Salazar en ese momento interrumpió sus pensamientos. Cuando desbloqueó la pantalla comprobó que lo enviaba Remigio, por lo que de inmediato supo de qué se trataba. En efecto, cuando abrió el mensaje apareció una copia de la carta de identidad de Doris Estévez emitida en Francia, y en cuya fotografía Néstor reconoció a la gerente de la agencia de viajes con algunos años menos. Salazar experimentó una dicotomía de emociones. Por un lado se alegró del avance que el descubrimiento representaba para el caso. Por el otro se sintió muy mal cuando pensó en don Braulio y el disgusto que le iba a dar.

Se esforzó en apartar sus emociones. La realidad era la que era y tenía que afrontarla. Gisela y Doris Estévez eran la misma persona, lo cual no dejaba dudas acerca de su participación en la organización criminal, pero ¿por qué solo cambió el nombre de pila y conservó el mismo apellido? Solo se le ocurría una explicación lógica: no se trataba de una falsificación, sino de una suplantación de identidad. A través de la centralita, Néstor se comunicó con Remigio y le ordenó que investigara a la familia Estévez.

—¿A toda la familia? —preguntó Toro.

—Hasta al perro, si es que lo tienen.

—De acuerdo. Supongo que esto tiene que ver con la fotografía que te envié. ¿Puedo saber qué estás buscando?

—Quiero conocer todos los detalles acerca de Doris y Gisela Estévez. Fechas y lugares de nacimiento, parentesco, estado civil. Lo que puedas encontrar.

—Muy bien, oído cocina.

Néstor colgó y se quedó pensativo por un momento. Salió de su despacho y se asomó al de su hermano. Lali lo miró con sorpresa.

—¿El comisario ya se marchó?

—Todavía no, inspector jefe, pero debe estar a punto.

Como si Eulalia lo hubiera invocado, Ortiz abrió la puerta con paso resuelto y el portafolio en la mano. Se detuvo en seco cuando vio a Néstor.

—Necesito hablar contigo, Santiago. ¿Tienes un par de minutos?

El comisario le echó un vistazo a su reloj.

—Vale, supongo que me da tiempo si me salto el almuerzo, y voy directo a la Jefatura Superior.

—Es importante —le confirmó el inspector. Ortiz lo invitó a entrar a su oficina y le pidió a Lali que le llevara un café. ¡Santiago siempre había sido un valiente!

Una vez dentro del despacho, Salazar le explicó su teoría. El comisario lo escuchó con atención sin salir de su asombro. Cuando Lali llegó con el café, tuvo la oportunidad de meditar acerca de las palabras del inspector jefe. No expresó su opinión hasta que la secretaria abandonó el despacho.

—¡Es un entramado maquiavélico!

—Lo reconozco, pero explica la participación de empresas como Styrbif o Riojalta. Y también la forma en que nos burlaron en todas las revisiones.

—Estoy de acuerdo —dijo Santiago—, pero seguimos teniendo el mismo problema. Styrbif ya cayó, pero no contamos con evidencias concretas contra las demás empresas.

—Tenemos la identificación positiva de un testigo con respecto a Próspero Abreu. Eso nos puede abrir las puertas del taller…

—Sabes que no es suficiente. Abreu solo es un empleado, y no tenemos ninguna evidencia concreta contra los dueños.

—¿Te parece poco la identidad falsa de Doris Estévez? A la persona que aparece en su identificación, yo la conocí como Gisela Estévez.

El comisario suspiró y desvió la mirada.

—Lamento decírtelo, Néstor, pero ese descubrimiento por sí solo no prueba nada. Tal vez sean dos hermanas que se parecen mucho o incluso podría tratarse de gemelas. Tendrás que esperar los resultados de las indagaciones de Toro para determinar si tienes algo que puedas presentar ante un juez.

Néstor se quedó pensando por unos segundos. Su hermano estaba en lo cierto, pero él tenía la certeza de que Riojalta estaba involucrada.

—Estoy seguro de que encontraré las evidencias suficientes para conseguir una orden.

—Muy bien. Actúa según consideres oportuno. Yo te apoyaré en lo que necesites. Ahora me marcho o no llego.

Capítulo 60.

Salazar salió del despacho del comisario y se encaminó al segundo piso. En la sala común se encontraban Remigio, Diji y Beatriz. Los tres enarcaron las cejas cuando se asomó.

—Ya te iba a llamar, Salazar. Creo que encontrarás interesante lo que averigüé sobre los Estévez.

—Me sorprendes, Remigio. No esperaba que consiguieras la información tan rápido.

—Digamos que tuve suerte. La familia despertó el interés de la *Sûreté* hace un par de años, cuando acusaron a Gonzalo Estévez de fraude.

—¿Quién es ese?

—Es el hermano mayor de Doris y Gisela. Así que la policía francesa ya tenía a punto el expediente y me lo envió de inmediato.

—Te escucho.

—La familia emigró a Francia en 1961. La componían los padres, que ya fallecieron, y los chicos: Gonzalo de seis años y Gisela de dos años. La madre cruzó la frontera embarazada, así que Doris nació en Lyon. ¿Me sigues? —Salazar asintió—. Pues qué bien, porque ahora es que se pone interesante. Doris murió en un accidente cuando tenía doce años. Gisela regresó a España cuando tenía veintiocho y Gonzalo nunca salió de Francia.

—¡Espera! ¿Doris está muerta desde los doce años?

—Es lo que dije.

—Pero…

—Ya lo sé. Recuerda que yo mismo investigué sus andanzas de este lado de los Pirineos. Así que como no creo en muertos que pasean, llamé al consulado español en Lyon. Adivina qué… A Doris la registraron como española al nacer, pero nunca les notificaron su defunción. Lo que sí consta es la solicitud de su literal de nacimiento. La expidieron en 1977.

—Cuando habría cumplido dieciocho años si no hubiera muerto.

—Es correcto. Coincide con mi investigación previa. Así que Doris «resucitada» cruzó la frontera, se involucró con narcotraficantes, salió bien librada y es probable que participara en más de un negocio sucio…

—Luego abrió el taller y regresó a Francia, donde alquiló un piso que nunca visita.

—Un buen resumen. Por otro lado, tenemos a Gisela, que nació en España, la llevaron a Francia con dos años y regresó a los veintiocho para ser una ciudadana ejemplar. ¿Será que opinas lo mismo que yo?

—Es la misma persona —intervino Beatriz. Ella y Diji no habían perdido palabra de la conversación. Ambos inspectores centraron su atención en Araya.

—Es lista la chica —reconoció Remigio.

Salazar asintió. Entonces les mostró la identificación de Doris que le envió Toro, y les confirmó que él la conoció con el nombre de Gisela.

—Así que Gisela y Doris eran hermanas y se llevaban tres años. Doris murió siendo niña, pero su defunción no se notificó al consulado, por lo cual…

—Para los registros españoles seguía viva —dijo Diji, completando la idea.

—Es correcto. Gisela aprovechó esta circunstancia para solicitar la literal de nacimiento como si fuera su hermana.

—¿Cómo es que consiguió que le dieran dos identificaciones diferentes siendo la misma persona? —preguntó Beatriz.

—Estoy seguro de que su literal de nacimiento la tramitó de este lado de la frontera. En Francia consiguió la documentación de su hermana y en España la suya propia —continuó su explicación Salazar—. La estratagema le permitió delinquir con la identidad de Doris y mantener limpios sus antecedentes como Gisela.

—Por eso no encontramos nada cuando la investigamos —concluyó Remigio—. Joder, nos la jugó bien jugada.

Beatriz levantó la mano como si estuviera en la escuela. La atención de todos se centró en ella.

—Hay algo que no comprendo, señor. Ella tuvo que registrar sus huellas cuando solicitó ambos DNI. ¿Cómo es que el sistema no detectó el fraude?

—Debió emplear algún truco —señaló Néstor. Ante la mirada interrogante de la subinspectora, Salazar pensó por un par de segundos antes de explicarse—. Pudo autoinfligirse algún pequeño corte en las yemas

de los dedos, antes de la toma de huellas. Otra posibilidad es que se impregnara con alguna sustancia adherente que modificara la impresión…

—¿Está seguro de que sería suficiente?

—No para engañar a un experto, pero sí para pasar desapercibido en un sistema automatizado.

—Todo eso está muy bien —reconoció Remigio—, pero ¿cómo lo probamos?

—Creo que Beatriz nos acaba de dar la respuesta —dijo el inspector, mientras sacaba su móvil y marcaba el número del jefe Barros.

—¿Tú otra vez? ¡No es lo que jodes Salazar, sino lo seguido! ¿Qué quieres ahora?

—Casi, necesito que me hagas un favor urgente.

—¿Y cuándo no son urgentes tus favores? Que no te enteras, que estoy hasta las cejas de trabajo. A ver, ¿qué quieres?

—Quiero que compares las huellas dactilares de dos personas. Sus nombres son Doris y Gisela Estévez.

—Vale, ¿con qué quieres que las compare?

—Entre ellas.

—Es un chiste, ¿no?

—Por supuesto que no, Casi. Tú haces la comparación y luego me llamas.

—Hay que ver que pides cosas raras —se quejó Barros, antes de terminar la llamada.

Salazar levantó la mirada hacia sus subalternos y les explicó su teoría acerca de cómo funcionaba el entramado.

—Esto se pone interesante —opinó Toro, mientras se frotaba las manos —. ¿A quién detendremos primero?

—A ambos al mismo tiempo —dijo Salazar—. Son demasiado astutos. Si los ponemos sobre aviso, se nos pueden escapar. Llama a Miguel y a Arquímedes. Diles que vayan a los juzgados y esperen órdenes —le dijo a Remigio—. Diji —el subinspector se enderezó en el asiento—, en cuanto Científica nos confirme lo que ya sabemos, solicítale al juez una orden de busca y captura contra Gisela Estévez por suplantación de identidad, y contra Próspero Abreu por sospecha de asesinato. Pídele también una orden de registro para Riojalta.

—¿Allanaremos también la agencia de viajes, señor?

—Me gustaría, pero no tenemos suficientes evidencias, todavía.

—¿En qué argumentos me apoyo para el registro del taller, inspector? —preguntó Cheick

—La propietaria cometió el delito de suplantación de identidad y en el taller trabaja el sospechoso de un asesinato que se relaciona con tráfico de estupefacientes. Aristigueta no nos pondrá inconvenientes —Salazar centró su atención en la subinspectora—. Beatriz, aguarda en los juzgados a que Diji te envíe los informes y consigue las órdenes del juez. Entrégales a Miguel y Arquímedes los documentos que necesiten para arrestar a Estévez. Las órdenes contra Abreu y el taller nos las llevarás a la N124, donde te estaremos esperando.

—Sí, señor.

Salazar se dispuso a salir de la sala común.

—¿Adónde vas?

—A precisar los detalles de la operación. No podemos permitir que se nos escapen.

Néstor regresó a su despacho, desde donde se comunicó con García y con Lali para preparar la logística del plan. Al cabo de una hora volvió a la sala común. Allí solo encontró a Remigio y a Diji, quienes le informaron que Beatriz, Pedrera y Vargas ya esperaban en los juzgados.

—¿Sabéis algo de Barros?

Remigio resopló antes de responder.

—Dale un respiro al hombre, por Dios. Necesitará tiempo para encontrar la documentación de ambas mujeres en el sistema, y luego comparar las huellas.

—Sí, tienes razón —reconoció Salazar, cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a otra y tamborileando sobre la mesa más cercana.

—¿Quieres quedarte quieto? —le dijo Toro—. Me estás poniendo de los nervios, joder.

Antes de que Néstor pudiera responder, Diji intervino.

—La buena noticia es que ya el juez Aristigueta está al tanto, señor, y su secretaria está redactando las órdenes de busca y captura, y del allanamiento del taller. Solo espera que le enviemos la confirmación de Científica.

—¡Perfecto!

Salazar consultó su reloj sin disimular su impaciencia. No había terminado de comprobar la hora cuando su móvil dio un timbrazo.

—¿Averiguaste algo, Casi?

—Ni un «hola». Hay que ver que eres ingrato, Salazar. ¿Sabes que por tu culpa me salté el café de la tarde? ¿Tienes idea del sacrificio que eso representa?

—Lo sé, Casi. Y te agradezco mucho tu esfuerzo, pero dime, ¿encontraste algo?

—Pues no sé si es lo que querías descubrir, pero aquí hay gato encerrado. Me las vi y me las deseé para localizar copias de los DNI de ambas mujeres, pero al fin lo conseguí. Entonces comparé sus huellas y puedo asegurarte que son idénticas. Para mayor seguridad comprobé las dos fotografías con un programa de reconocimiento facial. También corresponden a la misma persona.

—¿Cómo es que no saltaron las alarmas en el sistema?

—Las impresiones dactilares de Doris son muy nítidas, pero las crestas de las de Gisela están un poco borrosas en el centro de los dedos.

—¿Qué significa eso?

—Pudo impregnarse con algún tipo de resina adherente o pegamento, poco antes de la toma de las huellas. Eso no cambia el dibujo, por supuesto, pero se pierde nitidez, algo que es muy importante para la detección automatizada. Así que el programa interpretó lo borroso de las crestas como un dibujo diferente.

—¿Ese pegamento no se adhiere en forma definitiva?

—Es correcto, pero la piel se regenera, así que los dedos habrán recuperado su estado original al cabo de unas semanas, por lo que «aquí paz y después gloria».

—¿Puedes enviarnos un informe con tus conclusiones lo antes posible, Casi?

—No, si ya decía yo que me ibas a chafar la merienda. Con lo bien que iba el día con los caparrones.

—Te prometo que te compensaré.

—Más te vale. Y ahora déjame en paz, que si sigues dándome la lata, ¿cómo quieres que te haga el informe?

—Te recuerdo que fuiste tú quien me llamó.

—¡Nimiedades!

Barros cortó la comunicación y Salazar puso al día a sus colegas con respecto a sus descubrimientos. Luego envió un mensaje a Santiago, que a esa hora debía estar en medio de la rueda de prensa. Era muy corto: «Engranajes encajaron. Maquinaria en marcha. Espera noticias».

Capítulo 61.

Dos horas después, el Corsa blanco de la comisaría estaba aparcado en un área de descanso de la N124, a un par de kilómetros de Riojalta. En su interior esperaban Salazar, Remigio y Diji. El subinspector estaba al volante, Néstor en el asiento del acompañante y Toro atrás. Los escoltaban tres patrullas con dos agentes en cada una. Ya la neblina se había levantado dando paso a una tarde luminosa, aunque el frío seguía recordándoles lo avanzado que estaba el otoño.

—Te va a dar tortícolis —le advirtió Remigio a Néstor, después de que este estiró el cuello para asomarse a la ventanilla por vigesimoquinta vez—. ¿Qué demonios te pasa, Salazar? Nunca te había visto tan alterado.

—¿Eres consciente de a quién vamos a arrestar?

—Al tío que lanzó a Akram desde la ermita.

—El mismo que causó el accidente donde murió Sastre y que casi consigue asesinar a Sofía.

—No tenemos la certeza de que Abreu sea ese sicario.

—Si no es él, está muy cerca.

—No sé si es buena idea que nos acompañes en este arresto —dijo Toro con preocupación—. Estás demasiado involucrado.

Néstor cogió aire, apretó la mandíbula, enderezó la espalda y clavó la mirada en su subalterno.

—Demasiado tarde. No hay fuerza humana ni divina que me impida entrar en ese taller a por ese cabrón.

Diji lo miró de reojo y se preguntó si se vería en la tesitura de tener que contener a su jefe.

Por fin la motocicleta de Echevarría apareció junto al coche con Beatriz de paquete. Se desplazaba tan rápido que surgió de la nada, como un champiñón. La subinspectora tenía una sonrisa que hubiera sido la envidia

del Guasón, y sus mejillas estaban arreboladas. Subió al coche y ocupó el asiento junto a Remigio. Traía un sobre en la mano que le entregó a Salazar.

—¡Qué subidón! —confesó emocionada—. Este chico no conduce rápido, sino que vuela bajo. Me lo he pasado chachi.

Salazar la miró con una mezcla de envidia y desconcierto. ¿Lo había pasado chachi? Cada vez que Ander conducía, Néstor lo asumía como un pago a su karma por todas sus trastadas, que no eran pocas. Comenzó a sospechar de la cordura de su subalterna.

En beneficio de su propia salud mental, Salazar decidió olvidar el asunto, así que se concentró en el problema que los ocupaba, abrió el sobre y ojeó los documentos que contenía.

—Todo está en orden. Procedamos.

Diji encendió el coche y se reincorporaron a la carretera. En el corto trayecto, el inspector llamó a Miguel, quien esperaba en la calle Magdalia en compañía de Vargas y dos agentes.

—Dos minutos.

Ya Pedrera tenía sus instrucciones, así que Néstor colgó después de pronunciar las dos palabras. Al cabo de dos minutos exactos, Salazar y sus compañeros entraron en Riojalta, mientras Miguel y sus colegas cruzaban el umbral de Brisas de Haro, a varios kilómetros de allí.

Siguiendo las órdenes del inspector jefe, los agentes de los coches de policía se desplegaron en el perímetro. Cuando entró la comitiva policial, todos los empleados abandonaron sus ocupaciones para prestar atención a los recién llegados. Echevarría y Beatriz se ocuparon de bloquear las salidas, mientras Remigio y Diji avanzaban con paso seguro en dirección a Abreu, quien se quedó petrificado.

—Las manos donde las vea —le ordenó Toro al sospechoso—. Y vacías.

Próspero calculó sus posibilidades. El viejo no le aguantaría media hostia, pero el subsahariano era otra historia. Así que dejó la llave de tuercas en la caja de herramientas y levantó las manos. Diji procedió a ponerle los grilletes, mientras Remigio lo mantenía vigilado.

Salazar se acercó a Adrián con la orden de allanamiento en la mano.

—¿Qué significa esto? —preguntó el niñato con el ceño fruncido, mientras se quitaba el aceite de las manos con un trapo—. ¿Qué hacéis?

—Tenemos una orden judicial para registrar el taller. Y Próspero Abreu está bajo arresto por sospecha del homicidio de Akram El Hashem.

Pálido como la muerte, Abreu balbució:

—Adrián…

El joven se frotó las manos con el trapo, con la mirada fija en Néstor.

—Esto debe ser una bravuconada —concluyó el chico—. Para conseguir la orden de un juez deben tener pruebas y eso es imposible porque no tenemos nada que esconder.

—En ese caso puede permitirnos echar un vistazo —argumentó Salazar.

—Por supuesto que no. Nos estorbarían para trabajar. No lo permitiré.

Néstor ya no escuchaba. Sus ojos estaban fijos en la mano derecha de Adrián, donde era evidente un arco de piel más clara que el resto: la cicatriz de una mordedura. La marca le señaló al joven mecánico como el jefe del narcotráfico que asesinó a Malacara y que inculpó a Amalia. El mismo que mató a Akram y a Sastre. El que atentó contra Sofía. Adrián siguió la mirada del policía y supo que todo estaba perdido. El movimiento fue violento. La cruceta voló desde la caja de herramientas hacia la cabeza de Néstor, quien levantó el brazo por instinto y sintió el dolor agudo de los huesos al romperse.

Adrián echó a correr. Salazar se sujetó el brazo herido y lo siguió. La furia y la adrenalina fueron más fuertes que los latidos de sus tejidos desgarrados.

Remigio se quedó con Abreu, mientras Diji corrió también en pos del asesino. Ambos policías lo persiguieron, cada uno desde su lado. Adrián trató de salir por la puerta que vigilaba Beatriz, al asumir que tendría mejores oportunidades de sortear a la extravagante chica de baja estatura, que al musculoso agente que bloqueaba la otra puerta. Cometió un grave error. Antes de que Néstor y Diji le dieran alcance, se vio tendido en el suelo, sin saber cómo había llegado allí.

Salazar y el subinspector quedaron tan sorprendidos como el sospechoso.

—¿Cómo…?

—*Ippon seoi nage* —dijo Beatriz—. Soy cinturón negro en yudo. Me resulta muy útil desde la escuela. Después de que derribas al primer abusador, los demás aprenden la lección y te dejan en paz. La mejor forma de evitar el acoso si eres una friki como yo.

Diji sonrió mientras levantaba del suelo al desconcertado asesino, después de inmovilizarlo con los grilletes. Lo sacó del taller casi a rastras hasta la patrulla, sin darle oportunidad a que se recuperara. Bajo la mirada

atenta de Echevarría y sus compañeros, los empleados de Riojalta salieron del taller bajo arresto y en fila india.

—Hiciste un gran trabajo, Beatriz —dijo el inspector jefe con la voz entrecortada y la frente sudorosa, al mismo tiempo que se sostenía el brazo roto. El dolor se incrementaba por momentos, en la medida en que su estado emocional se normalizaba y bajaban la adrenalina y las endorfinas.

—Será mejor que llamemos a una ambulancia, señor. Se le está hinchando la mano, y es evidente que ese cabrón le rompió el brazo.

Después de que Araya se comunicó con el 112, Salazar se dejó acompañar hasta la oficina, donde ella hizo que se sentara y bebiera un poco de agua, mientras esperaban a la ambulancia. Néstor obedeció como un buen chico, pero no estaba dispuesto a soltar la presa con tanta facilidad.

—Llama a Científica, Beatriz. Dile al jefe Barros que registre hasta el último rincón de este taller.

—Sí, señor.

—Averigua cómo le fue a Miguel con el arresto de Gisela Estévez.

Remigio entró en ese momento.

—Tienes mala cara, Salazar. Y creo que se te va a poner peor cuando veas lo que encontramos.

Beatriz se irguió en toda la estatura que le fue posible, y se encaró con Toro.

—Perdóneme señor, pero creo que el inspector Salazar debe quedarse aquí para esperar a la ambulancia. Sería una imprudencia que…

—Vale Beatriz —dijo Néstor, mientras se ponía de pie, sin dejar de sujetar el brazo. ¡Cómo dolía el condenado!—. Iré a ver de qué habla Remigio. Este taller está donde Cristo perdió el gorro, así que la ambulancia todavía tardará un poco en llegar.

—Pero…

El inspector ya seguía a Toro fuera de la oficina sin terminar de escuchar la protesta de su subalterna. Cruzaron la nave repleta de vehículos pesados, hasta una puerta que daba a un garaje privado. Remigio cogió la anilla que estaba junto al suelo y de un tirón subió la enorme puerta. Entonces Salazar experimentó tal descarga de adrenalina, que olvidó el dolor.

—¡La madre que los parió!

Capítulo 62.

En el pequeño garaje cerrado había una camioneta Toyota Hilux de color negro, en la que se veían tres agujeros de bala: dos en la luneta y uno en la chapa. El guardabarros estaba recién reparado, lijado y listo para recibir las primeras capas de pintura. Salazar no tuvo ninguna duda de que se trataba del vehículo que embistió al coche de Sastre.

—Por lo visto tenías razón, y uno de estos tíos es el sicario que atentó contra Sofía —reconoció Remigio—. Ahora falta descubrir de cuál de ellos se trata.

Néstor asintió despacio antes de responder.

—El niñato. Tiene la cicatriz de una mordedura en la mano, y Abreu buscó su apoyo cuando vio que su arresto era inminente.

—¿Ese crío? Si me parece a mí que lo acaban de destetar.

—No te guíes por las apariencias Remigio, y que Diji lo investigue. Es muy probable que nos sorprendamos cuando averigüemos su edad.

—De acuerdo —aceptó el inspector Toro, antes de mirar a la nave principal por encima del hombro de Néstor—. Me parece que vienen a por ti.

En efecto, Beatriz se presentó en el pequeño garaje con dos técnicos en emergencias sanitarias que arrastraban una camilla. La subinspectora tenía los labios fruncidos y una mirada que presagiaba que no toleraría tonterías, aunque estas vinieran de sus superiores.

—Ya la ambulancia está aquí, señor. Tendrá que confiar en nosotros y dejar que nos hagamos cargo.

El primer técnico se cabreó con el inspector porque no se quedó quietecito en cuanto se le fracturó el hueso. Que había que ver lo irresponsables que eran algunos, que solo sabían complicarles el trabajo. El segundo le ordenó que se tumbara en la camilla, que ya había hecho bastante el merluzo. Salazar obedeció sin rechistar, como un chico bueno.

El técnico le inmovilizó brazo y antebrazo, ignorando los gritos y recuerdos a muertos varios del policía. ¡Qué cada vez que el muy cabrón lo tocaba, Néstor veía al diablo en 5D! Cuando terminaron de inmovilizarle la sufrida extremidad, comenzaron a rodar la camilla en dirección a la ambulancia. Salazar sentía la vibración en su antebrazo como si un martillo neumático le golpeara los huesos. Remigio y Beatriz los siguieron sin separarse del lado de la camilla. Con los músculos tensos, el puño sano apretado, la frente sudorosa y la voz un poco entrecortada, el inspector jefe continuó dando instrucciones.

—Remigio, que tomen fotografías de la cicatriz que Adrián tiene en la mano, y que un odontólogo forense la compare con la dentadura de Amalia.

—Vale.

—El jefe Barros debe estar por llegar. Dile que se encargue del peritaje de la camioneta él mismo. Debemos conseguir evidencias de que estuvo involucrada en el atentado.

—Lo que tú digas.

—Que Diji investigue al niñato.

—De acuerdo.

—No permitáis que los detenidos se comuniquen entre sí. Mantenedlos en celdas separadas.

—¿Acaso crees que no sé hacer mi trabajo?

Llegaron a la ambulancia y los técnicos empujaron la camilla dentro de la cabina. La atención de Néstor seguía centrada en sus colegas. Continuó dando instrucciones.

—Lo lamento, Remigio. Claro que confío en ti. Organiza tú los interrogatorios, pero yo quiero ocuparme del niñato.

—No me parece buena idea, pero tú eres el jefe.

—Envíale un mensaje al comisario a su móvil, para que te llame y le puedas informar. Está esperando noticias.

—Lo haré de inmediato. Ahora, ¿quieres dejar de dar la lata? Preocúpate por tu brazo, que se te ha puesto cara de acelga.

—Vale. Lo dejo todo en tus manos —dijo Salazar, mientras se cerraban las puertas de la ambulancia.

El inspector apenas tuvo tiempo de insultar al enfermero cuando vio que tenía una jeringa en la mano.

—¡Eso no será para mí! ¡Qué odio las agujas! ¿Por qué no se la pones a tu…?

La cabina quedó en silencio cuando el sedante penetró en los músculos del brazo sano del policía. Para cuando Salazar despertó en la sala de recuperación, ya tenía el brazo inmovilizado por una férula. Un doctor que nunca había visto y que estaba sentado junto a su camilla miraba con interés un ordenador portátil. Néstor se encontraba un poco confundido y sentía la boca seca y pastosa. Además, debía reconocer que todavía estaba un poco grogui, pero al menos el dolor ya no era tan agudo. El médico apartó la mirada de la pantalla para echarle un vistazo rápido y volvió a centrarse en el ordenador, que por lo visto era más interesante que él.

—Vaya, así que ya despertó. Menudo estropicio se hizo. Debería ser más cuidadoso, que para esto no hay repuestos.

—Ya, si lo tengo muy claro.

—Sé a qué se refiere. Después de revisar su historial clínico en este hospital, me puse en contacto con su cirujano y me contó sobre su herida de bala. También me informó que en esa oportunidad casi la palma y que perdió un riñón y el bazo. Más le vale ser más precavido o terminará con más remiendos que un muñeco de trapo.

—¿Se ve muy mal? —preguntó Néstor, preocupado.

—Vamos, que bien no se ve. Tiene doble fractura: cúbito y radio. Dos centímetros por encima de la muñeca. Y tuvo suerte de que no comprometiera ninguno de los huesos del carpo.

El médico abandonó el ordenador con desgana y le hizo un examen físico a su paciente. Después de comprobar que la fractura no había dañado ningún nervio, por lo cual el inspector debía considerarse muy afortunado, el doctor decidió referirlo a un cirujano ortopédico para que decidiera su destino.

—¿Quedarán secuelas?

—No lo creo. Sin embargo, deberá evaluarlo el especialista. Él decidirá si necesitará una cirugía o será suficiente con la escayola.

—¿Cirugía? —preguntó Néstor, palideciendo al pensar en las agujas.

—Solo es una posibilidad… La enfermera le organizará una cita. Mientras tanto, olvídese de aventuras. Le extenderé un reposo y a casa a dormir la mona de los analgésicos. Uno de sus compañeros lo espera afuera. Es un subsahariano de dos metros, con más músculos que un toro miura.

—Diji.

—Ese. Le escribiré la receta. La secretaria se la dará junto con la cita.

El doctor dio un par de palmadas de consuelo al inspector en el hombro del brazo sano, y se marchó. Minutos después entró Diji. Ya Néstor estaba sentado en la camilla de urgencias donde lo habían atendido.

—¿Cómo se encuentra, jefe? El doctor me dijo que lo lleve a casa.

—Ni lo sueñes, Diji. Adonde me llevarás es a la comisaría.

—Pero…

—No voy a discutir con el galeno porque no tendría caso, pero tampoco abandonaré la investigación justo ahora cuando por fin estamos desenredando la madeja.

—No creo que el comisario…

—Deja que yo me ocupe del comisario. Anda, pásame mi chaqueta y vámonos. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Se ha sabido algo más?

—Han pasado cuatro horas, señor. Y sí, hay algunos avances.

—Perfecto. En ese caso, vamos y me los cuentas por el camino.

Capítulo 63.

Con el brazo acomodado en un cabestrillo y la chaqueta por encima del hombro, Néstor subió al asiento del acompañante del Corsa. La tarde le dio paso a la noche mientras recorrían la distancia que los separaba de San Miguel. Para entonces, el efecto de los analgésicos comenzó a desvanecerse con lo cual la mente del inspector se despejó, pero a cambio repuntó el dolor en su maltratada extremidad. Por suerte habían desaparecido las punzadas agudas desde el hombro hasta los dedos. Ahora se trataba de un dolor sordo y perenne en la muñeca y sus alrededores. El inspector llevaba la receta de los analgésicos en el bolsillo, pero esperaba no tener que usarla todavía. Necesitaba conservar su cerebro despierto y alerta. Comprobó el móvil y encontró un par de llamadas perdidas de Carol. Se comunicó con la enfermera con el corazón en la garganta.

—¡Néstor! Traté de hablar contigo, pero no pude localizarte.

—Estuve un largo rato desconectado —le dijo él, sin entrar en detalles —. ¿Ocurrió algo? ¿Sofía está bien?

—Descuida. Son buenas noticias. El doctor la examinó esta mañana y considera que ya no necesita permanecer en la UCI, así que en unos minutos la bajaran a la habitación.

Salazar cerró los ojos y el peso de la fatalidad se retiró de su pecho. Se sintió liviano como el alma de un niño y aunque no era muy creyente, musitó un «gracias». Iba dirigido a Dios, al Universo o a la vida. Sabía que a Sofía todavía le quedaba mucho camino por recorrer para recuperar algo parecido a la normalidad, pero ella era una luchadora, y él estaría allí para sostenerla cuando le flaquearan las fuerzas. Expulsó el aire que no sabía que había retenido, se despidió de Carol antes de cortar la llamada y centró su atención en el subinspector.

—Ponme al día con las novedades, Diji.

—Sí, señor. El comisario regresó de la rueda de prensa para tomar las riendas de la investigación. Decidió posponer los interrogatorios hasta que se completen los registros del taller y la agencia de viajes.

—¿Tenemos la orden para allanar la agencia?

—El juez Aristigueta la emitió, porque durante el registro del taller encontraron droga en las chapas de los autobuses de Brisas de Haro. La evidencia demostró que la agencia de viajes estaba involucrada, así que no tuvimos problemas para que el juez firmara la orden.

El inspector jefe asintió.

—Ya lo suponía. Entonces no estoy tan desencaminado en mis conclusiones.

—Creo que acertó de lleno, señor. La forma en que ocultaron la droga fue la que usted sugirió. Por eso la encontramos.

—Muy bien. Es un gran avance —dijo Salazar con una extraña mezcla de satisfacción y tristeza. Si bien el caso iba bien encaminado hacia su resolución, la participación activa de Gisela Estévez sería un duro golpe para don Braulio—. ¿Qué más puedes decirme?

—Quizá lo más importante es que Científica encontró una pistola en la Toyota negra. Estaba debajo del asiento del acompañante.

—¿De qué tipo de arma se trata? —preguntó el inspector, al mismo tiempo que tensaba los músculos de la espalda.

—Una *Sig sauer p230*. Ya la tiene el laboratorio de balística, y es cuestión de tiempo que sepamos en qué crímenes estuvo involucrada.

—No soy adivino, pero te apuesto mi gabán a que fue el arma que asesinó al teniente Sastre y a Dionisio Pérez.

—Es lo mismo que piensa el comisario. Por otro lado, el jefe Barros cogió una muestra de la pintura de la Hilux, y se comunicará con el laboratorio de la Guardia Civil para determinar si es igual a la que encontraron en el coche del teniente Sastre. De cualquier manera, ya la camioneta está en el laboratorio de Científica y están comparando los neumáticos con las fotografías que se tomaron en la escena del crimen. Solo es cuestión de tiempo que confirmemos que se trata del vehículo que buscábamos.

Durante todo el trayecto, Salazar tamborileó en el apoyabrazos entre los asientos con el dedo medio de la mano izquierda, sin ser consciente de lo que hacía, mientras su cerebro encajaba las piezas de todo el entramado, pero ahora con el respaldo de las evidencias.

—¿Encontraron el material que faltaba en Styrbif?

—Sí, señor. Lo mantenían oculto en el taller como usted supuso. Por lo general reemplazaban todas las piezas de la chapa. El comisario ya se comunicó con Interpol para informarles de nuestros hallazgos, así que tanto la policía francesa como la belga realizarán registros en los talleres que les hacían mantenimiento a los autobuses en esos destinos.

—Perfecto. Será interesante saber qué dicen los detenidos al respecto, cuando se enfrenten a las pruebas que los inculpan.

—De momento, todos se han reunido con sus abogados y se acogieron a su derecho a no declarar.

Néstor no se sorprendió ni se preocupó. Sabía que no todos los acusados tendrían la misma presencia de ánimo para afrontar evidencias tan contundentes.

—¿Qué me dices de SINTE?

—Siguiendo la orden del juez, el jefe Barros envió una comisión a la transportista para que revisara los camiones. Estaban limpios hasta el último reporte que recibimos.

—Así que la acusación a SINTE fue un pote de humo para desviar nuestra atención.

—Es lo que parece.

Ya habían llegado, así que Diji aparcó frente a la comisaría. Néstor salió del coche despacio y compuso su expresión de decisión inapelable. La tenía muy ensayada con Paca cuando le negaba los tentempiés fuera de horas. Aunque debía reconocer que si bien funcionaba de maravilla con los humanos, casi nunca convencía a su gata. Es que Paca era mucha Paca.

Entró a la comisaría junto con Diji, que no lo perdió de vista en todo el recorrido, por si necesitaba atajarlo si caía como un saco de patatas, pero Salazar aguantó el tipo. Después de jurarle a García que estaba bien y que el asuntillo de la muñeca era un golpecito de nada, subió las escaleras hasta el segundo piso.

Con Diji de guardaespaldas consiguió superar el reto. Llegó a la cima de la escalera un poco turulato, pero lo disimuló bastante bien. Diji solo tuvo que sostenerlo dos veces y preguntarle si estaba bien en tres ocasiones, pero nada… *Peccata minuta*. Cuando por fin alcanzó el despacho de Santiago, le ordenó al subinspector que ser reincorporara a sus tareas, que ya se las arreglaría él solito. Que sí, que estaba en pleno control de todas sus facultades. ¡Lo juraba por los bigotes de su gata!

Lali lo recibió con todos los aspavientos del caso.

—¡Inspector jefe! Ya supe lo que le ocurrió. ¡Qué espanto! Tiene usted mala cara. ¿Le duele mucho? ¿Quiere que le diga a García que le ordene a uno de los agentes que lo acompañe a su casa? ¿Le traigo un café y dos aspirinas?

—Gracias, Lali. Te aseguro que estoy bien. No llames a nadie y olvida el café. Un vaso de agua será mejor. Solo quiero hablar con el comisario. ¿Está disponible?

—Por supuesto, inspector jefe. Estoy segura de que lo atenderá de inmediato.

La diligente secretaria se asomó al despacho de Ortiz, lo anunció y le hizo un gesto a Salazar para que entrara. Néstor obedeció. En cuanto cruzó el umbral, su hermano se puso de pie y se acercó a él con paso decidido y cara de preocupación. Salazar dio un paso atrás por puro instinto, que como al mastodonte de Santiago se le ocurriera darle un abrazo en ese momento, lo iba a dejar descuajaringado. Ortiz comprendió sus temores y se detuvo a una distancia prudente.

—¿Te encuentras bien, Néstor?

—De maravilla.

—Siéntate. No te vayas a caer redondo, que tienes un interesante color verde apio.

En cuanto Néstor obedeció, el comisario arremetió sin darle tregua.

—¿Qué demonios haces aquí? Deberías estar en tu casa, descansando en compañía de tu neurótica gata.

—Descansando y en compañía de mi gata son dos conceptos contradictorios, Santiago. Un oxímoron como una catedral.

—No me líes. ¿Por qué no te fuiste a casa desde el hospital?

—Porque quiero interrogar yo mismo al tío que arrestamos hoy.

—¿A cuál de ellos?

—Al niñato. Estoy seguro de que se trata de Carlitos.

Capítulo 64.

Al comisario no le sirvieron argumentos ni amenazas. No hubo manera de hacerle cambiar de opinión a su terco hermano. Claro que podía darle una orden y mandarlo a casa contra su voluntad, pero conociéndolo sabía que Néstor encontraría la manera de jugársela. Así que cedió ante lo inevitable.

—Muy bien. Te permitiré estar presente en el interrogatorio de ese individuo, pero yo llevaré las riendas y obedecerás mis órdenes sin rechistar.

—Eres mi superior. ¿Cómo puedes creer que te desobedecería? —replicó Salazar, enderezándose en el asiento y poniendo cara de dignidad ofendida. Esa todavía no la había ensayado lo suficiente con Paca, pero creía que le salía convincente—. Soy un oficial de la Ley disciplinado y obediente.

—¿Obediente tú? Mira, no me hagas hablar, que me cabreo. De cualquier manera, esas son las condiciones. Las tomas o las dejas.

Néstor compuso su cara de cachorro apaleado y abandonado al borde de la carretera. Una de sus favoritas porque nunca fallaba.

—Estoy bajo tu mando y en desventaja —le dijo, mientras levantaba un poco el brazo herido dentro del cabestrillo. ¡Demonios, cómo dolía! Con razón lo inmovilizaban—. No tengo otra alternativa que obedecer.

—¡Quita esa cara, que te conozco desde que naciste y no me vas a liar! —le dijo Santiago, al mismo tiempo que lo señalaba con el índice.

Salazar soltó un suspiro de resignación y normalizó su expresión.

—Vale.

Sin dejar de mirar a Néstor con desconfianza, Ortiz se comunicó con Lali a través de la centralita y le ordenó que realizara los preparativos para que los detenidos declararan. Miguel y Vargas se ocuparían de Gisela Estévez, Remigio y Diji de Próspero Abreu. Beatriz debía reunirse con él y con el inspector jefe en ese mismo despacho, para interrogar a Adrián. La

subinspectora se presentó en la oficina del comisario de inmediato, con un expediente en la mano.

—¿Qué averiguaste sobre el niñato, Beatriz? —preguntó Néstor.

—Su nombre completo es Adrián Estévez…

—¿Estévez? ¿Qué relación tiene con Gisela?

—Es su sobrino. El hijo de su hermano. También nació en Lyon, pero vive en España desde hace seis años. Durante los tres últimos se ocupó de Riojalta.

—Parece que todo queda en familia —comentó el comisario.

—¡Y qué familia! —replicó Salazar—. Así que Gisela registró el taller usando el nombre de Doris y le entregó el control a su sobrino.

—Sí, señor. También comprobé que Adrián tiene treinta y seis años…

—¿Con esa cara de crío? —la interrumpió Ortiz.

—Hay personas a quienes se les queda pegada la cara de adolescente —afirmó Salazar—. Supongo que esa peculiaridad le resultó muy útil en su desempeño como asesino a sueldo. En general, la mayoría nos guiamos por las apariencias.

—Sí, señor. Como decía, no tiene antecedentes criminales, pero sí encontré una coincidencia interesante…

—¿Coincidencia?

—No prueba nada, pero…

—No estás ante un juez, Beatriz —le recordó Salazar—. Cualquier dato que aportes nos ayudará a descubrir la verdad. ¿Cuál es esa coincidencia?

—El primer asesinato que cometió el sicario que apodan Carlitos ocurrió un mes después de que Adrián cruzó la frontera.

—Un mes —repitió Néstor pensativo—. Tiempo suficiente para encontrar un arma, vigilar a su objetivo y precisar sus rutinas.

—Sí, señor. Es lo mismo que yo pensé. También investigué a nombre de quién está registrada la camioneta.

—Es un dato interesante. ¿Qué encontraste?

—El dueño es Gregorio Olguín.

—El chivo expiatorio favorito de estos sujetos —comentó el inspector—. Me pregunto qué sabrán de él.

—¿Crees que Olguín es el jefe de la organización?

—No lo creo —respondió Salazar—. Quedó demasiado expuesto con Styrbif y no sería muy inteligente de su parte usar un vehículo a su nombre para cometer los crímenes. Lo cual me hace pensar…

—¿Qué? —preguntó Ortiz interesado.

—Nada. Solo una idea rondando mi cabeza. Te lo cuento después.

—Haré que traigan a Estévez —dijo el comisario, inclinándose hacia adelante para presionar el botón de la centralita que lo comunicaba con su secretaria.

—Espera un momento —le pidió el inspector jefe.

Ante el asombro de sus colegas, Salazar se puso de pie y torció todos los cuadros de la oficina antes de regresar a su asiento. Entonces usó la centralita para pedirle a Lali que le llevara el salero que sabía que guardaba para sus almuerzos. La secretaria obedeció, al mismo tiempo que se preguntaba si el inspector jefe estaría bajo los efectos de algún analgésico demasiado fuerte.

Néstor cogió el salero, vació la mitad sobre el escritorio de Santiago y lo dejó acostado.

—¿Qué demonios haces?

—Ya estoy listo. Veamos qué tiene que decir el niñato.

Ortiz sacudió la cabeza. Algunas veces su hermano actuaba en forma incomprensible, pero él había aprendido a tomarlo en serio hasta en sus conductas más extravagantes.

En ese momento se escuchó el timbre del móvil de Néstor, que anunciaba la llegada de un mensaje. El inspector comprobó que era del jefe Barros y lo abrió de inmediato: «*Huellas de llantas coinciden. Identificación positiva para la camioneta*».

Después de que Salazar les leyó la nota a sus colegas, el comisario le dijo a Lali que podía hacer pasar al detenido. Adrián entró con la espalda recta, el rostro pétreo y las manos sujetas por grilletes al frente. Lo acompañaba su abogado, quien se presentó como Alirio Santos. Salazar no conocía al leguleyo, pero el traje caro y las gafas de marca, le dieron la medida de que no se trataba de un abogado de oficio.

El inspector jefe permaneció sentado sin quitarle la vista de encima al niñato, a quien acomodaron frente a él. Ortiz ocupó su lugar detrás del escritorio y un agente trajo dos sillas adicionales en las que se sentaron Santos y Beatriz. Estévez fijó la mirada en las paredes y enseguida la apartó con incomodidad.

—Todo esto es un despropósito, comisario —dijo el abogado con firmeza—. Mi cliente es un ciudadano honesto que regenta un taller automotor, paga sus impuestos y cumple con la Ley.

—¿Considera usted que fracturarle el brazo a un policía es cumplir con la Ley? —preguntó el comisario.

—Lo hizo en defensa propia.

—¿De qué se defendió, señor Estévez? —preguntó Néstor—. No recuerdo haberle agredido en ningún momento. Lo único que yo tenía en la mano era la orden de registro que emitió el juez. Y usted me tiró una cruceta a la cabeza con toda su mala leche. Si no interpongo el brazo a tiempo, me abre el cráneo como una sandía.

—El señor Estévez se asustó. Es muy joven y…

—¿Joven, con treinta y seis años? No está cerca de la jubilación, pero dejó la adolescencia atrás hace mucho tiempo —refutó el inspector—. Tiene suficiente edad para saber lo que hace.

Alirio se removió en el asiento. Debió prever que investigarían a su cliente antes de interrogarlo, pero no era fácil justificar lo que hizo Adrián. Estévez estaba inmóvil, con la espalda rígida y la mirada fija en el salero. Era evidente que se esforzaba en parecer ajeno a lo que se hablaba en esa habitación. Néstor tuvo que reconocer que el tío tenía autocontrol. Es que no movió ni un músculo, al punto que de tanto controlarse se hacía sospechoso.

—De cualquier manera, no estamos aquí para hablar de la agresión de la que fui víctima, la cual será un clavo más para su ataúd, señor Estévez.

—¿Está amenazando a mi cliente?

—No sea primario, doctor Santos. Usted sabe muy bien que solo empleé una metáfora. Lo que quiero decir es que nuestro mayor interés en este momento son sus actividades en el taller y sus… trabajillos adicionales.

—No sabemos de qué habla —dijo el abogado. Adrián ni pestañeó. El salero lo tenía hipnotizado.

—Hablamos de distribución y contrabando de droga, tanto en España como en Europa. También nos referimos al asesinato de un agente de Interpol que trabajaba encubierto y del teniente Sastre, de la Guardia Civil, así como de causar heridas graves a una inspectora de la Policía Nacional. Y eso solo se refiere a algunos de sus crímenes, porque también es sospechoso de ejecutar a Dionisio Pérez y degollar a Virgilio Porras, alias Malacara… ¿Hay algún delito más que quiera confesar, señor Estévez?

Adrián se limitó a mirar al policía con desprecio, pero no respondió. Su indiferencia ante la retahíla de crímenes que mencionó el inspector era

escalofriante, pero a pesar de sus esfuerzos, los músculos de su cuello estaban cada vez más tensos y el labio superior le temblaba.

—Espero que tenga pruebas para sustentar acusaciones tan graves, inspector —dijo Alirio.

Salazar se removió en la silla para buscar una posición más cómoda, antes de responder.

—Por supuesto que tenemos pruebas. Tal vez el señor Estévez quiera explicarnos por qué encontramos droga en su empresa, además del material que faltaba en la fábrica de bicicletas. También esperamos que nos diga por qué ocultaba en su taller la camioneta que estuvo involucrada en el atentado contra el teniente Sastre y la inspectora Garay.

—No estaba oculta —protestó Adrián, cediendo ante la presión—. Quiero salir de esta oficina.

—Recuerde mis consejos, señor Estévez —le advirtió su defensor.

El detenido ignoró a su abogado.

—Riojalta es un taller de coches. ¿Qué de extraño tiene que albergara una camioneta con daños en la chapa?

—Se pasó una circular a todos los talleres de Haro y sus alrededores, en la que se les pedía que reportaran cualquier vehículo con ese tipo de daño —intervino Beatriz.

—Yo no la recibí —aseguró Adrián con un encogimiento de hombros —. Ahora sáquenme de aquí.

—Un poco de paciencia. ¿A quién pertenece la camioneta, Adrián?

Estévez volvió a echar un vistazo rápido a las paredes y al escritorio. Se removió en su silla y fijó la mirada en el policía que lo interrogaba.

—Solo sé que es de un amigo de Próspero. Por lo general solo trabajamos con vehículos pesados, pero hicimos una excepción en este caso. Esa es la razón de que no estuviera a la vista. No queríamos que otros clientes pensaran que podían traer sus coches. Ya tenemos bastante trabajo con los camiones y los autobuses.

—¡Genial! —exclamó Salazar—. Le aplaudiría si pudiera, señor Estévez, pero no sería prudente en mi situación. De manera que según usted, recibió la Hilux para hacerle un favor a su empleado y la escondió de los demás clientes para que no se aprovecharan de su bondad. ¿En verdad pretende que nos creamos algo así?

—No me interesa lo que usted crea. Me basta con convencer al juez.

—¿Qué hay de la droga?

—No sé nada de ninguna droga.

Néstor miró a sus colegas. Su escepticismo era evidente.

—Y supongo que tampoco tiene idea de por qué había suficiente fibra de carbono y resina epóxica en Riojalta, como para montar su propia fábrica de bicicletas o esquíes.

—Soy mecánico. Solo sé reparar vehículos pesados.

—¿Quién se encarga de las chapas?

—Próspero. Quiero regresar a mi celda.

El teléfono del escritorio del comisario comenzó a sonar. Él atendió de inmediato. Lali no interrumpiría un interrogatorio si la llamada no fuera urgente.

—De acuerdo, pásamelo. Sí. Jefe Barros… no se preocupe, usted nunca interrumpe. Lo escucho… Bien. De acuerdo, muchas gracias.

Santiago colgó y se quedó en silencio por algunos segundos. Tanto los policías como el detenido y su abogado, lo miraron con expectación. Ortiz apoyó ambos brazos en el escritorio y cogió aire antes de hablar.

—Balística terminó de realizar todas las pruebas a la *Sig sauer* que encontraron en la camioneta. Se trata del arma con la que asesinaron al teniente Sastre y a Dionisio Pérez. Y de acuerdo con los archivos de la Guardia Civil, también está involucrada en otros asesinatos no resueltos. En otras palabras, es el arma favorita del sicario que se hace llamar Carlitos.

Capítulo 65.

Las palabras del comisario volvieron a sumir a Estévez en su mutismo inicial. Los ojos de Adrián se centraron de nuevo en el salero. A Néstor no le estaba resultando fácil controlarse. Ya no había dudas de que uno de los detenidos por el tráfico de drogas era Carlitos, el sicario que causó el accidente que casi le cuesta la vida a Sofía. Y Salazar estaba convencido de que se trataba del hombre sentado frente a él. Ahora solo necesitaba demostrarlo.

—Ya tenía bastantes problemas, señor Estévez —dijo Ortiz entre dientes—, pero ahora hablamos de otro nivel. Esa arma lo señala como asesino a sueldo.

—Todavía no demuestran ninguna relación entre la Hilux y mi cliente.

—¡La camioneta estaba en su taller!

—Hay muchos vehículos en ese taller —replicó el abogado—. ¿Quién es el propietario de la camioneta? Porque ese sería el primer sospechoso ante cualquier juez.

Néstor y Santiago intercambiaron una mirada. El leguleyo tenía razón. Los hallazgos en la Hilux comprometían más a Olguín que a Estévez, pero Salazar estaba convencido de la culpabilidad de Adrián. Y tenía buenas razones para ello.

—Muy bien, es todo por ahora —dijo el inspector, sorprendiéndolos a todos—. Continuaremos con este interrogatorio más adelante.

Santiago enarcó las cejas, pero le siguió la corriente a Néstor y llamó a Lali, para que un par de agentes escoltaran al detenido de vuelta a su celda. El alivio de Adrián cuando salió del despacho del comisario resultó evidente. Beatriz también regresó a sus labores, sin comprender la decisión de sus jefes.

En cuanto se quedaron solos, el comisario clavó la mirada en Néstor con el ceño fruncido. ¡Una imagen terrorífica!

—¿Quieres decirme a qué vino eso? ¿No viste lo tenso que estaba? Estoy seguro de que si hubiéramos presionado un poco más, habría confesado.

—No te engañes, Santiago. Este solo hablará si se siente perdido. Y todavía estamos muy lejos de eso.

—Estaba nervioso, preocupado…

—Es cierto —reconoció Néstor—, pero no era a causa de las acusaciones o las evidencias. Sabe muy bien que sus cómplices encajan en el perfil de Carlitos tan bien como él. Lo tiene claro porque se ocupó de que fuera así.

—¿Entonces por qué estaba tan inquieto?

—Por los cuadros y la sal.

A Santiago se le puso cara de panoli. ¡Desternillante! Con un esfuerzo, Salazar se mantuvo serio y se explicó.

—Me pregunté por qué un sujeto tan astuto y que era tan cuidadoso en evitar que lo identificaran, cometió un error tan estúpido como usar siempre la misma pistola o emplear un vehículo a nombre de uno de sus cómplices.

—Sí, es extraño. ¿Sabes por qué actuó así?

—Es supersticioso.

—¿En qué te basas para afirmarlo? No leí ninguna referencia al respecto en su expediente.

—Supongo que si eres un sicario que quiere mantener su reputación, no permitirías que nadie se enterara de semejante debilidad.

—¿Y llegaste a esa conclusión por la *Sig sauer* y la Hilux? Tal vez se sienta cómodo con esa arma y ese coche.

El inspector negó con la cabeza.

—Piénsalo bien. Cualquier delincuente con dos dedos de frente hubiera usado una camioneta robada para dejarla abandonada, y tal vez quemada en cualquier descampado. Estévez la escondió en su propio taller para repararla. Una conducta absurda por donde la veas. Tres cuartos de lo mismo con la *Sig sauer*. La única explicación lógica es que las considere especiales.

—De la buena suerte —sentenció Ortiz, al comprender la idea del inspector.

—Mucha gente hace cosas absurdas cuando les atribuye fortuna a ciertos objetos. Creo que es el caso que nos ocupa. Por eso hice un pequeño experimento.

—¡Con la sal!

—Los cuadros torcidos y la sal derramada traen mala suerte según ciertas creencias populares. ¿Notaste que Adrián no le quitó la vista de encima al salero desde que entró?

—De acuerdo, el tío es supersticioso. ¿Qué prueba eso?

—Adrián es supersticioso, al igual que Carlitos.

Santiago suspiró y asintió.

—Extraordinario. Ya sabemos que es el cabrón que buscamos. ¿Ahora cómo lo probamos ante el juez?

—Tiempo al tiempo. Te aseguro que cuando salga de aquí a prisión preventiva, no habrá juez que ponga en duda su identidad.

Un par de golpes en la puerta interrumpieron a los policías en su discusión. Lali se asomó con timidez.

—Comisario, inspector jefe, los inspectores Pedrera y Vargas ya interrogaron a la detenida, y los esperan en la sala común.

—De acuerdo, Lali. Vamos para allá —dijo Néstor, mientras se levantaba de la silla y se encaminaba hacia la puerta.

—Adónde deberías irte es a casa —protestó Santiago—. No estás en condiciones de trabajar.

—¿Y perderme la parte buena, donde castigamos a los malos y nos ganamos una medalla de latón? Ni lo sueñes. Yo me quedo hasta que enviemos a estos cabrones a prisión preventiva, con un expediente bien armado.

—Solo espero no tener que recogerte del suelo con una espátula —comentó el comisario, siguiendo los pasos del inspector jefe.

Salazar llegó al segundo piso con dificultad, pero llegó. Santiago no lo perdió de vista. Sabía que sería inútil cualquier esfuerzo por apartarlo de la investigación a esas alturas. Miguel y Arquímedes intercambiaban impresiones sobre la declaración de Gisela. ¿Habrían aprendido a trabajar juntos esos dos?

—Ya Beatriz nos comentó acerca de la entrevista con el niñato —les informó Pedrera—. Por lo visto yo tenía razón y el asesino es Olguín.

Salazar se sentó en la primera silla vacía que encontró. Si se mareaba frente a Santiago, lo pondría de patitas en su casa y le ordenaría a Paca que no lo dejara salir. El inspector consideraba a su gata muy capaz de cumplir el encargo.

—Creo que en este caso las apariencias pueden ser engañosas —argumentó Néstor. Luego les contó acerca de sus conclusiones sobre lo supersticioso que era Adrián, y por qué consideraba que ese era un rasgo común con Carlitos.

Miguel ya estaba negando con la cabeza, antes de que el inspector terminara de hablar.

—¿No estás rizando demasiado el rizo, Salazar? Es posible que el asesino conservara la camioneta y la pistola porque se sentía cómodo con ellas. Además de que conseguir un arma en el mercado negro y robar un coche habrían elevado el riesgo de sus operaciones.

—¿Riesgo? ¿Hablas de riesgo con un sujeto que arroja a un agente encubierto desde los riscos, y le dispara a guardias civiles y policías? No creo que a Carlitos le importen mucho los riesgos. En cualquier caso, pronto sabremos si se trata de Adrián Estévez.

—¿Cómo lo comprobaremos sin que al juez le queden dudas, señor? —preguntó Beatriz.

—Esperaremos a que los peritos terminen su trabajo. ¿Cómo os fue con Gisela?

Miguel cogió aire y lo soltó despacio.

—¿Qué te puedo decir? Lloró, suplicó y trató de convencernos de que su arresto era un lamentable error.

—¿Qué explicación dio para la usurpación de la identidad de su hermana?

—Lo negó todo. Dijo que debía ser un error informático. ¿Puedes creerlo? También insistió en que siempre ha sido una ciudadana ejemplar, y que es la pareja de un excomisario de la Policía. Por cierto que nos dio su nombre, y nos pidió que lo llamáramos.

—Don Braulio —murmuró Néstor.

—Sí, ese es el nombre. ¿Lo conoces?

El inspector asintió con pesar. Se acercaba un momento que hubiera querido evitar. Solo esperaba que el arresto de Gisela Estévez no perjudicara su amistad con don Braulio. Un deseo necio. El viejo detective estaba enamorado hasta las trancas y no querría aceptar la realidad. Por otra parte, él no podía mostrarle las evidencias que tenían contra Estévez, pues eran parte del secreto del sumario.

—Supongo que tampoco admitió que está involucrada en el contrabando.

—Por supuesto que no —reconoció Pedrera—. Al igual que su sobrino, el interrogatorio de Gisela fue un rotundo fracaso.

Néstor se quedó pensativo por unos segundos.

—De los cargos de suplantación de identidad no la salva ni la caridad, pero nos va a resultar complicado demostrar su participación en el contrabando.

—Te recuerdo que la droga estaba en los autobuses de la agencia.

—Sí, pero ella puede argumentar que no sabía nada de lo que ocurría fuera de las puertas de Brisas de Haro.

—A menos que alguno de sus cómplices decida hablar.

—Veremos qué resultados tienen Remigio y Diji con el Chotis —opinó Néstor—. Quizá Próspero no esté dispuesto a sacrificarse por sus jefes.

Capítulo 66.

Como si los hubiera invocado, Remigio y Diji entraron en la sala común con los ojos brillantes y amplias sonrisas. Era evidente que corrieron con mejor suerte que sus colegas. Toro se percató enseguida de los rostros preocupados, las espaldas rígidas y el ambiente pesado.

—Parece que los Estévez resultaron huesos duros de roer.

—Más duros que el turrón viejo —les confirmó Pedrera—. Deduzco por vuestras caras que tuvisteis mejor suerte.

—Nos fue tan bien, que cuando El Chotis comenzó a soltar todo lo que tenía por dentro, casi tuvimos que darle una hostia para que se callara. Nos dijo hasta la talla de los gayumbos que usa su jefe.

Salazar se inclinó hacia adelante, apoyó el brazo herido sobre la mesa y le hizo un gesto con la mano sana a Remigio, para que comenzara a contarles lo que averiguaron.

El inspector Toro desplegó una sonrisa de suficiencia y negó con la cabeza.

—No tan rápido, pico de oro. *Quid pro quo*. Vosotros primero.

En pocas palabras, Pedrera resumió el fracaso de los interrogatorios y los pocos resultados que recibieron de Científica.

—Pues coincide con lo que nosotros averiguamos —reconoció Remigio.

—¿Quieres dejarte de rodeos y explicarnos de una vez lo que dijo Abreu? —intervino el comisario, que ya comenzaba a cabrearse. Remigio se enderezó en el asiento y adoptó una actitud más formal.

—Sí, señor. Estuvimos bastante acertados en nuestras teorías. Los cabecillas de la banda son Gisela Estévez y su sobrino Adrián. Ella tiene conexiones con un cartel mexicano que les suministra la droga. El mismo que contrataba a Adrián como sicario para trabajos puntuales, que él ejecutaba bajo el alias de Carlitos. Hace seis años, el cartel decidió

establecer una red de distribución desde España, para que surtiera a parte de Europa Occidental. El acuerdo le otorgaba el control de La Rioja a Carlitos, con la condición de que eliminara a los pequeños distribuidores locales con discreción…

—Allí sentenciaron a Malacara —lo interrumpió Vargas.

—Así es. Estévez lo asesinó y le entregó el territorio a Campos, quien era uno de sus hombres. Durante tres años prepararon el terreno. Gisela compró el taller de Riojalta, para lo cual utilizó el nombre de su hermana muerta. Luego le entregó el control a su sobrino, quien asumió como gerente. Ella se empleó en la agencia de viajes y se ganó la confianza de su dueño. Cuando Blanxart se jubiló, encontró que la persona más idónea para encargarse del negocio era su secretaria.

—Supongo que después usaron la agencia para sacar la droga del país —señaló Néstor. Remigio asintió—. ¿En qué momento involucraron a Olguín?

—Voy a eso. Desde el principio, la idea fue sacar la droga usando las chapas de los autobuses. Creo que Diji puede explicaros esta parte mejor que yo…

El subinspector tomó la palabra.

—En Riojalta se elaboraban piezas de chapa para los autobuses con fibra de carbono. Es un material liviano, resistente y muy moldeable, así que las armaban en dos capas con un espacio vacío muy delgado que rellenaban con la droga. Una vez lijada y pintada con el color correcto, la chapa no se diferenciaba de la original, salvo porque tenía un par de milímetros más de grosor. Algo imposible de detectar a simple vista.

—Joder, eso explica cómo pasaron las inspecciones sin inconvenientes —comentó Miguel.

—Sí, hay que reconocer que son astutos —dijo Remigio—. Bien, el contrabando funcionaba así: ofrecían *tours* muy baratos a jubilados para darles una apariencia más inocente. Luego los autobuses se enviaban al taller antes de cada viaje para su «revisión mecánica». Allí cambiaban toda la chapa, de manera que el vehículo completo era un enorme contenedor de droga. El propio Próspero se había encargado de fabricar las piezas y tenerlas preparadas para el cambiazo. Al llegar a sus destinos llevaban al autobús al taller que estaba involucrado con la red en cada ciudad. Allí removían las piezas de fibra de carbono y volvían a sustituirlas por las originales.

—¡La madre que los parió! —exclamó Vargas—. Aunque las autoridades sospecharan de la agencia, centrarían sus revisiones en los equipajes o buscarían compartimentos en el autobús. Así que nunca iban a encontrar la droga.

El inspector Toro asintió antes de retomar la palabra.

—Y aquí viene la respuesta a tu pregunta sobre Olguín. Los Estévez necesitaban una forma de conseguir la fibra de carbono sin llamar la atención, así que decidieron fundar otra empresa que justificara esas compras. Entonces pensaron en Olguín y crearon Styrbif.

—¿Por qué lo escogieron? —preguntó el comisario.

—Gregorio Olguín es un aficionado al ciclismo desde hace muchos años, pero en su juventud tuvo aspiraciones profesionales. No jugaba limpio. Se convirtió en usuario y distribuidor de sustancias dopantes. Su entrenador lo descubrió y lo expulsó del equipo.

—¿Por qué no aparece esa acusación en sus antecedentes? —quiso saber Néstor.

—Porque el entrenador no lo denunció, a cambio de que no volviera a aspirar al ciclismo profesional. Y Olguín cumplió, hasta que los Estévez lo contactaron. Tenían las pruebas de su delito y lo extorsionaron para que entrara en el plan. Debía aparecer como el dueño de una fábrica de bicicletas de fibra de carbono y proveerles todo el material que necesitaran. Además de que era el blanqueador de los capitales.

—¿Cómo? —preguntó Beatriz, sorprendida—. Ni los peritos financieros ni yo encontramos nada extraño en la contabilidad de Styrbif.

—Lo hacían a través de los patrocinios. Varios de los equipos ciclísticos y centros de entrenamiento a los que la fábrica les donaba dinero, le pertenecen a los Estévez por intermedio de testaferros.

—Estos tíos son maquiavélicos —opinó Vargas, acompañando sus palabras con un resoplido.

—¿Cuál es el papel de SINTE en el entramado? —preguntó Ortiz.

—Ninguno. La transportista no tiene nada que ver con el contrabando —respondió Diji—, pero cuando pillaron a uno de los cómplices de la red en Bruselas, el tío contó la historia que habían acordado y señaló a SINTE. La escogieron por los antecedentes de su dueño y porque contrataba exconvictos. Eran el chivo expiatorio perfecto.

Salazar se recostó en la silla, mientras establecía relaciones y sacaba conclusiones en su cabeza.

—Así que Interpol envió a Akram a investigar en SINTE, y es probable que el agente comprobara que la transportista estaba limpia, por lo que amplió su campo de acción y debió encontrar alguna pista que le hizo sospechar de la agencia de viajes.

—Esa fue su desgracia, señor —opinó Diji—. Por las fotografías que había en su habitación es evidente que no sabía quiénes estaban involucrados, pues ni Blanxart ni Castillo forman parte de la red.

—Sin embargo, debió hacer preguntas incómodas en los lugares incorrectos. Y también descubrió que el sicario al que llamaban Carlitos estaba involucrado, por lo que se puso en contacto con la Guardia Civil… —razonó Salazar.

—Próspero también declaró algunos detalles al respecto —les informó Remigio—. Nos contó que el día del asesinato de El Hashem, Adrián los reunió en Styrbif. Les dijo que el policía se estaba acercando y que tenían que detenerlo, así que elaboró un plan: Olguín debía coger una habitación en la pensión. Después de que él y Próspero secuestraron a Akram y lo llevaron a la fábrica, Gregorio revisó el dormitorio en busca de cualquier evidencia contra ellos. Es una suerte que resultara tan incompetente, pues no encontró las fotos que enfocaron nuestras sospechas en la agencia. El Hashem las ocultó bien.

»En la fábrica, Adrián golpeó al agente hasta que este le confesó lo que había descubierto y le habló de su contacto con la Guardia Civil. Entonces Carlitos decidió asesinarlo y luego encargarse de los «malditos polis entrometidos que venían a por él». Lo lamento, Salazar. Esas fueron sus palabras textuales.

—Ya lo supongo, Remigio. Así que fueron Adrián y Próspero quienes arrojaron a Akram desde la ermita.

Toro asintió.

—Y luego cogieron la Hilux y salieron al encuentro del teniente Sastre y de Sofía. Embistieron el coche un par de veces, pero como Sastre consiguió mantenerse en la carretera, Adrián comenzó a dispararles hasta que una de las balas dio en el blanco. Ya sabemos las consecuencias.

—Muy bien. Esto lo aclara todo —sentenció Salazar—. Elaboremos los informes para el juez. Vamos a encerrar a estos malnacidos y tirar la llave.

—No quiero ser pesimista, señor —intervino Beatriz con timidez—, pero ¿cree que será suficiente? Me refiero a que solo es la palabra de Abreu.

Lo más probable es que los Estévez lo nieguen todo, y sus declaraciones carguen las culpas al Chotis y a Olguín.

Un mensaje entró en el móvil del inspector jefe y desvió su atención de la pregunta que le hizo su subalterna. Lo enviaba el jefe Barros, así que Néstor lo abrió de inmediato. Lo leyó y desplegó una amplia sonrisa.

—Creo que Científica te responderá por mí, Beatriz. La comparación de la cicatriz en la mano de Adrián Estévez se corresponde con la impresión dental de Amalia Segura. Eso confirma que el niñato asesinó a Malacara, lo que demuestra que es el jefe de los narcotraficantes y por lo tanto, el sicario que se hace llamar Carlitos.

¡Ya lo tenían! Toda la plantilla se puso manos a la obra para elaborar informes y respaldarlos con evidencias que luego enviarían al juez. Trabajaron hasta pasada la medianoche para garantizar que los miembros de la banda no se fueran de rositas.

Cuando por fin cerraron el caso, la oscuridad rodeaba a la comisaría, salpicada apenas por la discreta luz de las farolas. Los policías se dispusieron a marcharse, satisfechos por los resultados de la jornada. Néstor comprendió que era su oportunidad, así que le pidió a Vargas que se reuniera con él en su despacho antes de irse a casa.

Minutos después, el inspector jefe ocupaba su lugar detrás del escritorio, mientras Arquímedes se sentaba frente a él, con la espalda rígida y el ceño fruncido.

—Supongo que no me llamó para felicitarme, Salazar —El inspector jefe guardó silencio por unos segundos. Vargas se removió con incomodidad—. Muy bien, reconozco que me he comportado como un cenutrio, pero no es fácil admitir que después de más de treinta años de servicio, a uno lo saquen de su puesto de trabajo para arrojarlo a una pequeña comisaría de barrio.

Esta vez fue Néstor quien frunció el ceño.

—En lo personal, no cambiaría esta comisaría de barrio por la Jefatura Superior de ninguna capital de provincia. Y te lo digo con conocimiento de causa —Vargas bajó la mirada—. Aun así te comprendo, Arquímedes. Yo sentí lo mismo que tú cuando me trasladaron a San Miguel. Sin embargo, esa no es la razón por la que quise hablar contigo.

—¿Entonces, por qué?

—Estuve revisando tu expediente —dijo Salazar, mientras abría una carpeta que reposaba frente a él—. Eras uno de los detectives más brillantes

de la Jefatura Superior. Estas referencias las confirmó mi buen amigo, el excomisario Braulio Quintero —Vargas levantó la mirada—. Me habló muy bien de ti, pero desde hace dos años comenzaste a cometer torpezas y a mostrarte irritable y pendenciero con tus compañeros y tus jefes.

—Unos jefes que no tuvieron reparos en darme una patada en el culo cuando les resulté incómodo.

Néstor volvió a guardar silencio, sin dejar de mirar a su subalterno. Se preguntaba cuál sería la mejor forma de abordar la situación. Decidió ser directo.

—¿Desde cuándo estás perdiendo la vista?

Los ojos de Arquímedes se abrieron como los de un besugo en el horno.

—¿Cómo coño…?

—Si puedo hacer bien mi trabajo, es porque soy un buen observador de la naturaleza humana. Tengo frente a mí un investigador de primera categoría, que de repente se muestra torpe e irritable, que tropieza con los objetos y deja escapar a un sospechoso que le pasa frente a las narices. La única explicación que se me ocurre es que esté perdiendo la visión.

Arquímedes suspiró y al inspector jefe le recordó un globo desinflándose.

—De acuerdo. Usted gana. Comencé a tener problemas hace dos años. Las gafas no eran suficientes, así que consulté a un oftalmólogo privado. El diagnóstico me hundió la vida: Degeneración macular. Es progresivo y cada día va a peor. Dejé de fumar de inmediato, pero ya el mal estaba hecho.

—¿Te lo causó el cigarrillo?

—No, pero contribuyó a que avanzara con mayor rapidez.

—¿Por qué no lo notificaste a tus superiores?

—Me habrían dado de baja. Una pensión y a la puñetera casa, a pasar las horas muertas rumiando mi triste futuro. No, Salazar. ¡Yo quiero morir con las botas puestas!

—¿Eres consciente del riesgo que corres al trabajar en esas condiciones?

—Lo soy, pero prefiero morir en un acto de servicio que en mi casa.

—¿Y qué pasa con tus compañeros? Confían en que los apoyarás en un momento de peligro, pero tú no estás en capacidad de cumplir tu función a cabalidad. Lamento ser tan duro, Arquímedes, pero es la realidad.

Vargas no supo qué decir, así que formuló la pregunta que más le preocupaba.

—¿Me delatará?

—No puedo permitir que mi personal corra semejante riesgo, pero tampoco quiero denunciarte. Prefiero que seas tú mismo quien pase la notificación. Te prometo que haré lo posible por ayudarte, pero no podrás continuar siendo inspector en San Miguel.

Epílogo.

El invierno ya daba sus primeros pasos el día que Néstor se tomó el primer café decente preparado por él mismo. ¡Por fin lo consiguió! Se sentía tan orgulloso como el día que se graduó en la Academia de Policía. Lo saboreó con calma, mientras Paca y Lola vaciaban sus respectivos tazones de leche. Se acomodó el cabestrillo, aunque sabía que sería un gesto inútil y que no le aliviaría la picazón. ¡Y todavía le quedaba otro mes y medio por delante con semejante martirio! Soltó un suspiro cargado de autocompasión. Cuando menos no fue necesaria la cirugía, y eso lo libró de las agujas.

—¿Y qué me dices, Paca? ¿Meditaste sobre lo que te conté ayer?

Beber del tazón y ni puñetero caso.

—Me refiero a la propuesta que me enviaron… No lo sé. Por una parte es una oportunidad única, emocionante, pero por otra… Me siento muy bien en San Miguel. No quisiera dejar en la estacada a Santiago y al resto del equipo. En especial ahora que volvió la paz a la comisaría.

Rápida mirada a su humano, bigotes blancos y vuelta al tazón.

Néstor soltó otro suspiro, esta vez de víctima incomprendida.

—Sí, ya sé. Son demasiados cambios en poco tiempo. Además, si aceptara es posible que tuviéramos que marcharnos de Haro. ¿Te gustaría experimentar en otros horizontes felinos?

—Miaauu —dijo Paca en tono exigente. Ya había vaciado el tazón y quería más.

El inspector ni siquiera protestó. Con gesto automático echó otro chorro de leche. Paca volvió a concentrarse en su desayuno. Él volvió a llenar su taza con café, le agregó unas gotas de leche y una cucharadita de azúcar. Estaba deslumbrado con su habilidad culinaria recién descubierta. Quién sabía, tal vez de allí a *Master Chef*. No había límite para sus ambiciones culinarias. La gata de Dika también terminó su piscolabis y siendo menos exigente que Paca, se retiró a la cesta a dormir la siesta.

—Como te decía —continuó el inspector—, Interpol quedó muy satisfecha con los resultados de nuestra investigación. Los allanamientos en los talleres de Francia y Bélgica les permitieron desmantelar la principal red de distribución de droga en Europa Occidental. Y de paso cogieron a todos los testaferros. Arrestaron a más de cincuenta personas al norte de los Pirineos. Sin contar las que trincamos de este lado. La operación tuvo un éxito formidable. Por eso Interpol me quiere en sus filas, pero no lo sé… ¿Tú que crees?

Paca subió a la mesa de un salto, se acercó a Néstor y restregó su cabeza contra el cabestrillo. El inspector le acarició detrás de las orejas. En las últimas semanas, la pequeña felina se había mostrado muy cariñosa y posesiva con él. Lo celaba a tal punto que no permitía que Lola se le acercara.

—Maaauuu —dijo Paca, extasiada con los mimos que le prodigaba el simio sin pelo. Era lento para aprender, pero ella era una gata muy perseverante, y poco a poco él iba avanzando en su entrenamiento.

Salazar continuó exponiendo sus cuitas en voz alta.

—Sí, yo también pienso lo mismo. No quiero abandonar mi vida o dejar atrás a mi familia. Además, ¿quién se ocuparía de ti si nos mudamos de esta buhardilla? Sé que Gyula y Dika te tratan tan bien o mejor que yo. Tendría que dejarte en manos de extraños.

—Meu.

—No te preocupes Paca. Yo nunca te haría eso.

Salazar acarició el lomo de su gata, y ella volvió a frotar su cabeza contra él. ¡Que se impregnara con su olor! Así quedaría muy claro a quién pertenecía el humano.

Néstor se quedó pensativo por unos segundos y soltó un tercer suspiro. Este de tristeza.

—Si tan solo hubiera convencido a Sofía para que regresara conmigo.

—Mieeeuu.

—Sí, ya lo sé. Si yo la comprendo. No quiere ser una carga para nadie y menos para mí. Ella misma me lo dijo, pero sabes que yo nunca la vería como una carga. Habría estado allí para apoyarla.

—Maumau.

—Tienes razón. Sé que debo respetar su decisión de regresar con su familia mientras completa su terapia física y se recupera, pero ¿qué quieres que te diga? La echo de menos. ¿Crees que alguna vez considere volver?

—Mauuu —respondió Paca, al mismo tiempo que se levantaba en dos patas y frotaba la cabeza contra el cuello de su humano.

—Sí, yo sé que siempre podré contar contigo, pero… Bueno, supongo que para una gata no es fácil de comprender. Yo mismo no lo entiendo. El lugar de Sofía está reservado para ella y nunca podrá ocuparlo nadie más. No te ofendas, pero los humanos somos así. Tendré que ser paciente y esperar. Este asunto nos trastocó la vida a todos. Al menos pude reconciliarme con don Braulio. Menudo disgusto se llevó el pobre cuando supo quién era la mujer de la que se enamoró. Fue una suerte que Evelia estuviera allí para recoger los pedazos.

—Mrrreu.

—Sí, tú lo has dicho. Tal vez deberíamos aprender de vosotros los felinos, que no os liais tanto.

—Meeuuu.

Salazar terminó su segundo café y miró su reloj.

—Tengo que dejarte, Paca —le dijo a su gata, mientras metía la taza en el fregadero, se acomodaba la corbata y se ponía la chaqueta del traje. Ese no era un día para usar el gabán, así que lo dejó en su cesta—. Nos vemos más tarde. Debo cumplir una promesa. Procura no romper demasiadas cosas, no meterte en agujeros de los que no puedas salir y no causar daños irreparables en la buhardilla.

—Mieeeuuu.

—Sí, tú. Que ya nos vamos conociendo —reafirmó el inspector, mientras terminaba de acicalarse y cogía el móvil.

Llevaba un poco de prisa, así que salió de la buhardilla, corrió escaleras abajo y alcanzó el portal en pocos segundos. Pasó de largo frente a La Callecita. Una hora más tarde llegó a la Jefatura Superior. Después de identificarse, subió al segundo piso y entró en la sala de conferencias. Ocupó una de las últimas sillas. El salón se fue llenando poco a poco de policías jóvenes. Algunos llevaban en la mano libretas, cuadernos o un portátil. A la hora fijada, ya todas las sillas estaban ocupadas y se escuchaba un murmullo sordo, que se convirtió en silencio absoluto cuando entró el conferenciante con paso lento.

—Buenos días señoras y señores, bienvenidos al curso avanzado sobre procedimientos policiales en la escena del crimen. Mi nombre es Arquímedes Vargas, y a partir de hoy seré su instructor.

Nota de autor:

Querido lector, espero que hayas disfrutado el libro. Si te gustó la historia y quieres hacerme alguna pregunta, o recibir información acerca de nuevas publicaciones y promociones, puedes seguirme en *Goodreads*. También puedes contactarme en la siguiente dirección: m.j.fernandezhse@gmail.com. Me complacerá mucho responder a cualquier inquietud que quieras plantearme. Gracias.

M.J. Fernández

Serie del inspector Salazar

Rodeado por los fértiles viñedos de la Rioja Alta, el extravagante y poco convencional inspector Salazar se ocupa de investigar los crímenes que turban la paz de la ciudad de Haro con la colaboración del equipo de detectives de la comisaría de San Miguel, al mismo tiempo que afronta las vicisitudes de su compleja vida personal, y supera su eterna soledad con la compañía de la pequeña felina que lo adoptó como su humano.

NO ES LO QUE PARECE: Un caso del inspector Salazar

Un político muere en forma repentina durante un mitin en Haro, La Rioja. El inspector Néstor Salazar y su nueva compañera, la subinspectora Sofía Garay, son los llamados a determinar si se trató de un homicidio, pero la situación se hace más compleja cuando la investigación comienza a revelar que las apariencias resultan muy alejadas de la realidad. Nuevas muertes complican el caso, mientras la subinspectora comprende que el propio inspector tampoco es lo que parece.

Un comisario que ha pedido traslado desde Tenerife lleva a cabo una investigación paralela sobre una tragedia ocurrida en su familia veinte años atrás, algo que no dejará indiferente al inspector.

JUEGO MORTAL. (Inspector Salazar 02)

«La sirena de la ambulancia rompió el silencio de la noche de Haro, mientras las luces de emergencia destellaban en la oscuridad. Dentro del área de tratamiento, un médico y un enfermero se afanaban en detener la hemorragia del paciente que yacía sobre la camilla. Sofía se esforzaba en contener las lágrimas, mientras contemplaba el rostro cada vez más pálido de Salazar. El gotero, puesto a chorro, alimentaba las venas del herido, en

un intento de mantenerlo con vida…»
Durante la celebración de la Semana Santa en Haro, lo que en un principio parecía un hecho puntual, el suicidio de un adolescente, se convierte en una pesadilla para el inspector jefe Salazar y sus compañeros, cuando comienza a suceder repetidamente entre jóvenes que no mostraban ningún indicio que hiciera sospechar esa tendencia. Mientras Salazar se concentra en hallar la respuesta para que no sigan muriendo chicos inocentes, la subinspectora Garay se embarca en una investigación para detener a un asesino profesional que ha jurado que Néstor Salazar será su próxima víctima.

AQUÍ HAY GATO ENCERRADO. (Inspector Salazar 03)

La comisaría de «San Miguel» concentra sus esfuerzos en la investigación del secuestro de un niño en Haro, mientras el inspector Salazar se encuentra en una asignación especial. Cuando el desarrollo de llos acontecimientos culmina en un desenlace y uno de los secuestradores aparece muerto con una nota suicida atribuyéndose la culpa, el comisario Ortiz comienza a recibir presiones para que cierre el caso. Ante su negativa él mismo resulta extorsionado y se ve obligado a llamar a Néstor para pedirle ayuda.
Salazar abandona la asignación para ayudar a su hermano, pese a las consecuencias que puede acarrearle tal decisión y se avoca a una investigación contra el tiempo que no admite fracaso porque está en juego la vida de alguien muy importante para él…

GATO POR LIEBRE. (Inspector Salazar 04)

Mientras Haro se prepara para las fiestas navideñas, una llamada rutinaria se convierte en un caso de dimensiones insospechadas que pone a prueba la astucia del inspector jefe y la eficiencia de sus compañeros de la comisaría de "San Miguel". La puesta en escena de un triple homicidio para que parezca un accidente dispara todas las alarmas, dando inicio a un despliegue de actividad por parte de todo el equipo. Deben resolverlo deprisa, porque de ello depende la salvación de muchos inocentes. Al mismo tiempo, la vida personal de Salazar se ve sacudida por un acontecimiento inesperado que le imprime un giro desconcertante. Nada volverá a ser lo mismo.

Vuelven el inspector Salazar y sus compañeros en un relato de suspense e intriga que no dejará indiferente a ningún lector, con nuevos personajes, anécdotas y situaciones que ponen en aprietos al entrañable inspector. La historia además de intriga proporcionará emociones a quien acompañe a los personajes a las calles de la ciudad, para compartir esta nueva aventura policíaca.

LO QUE EL GATO SE LLEVÓ. (Inspector Salazar 05)

El inexplicable asesinato de una anciana enfrenta a Salazar a una situación difícil cuando su mejor amigo es acusado y detenido. Deberá emplear toda su inteligencia y experiencia para convencer a sus colegas de la inocencia de Gyula. Mientras Néstor se esfuerza en ayudar a su compañero de infancia, su hermano Santiago recibe amenazas a causa de un oscuro secreto de su pasado que también afecta al inspector, y cuya investigación los conducirá a un resultado desconcertante y peligroso.

LOS GATOS CAEN DE PIE (Inspector Salazar 06)

Salazar deberá enfrentarse a un crimen desconcertante, al mismo tiempo que atraviesa por uno de los momentos más difíciles de su vida personal.
En un barrio elegante de Haro asesinan a toda una familia durante la celebración del cumpleaños de uno de sus miembros. Todos los Acosta están muertos excepto el hijo menor, a quien encuentran en su habitación drogado, dormido y con el arma homicida en la mano. A pesar de la brutalidad del crimen, la resolución parece muy sencilla a primera vista, hasta que Salazar encuentra evidencias que le hacen sospechar que hay mucho más detrás del aparente parricidio y fratricidio.
Conforme avanza la investigación, los detectives de «San Miguel» descubren que los Acosta ocultaban secretos inconfesables que los convertirían en el objetivo de la venganza de un gran número de personas, algunas en extremo peligrosas… Incluso para el propio Salazar.
Al mismo tiempo, don Braulio le pide ayuda a Néstor para encontrar a dos jóvenes que se fugaron y perdieron el contacto con sus familias. Lo que en

un primer momento parece una chiquillada sin importancia, adquiere carácter oficial con la aparición de un cadáver. Dependerá de Salazar y su equipo detener al homicida antes de que haya nuevas víctimas…

Serie Argus del Bosque

El insociable y adusto comisario Argus del Bosque se enfrenta a los casos más difíciles, en aquellos lugares donde sus habilidades especiales, que son producto de un entrenamiento poco convencional, lo convierten en el investigador ideal. Al mismo tiempo deberá enfrentarse a un pasado que habría preferido olvidar, pero que irrumpe en su vida y la cambiará para siempre.

MUERTE EN EL PARAÍSO (Argus del Bosque 01)

María muere apuñalada en el lugar más seguro del mundo: la isla privada de Antonio Abelard. Argus del Bosque, un talentoso comisario de la Policía Nacional, recibe la orden de encargarse de la investigación. El crimen tiene un carácter ritual, lo que despierta el temor en la familia Abelard de que se trate de una secta que ya actuó contra ellos en el pasado. El destino de la joven acaba con la tranquilidad de todos los habitantes de la isla. Argus debe resolver el misterio para que Marañón vuelva a ser un refugio seguro, pero conseguir su objetivo significará enfrentarse a intrigas, prejuicios, testigos hostiles, fuerzas naturales, y un asesino que está dispuesto a todo para evitar que lo descubran. Incluso a volver a matar.
Durante la investigación, Argus volverá a encontrar el amor y se enfrentará a fantasmas que ya creía olvidados, pero que irrumpirán en su vida para seducirlo y atormentarlo por igual. Después de su paso por Marañón no volverá a ser el mismo, si consigue salir con vida...

ENIGMA. (Argus del Bosque 02)

El homicidio de una anciana es el primero de una serie de crímenes diabólicos que desconciertan a la Policía de Calahorra. La inspectora Luisa

Burgos deberá ocuparse de la investigación en una carrera contra el tiempo. Junto a cada cadáver encuentran una nota con un acertijo, donde el asesino usa palabras crípticas para señalar quién será la próxima víctima. Tienen veinticuatro horas para descifrarlo, o un nuevo inocente morirá.
Desesperado, el comisario de «San Celedonio» le pide ayuda a su viejo amigo Bejarano, quien decide enviar a Del Bosque, pero se enfrenta a un problema, pues Argus dimitió de su cargo a su regreso de Marañón. Su jefe decide presionarlo para que colabore con la Policía de Calahorra, a cambio de permitirle avanzar en su extraña investigación personal. Si Argus quiere descifrar su pasado y también acabar con la ola de asesinatos que azota a la ciudad riojana deberá descubrir quién es Enigma y detenerlo, aunque para ello deba sobreponerse a la resistencia de la inspectora encargada del caso, mientras enfrenta a un asesino que no tiene reparos en eliminarlos a su compañera y a él.

Libros de este autor

LOS PECADOS DEL PADRE

Un asesino en serie, un comisario obsesionado con atraparlo, un equipo policial que involucra dos países, y un pecado familiar que surge del pasado para exigir su expiación…
Un asesino en serie acaba con la vida de parejas de adolescentes. Sus crímenes se extienden por cuatro países de Europa y los ha cometido con impunidad a lo largo de veinticinco años. Michael Sterling, comisario de Scotland Yard, la única de sus víctimas que sobrevivió para contarlo, conoce bien su modus operandi y le obsesiona detenerlo. Sterling no escatima esfuerzos para descubrirlo cuando la bestia negra actúa bajo su jurisdicción, pero un revés del destino le impide al policía alcanzar su objetivo, hasta que otra pareja de chicos cae víctima del psicópata en España. A partir de ese momento se inicia una cacería frenética que compromete la vida personal de los detectives que la dirigen. Un equipo policial que involucra a Inglaterra y España se ocupa de la investigación, mientras un pecado familiar surge del pasado para exigir su expiación…

TRAMPA PARA UN INOCENTE

Luis Armengol despierta en una pensión de mala reputación con el cadáver de una joven desconocida a su lado. Sus manos ensangrentadas y el cuchillo con el que la chica fue apuñalada en el suelo lo señalan como culpable, al mismo tiempo que la Policía llama a su puerta. En un acto desesperado consigue escapar, pero conservará su libertad por poco tiempo a menos que encuentre las pruebas de su inocencia. ¿Quién le ha puesto esa trampa? ¿Por qué? De hallar las respuestas a estas preguntas depende su futuro. Deberá

desentrañar el misterio antes de que lo encuentre la Policía, o los hombres que lo buscan para matarlo…

LA VENGANZA

Samuel es un joven brillante con un prometedor futuro. Cuando la oportunidad de cumplir su sueño llama a su puerta, todo se derrumba al ser acusado del brutal asesinato de su novia. Su vida es truncada por la confabulación de tres hombres, que por diversos motivos se benefician de su desgracia, pero no es el único. Con la misma perfidia destruyen la vida de otros inocentes sin llegar a sentir el menor remordimiento.
Veinte años después, cuando los tres se sienten más seguros, el pasado resurge y sus víctimas, aún después de la muerte y el olvido, unen sus fuerzas y regresan dispuestas a cobrar venganza. ¿Hasta dónde pueden llegar para castigar a quiénes destrozaron su futuro?

LOS HIJOS DEL TIEMPO

Un hombre nacido en la Edad Media se ve obligado a recorrer el mundo. La búsqueda de la respuesta a un misterio del cual depende su supervivencia, lo lleva de las iglesias y castillos de la Europa medieval, hasta los confines de la ruta de la seda en el Lejano Oriente, en una época en la que las supersticiones dictaban el comportamiento de la sociedad. En el año 2010, la desaparición de un empresario y la muerte de un librero son las claves de una lucha entre colosos que se desarrolla a lo largo de los siglos, cuyo origen se encuentra en la respuesta a aquel mismo misterio.

EL DEMONIO DE BROOKLYN (Ryan y Bradbury 01)

Josh Bradbury, detective en el Estado de Florida, atraviesa por una crisis cuando por coincidencia descubre una verdad desconcertante que lo afecta en forma directa. Solicita traslado a Nueva York, donde se encuentra con la mayor sorpresa de su vida. Además, el mismo día de su llegada descubren el cuerpo de una joven que ha sido violada y asesinada en un parque. Es el primero de una serie de homicidios que sembrarán el miedo en la ciudad.

La relación entre las víctimas es desconocida, salvo que se trata de mujeres jóvenes violadas y asesinadas por asfixia y que todas han sido encontradas en parques de Nueva York. Josh se ocupa del caso junto con Cody Ryan, un respetado detective de Brooklyn. Al mismo tiempo, debe convencer a su compañero de investigar un suceso acaecido mucho tiempo atrás que les concierne a ambos, mientras un poderoso criminal pone precio a sus cabezas.

Una historia que mantiene la intriga desde el principio, aumentando según se acerca a un desenlace inesperado.